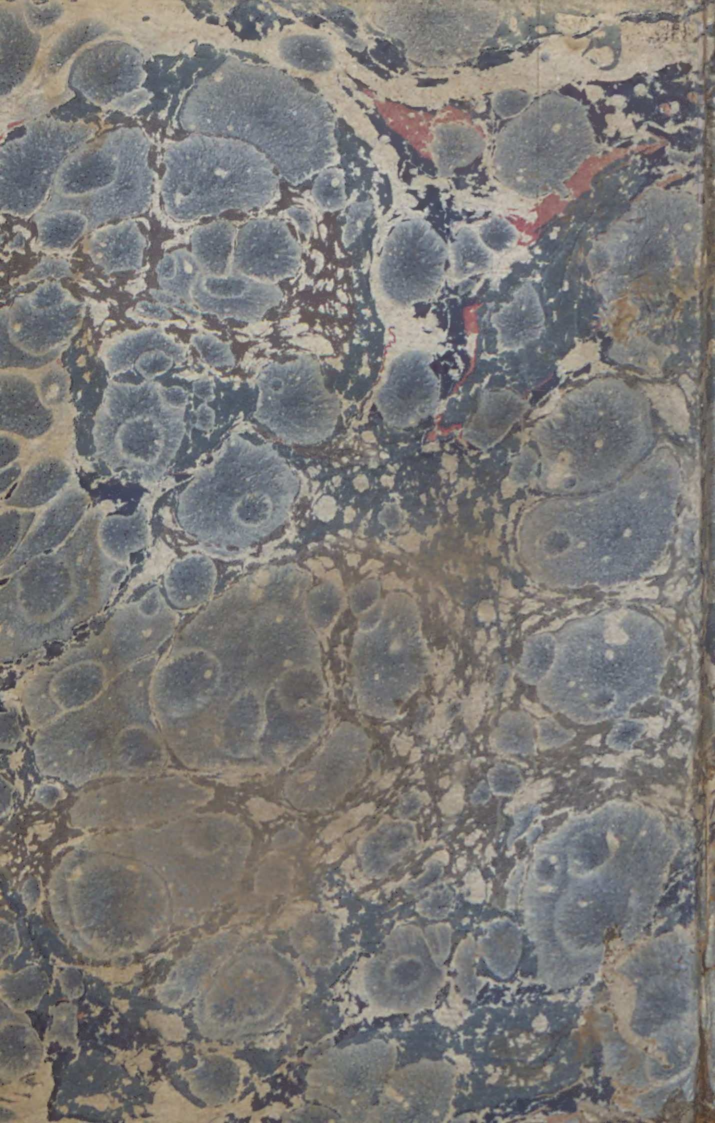
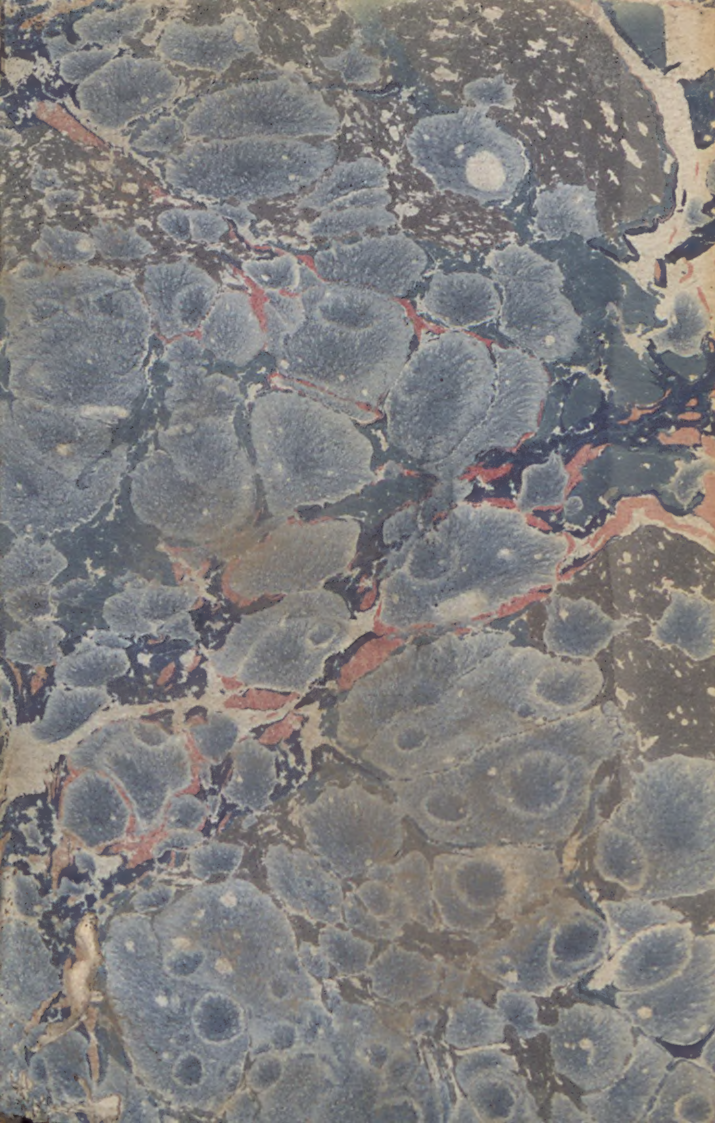


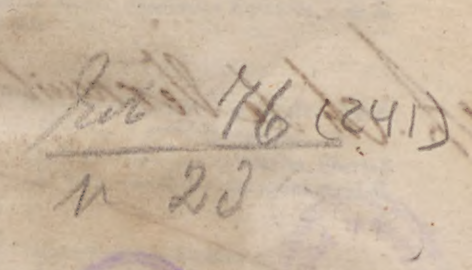




DEFENSA

DEL

CRISTIANISMO.



Todos los ejemplares llevarán mi firma, y los que carezcan de esta formalidad serán tenidos por furtivos, y denunciados como tales con arreglo á las Leyes.

A. Ch. de Verneuil

DEFENSA DEL CRISTIANISMO,

Ó CONFERENCIAS

SOBRE LA RELIJION,

POR

EL EXCMO. SR. CONDE DE FRAYSSINOUS,
Obispo de Hermópolis, Ministro y Secretario de Estado y del Despacho de Negocios Eclesiásticos y de Instruccion pública en Francia, etc. etc. etc.

Traducidas al castellano, y dedicadas al Excmo. Señor Nuncio de su Santidad en Madrid,

POR D. F. T. A. CHALUMEAU DE VERNEUIL,
Individuo de las Reales Academias Española y de la Historia etc. etc.

In necessariis unitas, in nondùm decisis libertas, in omnibus charitas.
Unidad en las cosas necesarias, libertad en las no decididas, en todas caridad.

TOMO IV.



MADRID.
En la Imprenta de D. Leon Amarita,
1827.

SOBRE
LA TOLERANCIA.

Nada hay mas comun en los escritos de la incredulidad moderna que la palabra *tolerancia*. Esta palabra era en el siglo pasado como el grito de reunion de los enemigos del Cristianismo, y al oir á los novadores parecia que á una voz *tan dulce y pacificadora* iban á reconciliarse todos los ánimos, á calmarse los odios, á desaparecer todas las rivalidades de las naciones, y que una nueva filosofía recorriendo todo el globo iba á llevar con la tolerancia la paz y la felicidad á todos los pueblos, á la manera que el Sol hace gozar á ámbos hemisferios de los beneficios de su luz. Sin embargo cuanto mas se prometian

ver salir de esta fuente la felicidad pública, mas odiosa representaban la Relijion cristiana, á la que acusaban de *intolerancia*: si se recordaba para gloria suya que en cuantas partes se habia establecido, habia abolido el culto frecuentemente licencioso y cruel de los falsos dioses, hecho cesar los sacrificios de víctimas humanas, el divorcio, la poligamia, los infanticidios legales, el rigor desmesurado de la esclavitud, y aquel derecho atroz de la guerra que ponia al vencido á discrecion del vencedor, en nada al parecer se tenian todos estos beneficios, porque era, segun decian, *intolerante*: si sus apolojistas hacian ver que la época de la civilizacion de los bárbaros fué la de su conversion al cristianismo; que el Evanjelio fué el oríjen comun de donde los Francos, los Godos, los Vándalos, los Lombardos, los Sajones y los Borgoñeses tomaron aquellas primeras instrucciones, que desarrollándose despues han civilizado y constituido los pueblos

modernos; que sus primeros maestros fueron los sacerdotes y los obispos; que el estado eclesiástico fué en los siglos bárbaros el depositario de las luces y de la ciencia que habia quedado; que á solo él se debe la conservacion de las lenguas y de los monumentos, cuyo estudio ha formado el gusto y fomentado el injenio en las naciones de Europa, ninguna impresion hacia todo esto en ánimos preocupados, y se creia sustraerse con razon á la nota de ingratitud para con el Sacerdocio, denunciándole como *intolerante*; y en fin si los hombres sabios é ilustrados se sobresaltaban al ver aquella muchedumbre de obras que enseñaban el desprecio á la Divinidad, el odio á la Relijion y á la autoridad, y que por lo mismo podian conmover todos los fundamentos de la sociedad, se reclamaba la libertad de pensar, la tolerancia. De este modo se esparcian por todas partes doctrinas nuevas, se miraban las antiguas como preocupaciones y se insultaba

lo pasado, ensalzando lo presente. Poseidos los novadores de este delirio, se entregaban á la idea de un alegre porvenir, cuando la experiencia vino á esparcir una luz horrorosa sobre sus teorías, é hizo que al fin se comprendiese que la tolerancia debia tener sus límites, que la libertad no es la licencia, que á las malas doctrinas se siguen las malas acciones, que la sana razon debe arreglar el lenguaje así como la conducta, los escritos lo mismo que las obras, y últimamente que el Criador no ha dado al hombre derecho para decirlo ni hacerlo todo. A pesar de esto aun hoy mismo no se deja de clamar por esa tolerancia tantas veces invocada para no ver en ella mas que el derecho de ultrajar las cosas mas sagradas, y para conspirar impunemente contra el Trono y el Altar. Pareciéndome sin embargo que enseñada la juventud por la experiencia de lo pasado, deberá tener mas ciencia de la que ordinariamente es el fruto de los años, y que se puede esperar ahora

fijar con mas facilidad sus ideas sobre la tolerancia y la intolerancia, y reunir los ánimos haciendo cesar los equívocos de lenguaje, vamos á examinar cuantas especies hay de tolerancia, y lo que debe pensarse acerca de cada una. Este será todo el asunto de esta conferencia.

Con el fin de evitar toda confusion en el lenguaje y en las ideas, distinguirémos tres especies de tolerancia: tolerancia civil, tolerancia cristiana, y tolerancia filosófica. Nos atrevemos á esperar que exponiendo nuestras ideas sobre esta materia, conseguirémos desvanecer enteramente muchas preocupaciones.

Hay una tolerancia que yo llamo civil: hablaré de ella y la caracterizaré, aunque lijeramente, solo para declarar que es ajena de nuestras discusiones, y que no es la que formará el asunto del presente discurso (1).

(1) Aunque el autor está muy distante de propender á la tolerancia civil, como lo conocerá todo lector; téngase presente que pronunciaba este discurso en un pais cuyo gobierno la permite por razones de política que felizmente no median en España; y que por consiguiente no le era lícito el impugnarla del todo.

La tolerancia civil consiste en permitir el libre ejercicio de todas las relijiones, no porque á todas se las mire como iguales á los ojos de la divinidad, sino porque ciertos gobiernos creen no deber incomodar á los partidarios de los diferentes cultos en la manifestacion pública de su creencia particular. Hasta que punto pueda en ellos extenderse esta tolerancia, y cuales sean las medidas de prudencia que deban tomarse para que todo esté dentro de sus justos límites, é impedir que la libertad de cultos dejenere en escesos funestos, son cuestiones que pertenecen á la política, y problemas capaces de embarazar á los mejores injenios, y á los cuales yo creo sería muy difícil dar una solucion completa para todos tiempos y lugares. Los hábitos, el carácter de los pueblos, y las circunstancias pueden obligar á los gobiernos á tomar medidas diferentes aunque igualmente sabias. En los estados donde felizmente la relijion católica es la única, cuyo culto público profesan

todos, puede y debe la autoridad desplegar todo su celo para conservar esta apreciable unidad relijiosa que tan de cerca interesa la tranquilidad pública. En aquellos en que al contrario hay ya establecidos diferentes cultos, profesados públicamente por diversas porciones de la sociedad, bajo de la vijilancia comun del gobierno, puede la política aconsejar una conducta diferente. Si hay sectas que por sus mismos principios, y por la jerarquía de su sistema relijioso, son menos turbulentas y ménos enemigas de la subordinacion, tambien se han visto algunas veces otras naturalmente revoltosas, que han predicado una especie de independencia evanjélica y de igualdad que tiraba á desquiciarlo todo: ¿y quien no advierte que es preciso pesar todo esto con mucha madurez? Si siempre es laudable decir con aquel famoso Condestable (1), el héroe de su siglo y la gloria de su nombre: *una ley, una fe,*

(1) El Condestable de Montmorency.

¿no hay tambien circunstancias en que segun el estado de los gobiernos es quizá prudente decir como Fenelon al hijo de Jacobo II (1): «Conceded á «todos la tolerancia civil, no aprobán-«dolo todo como indiferente, sino pro-«curando en todas ocasiones atraer á «los hombres con paciencia y por una «dulce persuasion?» Dejemos estas discusiones delicadas á la sabiduría de los gobiernos que rijen el mundo, y bástenos ahora saber que el cristiano católico en cualquiera parte que la Providencia le haya colocado, debe indudablemente permanecer firme y puro en su relijion, no participar de las supersticiones de que puede verse rodeado, y preferir la muerte á la apostasía; que igualmente debe mirar como una obligacion la obediencia á las potestades en las cosas civiles, y el respeto al órden político que encuentra establecido,

(1) *Vie de Fénélon* por Romasay: Amsterdam 1727, páj. 176, etc.

máxima verdadera hoy y verdadera en todos tiempos. Tal es el ejemplo que nos han dejado los cristianos de los tres primeros siglos, nuestros padres y nuestros modelos en la fe. Perseguidos bajo del gobierno de los Emperadores Romanos, pero siempre sumisos aun cuando podian hacerse temibles por su número y por ocupar los puestos mas eminentes en el senado y en en el ejército, jamas se los vió entrar en las ligas que se formaban contra los señores del Imperio : su obediencia á las leyes humanas no reconocia otros límites que los que le ponia una ley superior, la de Dios, y cuando se los queria violentar hasta en este divino santuario, sabian morir, pero no sabian sublevarse. El espíritu que los animaba se patentiza en estas palabras del jefe de una lejion cristiana á Maximiano : «Es cierto, Señor (1), que somos

(1) Léase en *Actes des Martyrs* por D. Ruinart *el martirio de san Mauricio y de sus compañeros.*

« soldados vuestros ; pero tambien lo
« es que somos los servidores del ver-
« dadero Dios : nos habeis honrado en
« la milicia ; pero nosotros debemos á
« Dios el don inestimable de la inocen-
« cia : recibimos de vos la paga como
« una recompensa debida á nuestro tra-
« bajo ; pero tenemos de Dios la vida
« como un don puramente gratuito que
« nunca hemos merecido ; no nos es
« pues permitido obedecer á nuestro
« Emperador cuando nos lo prohibe
« nuestro Dios. Sí, nuestro Dios y el
« vuestro, Señor ; y entre morir ino-
« centes y vivir culpables no hay que
« titubear. » Reparad, Señores, como
un cristiano ni es cobarde ni sedicio-
so : independiente en su fe, pero su-
miso á las leyes en el órden político,
creeria faltar á la Relijion faltando á los
deberes de ciudadano ; y en todas par-
tes como en todos los gobiernos sabe
dar á Dios lo que es de Dios, y al César
lo que es del César. Paso á hablar de
lo que he llamado tolerancia cristiana.

Al aparecer el cristianismo sobre la tierra hizo abiertamente profesion de enseñar que solo él era el poseedor de la verdad; y por consecuencia solo vió en el judaismo figuras que venia á realizar, y en el paganismo supersticiones que venia á destruir. Sus discípulos estaban animados de un celo fervoroso para establecer su imperio, y combatir, no con las armas sino con la persuasion, los errores y los vicios extendidos universalmente, y para formar en todas partes al Dios verdadero un pueblo de adoradores en espíritu y verdad. La relijion cristiana, enemiga inflexible del error, no puede conciliarse con otra alguna: mirada bajo de este concepto es esclusiva, y se la puede llamar *intolerante*; pero no por eso aborrece á las personas, sino que su carácter distintivo es al mismo tiempo el amor á todos los hombres, aun á los enemigos: enseña que para *J. C. no hay judío, ni jentil, ni griego, ni bárbaro, ni señor ni es-*

clavo; que para él todos los hombres son hermanos, y que la caridad ha hecho caer el muro de division que podia tenerlos separados: mirada de este modo es la mas induljente de todas, y se la puede llamar *tolerante*; pero no por eso transije jamas con el error; tal es su doble espíritu: el celo contra los errores y los vicios se une en ella con la caridad mútua; y solo confundiendo cosas que se debe saber distinguir, y presentando en esta parte el cristianismo bajo de un falso punto de vista, puede conseguirse hacerle odioso: procuremos hacer comprender bien lo que es la tolerancia cristiana.

Hija del cielo, la relijion cristiana ha debido, al mostrarse á los hombres, y ántes de exijir su sumision y sus homenajes, exhibir los títulos de su celestial oríjen: todo pues respecto de ella se reduce á saber si es divina, y al efecto provoca el examen de la razon sobre las pruebas de su divinidad,

y sobre los hechos exteriores y públicos que le sirven de fundamento. Si la Relijion viene de Dios, si Jesucristo su autor ha tenido verdaderamente derecho para decir á la tierra: *yo soy la verdad, ego sum veritas*, es preciso por una consecuencia necesaria que la Iglesia cristiana se muestre celosa en conservar en toda su pureza la doctrina que ha recibido del cielo mismo; que como conservadora fiel del sagrado depósito rechace los errores que la alteran así como los vicios que la deshonran, y que siempre vijilante muestre á sus hijos las funestas novedades que podrian sorprenderlos. Convencida de ser la única poseedora de la verdad, tan imposible le es transijir con la mentira como unirse la luz con las tinieblas, el vicio con la virtud, la ley con la anarquía, y la autoridad con la rebelion. La verdad no es mas que una, y hallándose solo en la Relijion católica, es indispensable que el error infeste mas ó ménos todas las demas. Si la

sociedad fundada por Jesucristo no guardase con una valerosa fidelidad las santas verdades que le estan confiadas, la veríamos atacada y desmoronada por todas partes, caer á pedazos, y convertirse en breve en un compuesto impuro de toda clase de errores: léjos pues de reprobar su celo reconozcamos mas bien que en él consiste su fuerza y su gloria. Si la relijion católica fuese indiferente á las opiniones que la combaten, llevaria visiblemente sobre sí misma el sello del error y aun una señal patente de ruina y de destruccion; á la manera que los gobiernos que mirasen con indiferencia las tramas de los sediciosos y las rebeliones populares, dejarian ver síntomas espantosos de decadencia y de disolucion.

Sin embargo nunca el celo por la doctrina debe alterar la caridad: la Relijion que tenemos la dicha de profesar, es intolerante con los errores, pero dulce y benigna con el arrrepentido; y todo lo que durante el curso de los siglos

haya podido separarse de este doble carácter de severidad por una parte, y de dulzura por otra, de ningun modo ha procedido de la Relijion. Ella al contrario nos enseña á sufrir con sentimientos de paz y de induljencia á los mismos á quienes creemos en el error, y á compadecerlos mucho mas que á condenarlos: el verdadero cristiano sabe hacer distincion entre el error siempre aborrecible y el hombre que se estravía; entre la paradoja escandalosa y aquel que la sostiene. Es indudable que tan poca induljencia merece el error como el vicio, y que aun ménos consideracion debe tenerse con el ateo que con el disoluto; pero el celo mas lejítimo tiene sus límites, debe estar siempre templado por una sabia condescendencia, y aun en las ocasiones en que las doctrinas pueden dividir los ánimos, la caridad debe unir los corazones.

Parecerá estraña á alguno la intolerancia de la Iglesia Cristiana respecto á todo lo que puede alterar su doctrina; ¿pero

no vemos la misma intolerancia en todas las cosas humanas? Decidme, Señores, ¿que gobierno hay sobre la tierra que no sea celoso de la integridad de su poder, que no reprima á los facciosos, y no mantenga sumisos á sus súbditos? ¿Y no es en esto mismo intolerante para con los enemigos de la autoridad? ¿Cual es el majistrado que no deba mirar como una obligacion sagrada velar por la seguridad de las personas y de las propiedades, mantener el órden y la tranquilidad pública, perseguir y castigar los delitos y los crímenes? ¿Y no es bajo de este concepto intolerante para con los infractores de las leyes? Ved con que celo un sabio bien convencido de la verdad de su sistema sobre la estructura del globo, ó sobre nuestro mundo planetario, le defiende, y como combate las hipótesis contrarias, siendo por consiguiente intolerante con las opiniones contrarias á la suya. Ved como un literato íntimamente persuadido de que las fuentes mas puras

de la sana literatura se encuentran en los siglos de Augusto y de Luis XIV vindica á los escritores de estas dos épocas memorables, y combate á los temerarios novadores que no participan de su admiracion. ¡Y en estos, no se ha de mirar como un crimen esta especie de intolerancia, y yo, ministro de la Relijion, profundamente convencido de su divinidad y encargado de anunciarla á los hombres, yo he de ser acusado de una odiosa intolerancia porque procure convencer las almas de la verdad de su doctrina y de la santidad de sus preceptos; porque manifieste los errores que la desfiguran, y porque la defienda contra los ataques de sus enemigos! ¿Hay justicia en esta acusacion? ¡Qué! ¿Se ha de tener por laudable el celo del Majistrado por las leyes, el del sabio por sus sistemas, el del literato por los verdaderos principios del buen gusto, y solo el celo por la Relijion, que es el primero de todos los bienes, se ha de ajar con una calificacion injuriosa?

Apóstoles de la tolerancia, ¿teneis dos pesos y dos medidas para pesar los sentimientos y las acciones de los hombres?

¿Pero no es de temer, se dirá, que el celo contra las opiniones irrite los ánimos, y los conduzca al odio de las personas? Yo convengo en que el celo puede tener sus escesos; pero tambien la caridad no regulada puede tener los suyos: si aquel puede ser perseguidor, esta puede dejenerar en debilidad. ¿Me prohibiríais amar la persona de un incrédulo bajo del pretexto de que el amor á las personas puede conducir al de la incredulidad? No ciertamente; pues entónces ¿por qué habeis de condenar el odio á los errores bajo del pretexto de que puede escitarnos al de las personas? Toda caridad que apagase el celo, y todo celo que violase la caridad, serian dos escesos igualmente reprensibles; ¿pero en qué consiste que se ataca el celo por la Relijion con una lójica que seria vergonzoso emplear en

cualquiera otra materia? Porque de las preocupaciones nacionales, de las pretensiones recíprocas de los gobiernos, y de los intereses opuestos del comercio puedan orijinarse y se hayan orijinado en efecto con demasiada frecuencia rivalidades, disensiones y guerras sangrientas, ¿deberá no haber ni pueblos, ni gobiernos, ni industria? Porque la sola diversidad de caractéres y de talentos, y la oposicion de intereses puedan ocasionar en las familias disensiones y discordias, ¿será necesario que no haya sociedad doméstica, y que cada individuo de la especie humana viva separado de sus semejantes? No, Señores, cuando una cosa es útil, es preciso saberla respetar á pesar del abuso que los malos puedan hacer de ella. ¿Sería justo que se privase al mundo del elemento del fuego que le anima, bajo del pretexto de que puede ocasionar incendios? En una palabra, la tolerancia cristiana no es mas que una caridad bien ilustrada, igualmente distante de una

debilidad que todo lo escusa, que de un rigorismo que nada perdona; caridad que sin contemplar el error ni el vicio, nos enseña á amar á los engañados y á los viciosos.

Hace mucho tiempo que los enemigos de la Relijion nos invitan con empeño á que nos mostremos dulces, induljentes y tolerantes como Fenelon: el modelo es hermoso sin duda. ¿Que ministro del altar no se gloriaría en efecto de seguir las huellas del inmortal Arzobispo de Cambray, uno de los injenios mas brillantes que ha producido la naturaleza, y uno de los prelados mas grandes que han ilustrado nuestra Iglesia? Pero los incrédulos no quieren ver, ó han olvidado que cuanto mas dulce, mas compasivo y tierno fué Fenelon en su conducta, tanto mas puro, mas delicado y mas intolerante fué en materia de doctrina y de creencia relijiosa; sus escritos, su vida, sus mismos deslices deponen á favor de la inflexibilidad de sus principios: ateos, materialistas,

deistas, indiferentes, escépticos, y heterodoxos, en fin todos los enemigos de la verdad han sido combatidos por él, como puede verse facilmente en sus obras: tiene, es cierto, la desgracia de engañarse; pero su engaño mismo se convierte en una prueba palpable de la delicadeza de su fe, así como tambien en uno de los mas bellos títulos de su gloria: patentizando su profunda sumision á la autoridad, sube él mismo á la cátedra del Evanjelio para leer y publicar enternecido la sentencia que le condena: el pastor se muestra tan docil como la última oveja del rebaño, y jamás la austera é intolerante verdad consiguió un triunfo mas hermoso: si todo esto se llama tolerancia, nosotros serémos muy gustosamente tolerantes.

Paso á hablar de la tolerancia llamada *filosófica*, porque ha sido inventada principalmente por esos escritores del último siglo que se han dado á sí mismos el título de *filósofos*, y que consiste en

mirar como indiferentes todas las relijiones, y en permitir que cada uno siga sin exámen la del pais que habita. Esta tolerancia no es mas que la indiferencia en materia de Relijion por lo cual se la designa con el simple nombre de *indiferentismo* ó *tolerantismo*; palabras que serán sinónimas en nuestro lenguaje. ¿Y que deberémos pensar de esta clase de tolerancia? Esto es lo que nos queda que discutir.

Imposible á la naturaleza humana, reprobado por la sana razon, y funesto en sus efectos, tal es el tolerantismo moderno.

Es ciertamente, Señores, tan poco natural al hombre la indiferencia, que todas sus facultades la desechan á un tiempo. El hombre es por su naturaleza intelijente, sensible y activo; como intelijente anhela conocer, busca la verdad y se fija en ella con complacencia cuando la descubre y llega á conocerla; como sensible, desea, teme, espera y ama; y como activo, se complace en

manifestar exteriormente sus afectos, sus ideas y sus pensamientos. Yo bien sé que el hombre puede ser seducido por el falso brillo del error, así como por los falsos atractivos del placer; que puede engañarse acerca de los objetos de su intelijencia, como acerca de los de sus afectos; pero al cabo su misma naturaleza le obliga á amar: ¿y seria posible que un ser que solo vive de intelijencia y de amor se interesase ardientemente por todo, escepto por lo que mas debe interesarle, y que sola la Relijion fuese estraña á su razon y á sus afectos? ¿Será posible que aquello que se dirije á perfeccionar mi ser, á elevar mis pensamientos, á sostenerme en la virtud y á consolarme en la desgracia, aquello que ha llamado la atencion de todos los sabios, ocupado á todos los lejisladores, y hecho nacer tantas virtudes, será posible, digo, que me sea indiferente, y que no obtenga de mí ningun homenaje ni aun el del exámen? ¡Ah!

ántes arrancaríais del corazon del hombre el deseo de su propia felicidad, que el sentimiento de no sé que cosa divina que le llena, que le eleva mas allá de este mundo, que le pone en comunicacion con una intelijencia suprema, y le transporta á la inmortalidad. Tan difícil os sería tener su alma sepultada en los abismos del ateismo, como su cuerpo contínuamente encorvado hácia la tierra. ¿En dónde hallaréis en todo el universo un solo pueblo que no tenga sus creencias relijiosas? Yo quiero conceder que algunos teóricos puedan entregarse á esa indiferencia sin admitir ni desechar cosa alguna; pero esta falta absoluta de toda afeccion piadosa no es propia de la especie humana, y siempre el sentimiento será en ella mas fuerte que los sistemas: el pueblo podrá abandonar insensiblemente su primitiva creencia, adoptar otras nuevas, separarse del camino de la verdad, y tomar el de la supersticion: pero por último, la

necesidad, la desgracia, la fuerza de la costumbre, la voz de la naturaleza, y el grito de una conciencia, á la que no puede resistir, le volverán siempre á la Divinidad, adorará la piedra ó el leño ántes que no adorar cosa alguna; creerá los cuentos pueriles con que se entretiene á los niños, mas bien que no creer en nada, y no olvidará al verdadero Dios sino para forjarse dioses imajinarios. Ah! á cuantos, aun entre los incrédulos é indiferentes en teoría no ha podido librar de terrores supersticiosos su supuesta fortaleza de alma, y á cuantos no ha hecho temblar una cierta combinacion de números, un accidente imprevisto, ó un fenómeno nuevo! Juan Santigo dijo, y dijo con razon: «La duda «sobre las cosas que mas nos importa «ta conocer es un estado demasiado «violento para el alma del hombre; no «resiste á él por mucho tiempo, y sin «que pueda contenerse se decide de «un modo ó de otro (1).» Vosotros

(2) *Emile*, libro IV, tomo III.

nos predicais la indiferencia, podria decirse á los que se han hecho sus apóstoles; pero ¿la practicais vosotros mismos? Si todas las relijiones son iguales á vuestros ojos, ¿por qué no nos dejais á nosotros la libertad de seguir la nuestra? ¿Por que bajo del imperio de vuestro indiferentismo ha de haber sido la Relijion cristiana perseguida, cerrados ó destruidos sus templos, y degollados sus ministros y cuantos la profesaban? ¡Ah! la indiferencia existia solamente en vuestros discursos; pero el odio se descubria en vuestras acciones; léjos de observar esa indiferencia, vomitábais mil imprecaciones contra Dios y contra su Cristo, destruíais los altares para adorar la *razon*, y arrastrábais con violencia al pie del nuevo ídolo á los que no habian podido seducir vuestros discursos. ¿Y por qué aun hoy dia se prodigan todas esas injurias á la Relijion de nuestros padres? ¿Por qué se tiene ese odio sombrío al ministerio sagrado, y se hacen tantos

esfuerzos para infamarle, envilecerle y arruinarle en el concepto de los pueblos? ¿Son rasgos estos de indiferencia? ¡Cuan cierto es que la indiferencia es imposible aun para los mismos que aparentan profesarla mas decididamente!

Pero veamos en qué se funda ese sistema de indiferencia. Se dice que nada importan las creencias relijiosas, que basta ser hombre de bien, que lo demas es arbitrario, y sobre todo que si es necesaria al hombre una relijion, cada uno debe seguir la de su pais: he aquí á lo que se reduce el indiferentismo cuando se le despoja de las frases del charlatanismo.

Se dice primeramente, que nada importan las creencias relijiosas. ¡Pero qué! ¿nada importa creer ó no creer en Dios, en la providencia, en la vida futura? ¿Es posible ser racional, y sin embargo entregarse sobre esto á la indolencia y á la apatía? ¿Como se ha de permanecer indeciso entre el

ateismo y la creencia de un Dios; entre el fatalismo que todo lo abandona á un ciego destino, y la doctrina de una Providencia atenta á nuestras necesidades; entre el materialismo que no promete á la virtud desgraciada mas que la nada, y la Relijion que abre ante ella las puertas de la inmortalidad? ¿Quien no conoce que sus afectos y su conducta estan enlazados y dependen de su creencia en esta materia? Si no hubiese Dios, ni providencia, ni vida futura, todas las relijiones serian una impostura, y todos nuestros pensamientos deberian concentrarse en la vida presente; pero si tenemos en el cielo un Señor, un Padre, un Juez; si hay algo que esperar ó que temer mas allá del sepulcro, es preciso conocer que debemos elevar mas nuestros pensamientos, y pensar en nuestro destino futuro. En vano un festivo epicúreo, para quien es un penoso trabajo el reflexionar, cantará la indiferencia en versos hijos del placer,

y de la licencia; en vano nos convidará á cubrir de flores el camino de la vida sin que nos cause inquietud el término á que debe ir á parar; todas las sales de una imajinacion voluptuosa no quitarán á este sistema todo lo que tiene de mostruoso á los ojos de la razon. En efecto, precipitarse en los abismos eternos sin pensar en la suerte que en ellos nos espera, no es fortaleza de alma, es un frenesí. Interésenos poco en horabuena que la tierra sea el centro del mundo planetario, como asientan los antiguos, ó que por su movimiento anual nos haga jirar con ella al rededor del sol como quieren los modernos: estas son cosas que ignora casi la totalidad del jénero humano, y sin las que puede pasar; pero la existencia de un Dios, de una providencia y de una vida futura son verdades eternas que sería una estravagancia mirar como un juguete, y con razon ha dicho Pascal: «En hora buena que no profundicemos la opinion

« de Copérnico ; pero importa para to-
« da la vida estar convencidos de que el
« alma es inmortal (1). »

Se nos dice que basta ser hombres de bien; ¿pero no es el primer deber del hombre obedecer al que ha hecho al hombre? ¿Tiene la criatura derecho para sacudir el yugo de su Criador? ¿Puede dispensarse de pagar un tributo de adoracion y de amor á aquel de quien todo lo ha recibido? Y habiéndose dignado este Señor, por un puro efecto de su bondad incomprensible, pues que es infinita, manifestarnos su voluntad santa, darnos una relijion positiva, y revelarnos lo que debemos creer y obrar, ¿podrémos despreciar impunemente este beneficio, y dictarle la ley en lugar de recibirla? ¿No es Dios el Rey de los espíritus, como el de la materia? ¿No tiene derecho para mandar á nuestro entendimiento que se adhiera á las verdades que nos revela, y á la voluntad que se someta á los preceptos

(1) *Pensées*, cap. XXVIII, n, XXII.

que le impone? Sí, tan imposible nos es sustraernos de su imperio como á sus miradas. Si esta revelacion nos fuese del todo desconocida, y si su luz no hubiese brillado para nosotros, no seríamos ciertamente culpables por ignorarla, pues la ignorancia de la verdad no es criminal cuando es enteramente involuntaria. El soberano Juez no nos pedirá cuenta sino de las luces que nos haya comunicado; y el que inculpablemente no haya conocido el Evanjelio, no será juzgado por el Evanjelio; pero no por eso deja la verdad de conservar el derecho de someter los entendimientos, y de exijir sus homenajes desde el momento que los ilumina. El hombre debe estar siempre sinceramente dispuesto á abrázar la relijion verdadera cuando se le manifiesta: esto no es una cosa arbitraria, es un deber: podrémos ignorarla sin ser culpables, pero nunca podremos sin serlo ni desecharla cuando se presenta con títulos suficientes para subyugar nues-

tro entendimiento, ni abandonarla despues de haberla conocido.

Se dice por último, que cada uno puede con toda libertad seguir tranquilamente y sin exámen la relijion de su pais; pero primeramente en esto es preciso que hasta los partidarios mas fogosos del tolerantismo reconozcan algunos límites. Ha habido cultos que ultrajaban la humanidad y la virtud, que convertian los templos en lugares de prostitucion, ó en teatros de sangre, y cuyas divinidades exijian homicidios ó infamias; y yo no puedo persuadirme, ¡oh apóstoles festivos de la indiferencia! que querais extender vuestro sistema hasta aplaudir estos abominables escesos. Veos pues ya obligados á restrinjirle á ménos que no querais perdonar las crueldades é impurezas mas grandes que ha inventado la supersticion. Vosotros quereis sostener que en el órden relijioso se puede profesar todos los diferentes cultos, á la manera que en el órden civil pue-

debe uno conformarse á las diversas leyes de policía; quereis que sea lícito cambiar de relijion como de clima, ser católico en Roma, anglicano en Lóndres, calvinista en Ginebra, musulman en Constantinopla, idólatra en Pekin, es decir, que segun vuestro modo de pensar es preciso que sucesivamente, y con arreglo á los sitios y á los usos, adore yo lo que detesta mi corazon, ó que blasfeme de lo que él adora. De este modo, y segun vuestra doctrina, nada importa que yo crea que Jesucristo es verdaderamente el Salvador del mundo por su muerte, como su luz por su doctrina: sin embargo, si estuviese en el Japon podria blasfemar contra él, y hollar sus sagradas imájenes. De este modo aunque yo crea que hay un solo Dios criador del cielo y de la tierra, podria tambien si me hállase entre idólatras invoçar con ellos sus divinidades fabulosas: de este modo yo puedo en el seno de esta capital tratar abiertamente de impostor

á Mahoma; pero tambien si estuviese en la Meca podria esclamar con el Musulman: *Dios es Dios*, y *Mahoma es su profeta.* ¡Que horrible sistema aquel que no se compone mas que de contradiciones; que pone contínuamente la conducta en oposicion con la conciencia; que me enseña tan pronto á hacer traicion por mis discursos y mis acciones á las verdades que creo, como á arreglar mi conducta á unos dogmas impíos que detesto; que mira la relijion como un juguete y un capricho; que me autoriza á aparentar creer aquello que no creo; que coloca la piedad en la simulacion, y que en fin no se puede practicar sino por un vicio detestable por la hipocresia!

Juan Santiago ha dicho terminantemente, *que la mujer debia profesar la relijion de su marido.* De este modo, Señores, si el marido se mostrase sucesivamente anglicano, católico, ó deista, como ha sucedido muchas veces, la mujer estaría condenada á pasar

por todas estas variaciones; y si el marido llegase á ser ateo, deberia por complacerle profesar tambien el ateismo. Ciertamente que los apóstoles de la libertad ilimitada colocan en esto á la mujer en una dependencia bien estraña exijiendo que crea ciegamente, que obre como una esclava, y que nada absolutamente sea para ella la razon, la conviccion ni la verdad. ¿Esto es sin embargo lo que se ha llamado sublime filosofía? Con la misma falta de juicio dice *que el hijo debe seguir la relijion de su padre*; esto pide una corta esplicacion. Es ciertamente una cosa natural que un niño incapaz de todo exámen en sus tiernos años, y no pudiendo sospechar que los autores de sus dias le induzcan á error, siga las huellas de estos, y que por consiguiente su autoridad le retenga en una falsa relijion; pero si esta relijion es indigna de Dios, si degrada al hombre, y propende á inspirarle mas bien el vicio que la virtud, y si al llegar á

la edad en que ya se ha desarrollado la razon se convence este niño íntimamente de su error, ¿deberá sacrificar la verdad al respeto filial? Es cierto que la autoridad paternal tiene derechos inviolables, derechos que ninguna relijion ha conservado mejor que el cristianismo; pero tambien tiene sus límites, y tan prohibido le está mandar una impiedad como mandar el homicidio y el pillaje: la autoridad paternal no debe encadenar la razon de los niños, ni tiene tampoco el insensato privilejio de tenerlos sometidos al yugo del error contra el grito de su conciencia: cuando la voluntad del hombre se atreve á ponerse en oposicion con la de Dios, entónces es cuando debe decir: «vale mas obedecer á Dios que á los hombres.»

Observad, Señores, como los apóstoles del indiferentismo sacrifican la razon á sus vanos sistemas, al mismo tiempo que se precian de vengarla: por una parte no han cesado de difamar la

sumision tan razonable de los cristianos á la fe de sus padres, y de ajarla con el nombre de credulidad y de superstición, afirmando que la autoridad es un manantial de preocupaciones y de errores, y que sola la razon debe mandar los entendimientos, y por otra no han visto en la Relijion mas que un negocio de uso y de clima; han querido que la mujer tenga la relijion de su marido y el hijo la de su padre, de suerte que despues de haberlo concedido todo á lo que han llamado la razon, han venido á concederlo todo á la autoridad; contradiccion repugnante pero inevitable en su sistema.

Pero no solamente es imposible é irracional semejante sistema, sino que produciria tambien efectos funestísimos. No insistiré mucho tiempo en esta última consideracion, porque se encuentra mas ampliamente desenvuelta en algunos de nuestrós precedentes discursos. En efecto, Señores, si examinais las consecuencias de la indiferencia

sistemática en materia de relijion, vereis todos los males que puede producir al jénero humano. Supongamos pues que se jeneraliza en toda una nacion, y que se apodera de todas las clases de la sociedad; entónces serian dudosas todas las creencias relijiosas, y vacilantes é inciertas las almas, no sabrian que creer ni que desechar. En efecto, debilitada la Relijion se debilitarian tambien las reglas de conducta que se derivan de ella, y cada uno tendria su modo particular de pensar, de juzgar y por consecuencia de obrar; desaparecerian entónces aquella profunda conviccion en que consiste la fortaleza de alma, y aquellos principios sólidos de una creencia comun que atraen y unen los entendimientos y los corazones mucho mejor que las leyes; en lugar de esas cadenas invisibles y poderosas con que la Relijion une á los individuos y á las familias; solo habria de comun entre ellas las pasiones que propenden á dividirlas; desaparecerian

del todo, ó á lo ménos en la mayor parte, los sentimientos nacionales, se alteraria el amor á la patria; los pensamientos jenerosos se convertirian en un frio egoismo, y dejaria de existir esta jeneralidad, esta unidad de ideas y de sentimientos de que se compone el verdadero patriotismo, y que dan tanta estabilidad al edificio social.

Y no penseis que podrian ponerse límites á los estragos de este sistema. No: el espíritu de indiferencia se estenderia de uno en otro á todos los puntos de la doctrina, y se disputarian todas las verdades hasta la de la existencia de Dios: insaciable siempre la curiosidad del espíritu humano, de un error caeria en otro error, y de un abismo en otro abismo, como dicen los libros santos, y de estravío en estravío se precipitarian los entendimientos en el ateismo: espantados entónces despertarian quizá de su embriaguez, y conocerian la necesidad de salir del precipicio; pero debilitados ya, y destrozados en esta espantosa caida, no

les quedaria acaso fuerza para remontarse hácia la verdad, y de este modo el indiferentismo produciria solo ateos y egoistas. Formad pues, si podeis, con tales elementos sociedades de hombres libres y civilizados, y será un fenómeno político nunca visto bajo del Sol. Ved aqui como las teorias del filosofismo, llamadas hóy *liberales*, se encuentran en oposicion con la felicidad de los hombres, así como con la razon, y con el bien de la sociedad no ménos que con la verdad.

Profeta, decia el Señor antiguamente á Isaias (1), Profeta, clama fuertemente y no te canses, *clama ne cesses*, que tu voz en lugar de ser tímida y débil salga y resuene á lo léjos como una trompeta, *quasi tuba exalta vocem tuam:* annuncia y hecha en cara á mi pueblo sus errores y sus desaciertos, *annuntia populo meo scelera eorum.* Estas divinas palabras se dirijen hoy mas que

(1) Isaias LVIII, 1.

nunca á los ministros de la Relijion: ¿y en que tiempo fué mas necesario levantar la voz con libertad que cuando la impiedad amenaza secar en las almas hasta el último jermen de las virtudes? Procuremos salvar la jeneracion presente de los males que han agobiado á la jeneracion pasada, é impedir la renovacion de las mismas calamidades oponiéndonos al triunfo de los mismos errores; y coloquémonos como centinelas vijilantes entre el abismo de que hemos salido milagrosamente, despues de haber medido toda su profundidad, y la juventud que corre exhalada y ciega á precipitarse en él. Nunca su inexperiencia se ha visto rodeada de tantos peligros, ni jamas se han tendido tantos lazos á su candor. ¡Cuantos funestos ejemplos de irrelijion no se la ofrecen por aquellos mismos que por su edad deberian naturalmente ser sus modelos! ¡Que doctrinas de error de parte de aquellos que deberian ser su luz y sus guias! Las ciencias, las letras, los

libros, los discursos, la mayor parte de las fuentes en que bebe, estan mas ó ménos envenenadas: ataques violentos ó insinuaciones pérfidas intentan alternativamente hacerle odioso ó ridículo el cristianismo: se le quiere persuadir que la Relijion de los siglos pasados no debe ser la del nuestro, como si Dios no fuese siempre Dios, es decir, Señor soberano; y como si el hombre no fuese siempre hombre, es decir, criatura dependiente. Semejante en esto al Sol la verdad jamas envejece; y la eternidad no pasa con el tiempo. ¿Y nos corresponde tampoco á nosotros insultar los siglos pasados despues de tantas abominaciones como han manchado el nuestro? Queremos buscar los errores y los vicios de la antigua barbárie; pero ¿no tiene tambien la civilizacion sus escesos no ménos funestos, y acaso mas incurable todavía? La Relijion ha sabido mas de una vez hacer de un pueblo bárbaro un pueblo civilizado: quiera el cielo que pueda hacer

alguna cosa de un pueblo desfigurado por la civilizacion. Las sutilezas de los sofistas valen ménos que la sencillez de los ignorantes. Comparad un pueblo bárbaro que abraza el Evanjelio con un pueblo civilizado que apostata: el primero, conforme se vaya penetrando de las máximas evanjélicas, se irá haciendo mas humano, mas justo, y mas adicto á sus deberes: con solo tener siempre presentes en su pensamiento los mandamientos de Dios, conocerá los principios constitutivos de una familia y de la sociedad. En hora buena que no se llame sabio si aun no conoce las letras humanas y las ciencias naturales; pero sin embargo llevará en su seno todos los jérmenes de la vida social, los cuales desarollándose le harán crecer hasta la edad madura; y en su ignorante sencillez poseerá la ciencia verdadera, la que asegura su conservacion y su permanencia: el segundo podrá acaso brillar en las ciencias y en las artes, pero si es irrelijioso perderá

el sentimiento de sus deberes, lo amará todo escepto la virtud, y llevará en su seno principios de muerte, podrá enhorabuena dar aun algunas señales de vida, pero nunca será mas que un viejo decrépito que oculta sus enfermedades bajo del oro y de la seda; y en medio de su ciencia soberbia será un ignorante, pues desconocerá el modo de conservarse á sí mismo. Unicamente la Relijion podrá darle una vida durable; pero si rehusa este remedio indispensable, es necesario que decaiga, que se arruine y que perezca, sin que puedan salvarle ni nuestras artes ni nuestras ciencias. No consiste la fuerza y el vigor de las naciones en la multitud de eruditos, sino, segun dicen nuestros libros santos, en la muchedumbre de varones sabios y virtuosos: *multitudo sapientium sanitas est orbis terrarum* (1).

(1) Sap. VI; v. 26

LA INCREDULIDAD

DE LOS JOVENES.

Ser perpetuamente y al mismo tiempo objeto de respeto y de desprecio, de amor y de odio, tal es el destino del cristianismo sobre la tierra. En efecto la historia atestigua que su establecimiento se verificó en medio de las persecuciones, así como en medio de los homenajes de los pueblos, y entre sus blasfemias, como entre sus bendiciones. Son necesarios errores para probar á los enemigos de la verdad, escándalos para probar á los enemigos de la virtud, y peligros y contratiempos para hacer resaltar todo el heroismo de la fidelidad, y en todos tiempos ha debido estar levantada la Cruz del Salvador como un

signo de contradiccion, segun la espresion del Evanjelio. Subid á las primeras edades del cristianismo, y veréis cuantas persecuciones le suscitaron el poder tiránico de los Césares, los celos de los sacerdotes de los falsos dioses, las sutilezas de los retóricos y de los sofistas, y el furor del pueblo estraviado por la supersticion; pero si se vió á los Celsos y á los Porfirios aguzar sus dardos para embestirle, tambien se vió armarse en su defensa á los Oríjenes y á los Agustinos; si los Decios y los Julianos agotaron contra él cuanto pudieron inventar la crueldad y el artificio, tambien los Constantinos y los Teodosios humillaron ante él su frente victoriosa, y este mismo contraste se ha renovado constantemente ya mas ya ménos en todas las edades de la Iglesia desde su oríjen hasta nosotros. A las sangrientas persecuciones del paganismo se siguieron las turbulencias causadas por los cismas y las herejias; y la ignorancia y la barbárie parecieron

despues cubrirle con un velo tenebroso, aunque sin alterar el fondo de su doctrina. En tiempos mas cercanos á nosotros una razon inquieta puso en duda las verdades mas respetadas por los pueblos, arrancó los antiguos límites, y de tal modo fué creciendo el deseo de innovar que por fin en el siglo décimo octavo trabajó una lejion de injenios presuntuosos en minar el cristianismo por sus mismos cimientos. Esparcidos al efecto sus escritos por toda la Europa, hicieron circular en ella el veneno de una incredulidad sediciosa que amotinó en el corazon del hombre todas sus pasiones desordenadas, que sublevó la tierra contra el Cielo, y en su rebelion contra Dios preparó la rebelion contra los Reyes. No tardó este funesto contajio en infestar todas las clases y todas las edades; la libertad de pensar trajo consigo la de intentarlo y hacerlo todo, y produjo por último ese diluvio de males, entre los cuales hemos estado todos á punto de sepultarnos

para siempre. La incredulidad que tan tolerante se habia manifestado en sus escritos, se mostró cruel en sus acciones, y armada de todo el poder no supo usar de él sino para perseguir y destruir: levantó sus cátedras de error sobre las ruinas ensangrentadas del altar y del trono, y no hubo ya esceso que no prescribiese, y aun que no intentase justificar; encontró razones para todos sus furores, y bajo de su dominacion se vió unirse las plumas de injenios presuntuosos á la cuchilla de los verdugos.

Doloroso era sin duda este desenfreno jeneral contra el cristianismo; pero lo que acaso no es ménos deplorable, lo que haria casi desesperar de la salvacion de la Relijion y de la patria, es que la experiencia no nos haya desengañado de las perversas doctrinas que han sido oríjen de nuestras calamidades; y que sentada todavia la impiedad sobre las ruinas que causó ella misma, no solamente insulte á la

Relijion que trabaja en repararlas, sino que aun halle partidarios, y tal vez Apóstoles hasta entre aquellos mismos que han sido víctimas suyas. Sí, en nuestros dias se hace alarde de mirar la Relijion como una cosa anticuada y propia solo de la sencillez de nuestros abuelos; se mira la incredulidad como el triunfo de la razon, y ni aun parece temerse sus estragos y funestas consecuencias. Mi objeto en este dia será desgarrar la venda fatal que cubre los ojos de los desertores del cristianismo, y dirijiéndome al efecto y particularmente á los incrédulos jóvenes todavia, les diré: vosotros os vanagloriais de no tener otra guia que la razon; pues bien, Señores, á ella apelo yo de vuestras opiniones sobre el cristianismo; voy á haceros ver que debeis desconfiar de vuestra incredulidad, y que si quereis proceder con juicio debeis someterla á un nuevo exámen. Esta es la única proposicion que trataré hoy de esplicar por no abrazar un asunto demasiado vasto.

No hay cosa mas comun en nuestros dias que oir á una multitud de jóvenes incrédulos gloriarse de no pensar acerca del cristianismo como sus padres, calificar de preocupacion vulgar toda creencia relijiosa, y adormecerse al parecer sin temor y sin remordimientos en su incredulidad. Sin embargo si examinamos esta mas de cerca, y estudiamos sus motivos y su carácter, la verémos marcada con señales que nos darán de ella una idea poco favorable. Yo los invito en este momento á recojerse dentro de sí mismos, y á descender al fondo de su corazon para aprender en él á conocerse: allí intento llevar la luz para hacerles ver lo que hasta ahora puede habérseles ocultado, y hacerles conocer cuan sospechosa debe serles su incredulidad: al efecto me propongo obligarlos á confesar que su incredulidad no es ilustrada, que no es sincera, y que tampoco es desinteresada.

Digo primeramente que la incredulidad de los jóvenes (y lo que diré de

ellos podrá muy bien aplicarse á otros muchos) no es ilustrada. En efecto, Señores, para de algun modo poder creer que su incredulidad era fundada y fruto de la reflexion, seria preciso que ántes de declararse incrédulos hubiesen tomado las precauciones mas juiciosas para separar el error y conocer la verdad; que en esta guerra comenzada en nuestros dias entre el cristianismo y lo que falsamente llaman filosofía, hubiesen procedido con aquella lentitud y aquella madurez que exije un asunto de tanta importancia; y que por fin hubiesen empleado en su exámen aquel cuidado y aquella dilijencia que emplearian en un negocio grave que interesase á su tranquilidad, á su fortuna, ó á su vida: pero ¿es esta su conducta? No, Señores, léjos de ser así se deciden muy frecuentemente casi sin exámen alguno, y con una lijereza de que se avergonzarian en unas simples cuestiones de ciencia ó de literatura. Examinemos en efecto de que

modo han formado su opinion sobre el cristianismo, y verémos que todos los fundamentos de su incredulidad han sido, unas veces, los discursos de algun jóven voluptuoso que busca en las máximas de una filosofía cómoda la justificacion de su conducta; otras la lectura de algun libro frívolo que en lugar de razones solo contiene chistes; algunas acaso la de otras obras mas serias ciertamente, pero llenas de argumentos refutados mil veces, y en fin la autoridad de algunos hombres versados enhorabuena en las ciencias humanas, pero en estremo ignorantes en la de la Relijion; y en este caso ¿puede haber cosa mas inconsiderada ni ménos ilustrada que su incredulidad? ¿Que tranquilidad ni que seguridad puede darles el modo con que se han declarado en su favor?

Entremos sobre el particular en mayores esplicaciones, pues acaso lo que vamos á decir acerca de esto no sea mas que la historia fiel de mas de un

incrédulo presente en este auditorio. Oye casualmente un jóven hablar de falsas leyendas, de falsos milagros, de falsas revelaciones, de libros apócrifos; oye tambien hacer comparaciones llenas de malicia entre estas imposturas y la revelacion de nuestros Evanjelios; y he aquí que seducido ya de este modo é incapaz por otra parte de conocer la diferencia real que hay entre aquellas y el Evanjelio, lo cual exije mas reflexion, titubea ya en su creencia: se debilita su respeto á las santas Escrituras, entra la duda en su alma, y por fin se hace incrédulo sin tener siquiera la menor idea de que la autenticidad de nuestros Evanjelios está mejor demostrada que la de las obras de Demóstenes y de Virjilio, que todo el mundo reconoce, y sin saber que los hechos evanjélicos estan mejor comprobados que los de Sócrates ó de César de que nadie duda.

Compone un sábio un sistema sobre la formacion del mundo, en el que hace

una mezcla estudiada de hechos ciertos y de hechos dudosos, de observaciones justas y de conjeturas arriesgadas; pero que en jeneral está en contradiccion con la narracion de Moises acerca del oríjen de las cosas: lee esta obra un jóven iniciado ya en las ciencias naturales y que ha empezado á alimentar su entendimiento así con el error como con la verdad, y al ver una teoría que le liberta del yugo de una autoridad sagrada, la adopta con complacencia, sin pensar que la tal teoría está desmentida por otras tanto ó mas verosímiles; que en ella se dan por realidades meras suposiciones, y que lo que en la misma pueda haber bien demostrado, se concilia perfectamente con la relacion de Moises.

Nada hay mas fácil que presentar la Relijion bajo de un aspecto falso y odioso, disfrazar los libros santos, encontrar en ellos dificultades, contradicciones aparentes y cosas raras y singulares, cuando se las separa de las

circunstancias que sirven para esplicarlas: caiga pues una obra en que la Relijion esté tan horriblemente desfigurada en manos de un jóven; y no se necesita ya mas para hacerle vacilar en su fe, sin poder tener presente, porque lo ignora, que nada está mas próximo á lo sublime que lo ridículo, que es mas fácil trobar á Bossuet que á cualquier orador mediano; que los sabios versados en las lenguas y en las antigüedades han aclarado esas dificultades que le detienen, y que es absolutamente imposible que deje de haber oscuridades y cosas singulares en libros compuestos hace tantos siglos, y en medio de costumbres, de usos y de leyes que en nada se parecian á los nuestros.

La soberbia y la ambicion han abusado mas de una vez del cristianismo para criminales escesos; mas de una vez le han deshonrado sus ministros con vicios y con escándalos, y sus mismos partidarios han interpolado en

él prácticas supersticiosas; pero en vano se quiere hacer conocer á sus enemigos que los vicios de algunos cristianos nada prueban contra el cristianismo; así como tampoco los vicios de un deista prueban contra la existencia de Dios. A pesar de esto cuando se trata de la relijion no se tiene por vergonzoso el ser injusto; al contrario se violan todas las reglas del raciocinio, se inventa una lójica particular aunque sea absurda; se cree deber hacer responsable á la Relijion hasta de los escesos que ella misma prohibe y condena aun mas severamente que la razon, y se mira como necesario arrebatarle la gloria hasta de las virtudes que ella inspira; y porque haya servido de pretexto para algunos males pasajeros se desconocen los bienes de que por un influjo secreto que se reproduce sin cesar ha sido y es verdadero oríjen en todos lugares, en cada dia, y á cada momento. En vano, Señores, se buscará la razon y la equidad en este modo de ver, de

raciocinar y de apreciar las cosas.

Yo quisiera que un jóven empezase desconfiando de sus propias ideas, que en la edad de los placeres y de las ilusiones estuviese prevenido contra los deseos de su corazon, y que en lo perteneciente á la relijion tuviese un poco mas de deferencia á aquellos que la han estudiado mas profundamente. Si en las cuestiones espinosas de la lejislacion consultais á un jurisconsulto de conocida reputacion, y no á un poeta; si en las ciencias naturales os dirijis á un sabio que haya penetrado sus secretos, y no á un letrado, y si reconociéndoos jóvenes aun y faltos de experiencia no se os ocurre creeros mas hábiles y mas ilustrados que los majistrados y sabios mas consumados, ¿por qué no haceis lo mismo en lo respectivo á la relijion? Tambien ella tiene sus doctores, tambien ha confiado sus intereses y su defensa á hombres que por profesion ó por un destino particular deben conocerla mejor. Sí,

Señores, hay hombres que han hecho un estudio metódico y profundo de todas las partes de la Relijion, que conocen distinta y exactamente sus dogmas, sus preceptos, su disciplina y su historia, y que han leido mejor que los mismos incrédulos las obras compuestas contra la Relijion, tanto antiguas como modernas, estranjeras ó nacionales: y ¡os desdeñais de aprovecharos de sus conocimientos y de su ciencia, y tomais por guia solo un entendimiento sin reflexion y sin madurez! ¿A donde está aquí la prudencia y aquella modestia que deberia ser siempre compañera de la inexperiencia?

Yo no os diré: jóven incrédulo, creed ántes de examinar: no, yo no pretendo sofocar vuestra razon, violentarla ni en cierto modo precipitaros en el cristianismo; pero sí os diré: examinad para creer: y si rehusais examinar, entónces tendré derecho para acusaros de hollar todos los principios de una sana razon. Criados y educados,

supongo, en las máximas de la Relijion, y habiéndola recibido de vuestros padres, que igualmente la recibieron de las edades anteriores, ¿abandonais así sin reflexion, y con la mas inconcebible lijereza esta antigua creencia? ¿Por solo haber oido ó leido algun sofisma, renegaréis alegremente de la fe de vuestros padres, y cerraréis vuestros oidos á la voz de los que os invitan á que hagais sobre ella un exámen serio y profundo? ¡Que temeridad, y al mismo tiempo que obstinacion! ¡Qué! no ha de tener esta Relijion tan magnífica en sus promesas, tan pura en su moral, tan fecunda en virtudes, tan poderosa sobre el corazon de los pueblos que sucesivamente ha atraido á sí, tan admirable por su extension que abraza el mundo entero, como por su constante duracion en medio de las revoluciones del tiempo que destruye todo lo que es humano; esta Relijion tan respetable para esa multitud de grandes injenios que la han profesado durante

diez y ocho siglos, no ha de tener, digo, nada que os interese, y nada que pueda haceros temer arriesgar un paso peligroso desertando de ella. ¿Donde pues está el respeto que debeis á la memoria de vuestros padres, á la autoridad de tantos hombres grandes, y á las virtudes de tantos ilustres personajes? Todos los hombres mas eminentes, así en injenio como en virtudes, y mas estraordinarios por su saber y su talento que ha habido de mil y ochocientos años á esta parte, y aun aquellos mismos mas interesados por su orgullo en descubrir falsedad en la relijion cristiana, todos la han discutido, la han examinado y profundizado bajo de todos aspectos; y todos por último han creido en ella sinceramente: ¿y no tendrá para vosotros ningun valor el voto de todos estos hombres? ¡Ni aun sospechais siquiera que una relijion capaz de subyugar tantos entendimientos sublimes y de elevar la debilidad humana á un grado

tan alto de perfeccion, está dotada de una fuerza secreta y enteramente divina, y que es imposible que esté envenenada la fuente de donde corren aguas tan puras! Yo no me arrojaré á deciros que estas contradicciones sean bastante poderosas para determinar vuestra creencia; ¿pero no servirán á lo ménos para infundiros alguna desconfianza acerca de vuestra incredulidad? Yo no os prescribo, repito, una creencia sin exámen; pero si por una deplorable ceguedad habeis pasado de la luz á las tinieblas, si habeis venido á parar á una irrelijion declarada, os recordaré aquellas palabras de un ilustre escritor de nuestros dias, vuelto á la Relijion despues de muchos años de estravío (1): «He creido, porque he examinado: exa-«minad como yo, y creeréis.»

Acaso diréis alguna vez que envidiais la suerte de los que estan convencidos, y tienen la felicidad de ser cristianos; que querríais creer como

(1) La Harpe.

ellos, pero que no está en vuestra mano; lenguaje poco sincero con que os engañais á vosotros mismos, pero que no puede engañarnos á nosotros. No, no teneis un deseo verdadero de creer en la Relijion; y sino decidme: ¿que es lo que haceis para llegar á convenceros? Recojeis con ansia cuanto le es contrario, y desechais con desden cuanto la favorece; teneis contínuamente en vuestras manos libros que solo respiran impiedad y amor á los placeres, y léjos de vosotros los que estan consagrados á la defensa del cristianismo; descuidais la aclaracion de vuestras dudas, no pedis la solucion de vuestros argumentos, y jamas estudiais los títulos fundamentales del cristianismo. Y ¡quereis con esto llegar á creer! Confesad que sois incrédulos sin saber por qué, y convenid en que os habeis decidido á serlo sin motivos perentorios, ó mas bien solo por razones frívolas; es decir, que habeis llegado á ser incrédulos, y que real y

verdaderamente continuais siéndolo por un esceso de credulidad.

¿Quereis que os tenga por racionales? Haced uso de vuestra razon, citad ante su tribunal vuestras opiniones tan lijeras como inciertas acerca del cristianismo: servios de todo vuestro entendimiento para aclarar vuestras dudas, para conocer perfectamente lo que solo conoceis de un modo imperfecto, y dirijíos ante todo al padre de las luces para que os ilumine en las tinieblas. Pedidle, como San Agustin, conocerle y conoceros, *noverim te, noverim me*. En efécto, Señores, siendo Dios el primero de los seres, la Relijion es la primera de todas las cosas. En las ciencias naturales hallaréis sin duda mucho de que alimentar vuestra curiosidad, mucho con que ocupar y hacer agradables vuestros ocios, y con que ser útiles ademas á vuestros semejantes; pero lo que reprime el vicio, arregla la conducta, consuela en las desgracias, hace al hombre bueno, feliz y

superior á las tempestades de las pasiones, como á las revolucio nes del tiempo, es preciso buscarlo en una rejion superior á la que habitamos, y pedirlo á esta Relijion celestial que fija el alma por la fe, la sostiene por la esperanza, y la perfecciona por la caridad, y es una áncora de salvacion en medio de todas las tempestades, rota la cual nada queda que esperar sino el mas triste naufrajio.

Queda probado que la incredulidad de los jóvenes no es ilustrada, y ahora añado que no es sincera.

La conviccion íntima é inmutable del verdadero cristiano es, Señores, una cosa muy digna de nuestra atencion. En unos se manifiesta por su conducta, por sus acciones, por sus discursos, por las virtudes que prescribe, y aun por la misma perfeccion que ella aconseja, y hace practicar: en otros se conserva aun en medio de aquellas pasiones que intentan destruirla, y de los estravíos que parece deberian

aniquilarla. Creyentes estos en espíritu, pero débiles de corazon, no practican lo que creen, y son ciertamente inconsecuentes, pero no incrédulos. ¿Que cristiano hay que al llegar al término de la vida se arrepienta de haberlo sido, y que temiendo haberse engañado en su creencia, se sienta inclinado á hacerse incrédulo por conciencia, y á abjurar el cristianismo por agradar á la Divinidad? O por mejor decir, ¿quien será el que no se regocije de haber permanecido fiel á la Relijion y á los deberes que impone? Pero ¿sucede esto en la incredulidad? No ciertamente.

En vano aparentan los jóvenes incrédulos una grande seguridad en su opinion; en vano toman el tono mas decisivo, y tratan con un soberbio desden todo lo que es creencia y prácticas relijiosas: nada son para mí todas esas exterioridades de una conviccion aparente; porque veo en ellas mas bien la máscara de la persuasion, que la persuasion misma: consultemos sino la

experiencia, y ella nos enseñará que muy frecuentemente parecen incrédulos sin serlo en realidad. ¡Cuantas veces en efecto dominado un jóven por respetos humanos, aplaude una blasfemia que reprueba en el fondo de su corazon! ¡Cuantas veces no le arrastra mas allá de lo que pensaba la manía de parecer hombre de injenio, y el deseo de soltar un dicho picante, aunque impío, y cuantas circunstancias no descubren aun sin que él mismo lo advierta el fondo de sus verdaderos sentimientos! Si en uno de aquellos momentos en que mas se apaciguan las pasiones, y en que vuelto en sí conoce mejor la verdad, llega á acordarse de aquellos dias en que creyendo y practicando una misma cosa vivia tranquilo en la paz de una conciencia pura, entónces á pesar de su aparente incredulidad llorará un tiempo que ya no existe. Si ve á alguno de sus compañeros de edad cuyas obras demuestren su fe; modesto, laborioso, irreprensible y fiel á todos los deberes

de su relijion, entónces envidiará en secreto su suerte, y aun en el momento mismo en que por debilidad se burle de su piedad, sentirá no parecérsele: Si se le hacen algunas observaciones sobre su incredulidad, y sobre los débiles apoyos de lo que llama sus opiniones, si se le pide razon de los motivos que le han determinado, se le verá turbado y lleno de ajitacion. ¿Quien es en efecto el que tiene un sistema de incredulidad bien enlazado en todas sus partes, y fundado en principios bien luminosos? ¿En qué puede haberse fijado despues de haber traspasado los límites sagrados? Si no profesa el símbolo de los cristianos, díganos cual es su símbolo, qué es lo que ha conservado de la Relijion revelada, y qué lo que admite de la Relijion que llaman natural; pero hablemos francamente, ni sabe lo que cree ni lo que no cree, y fluctua y vacila combatido por toda clase de doctrinas. ¿Cual es en efecto el incrédulo que se halle penetrado de aquel fuerte convencimiento

que tienen de su Relijion tantos cristianos que la profesan con fidelidad, y que cumplen valerosamente sus deberes? ¡Cuantos no vemos que convertidos á la Relijion por la reflexion ó por la desgracia, han confesado injénuamente que solo eran incrédulos exterior y aparentemente!

¿Que vemos ademas en el curso ordinario de la vida? La prosperidad embriaga, las pasiones arrastran, la vanidad ciega, y entónces en cierta especie de delirio se olvida á Dios, su Relijion y sus leyes, se blasfema de todo, y los desgraciados que llegan á este estremo, se llaman ellos mismos incrédulos y creen serlo en efecto. Pero hiérales la desgracia con algun terrible golpe, y entónces se ve con asombro desvanecerse aquella incredulidad que parecia tan firme: pierda un esposo á una esposa querida, una madre á su hijo, un amigo á su amigo, y su irrelijion que tan constante parecia, se ve ya como acosada: los irrita la idea de no tener ya

vida el ser que era objeto de su ternura, y de estar ya reducido á la nada ó de ser cuando mas un polvo vil é insensible. Hay en este pensamiento cierta cosa que los desconsuela, y aun á su pesar se complacen en creer que no todo ha muerto con él, que alguna de sus partes le ha sobrevivido, y por un sentimiento natural que no pueden evitar, se abisman en una profunda meditacion y se entregan al pensamiento de un Dios, de una providencia y de una vida eterna; pensamiento que se aviva principalmente al tributar los últimos deberes á lo que hemos amado. Nunca quizá asaltan mas al hombre los sentimientos relijiosos que al verse en la morada de los muertos: jamas á la vista de un sepulcro dice que no hay Dios: no, humillado al contrario de su degradacion corporal á la vista de las reliquias y de los restos de sus semejantes, siente un dulce consuelo al considerar el destino de su alma inmortal, y procura salvarse de las borrascas del tiempo en el

puerto de la eternidad. En efecto, ¡con que facilidad, cuando se quiere reflexionar, nos conducen estas grandes y primeras ideas de un Dios y de una vida futura á la Relijion que nos enseña á adorar al uno, y á encontrar la felicicidad en la otra!

Ved pues de cuantas maneras se descubre la fe aun en aquellos mismos que parecen no tenerla ya. Sí, jóvenes incrédulos, vosotros creeis todavia mas de lo que quisiérais creer; y al mismo tiempo que vuestros discursos ultrajan la Relijion vive un resto de fe en la parte mas íntima de vuestro corazon; sentis dentro de vosotros mismos una cierta cosa que clama contra vuestro lenguaje, es un fuego oculto, pero no apagado, del que de tiempo en tiempo salta una chispa, cuya luz os sobresalta. Os hallais cuando mas en una especie de duda y de perplejidad, y esa misma imposibilidad de sufocar enteramente toda creencia á pesar de todos vuestros esfuerzos, atestigua altamente

cuan inseparable es de vosotros mismos el sentimiento relijioso. Acaso tambien disputais frecuentemente contra la relijion; pero esos mismos argumentos descubren vuestro deseo de tranquilizaros en vuestra irrelijion: quisiérais en fin hallar aquella calma, aquella luz y aquella adhesion imperturbable del espíritu, en que consiste la conviccion, pero que no teneis. Se ha dicho de un poeta voluptuoso que mezcla en las pinturas del placer los recuerdos de la muerte, *hablaria ménos de ella si no la temiese*: ¿y no podríamos decir de vosotros, que disputaríais ménos contra el cristianismo, si os halláseis mas libres de los temores que os inspira? ¿Quisiérais que la muerte os sorprendiese en este estado de incredulidad, ó no procurais mas bien tranquilizaros con la vaga esperanza de examinar algun dia la Relijion, y de volver á ella? ¿Y no son estas disposiciones secretas, aunque frecuentemente imperceptibles, la prueba, como dice Tertuliano,

de una alma naturalmente cristiana?" Luego vuestra incredulidad no es constante ni sincera.

Pasemos al tercer punto, á saber, que la incredulidad de los jóvenes no está fundada en motivos puros ni desinteresada.

Al ver á un incrédulo, que despues de haber andado estraviado por largo tiempo en los senderos de la irrelijion y del vicio, vuelve por fin al cristianismo, al ver que le profesa públicamente, que le practica, y que sujeta sus costumbres al yugo del Evanjelio, confieso que semejante conversion me admira y me conmueve, porque todo me obliga á creerla sincera. ¿Que interes en efecto puede tener en abandonar unas opiniones cómodas por una relijion, pura á la verdad, pero en contradiccion con sus inclinaciones? ¿Como ha sido subyugado este entendimiento rebelde? Aquí es donde yo admiro el imperio de esa Relijion que domina el entendimiento y el corazon,

y no puedo ménos de atribuir tan maravilloso cambio á motivos muy puros, porque las pasiones no estan interesadas en él como lo estan en el del hombre que pasa de la Relijion á la indiferencia ó á la incredulidad positiva.

Si los jóvenes incrédulos pudieran estar bien convencidos de haberse decidido al partido de la filosofía irrelijiosa del siglo por amor á la verdad y á la virtud; si despues de haber abandonado el cristianismo se hiciesen mas circunspectos en sus discursos, mas aplicados á sus deberes, si fuesen mas severos en sus costumbres, y mas irreprensibles en su conducta, quizá entónces podria persuadirme de que ningun interes humano los habia llevado á la incredulidad. Pero seamos sinceros: ¿hay acaso algun jóven que se haga incrédulo solo por ser mejor, que abjure el cristianismo por salir de algun hábito criminal, y que rompa el freno de la Relijion solo para romper el de alguna pasion inveterada? ¿No es al

contrario hablando en jeneral la época de su irrelijion la del principio de una conducta desarreglada? Antes que el amor al placer se apodere del alma de un jóven, ama y respeta la Relijion; pero cuando para entregarse á sus pasiones quiere sacudir el yugo del deber, empieza sacudiendo el de una relijion importuna, y busca en máximas mas cómodas los medios de tranquilizar su conciencia, y de calmar sus inquietudes: un corazon estraviado por las pasiones tiene siempre razones secretas para tener por falso lo que es verdadero: del fondo de la naturaleza corrompida se levantan nubes que oscurecen la intelijencia, y en este estado se cree fácilmente lo que se desea; pues cuando el corazon se entrega al placer que seduce, el entendimiento se abandona gustoso al error que le justifica. Si, Señores, las únicas razones del incrédulo son frecuentemente sus mismas pasiones.

Unos, arrebatados por el orgullo,

por no sé que amor desenfrenado de independencia, y enemigos de toda sujecion, aspiran tan solo á sacudir todo yugo, aun el de la Divinidad, y sintiéndose casi humillados en reconocer por señor al Rey del Cielo y de la tierra, parecen unirse á la turba de insensatos de que habla el Profeta para decir con ellos: «Yo no dependo mas «que de mi solo; libre en mis senti«mientos, ¿quien me impedirá manifes«tarlos? Soy dueño de mis labios, todo «freno me es odioso, y yo sabré rom«perle. *Labia nostra à nobis sunt.* Quien «tiene derecho de imponerme silencio «y de arreglar mis acciones? ¿quien me «manda? *quis noster Dominus est* (1).» ¿Y podrá, decidme, un hombre semejante aficionarse á una relijion que no respira mas que sumision y sencillez, y que quiere enseñarnos á ser pacíficos y humildes de corazon? No; estos son incrédulos por orgullo. Otros se entregan á todos los escesos de una

(1) Salm. XI, 5.

naturaleza corrompida ; levántase al principio en su corazon una guerra intestina; se traba el combate de la virtud contra el vicio ; y fatigados de esta lucha, y queriendo vivir sin turbacion, se lanzan en la incredulidad como en un asilo contra los remordimientos; ¿pero viviendo apénas como hombres, podrán pensar como cristianos? No, estos son incrédulos por corrupcion. Hay por último otros que sin entregarse á lo mas vergonzoso y brutal de la disolucion, aborrecen sin embargo toda sujecion, y quieren dejar correr libremente su entendimiento y su imajinacion: estos no conocen mas reglas que sus gustos y sus caprichos ; necesitan un placer dulce, una vida sin contradiccion, una série de placeres delicados á que se aficionan acaso tanto mas cuanto son ménos groseros: ¿Y se sujetarán á una Relijion que exije tantos sacrificios? No, estos son incrédulos por molicie. Sí, Señores, de todos los enemigos

del cristianismo puede decirse en jeneral lo que la Bruyère ha dicho mas particularmente de los Ateos (1): «Yo «quisiera oir á un hombre sobrio, mo«derado, casto y justo, decir que no hay «Dios; á lo ménos este hablaria sin «interes; pero semejante hombre no se «encuentra.»

Sed ahora, Señores, vosotros mismos los jueces. Si es cierto lo que acabamos de sentar, si los motivos de la incredulidad de los jóvenes son únicamente sus mismas pasiones, si aunque tengan en sus labios el lenguaje de la conviccion, no la sienten en el fondo de su corazon; si se han hecho incrédulos solo por lijereza y sin reflexion; en una palabra, si su incredulidad no es ilustrada, sincera ni desinteresada, ¿podrán permanecer tranquilos en sus estravíos? ¿Podrán, si quieren obrar con juicio, dejar de someter su incredulidad á un nuevo

(1) *Caractères*, cap. XVI. *Des Esprits fort.*

exámen? Este es el fruto que esperamos del presente discurso.

Salid pues, Señores, salid de vuestra apatía; escuchad la voz que os invita á daros cuenta á vosotros mismos de vuestras opiniones demasiado precipitadas. ¿Será exijiros mucho pediros que os mostreis por fin racionales? Precaveos contra esos novadores impíos del último siglo que nos han dejado por herencia únicamente sistemas monstruosos. ¿Iréis siempre, jóvenes imprudentes, á beber en esas fuentes envenenadas? ¿A qué aguardais para desechar con horror todas esas teorías, que despues de haber sido confundidas tan manifiestamente por la experiencia, no deberian parecer ya sino sueños espantosos? Yo no intento negar á sus autores la ciencia ni el saber, no. Bien sé que entre ellos han brillado algunos á quienes la naturaleza habia prodigado todos sus dones: pero á los ojos del hombre honrado nada es el talento si no se hace buen

uso de él. Yo quiero antorchas que iluminen, y no hogueras que abrasen. Tampoco diré que los escritores del siglo de Luis XIV estuviesen exentos de las debilidades de la humanidad. No: las preocupaciones de la educacion, y el espíritu de secta ó de partido pudieron estraviarlos en algunos puntos de doctrina: tampoco fué siempre enteramente casta la pluma de muchos de ellos; pero á lo ménos no se hallarán en sus escritos esas máximas perversas que confunden el vicio con la virtud, que rompen el yugo de toda relijion, y arrebatando al crímen sus terrores, á la virtud sus esperanzas, á la desgracia sus consuelos; su apoyo á la moral, y su base esencial á la sociedad, seducen á los pueblos, y los conducen á un trastorno universal. Cuando en el centro de esta capital se hacia el apoteosis del patriarca de los presuntuosos injenios incrédulos, entónces era cuando se escarnecia todo lo mas sagrado que hay entre los hombres: entónces, entónces se

atraia sobre la relijion y sobre sus altares y sus ministros el odio, el desprecio y todos los furores; y entónces se minaban filosóficamente hasta por los cimientos todas las instituciones de la patria. Entónces era cuando los novadores con el *Contrato social* en la mano pretendian emancipar la naturaleza humana, y conducirla á una independencia que solo podia realizarse uniendo la ferocidad del salvaje á la depravacion de hombre civilizado. Pero yo no sé que las furias de la anarquía hayan invocado jamas por patronos á Descartes, á Pascal, á Bossuet, á Fenelon, á Racine, á Corneille, á la Bruyère, á Massillon, á Lamoignon, ni á d'Aguesseau. La blasfemia no era un juguete para estos grandes hombres, ni la indiferencia por la relijion era para ellos valentía de alma. A vosotros, ó jóvenes franceses, á vuestras almas jenerosas recuerdo estos grandes personajes: sean siempre sus principios los vuestros: si alguna vez se estraviaron en su con-

ducta, evitad vosotros sus estravios, mostrándoos así mejores que vuestros modelos: su fe perfeccionó sus virtudes sin perjudicar en nada el vuelo de su injenio; pues á la verdad no era irrelijioso el que dió á luz la trajedia de Athalia, esa obra maestra de la poesía francesa. Sigamos sus nobles ejemplos: rejenerada entónces la Francia, presentará á la Europa atónita el mas hermoso de todos los espectáculos: el de un pueblo que sabe unir costumbres severas al brillo de las cualidades militares, aprovecharse de sus estravíos para hacerse mejor, y hallar en sus mismos infortunios un manantial de nuevas prosperidades.

LOS HOMBRES ILUSTRES

DEL

CRISTIANISMO.

En un siglo en que parece preferirse la ciencia á la virtud y las apariencias del talento á las buenas costumbres, nada puede ser mas funesto á la relijion que la falsa idea de ser solo el patrimonio de los hombres sencillos y crédulos; de poder cualquiera con una crítica ilustrada, un poco de carácter, alguna enerjía en el raciocinio y un poco de filosofía sobreponerse á la creencia vulgar; de ser cierto que el Cristianismo contaba en otro tiempo entre sus partidarios personajes famosos por su injenio y sus virtudes, pero que eran solo cristianos de circunstancias, y no

por convicion, que estaban dominados por las preocupaciones de la infancia, guiados por el interes y contenidos por la política, y últimamente que aun no habia brillado esa filosofía, que debia ser la gloria del siglo diez y ocho, y disipar todos los errores para establecer el reinado de sola la verdad.

Si escuchais á nuestros pensadores modernos, os dirán sin rodeos que ellos solos poseen los tesoros de la ciencia que ántes de ellos la razon estaba en cierto modo eclipsada por las sombras del error y de la supersticion, y que la era del entendimiento humano solo empieza verdaderamente en la época de su feliz aparicion sobre la tierra En los cristianos de todas las edades no ven mas que un vulgo crédulo y supersticioso: si les recordais los cristianos de la Iglesia naciente, y les haceis observar que no debieron abandonar una relijion tan suave, tan acomodada á las pasiones, y tan profundamente arraigada como el paganismo

por abrazar una doctrina tan pura, tan severa y tan circundada de peligros y de persecuciones como la del Evanjelio, sino arrastrados, por decirlo así, por los mas poderosos motivos, os responderán que aquellos cristianos eran hombres ignorantes y groseros, hombres sin ciencia ni crítica, é incapaces de reflexion y de exámen. Si les citais esos personajes ilustres que han brillado en los primeros tiempos del cristianismo, y á quienes se conoce con el nombre de *Padres de la Iglesia*, quizá algun jóven incrédulo se sonreirá de compasion mirándolos como teólogos bárbaros sin gusto ni finura, que discertan fastidiosamente sobre sutilezas escolásticas, y de los que ningun caso debe hacer un hombre de talento. Si por último les traeis á la memoria esa série de grandes injenios que desde la restauracion de las letras en Europa han profesado el cristianismo, se atreverán á suscitar dudas sobre su fe, graduándola de sospechosa ó poco

ilustrada, cuando no la miren solo como un tributo pagado por los grandes hombres á la debilidad humana; de modo que en su sentir solo los presumidos injenios incrédulos del siglo que acaba de pasar, y los que se declaran ya discípulos suyos, son los dignos maestros del jénero humano, y ellos solos los que rodeados de nuevas luces fruto de nuevos descubrimientos, tienen derecho á que se les escuche como los oráculos de la razon.

¡Con qué ansia escucha una juventud inconsiderada estas halagüeñas mentiras! ¡Con que placer se entrega á esas aserciones vagas y pérfidas que se dirijen á libertarla del yugo de una relijion importuna á sus pasiones predilectas! Si encuentra hombres irrelijiosos que se hayan distinguido en el mundo sabio y literario, le subyuga al momento su reputacion de ciencia é ilustracion: olvida todos los hombres grandes que la relijion ha tenido á su favor en los siglos pasados: se persuade

de que la fe no puede hermanarse con la ciencia y con las luces, y le falta poco para decir:

Yerro es creer en Dios, que solo ha sido
allá á nuestros abuelos permitido.

Examinemos todas estas pretensiones de la incredulidad moderna. Al efecto tratarémos en esta primera conferencia de los grandes hombres que han profesado el cristianismo, y en la siguiente verémos lo que se debe pensar de esos incrédulos tenidos por hombres de injenio.

¿Será pues cierto que la primitiva Iglesia solo estaba compuesta de cristianos de las últimas clases de la sociedad? ¿Lo será que los Doctores y Padres de la Iglesia cristiana no tienen autoridad alguna á favor de la relijion? ¿Y será verdad por último que en nada ó casi en nada debe tenerse la fe de los grandes injenios que han sido cristianos en Europa de tres

siglos á esta parte? He aquí tres cuestiones que van á ser objeto de esta conferencia.

Si algun presuntuoso incrédulo nos hiciese la observacion de que los Apóstoles escojidos por Jesucristo para ser los primeros fundadores de su relijion eran hombres sin educacion ni ciencia, léjos nosotros de negarlo, lo confesaríamos públicamente. Sí, Señores. Los Apóstoles no tenian por su nacimiento y condicion mas patrimonio que la ignorancia; no habian sido formados en las escuelas de Roma ni de Aténas; no estaban iniciados en los secretos de la naturaleza; les era desconocida la política, y eran débiles, pobres y sin crédito: sin embargo, esos doce ignorantes, esos pocos miserables pescadores de las orillas del Jordan, mas groseros y ménos astutos que los que habitan las riberas de nuestros rios, nos presentan el raro fenómeno de haber empezado en el mundo relijioso y moral

esta asombrosa revolucion que dura y se perpetúa hace diez y ocho siglos, y que todos los sábios de la Grecia apénas se hubieran atrevido á intentar en una sola ciudad; circunstancia que, como hemos demostrado en un discurso particular, descubre por sí sola en el cristianismo una solidez enteramente divina.

Si lleno de un soberbio desden aun nos repusiese un sábio del siglo, que los Apóstoles no habian procurado ilustrar mas que á los pobres, á los ignorantes y á los hombres oscuros del vulgo, en lugar de sonrojarnos por eso de la relijion, en ello mismo revindicaríamos nosotros uno de los mas gloriosos títulos que le pertenecen, y que tanto la elevan sobre la filosofía humana. En efecto, la relijion no ha ilustrado solamente á unas cuantas escuelas frecuentadas por los ricos y los afortunados del mundo; no, Señores, sus divinas lecciones se han hecho para todos; y como derivada

del Padre comun de todos los hombres, á todos, sin escepcion de clases, debia llevar la luz, la virtud y los consuelos; y por esto dijo San Agustin que Dios se habia manifestado á los hombres con una bondad en cierto modo popular, *populari quâdam clementiâ* (1). ¿Péro será cierto por último que la Iglesia naciente solo tuvo partidarios entre las clases mas pobres y mas oscuras? La incredulidad así lo supone; pero la historia dice lo contrario.

Abramos nuestros Evanjelios, y verémos que Jesucristo, aun durante su vida, contaba entre sus discípulos á Nicodemus, uno de los jefes de su nacion; á Zacheo, hombre rico y jefe de los Publicanos; á Jair, Príncipe de la Sinagoga; á José de Arimathea, noble Decurion, y á otros muchos personajes judíos, á quienes el temor

(1) *Contra Academ.* lib. III, cap. XIX, núm. 42. Bossuet, primer sermon, *sur la nativité de J. C.* hácia el fin.

impedia declararse abiertamente por él: verémos que apénas los Apóstoles dan principio á su mision en medio de la Judéa, cuentan ya en el número de sus discípulos á hombres ricos que venden sus bienes para socorrer á los indijentes y á los desgraciados; y verémos tambien someterse al Evanjelio un gran número de sacerdotes, es decir, lo mas ilustrado que habia en toda la nacion. Sigámoslos en sus viajes evanjélicos, y entre los paganos ó judíos convertidos hallarémos en el camino de Gaza al valido de la Reina de Etiopia, hombre poderoso, y superintendente de todos sus tesoros; en Cesarea al Centurion Cornelio; en Papho al Proconsul Romano Serjio Paulo; en Aténas á Dionisio, miembro del Areopago; en Epheso á Apolo, varon elocuente, y ademas á aquellos hombres curiosos de saber los secretos de la naturaleza, á quienes San Pablo hizo quemar los libros de una ciencia frívola, aunque eran de un precio considerable; en Corinto á Crispo,

jefe de la Sinagoga, y á Erasto, tesorero de la ciudad; en Roma á muchos de la casa del César; en Tesalónica á aquellos judíos bastante hábiles para comparar la ley cristiana con los libros del antiguo testamento; en Colosas á los que eran bastante instruidos para que hubiese necesidad de advertirles que no se dejasen seducir por una vana y falsa filosofía, y por último en diferentes parajes á aquellas mujeres distinguidas por su nacimiento y su clase, á quienes San Pablo y San Pedro exhortaban á abstenerse de peinados elegantes y de trajes magníficos. Nadie puede tener á los cristianos que acabo de nombrar por hombres ignorantes y comunes, así como tampoco dudar que ademas de estos habria otros muchos cuyos nombres no han llegado hasta nosotros. Entre nuestros escritores sagrados hallamos á San Lucas, médico de profesion, cuyo estilo mas puro denota un entendimiento cultivado por una educacion mas

esmerada que los demas Evanjelistas. San Pablo era un sábio en su secta, y no ignoraba las letras humanas, pues cita pasajes de tres poetas paganos, Eurípides, Arato y Epiménides; y el historiador de los Apóstoles nos suministra, á lo que parece, una prueba de su elocuencia cuando nos refiere que en Listra le tuvieron por Mercurio, por cuanto era el que llevaba la palabra (1). Podria citar ademas á los Clementes de Roma, á los Ignacios de Antioquía, á los Policarpos de Smirna, discípulos de los mismos Apóstoles, los cuales nos han dejado algunos escritos, y fueron mártires de la relijion despues de haber sido sus defensores. Así es que apénas los Apóstoles habian concluido su carrera, decia ya el pagano Plinio el jóven, Gobernador de Bitinia, al Emperador Trajano (2), en una carta que todo el mundo puede leer, que el cristianismo

(1) Act. apost. XIV, 11.
(2) Epist. XCVI.

se habia propagado entre personas de todas clases y condiciones, *omnis ordinis.* ¿En donde pues ha descubierto la incredulidad que el cristianismo no tuvo en su oríjen mas partidarios que hombres de las clases mas bajas y ménos ilustradas?

Los Griegos engreidos con su vana sabiduría se gloriaban de la ciencia de sus filósofos, y de la elocuencia de sus oradores, y he aquí la razon por que San Pablo escribia á los Corintios, que toda aquella ciencia humana no habia sido capaz de sacar á los pueblos de su ignorancia y de sus estravíos; que para mas hacer resaltar la eficacia de su divina palabra habia escojido Dios para anunciarla no á los doctos y á los sábios del siglo, sino que habia llamado á los ménos sábios segun el mundo para confundir á los sábios, y á los débiles para confundir á los poderosos: es cierto que dice que entre los cristianos llamados á la fe no habia muchos

distinguidos por el nacimiento, por la ciencia ni por las dignidades, *non multi* (1); pero no dice que no hubiese entre ellos ninguno de estas clases, segun hace observar Oríjenes (2). En la sociedad cristiana sucedia entónces y sucede hoy lo mismo que en la sociedad civil; el mayor número de los que la componen no son sábios, oradores, poderosos ni ricos, y esto mismo sucederá siempre en toda sociedad humana, atendida la inevitable desigualdad de condiciones. Concluyamos pues de todo esto, que es manifiestamente falso cuanto se dice de la ignorancia y grosería de los primeros cristianos.

Paso á la segunda cuestion: ¿ será cierto que los Padres de la Iglesia no tienen en esta materia autoridad alguna? Para hacer callar á esos espíritus frívolos y temerarios que quisieran tratar sin respeto á los Doctores de la

(1) I. Cor. 1, 26.

(2) *Contra Cels.* lib. III. núm. 48, 49.

Iglesia cristiana, me bastaria oponerles el testimonio que de ellos ha dado uno de los injenios mas grandes del siglo de Luis XIV. Oid pues lo que de ellos dice Fenelon en sus *Diálogos sobre la elocuencia* (1). «Eran injenios «elevadísimos, almas grandes llenas de «sentimientos heróicos, jentes que te«nian una maravillosa experiencia del ca«rácter y de las costumbres de los hom«bres, y que habian adquirido una gran«de autoridad y una grande facilidad «para hablar. Se descubre ademas que «eran muy cultos, es decir, perfecta«mente instruidos en todas las reglas «de la urbanidad, ya fuese para escri«bir, ya para hablar en público, para «la conversacion familiar, ó para cum«plir con todos los deberes de la vida «civil.» Es pues muy fácil probar que los Padres de la Iglesia, así llamados á causa de la grande autoridad que les dan sus escritos y virtudes, eran hombres

(1) Diál. III. Oeuvr. tom. XXI. pág. 102.

muy versados en las letras humanas y en todas las ciencias de su tiempo; que su creencia era fruto del exámen mas detenido y de la mas profunda conviccion, y que por lo tanto su testimonio es siempre de un gran peso á los ojos de todo hombre sensato. En efecto, ¡que série de ilustres personajes no presentan á nuestra vista los seis primeros siglos de la Iglesia cristiana!

San Justino, filósofo platónico distinguido por su ciencia, y por un hermoso injenio, y que no obstante las preocupaciones de la educacion y los peligros que cercaban á cuantos profesaban el Cristianismo, depone al pie de la cruz la vana sabiduría de las escuelas, abraza el Evanjelio, se hace su apolojista, y concluye siendo su mártir.

Tertuliano, nacido en medio del paganismo, talento robusto y fecundo, versadísimo en la jurisprudencia, en la antigüedad fabulosa, y en los principios de todas las sectas filosóficas.

San Clemente Alejandrino, que

poseído de un deseo inmenso de saber, viaja por la Grecia, por el Asia, la Siria y el Egipto; trata en estos paises á los hombres mas hábiles en cada clase, y termina sus expediciones científicas en Alejandria. Allí se entrega al estudio de la relijion, y llega á ser jefe de la academia cristiana establecida en aquella ciudad, escuela célebre, en la que segun san Jerónimo se sucedieron una série de maestros llenos de ciencia y de virtudes, é igualmente versados en las sagradas letras que en la literatura profana. Allí fué donde san Clemente compuso sus obras, y entre ellas su *Advertencia á los jentiles*, de la que tanto se han valido los historiadores de todas las edades y de todos los pueblos, todas las sectas de filósofos, y los poetas de todas las naciones.

Oríjenes, que á la edad de diez y ocho años era ya un portento de sabiduría, que fué la autorcha mas luminosa de su siglo, la admiracion de los filósofos paganos, y ante quien no se

atrevió á seguir hablando el filósofo Plotinio un dia que le vió entrar en su escuela. San Jerónimo nos dice (1) que era muy versado en la dialéctica, en la jeometría, en la gramática, en la retórica y la filosofía de todas las escuelas, y que reunia un concurso prodijioso de oyentes, á quienes con el aliciente de las ciencias humanas sabia atraer á la de la relijion.

Eusebio, uno de los mas doctos escritores que ha habido jamas, estimadísimo por su erudicion, y cuyos escritos suponen investigaciones inmensas.

A todos estos que acabo de nombrar, defensores todos de la Relijion contra los Judios y los paganos, podria añadir tambien los apolojistas siguientes: Teofilo de Antioquia, Arnobio, Lactancio, llamado el Ciceron Cristiano, Minucio Felix, que brilló en Roma por la elocuencia de sus defensas, y que luego que abrazó la relijion cristiana

(1) *De Script. Eccles.* núm. 34.

compuso en la de esta un hermoso diálogo que conservamos todavia; san Ireneo, san Cipriano, san Cirilo de Alejandria, san Basilio, san Atanasio, san Gregorio Nacianceno, san Crisóstomo, san Jerónimo, san Ambrosio, san Hilario, san Agustin, san Gregorio el grande con otros muchos, son tambien hombres cuyas obras no ménos que sus virtudes han sido consagradas por la veneracion de los siglos. Léanse algunos de sus escritos que nada tienen de raros ni voluminosos, como las *Epístolas* de san Jerónimo, *la Ciudad de Dios* de san Agustin, el *Discurso* dirijido á la juventud por san Basilio, *sobre la utilidad de los autores profanos*; y se verá que sus autores no ignoraban la literatura griega ni la latina, la historia, la fábula, ni los diversos ramos de conocimientos humanos de su tiempo; no nos admiremos pues de que un escritor célebre de nuestros dias haya dicho en el discurso preliminar que está al principio de la segunda parte de su

Curso de literatura (1) «que estaban muy «léjos Celso, Porfirio, y Symmaco de po«der competir en dialéctica con un Ter«tuliano, en ciencia con un Oríjenes, ni «en talento con un Agustin y un Cri«sóstomo.... ¿Que intelijente imparcial «no admirará en sus escritos aquella «mezcla feliz de elevacion y de dulzu«ra, de fuerza y de uncion, de hermo«sas mociones y de grandes ideas, y «en jeneral aquella locucion fácil y na«tural, uno de los caractéres distintivos «de los siglos que han formado época «en la historia de las letras?»

Convencidos ya, Señores, de no poder negar á los Padres de la Iglesia ni el talento ni la ciencia, ¿como dejarémos de reconocer la autoridad de estos ilustres personajes, hombres tan graves, tan reflexivos, tan virtuosos y tan incapaces de precipitacion en sus juicios como de hipocresia en su conducta?

(1) La Harpe. *Discours sur l'état des lettres depui la fin du siècle qui a suivi celui d'Auguste jusqu'au règne de Louis XIV.*

¿Se dirá que su fe era fruto de su ignorancia? No; no es posible; eran hombres muy ilustrados y muy sábios. ¿Se alegará que creyeron sin exámen? Tampoco: por el contrario, habian estudiado tan profundamente la relijion, que muchos de ellos han dejado doctísimas apolojías de ella; conocian todas las objeciones de sus enemigos, las exponen en sus escritos sin desfigurarlas, y disputan con tanta buena fe que nada disimulan, y ellos mismos nos han dado á conocer lo que oponian contra el cristianismo los judios y los paganos, tales como Celso, Porfirio, Juliano y Hierocles. ¿Se dirá que escribian por preocupaciones de la educacion? Mucho ménos. Gran número de ellos, como san Clemente de Alejandría, Tertuliano, san Cipriano, Arnobio, Lactancio y Minucio Felix, habian sido criados en el paganismo. ¿Y quien ignora que san Agustin estuvo entregado á todos los errores y á todos los placeres ántes de convertirse al cristianismo? ¿Se dirá que

se dejaron llevar del interes ó de la ambicion? ¿Pero que interes podia haber en abrazar en los tres primeros siglos de la Iglesia una relijion que solo atraia odios y persecuciones? ¡Que clase de ambicion podia ser la de unos hombres que huian de las dignidades eclesiásticas con mayor conato que el que la ambicion pone en buscarlas, que no las aceptaban sino temblando, para dedicarse en ellas á la práctica de todas las virtudes, á todos los trabajos apostólicos, y para vivir en ellas con la sencillez y pobreza de solitarios! Tales han sido los Basilios, los Gregorios Naciancenos, los Crisóstomos y otros muchos que ocuparon las primeras sillas en medio de las ciudades mas florecientes del imperio romano. ¿Se dirá por último que no tenian en el corazon la fe que profesaban exteriormente? A la verdad, Señores, que la prueba mas convincente de que se cree en el Evanjelio, es practicar lo mas puro y santo que contiene, así como el

testimonio mas vivo en favor de la relijion es padecer y morir por ella; ¿y no han sido mártires de su fe san Ireneo, san Justino y san Cipriano? ¿No fué san Atanasio desterrado por ella cinco veces? ¿No murió san Crisóstomo en el destierro? ¿No fué san Ambrosio el blanco de la persecucion de los Arrianos y de la Emperatriz Justina su protectora? ¿Y quien tuvo una vida mas pura y mas inocente que san Basilio y san Gregorio Nacianceno? Creo supérfluas mas pruebas acerca de la sinceridad de su creencia: queda pues suficientemente demostrado que la fe de los Padres de la Iglesia era efecto de la conviccion mas profunda, mas meditada, é ilustrada, y que es una insigne temeridad mirar con desprecio su autoridad.

¿Pero no se nos podrá decir: «tambien Aténas y Roma han producido es«celentes injenios que han profesado el «paganismo, tales como Sócrates, Pla«ton, Aristóteles, Ciceron, Varron, Sé«neca y Plutarco? ¿Y deberémos por eso

«ser nosotros paganos? Y si esta no es
«una razon para serlo, ¿por qué tampoco
«hemos de ser cristianos porque ántes
«de nosotros lo hayan sido los Padres
«de la Iglesia?» En esto, Señores, no cabe paralelo alguno. Que los filósofos se declarasen exteriormente á favor de supersticiones en que habian sido criados, que hallaron consagradas por el uso y por las leyes, y que ademas eran tan favorables á las pasiones de que léjos de estar exentos eran mas bien esclavos, es una cosa muy natural y muy comun; pero que injenios muy grandes, nacidos en el paganismo, se hiciesen cristianos á pesar de las preocupaciones de la infancia y de la educacion, del temor á las leyes, al destierro, á las prisiones y á la muerte, y aun contra el interes de las pasiones y el atractivo de los placeres; que estos grandes injenios, llenos de conocimientos y de crítica, permaneciesen convencidos de la verdad de los hechos evanjélicos; que perseverasen en una relijion que

todo lo tiene contra sí, si no tiene la verdad á su favor, y que practicasen las virtudes mas sublimes que ella inspira; es, Señores, una cosa admirable, y que solo puede ser efecto de una íntima conviccion, y fruto del exámen mas profundo y detenido. Para ser pagano bastaba seguir sus inclinaciones; pero para ser cristiano es preciso combatirlas. He citado á favor de la relijion hombres que creian en su doctrina hasta sacrificarlo todo por ella, miéntras que nadie ignora que los filósofos no creian en el paganismo, y que solo le respetaban en apariencia. En efecto, es un hecho que no trato de examinar, porque ninguna duda admite, que los sabios de la antigüedad pagana tenian dos doctrinas, una para ellos, y otra para el pueblo; y que si exteriormente obraban como la multitud, estaban muy distantes de pensar como ella. La historia ó los escritos de Sócrates, de Platon, de Ciceron y de Séneca atestiguan

que si estos respetaban por política ó por miedo las supersticiones populares, estaban muy léjos de hallarse convencidos de su realidad; y por esto los acusaba S. Pablo de haber retenido la verdad cautiva, y de haber conocido á Dios sin haberle tributado homenajes.

En todo caso, Señores, no es mi intencion presentaros ahora la autoridad de los Santos Padres como irrefragable en materias que no pertenecen á la relijion y buenas costumbres; pero confesad que es muy poderosa y de un gran peso para hacer impresion en cualquier hombre razonable. Uno de los mas escelentes injenios del mas escelente de todos los siglos, La Bruyère, no temió decir que se halla en las obras de los Santos Padres (1) «mas «arte y delicadeza, mas cultura y ta«lento, mas riqueza de espresion, y «mas nervio, rasgos mas vivos, y «gracias mas naturales que en la ma-

(1) *Caractères*, cap. XVI.

« yor parte de los libros que se leen « con gusto, y que acreditan y aun « envanecen á sus autores. ¡Que placer, « añade, amar la relijion y verla crei- « da, sostenida y esplicada por tan « grandes injenios, y por entendimien- « tos tan sólidos! »

Estamos ya en la tercera cuestion. ¿Es cierto que en nada debe tenerse el sufrajio de los grandes hombres que de tres siglos á esta parte han sido cristianos en Europa?

Si para tener derecho á hablar de los grandes hombres que han profesado el cristianismo en Europa en los tres últimos siglos, fuese necesario estar profundamente versado en los diferentes ramos de conocimientos que han cultivado con tanta gloria; conocer á fondo sus obras y su doctrina, y estar en estado de juzgar de ellas y de hacer resaltar su mérito y sus bellezas, deberíamos condenarnos al silencio acerca de muchos de los que voy á traer á vuestra memoria; pero os

ruego, Señores, reflexioneis que hay hombres cuyos nombres estan consagrados por el tiempo y por los homenajes de la imparcial posteridad. Solo el nombrarlos es escitar en las almas, aun de los que no han leido sus obras, sentimientos de admiracion, y recordarles los talentos é injenios mas sublimes que ha producido la humanidad. No tratamos de ofrecer á vuestro respeto ídolos forjados por el espíritu de partido, y derrocarlos luego por la verdad; de sacar del olvido nombres oscuros, ni de prevalernos del testimonio de escritores desconocidos, ó de una reputacion dudosa; ántes bien consentimos en no citar aquí á ninguno de aquellos escritores de una clase inferior, aunque estimables, hábiles y sabios. ¡Pero que série de grandes hombres voy á presentaros, aunque no es mi ánimo nombrar á todos (1)!

(1) Cualquiera que reflexione, que el Señor Obispo de Hermópolis escribia estos discursos.

En las ciencias intelectuales y metafísicas y en la alta filosofía, ¡que sublimidad la de Bacon, la de Pascal, la de de Arnauld, de Locke, de Descartes, de Mallebranche, de Clarke y de Leibnitz!

¡Que crítica, que erudicion, que

para batir en brecha á los filósofos impíos, á los incrédulos, ateistas y deistas que niegan toda revelacion, y para quienes es indiferente creer ó no creer, no deberá estrañar que entre los grandes personajes del cristianismo que se han citado en comprobacion de ella, se valga tambien S. E. en esta cuestion y en el discurso siguiente de la nombradía de algunos heterodoxos, cismáticos y protestantes, que aunque enemigos de la iglesia romana, y disidentes en varios puntos del dogma y de la doctrina católica, al fin creen en Jesucristo, y en la vida futura; estan acordes en varios artículos capitales del catolicismo; y son por eso ménos sospechosos á los incrédulos, impíos y demas sectas referidas, siendo su testimonio para esta casta de gentes del mayor peso y autoridad. Téngase presente esta nota siempre que el Autor cite en apoyo de las verdades que asienta á los que todo católico conoce por cismáticos, protestantes y heterodoxos, ó á lo ménos sospechosos de herejía por sus doctrinas peligrosas, y cuyos escritos en parte *redolent jansenismum.*

extension tan vasta de conocimientos la de un Erasmo, de un Usserio, de un Baronio, de un Duperron, de un Renaudot, de un Tomassino, de un Tillermont, de un Montfaucon, de un Mabillon, de un Sirmond, de un Petavio, de un Bochart, de un Vossio, de un Huet y de un Fleury!

¡Que fondo de doctrina en los jurisconsultos, en los publicistas y majistrados como Tomas More, l'Hopital, Dumoulin, Talon, Bignon, Seguier, Le Tellier, Pussort, Grocio, Puffendorf, Lamoignon, Domat, y d'Aguesseau!

¡Que talentos singulares, que poetas, que oradores y que escritores el Tasso, Malherbe, Bossuet, Fenelon, Bourdaloue, Massillon, Corneille, Racine, Boileau, Lafontaine, Polignac, La Bruyère, Addisson y Juan-Bautista Rousseau!

En las ciencias naturales, físicas, y matemáticas, creo que son bastante esclarecidos los nombres de Copérnico, de Galileo, de Newton, de Kepler, de Boyle, de Boherhaave, de Hoffman, de

Sidenham, de Vanswieten, de Haller, de Jussieu, de Reaumur, de Linneo, de Bernoulli, de La Caille y de Euler.

Si quisiese nombrar á los grandes políticos, á los grandes capitanes y grandes artistas que han sido cristianos, y cristianos piadosísimos, ¡que nueva lista podria formar de nombres para siempre memorables! No dejaré sin embargo de haceros presente, aunque de paso, que no fueron impíos aquellos hombres ilustres cuyo elojio ha hecho Fontenelle.

¡Cuan consolador es, Señores, para un cristiano advertir que no hace mas que caminar por las huellas de tantos grandes injenios! ¿Y deberá cuando se ve precedido en la fe por los hombres mas grandes y mas sublimes aflijirse por el murmullo de todos esos sofistas modernos que nos acusan de simples y de crédulos? He citado hombres de un injenio superior, y tales, que si han tenido iguales, muy pocos los han sobrepujado. Si ciertos nova-

dores ó espíritus singulares han insultado su memoria en algunos momentos de desvarío, su nombre sin embargo ha triunfado de las injurias de la envidia, como de las del tiempo; y los ultrajes de un delirio pasajero no han conseguido otra cosa que hacer mas profunda y unánime la veneracion que merecian su talento y sus virtudes.

¿Y qué se ha imajinado para eludir ó debilitar la autoridad de estos grandes hombres á favor de la relijion? Se ha dicho primeramente que no habian examinado las cosas con la severidad de una crítica rigurosa; que todo su cristianismo dependia mas del nacimiento y de la educacion que de la razon, y por consiguiente que su fe no era ilustrada. Se ha dicho tambien que guiados por sentimientos de cierta condescendencia para con las opiniones erróneas, habian profesado por política ó por miedo una relijion en que no creian, y que por

tanto su fe no era sincera. Se ha dicho no ménos que los grandes hombres que he citado no estaban acordes sobre los puntos de su creencia, pues unos eran católicos y otros protestantes; y que así su fe no era uniforme. Por último, se ha dicho que su autoridad á favor de la relijion está contrapesada por la de los eruditos que se han declarado contra ella. Esto es, Señores, á mi parecer todo lo que se puede objetar.

Se dice primeramente que su fe no era ilustrada; pero sin hablar particularmente de los escritores del estado eclesiástico que por razon de su ministerio y por la naturaleza de sus estudios particulares estaban profundamente versados en la ciencia de la relijion, como los Polignac, los Fenelon, los Bossuet, los Huet, los Mabillon y otros muchos, ¡cuantos no podria citar de entre los grandes hombres, dedicados mas especialmente á las letras y á las ciencias humanas,

que estaban perfectamente instruidos en las materias de la relijion! El que primero se presenta á la cabeza de las ciencias humanas entre los modernos, Bacon, ha dado en sus obras pruebas de su vasto saber en esta materia : el físico, el jeómetra Pascal, ha dejado acerca de la relijion *Pensamientos* cuya sublimidad asombra. El famoso médico Boerhaave era muy versado en la lengua caldea y en la hebrea, y en la crítica del nuevo y del viejo Testamento: el padre de la física experimental, Boyle, se ha mostrado en muchos escritos panejirista ilustrado de la revelacion; el metafísico Loke compuso su *Cristianismo razonable.* El sublime físico Newton hizo un tratado sobre la concordancia de los Evanjelios; el sábio jurisconsulto Grocio compuso un escelente *Tratado de la verdad de la Relijion*: es bien conocido tambien el hermoso capítulo de La Bruyère acerca de los *Espíritus fuertes*. Leibnitz y d'Aguesseau eran muy sabios teólogos: el

literato Addisson ha expuesto en una obra particular las pruebas del cristianismo: Hoffman, uno de los mas grandes médicos que jamas ha habido, y Haller, uno de los mas grandes fisiolojistas, han dejado uno y otro diversos escritos contra los incrédulos: el ideólogo, el naturalista Carlos Bonnet, ha compuesto sus *Indagaciones filosóficas acerca del cristianismo*. En fin, el primer jeómetra del siglo XVIII, Euler, ha dejado *Cartas* llenas de ideas escelentes contra los ateos y los deistas. ¿Y se nos dirá despues de esto que la fe de estos ilustres escritores no era ilustrada? Miraban con un interes demasiado vivo la relijion, y como un deber demasiado serio el practicarla para que no fuese objeto de sus reflexiones y de su estudio. Así pues yo no sé como calificar la acusacion que se hace á estos grandes hombres de no haber sido su fe examinada por la razon.

Mas infundado todavía es decir

que estos grandes hombres aparentaban creer, pero que no creian en la realidad. ¿En qué se funda en efecto tan grave acusacion? ¿Cuales son sus pruebas? No nos contentemos con lijeras conjeturas: no, Señores, se necesitan pruebas incontestables. Cuando en el comercio de la vida pasaria por un insigne calumniador el que sin motivo lejítimo se propasase á hacer sospechosa la fe de un hombre cualquiera, ¿como deberémos calificar los indignos manejos de esos sofistas que nos presentan como charlatanes á los mas célebres defensores y panejiristas de la relijion? Cuando su fe, sus escritos, su vida así pública como privada, sus virtudes, su muerte, la opinion misma de sus contemporáneos deponen á su favor; cuando todo nos dice que eran tan cristianos en el corazon como exteriormente, ¿será permitido á vanos detractores convertirlos en hipócritas sin el menor motivo ni aun aparente, y solo porque á ellos les

agrade ser impíos, y porque se reconozcan humillados á la vista de tantos grandes hombres, y como abrumados con el peso de su injenio y de sus virtudes?

Es conocer muy mal el corazon humano imajinar que tan grandes personajes habrian de haber sido impíos, sin dejar traslucir su impiedad en sus escritos; en sus conversaciones ó en sus cartas; en ese comercio de la amistad en que el corazon se desahoga enteramente. La probidad tiene un carácter peculiar, y la verdad rasgos característicos que no puede contrahacer la impostura. El hipócrita se da siempre á conocer en alguna cosa sin advertirlo él mismo; pero cuando la conducta de un grande escritor está de acuerdo con sus escritos, cuando nada hay positivo ni incontestable en que fundar la sospecha de hipocresía; ¿que deberémos pensar del que se atreviese á intentar hacerle tal acusacion?

Es cierto que ha habido escritores ó personajes que han aparecido con lucimiento en la escena del mundo, y cuya fe es sin embargo sospechosa; pero esto es cosa que nadie ignora, ya porque se infiera de sus mismos escritos, ya porque sus confianzas se hayan hecho despues públicas, ya por ciertas anécdotas, ó últimamente por la historia, que conservando sus nombres ha conservado tambien las sospechas concebidas acerca de su relijion; y esto mismo sucederia respecto de los grandes hombres que he citado, si su relijion no hubiese sido sincera. Tenian ademas una alma demasiado elevada para escribir tanto y de un modo tan terminante á favor de una relijion que hubiesen despreciado; y si la hubieran respetado solo por política, nunca hubieran sido tan bajos ni viles que se hubiesen hecho sus apolojistas. No creer en una relijion, y sin embargo defenderla; mirarla como falsa, y á pesar de esto presentarla como

verdadera y como divina, seria figurar como sofistas tenebrosos, que quieren hacer de la verdad un negocio de interes. Enhorabuena que aunque dichos grandes hombres no hubiesen estado convencidos de las verdades del cristianismo, hubiesen respetado sin embargo su culto exterior, pero no habrian tenido la simpleza y el valor de practicar sus virtudes.

Se quiere que Montaigne no haya sido mas que un precursor de la incredulidad; pero sin pretender justificar todo lo que ha salido de su cínica y desordenada pluma, no puede sin embargo dudarse segun sus escritos, su conducta, y aun sus últimos momentos, que su adhesion á la relijion era sincera, y que su escepticismo no versaba acerca de ella: se ha pretendido igualmente hacer pasar á Bacon y á Leibnitz por lo que se llama filósofos; pero léanse las dos obras intituladas, una *el Cristianismo de Bacon*, y otra *Pensamientos de Leibnitz*

sobre la Relijion y la moral, y se verá cuan loca y desatinada es semejante pretension. Tambien se ha intentado hacer pasar á Pascal por ateo, abusando para ello de algunas palabras exajeradas acerca de la debilidad de la razon, pero desentendiéndose enteramente de lo que en sus escritos lleva el sello de una conviccion profunda. Yo no me detendré en vindicar en particular la fe de Bossuet y de Fenelon: los ataques dirijidos contra ella han sido rechazados mas de una vez con una fuerza tal que deberia impedir renovarlos, si los enemigos de la relijion pudiesen cesar de combatirla por los medios ménos lejítimos; y á la verdad, cuando se sabe que el obispo de Meaux defendió el dogma y la moral con el tono de la conviccion mas profunda, sostenida por la práctica de todas las virtudes; que Fenelon con todo el candor de su alma se mostró hasta el último suspiro penetrado de los sentimientos de

la mas tierna piedad, cualquiera conoce que se necesita toda la impudencia de una imajinacíon desenfrenada para atreverse á atacar la sinceridad de la doctrina de estos dos ilustres prelados de la Iglesia galicana. Queda pues demostrado que la fe de nuestros grandes hombres era tan sincera como ilustrada.

Se dice en tercer lugar que su fe no es uniforme, y que su division debilita su autoridad. Es cierto, Señores, que despues del siglo XVI han estado divididos acerca de ciertos puntos de la revelacion; pero esta misma fatal division sirve para dar mas fuerza y mas lustre á la unanimidad de sus opiniones acerca del fondo del cristianismo. Que muy grandes talentos, dominados por el imperio de la educacion, por la política ó la vanidad, en una palabra, por las pasiones, se estravien alguna vez, es cosa que desgraciadamente se ha visto en todos tiempos; pero ¿de donde procede que

hombres nacidos en comuniones diferentes, y divididos por preocupaciones nacionales convengan sin embargo todos en mirar la Relijion cristiana como la obra de Dios; que se humillen ante ella como ante una barrera sagrada, y que si disputan sobre algunos artículos de la doctrina de Jesucristo le reconozcan sin embargo todos como enviado por Dios para iluminar á los hombres? ¿De donde procede esta conformidad de los espíritus mas sublimes, mas independientes y mas incapaces de debilidad y de disimulacion? Su division acerca de algunos puntos nace de las preocupaciones y de las pasiones de que algunos de ellos no han querido libertarse; pero su conformidad acerca de la existencia de una revelacion divina no puede esplicarse sino por la impresion que en todos ha hecho la verdad, y que ha sido el resultado del exámen mas profundo. La verdad es pues la que los ha subyugado, y ved aquí como la diversi-

dad de su doctrina sobre algunos puntos hace mas admirable su concordancia sobre todo lo demas.

Ultimamente, se nos objetará que la autoridad de los grandes hombres que han creido en la relijion en los tres últimos siglos, se halla equilibrada por la autoridad de los eruditos que la han combatido. Esto ofrece una discusion bastante extensa é interesante para hacerlo objeto de una conferencia particular. En ella verémos lo que se debe pensar de los presuntuosos injenios incrédulos; pero entretanto os recordaré estas memorables palabras de uno de los jefes de la incredulidad, de d'Alembert en su *Memoria* sobre la vida de *Juan Bernoulli*: vedlas aquí literalmente: «Bernoulli era «sinceramente adicto á la relijion, y «la respetó toda su vida sin ostenta«cion y sin fausto. Entre sus papeles «se han hallado pruebas de sus senti«mientos á favor de ella, y es nece«sario aumentar con su nombre la

«lista de los grandes hombres que la
«han mirado como la obra de Dios;
«lista capaz aun ántes de examinarla
«de hacer dudar á los mejores injenios,
«y suficiente á lo ménos para impo-
«ner silencio á una multitud de con-
«jurados, débiles enemigos de algunas
«verdades necesarias á los hombres,
«que Pascal ha defendido, que New-
«ton creia, y que Descartes ha res-
«petado.»

¡Cuan dulce es para un frances y para un cristiano haber podido vindicar ante vosotros la fe de esos grandes hombres que han sido la gloria de la relijion, y de aquellos en particular que al mismo tiempo han sido la gloria de nuestra patria! Ilustres por su talento, é ilustres no ménos por sus virtudes, se presentan á nuestra vista rodeados de cuanto es capaz de granjearles nuestro respeto y nuestros homenajes. ¿Y el ver á los mas hermosos injenios someter su intelijencia al yugo de la fe, no será un

motivo poderoso para que los incrédulos desconfien de sus opiniones irrelijiosas, para que el cristiano vacilante se afirme en la relijion, y para que el cristiano sumiso la profese con mas confianza? En las obras de estos inmortales secuaces del cristianismo que he traido á vuestra memoria, se halla lo que tienen de mas sutil la dialéctica, de mas exquisito la erudicion, de mas secreto las ciencias, de mas penetrante la razon, de mas elevado el sentimiento, y lo más amable y heróico que posee la virtud; y para gloria de la relijion nunca podrá negarse, que los mas sublimes descubrimientos en todos los ramos de nuestros conocimientos se deben á hombres eminentemente relijiosos. La virtud separada del injenio inspira veneracion, pero no subyuga enteramente el entendimiento; el injenio sin la virtud infunde desconfianza acerca del uso de sus fuerzas; pero la union de la virtud y del injenio es lo mas á propósito para dominar y para

arrebatar. En otro tiempo hacia el Apóstol San Pablo la enumeracion de los santos personajes de la antigua ley, que desde el oríjen del mundo habian dado testimonio de la revelacion primitiva por medio de una piedad magnánima; recordaba la fe de Abel, de Noé, de Abraham, de José, de Moises, de Samuel, de David y de los Profetas, y decia: «Ya que estamos pues rodeados de una tan grande nube de testigos que han confesado la fe por sus obras, corramos con valor en la carrera que se nos ha propuesto.» *Tantam habentes impositam nubem testium curramus ad propositum nobis certamen* (1). Y nosotros, Señores, ponemos á la vista de la juventud esta série de grandes hombres que desde el oríjen del cristianismo han honrado la humanidad y la relijion con el brillo de su injenio, y con el heroismo de sus virtudes, y le decimos: Temblad, ó jóvenes, blasfemar de lo que han adorado los grandes hombres;

(1) Hebr. XII. 1.

hágaos su autoridad mas circunspectos y mas reverentes: si ella no os subyuga, respetadla á lo ménos; y si no teneis valor para imitar las virtudes de tan ilustres personajes, tened la buena fe de examinar la relijion que ha podido inspirárselas!

LOS INCREDULOS

REPUTADOS POR SABIOS.

El siglo de Luis XIV con todos los grandes hombres que ha producido, los cuales se gloriaban de profesar el cristianismo, y le defendian con sus escritos ó le honraban con sus virtudes; ese gran siglo, digo, no dejaba de ser por sí solo una autoridad demasiado importuna para la incredulidad moderna; así es que esta ha intentado presentar como sospechosa ó poco ilustrada la fe de aquel tiempo, tan fecundo en grandes injenios, sin reparar en acusarlos ó de haber aparentado una creencia que no tenian, ó de

no haber creido sino por ignorancia y preocupacion. Ya en nuestro último discurso hemos vindicado suficientemente el mas hermoso de los siglos modernos de una acusacion tan odiosa como ridícula, y despues de un exámen bastante extenso, habréis á mi parecer quedado convencidos de que la fé de todos aquellos sublimes talentos que brillaron en el siglo XVII, en los diferentes ramos de conocimientos humanos, y que serán para siempre la gloria de su patria y de la relijion, fué tan sincera como meditada. Hemos pues podido fundadamente unir su autoridad aunque de inferior órden á la del gran número de personajes eminentes así en piedad como en doctrina, que ilustraron los seis primeros siglos de la Iglesia cristiana, y decir con razon que la autoridad reunida de unos y de otros era de un peso inmenso á favor de la relijion, y capaz, en sentir hasta del mismo d'Alembert, de imponer silencio á todos

esos détractores vulgares de una relijion que jeneralmente ignoran.

¿ Pero no podrá tambien la incredulidad alegar la autoridad de los injenios distinguidos que han sido celosos defensores suyos, y oponer ventajosamente á los grandes hombres del cristianismo los que ella se gloría de contar bajo de sus banderas? Esta es una cuestion que no carece de importancia; cuestion que creemos deber discutir con alguna extension, y que acaso acertarémos á tratar de tal manera que disipemos mas de una preocupacion funesta á la relijion. Tres son las cosas de que se ha gloriado y aun se gloría la incredulidad: se gloría del gran numero de sus partidarios; se gloría de sus muchos conocimientos, y sobre todo se gloría de su filosofía. Ahora bien, Señores, es preciso que fijemos el número de esos incrédulos, que graduemos sus luces, y juzguemos su filosofía.

¿ Pero cual ha sido nuestro modo de proceder al responder á la acusa-

cion de ignorancia y de credulidad que un odio siempre arrebatado ó una preocupacion siempre ciega se atreven á hacer contra la Iglesia cristiana? No se os oculta, Señores, que aunque un gran número de escritores muy ilustrados y estimables por sus virtudes han profesado el cristianismo, hemos consentido en no valernos de su autoridad á favor de la relijion en nuestro último discurso, y que únicamente hemos invocado el testimonio de todos aquellos grandes injenios cuyo nombre está consagrado por la veneracion de la posteridad. Hemos intentado en efecto ménos hacer una enumeracion de autoridades que de pesarlas; siga tambien la incredulidad el mismo método, y si quiere alegar el número de sus partidarios, y oponer á los grandes hombres del cristianismo los que ella cree tener á favor suyo, separe todo lo que es mediano, todo lo que ha caido en el olvido ó pertenece á una clase inferior,

y no cite mas que hombres dignos de formar autoridad por una alta reputacion. Pero si la incredulidad no debe alegar á favor suyo otro testimonio que el de aquellos que puedan realmente tener autoridad, ¡que multitud de incrédulos no podré yo recusar! Voy á hablar sin rebozo aunque sin acrimonia; voy, Señores, á instruir una causa de la que vosotros mismos seréis jueces, y faltaría á mi ministerio mereciendo la reconvencion de intentar sorprender vuestra buena fe, si no expusiese fielmente cuanto puede ilustraros: así pues diré sin rodeo.

No miremos como de grande autoridad á favor de la incredulidad á esas mujeres presumidas de sábias, alimentadas de la lectura de libros frívolos, y aun licenciosos, que atemorizadas acaso por sus propios sueños se burlan de las amenazas de la vida futura, adoptando como mas cómodas para ellas las máximas de la incredulidad.

Tampoco á esa turba de jóvenes de poca instruccion y doctrina, que ignorando las reglas del raciocinio y de la crítica, son incapaces de tener opinion alguna razonada, ó bien que sin carecer de entendimiento ni de talento son sin embargo incrédulos, sin mas razon que la de serlo otros, hacen de impíos por moda, y no conocen el cristianismo mas que por los falsos bosquejos trazados por sus enemigos sin buscar en sus apolojistas su verdadero retrato.

Tampoco á esos hombres débiles y sin carácter, dispuestos á dejarse llevar de cuanto los rodea, que parecen tener todos los vicios porque ninguno tienen dominante, y son impíos con los impíos y relijiosos tambien alguna vez con los que lo son.

Tampoco contemos á esos incrédulos entregados á un grosero desenfreno, cuyos argumentos son hijos de la corrupcion de su corazon; porque ¿no es evidente que su conducta

prueba contra su doctrina? sus costumbres esplican claramente su incredulidad; y al verlos entregados á pasiones vergonzosas, puedo sospechar juiciosamente que ellas son la única causa de su irrelijion.

Tampoco puedo contar á esos espíritus vacilantes que parecen fluctuar entre la relijion y la incredulidad, que no son ni á favor ni contra el cristianismo, ó bien que despues de haber insultado la relijion vienen á parar en tributarle homenajes en sus escritos ó con su conducta: la incertidumbre de los unos demuestra incrédulos que no estan convencidos de sus sistemas, y la mudanza de los otros arguye contra su incredulidad anterior.

Tampoco cuento á esa multitud de escritores efímeros, que aparecen por un instante en la escena del mundo literario, y desaparecen para siempre: yo supongo en ellos mas talento que juicio; pero no forman autoridad.

Ultimamente tampoco cuento á favor de la incredulidad aquellos hombres que aunque distinguidos por su saber y talento, no han estudiado suficientemente la relijion. Así pues, ¿qué importa que hayan sido poetas, gramáticos, físicos, jeómetras y que aun hayan gozado de una grande reputacion de talento y de conocimientos, si no estaban versados en el estudio de la relijion? El que no la conoce no tiene ni aun aparentemente derecho para condenarla.

Así, Señores, si quereis citarme incrédulos que tengan autoridad, citadme primero incrédulos dotados de un talento superior; segundo, incrédulos bien convencidos de sus sistemas; tercero, incrédulos que hayan hecho un estudio sério de la relijion; cuarto, incrédulos que hayan observado una conducta honrosa; con uno solo de estos caractéres que les falte, desde luego los recuso; porque en efecto si no son hombres de injenio,

ninguna autoridad tienen, pues en el paralelo de los creyentes con los no creyentes estamos convenidos en no citar sujetos de una clase inferior á los de la primera. Si vuestros incrédulos no estan íntimamente convencidos de su incredulidad, no es suficiente su opinion para inspirar confianza á sus discípulos; si no tienen mas que un conocimiento superficial de la relijion, son jueces poco ilustrados que deciden sobre una cosa que les es desconocida; y por último si observan una conducta enteramente condenada por el Evanjelio, nada me sorprende que le reprueben. Sí, Señores, aun cuando un escritor incrédulo tuviera toda la nobleza y dignidad de Buffon, la orijinalidad y agudeza de Montesquieu, el nervio y fuego de Juan Santiago, y toda la fecundidad y el injenio de Voltaire, si fundadamente pudiera creerle entregado á todos los estravíos del orgullo y de la sensualidad, ninguna autoridad

tendria para mí su incredulidad: yo no le disputaria ni el saber ni el talento; pero su conducta me advertiria que debo precaverme de sus sistemas, pues tiene un interes manifiesto en encontrar falsa una relijion que le es tan contraria. Advertid, Señores, la diferencia que en esta parte hay entre el cristiano y el incrédulo. El cristiano que mancilla su relijion con malas costumbres, es un hombre inconsiguiente y un corazon débil que no tiene valor para practicar lo que cree; pero sus mismos desórdenes hacen su fe mas y mas digna de atencion; pues es preciso que esté bien convencido de su verdad para no desechar una relijion que le condena: yo admiro su buena fe que ha salvado su entendimiento de la seduccion de su corazon; pero en cuanto al incrédulo dominado siempre por sus pasiones, su misma conducta será la esplicacion de su incredulidad.

En una palabra, ved aquí las cuatro circunstancias que yo exijo en un incrédulo para que su nombre merezca autoridad: injenio, convencimiento de su incredulidad, conocimiento de la relijion, y conducta apreciable. Ahora bien: ¿conoceis á algunos que reunan todos estos caractéres? Y si alguno hubiese, ¿que sería en comparacion de esa multitud de grandes injenios que han profesado el cristianismo en Europa de diez y ocho siglos á esta parte? Ya conoceréis, Señores, cuan pequeño es á la verdad el número de los incrédulos cuando se trata de valuarle reduciéndole á los que pueden formar autoridad. Nos sorprendemos de hallar incrédulos por todas partes, y es ciertamente un espectáculo deplorable; pero en realidad ¿como es posible que deje de haberlos? La relijion tiene contra sí por sus misterios todas las preocupaciones del entendimiento, y por su moral todas las pasiones del corazon. Es cosa muy fácil ser incrédulo: para ello no se

necesita ni de injenio, ni de ciencia, ni de firmeza de carácter; basta seguir las malas inclinaciones que tanto amamos y que el cristianismo reprime; pero para ser cristiano es preciso combatirlas, y al meditar con que santa severidad condena el Evanjelio todos los vicios y todas las pasiones desordenadas, el orgullo, el deleite y la avaricia, no me admiro, Señores, de que haya incrédulos; me admiro mas bien de que haya cristianos, porque en efecto la relijion todo lo tiene contra sí escepto la verdad; y esta es una prueba irresistible de que su oríjen es todo divino.

Basta, me parece, lo que queda manifestado para reducir á su justo valor el número de sujetos de que la incredulidad puede prevalerse; tratemos ahora de graduar las luces de estos últimos tiempos que han sido como el reinado de la incredulidad. Mucho se han ensalzado los descubrimientos del siglo XVIII, los progresos de las ciencias y el vuelo que en él tomó el espíritu humano,

como si ántes de esta época hubiese estado la Europa en una profunda ignorancia, y por fin hubiese salido el sol de verdad para disipar sus tinieblas. Yo, Señores, no quitaré al último siglo la parte de gloria que le pertenece: esto seria un empeño tan injusto como inútil; pero evitemos todo esceso en esta materia, y no nos dejemos alucinar ni por la manía de ensalzar demasiado lo pasado, ni por la de deprimir demasiado lo presente; seamos justos y nada digamos que no deba ser afirmado por todo hombre imparcial.

Ahora mas que nunca voy á tomarme la licencia de entrar en pormenores enteramente profanos y literarios, inusitados hasta aquí en la cátedra cristiana; pero el interes de la causa que me he propuesto defender autoriza y aun necesita de esta innovacion. ¿Como en efecto hacer volver á la relijion á una juventud alucinada, si está imbuida del error de que el siglo de la incredulidad ha sido precisamente el siglo de

de las luces y de la razon, y que anteriormente se creia solo por ignorancia y por simplicidad? ¿Y como destruir este error, por mas absurdo que sea, sin hacer comparaciones y sin entrar en discusiones puramente filosóficas? ¿Pero por que nos hemos de ver obligados á usar en la cátedra del Evanjelio de un lenguaje que hasta ahora le ha sido desconocido? Lamentemos esta necesidad; pero sometámonos á ella por el bien mismo de la relijion. Séame, pues, permitido no servirme de perífrases ni de circunloquios que aunque diesen mas dignidad al discurso, le harian tambien mas enredoso y oscuro. Considerad, Señores, que este auditorio es un auditorio particular, y que la clase de nuestras instrucciones permite un estilo mas sencillo y mas familiar.

Así pues, y dando á las cosas sus verdaderos nombres, diré que no intentamos poner en duda que en estos tiempos mas inmediatos á nosotros se hayan extendido los límites del dominio

de la física experimental, de la astronomía, de la química, de la botánica y de la historia natural; que las diversas partes de las matemáticas se hayan enriquecido con nuevos métodos, con cálculos mas simplificados, y con ampliaciones muy oportunas; que cierta mayor perfeccion en los pormenores de las ciencias, y observaciones mejor dirijidas hayan proporcionado á la agricultura, á las artes, á la mecánica y á la navegacion métodos tan injeniosos como útiles: el descubrimiento de cuatro nuevos planetas, los prodijios de la electricidad, la mineralojia reducida á ciencia, viajes célebres al rededor del mundo, el instituto de los sordo-mudos, el de los ciegos, y aun si se quiere los globos aereostáticos son cosas mas ó ménos gloriosas para el siglo XVIII. Ya veis que no le niego lo que le es ventajoso; pero no por hacerle justicia seamos injustos con los siglos anteriores: convengamos de buena fe en que ántes del último siglo estaba ya

abierta la carrera de las ciencias y de las artes; que estaban ya hechos los mas grandes descubrimientos, y que ya el injenio habia recorrido con gloria las rejiones mas elevadas del mundo físico, igualmente que las del mundo intelectual: así pues, la imprenta, la brújula, la pólvora, las leyes del movimiento de los astros, la gravedad del aire, la aplicacion de la áljebra á la jeometría, los logaritmos, el cálculo diferencial é integral, la gravitacion universal, el analisis de la luz, el cálculo de los cometas, el barómetro, el termómetro, el microscopio, la máquina neumática, todos esos descubrimientos tan famosos que tanto han contribuido á los progresos del entendimiento humano en las ciencias, matemáticas y físicas, se deben á tiempos anteriores al siglo XVIII. Estos son hechos que los hombres no pueden destruir. Sí, Señores, obreros hábiles, constantes y laboriosos habrán podido en el último siglo disponer todas las partes del edificio con mas arte

y simetría, restaurar y perfeccionar algunas de sus columnas, y facilitar su entrada al vulgo; pero ántes de ellos habian ya aparecido arquitectos que trazaron su plan con mano atrevida y sabia. En apoyo de esto citaré como testimonio irrecusable á M. de Montucla, quien en su *Historia de las matemáticas* (1) despues de haber elojiado á los jeómetras de su tiempo, añade: «Sin embargo, si se considera con «atencion el vuelo prodijioso que en «el siglo XVII tomaron las ciencias, «y sobre todo las matemáticas, habrá «que convenir en que cualquiera que «sea la perfeccion que reciban en los «siglos siguientes, debe recaer una «gran parte de la gloria sobre el que «tan felizmente ha abierto la carrera.»

Yo convendré sin dificultad en que las ciencias naturales y las matemáticas han sido cultivadas mas jeneralmente en el último siglo; pero al mismo tiempo

(1) Part. IV. lib. I. núm. 7.

os haré observar que en esta materia debe atenderse ménos al número de los que se han dedicado á ellas, que al talento de los grandes maestros. Newton, por ejemplo, da mas honor á estas ciencias que cincuenta sabios de una clase inferior, así como Bossuet honra mas la elocuencia que cien oradores medianos. Observemos ademas que aunque las matemáticas sean una ciencia hermosísima, no enseñan sin embargo al hombre el conocimiento de sí mismo, sus deberes, ni el modo de conducirse en los negocios domésticos y civiles; que el objeto mas digno del hombre es el hombre mismo, y que se puede creer con mucho fundamento que la ciencia es solo para algunos, el trabajo corporal para el mayor número, y la virtud para todos; y últimamente que el siglo XVIII que parecia querer hacer populares las matemáticas, deberia mas bien avergonzarse que gloriarse de su entusiasmo por el cálculo. Es por consiguiente un error groserísimo pensar que apénas estaba

conocida la carrera de las ciencias ántes del último siglo.

Pero aun se replicará que este fué el siglo del analisis, de la filosofía y de la razon; que fué el siglo mas enemigo de las preocupaciones, y que por consiguiente su autoridad es superior á la de todas las edades precedentes. Veamos, Señores, que debe pensarse de la filosofía del último siglo, y de ese título de *siglo filosófico.*

Si la filosofía consiste en ese espíritu de ateismo que habla contínuamente de la naturaleza, para mejor hacer olvidar á su autor; que justifica todos los vicios y degrada todas las virtudes haciendo del hombre una especie de máquina, una planta, ó cuando mas un animal sometido á las leyes de la necesidad, y que desterrando á Dios de los corazones como del universo destruye aquellos sentimientos relijiosos, por cuyo medio mejor que por todos los demas se civilizan los pueblos bárbaros y se conservan los civilizados; si

la filosofía consiste en ese espíritu de presuncion y de temeridad que en nada estima la experiencia de los siglos, que desprecia la autoridad de los grandes hombres, y se burla de las instituciones consagradas por el tiempo; que en todo quiere la novedad, y no ve en todo lo que existe mas que un efecto de ignorancia y de simplicidad; si la filosofía consiste en ese espíritu de libertinaje que trunca y desnaturaliza los libros santos para ridiculizarlos, que los traduce ó comenta con toda la licencia de una imajinacion depravada; que amontona con complacencia en los anales de la Iglesia los vicios y los escándalos para denigrar con ellos una relijion que los llora y los condena; que guarda un silencio culpable acerca de las sublimes virtudes de que sola esta relijion ha dado ejemplo á la tierra, y echa un velo sobre los bienes inmensos que le debe la humanidad; en una palabra, si la filosofía no es otra cosa que el ateismo, el materialismo, el

fatalismo, el deismo, y el escepticismo; ¡oh! yo convengo en que el siglo XVIII fué un siglo eminentemente filosófico. Jamas en efecto hubo en el seno de una nacion cristiana tan gran número de escritores que á un mismo tiempo enseñasen públicamente que no hay Dios, que la Providencia es solo una palabra, que la vida futura no es mas que una quimera, el hombre un ser sin libre albedrío, el vicio y la virtud una invencion humana, y el cristianismo un conjunto de supersticiones. Todas estas doctrinas han sido enseñadas tan pública y frecuentemente en el último siglo, se hallan consignadas en tantas obras que han dado alguna reputacion á sus autores, y esto un hecho tan notorio, de tal modo reconocido por los enemigos de la relijion y tan incontestable, que toda cita seria mas que supérflua para probarle.

No es ciertamente en estas doctrinas efecto y causa alternativamente de la perversidad humana en lo que nosotros

harémos consistir la filosofía. No, no nos dejemos engañar por palabras vacías de sentido, ni reverenciemos doctrinas insensatas porque se hallen revestidas de un bello nombre; no separemos la filosofía de la sabiduria, de la sana razon, de la verdad, de la moral y de todo lo que se dirije á hacer á los hombres buenos y felices. Una falsa filosofía ha adormecido á la Europa durante sesenta años al vano ruido de sus sistemas y de sus declamaciones contra lo que llamaba errores; y ¿no será ya tiempo de despertar nosotros y de juzgar á la que sin mision ni autoridad ha juzgado al universo? O no nos entendemos cuando hablamos de filosofía, ó esta consiste para un pueblo en pensar y raciocinar bien acerca de los diferentes ramos de los conocimientos humanos. En efecto, cuantas mas ideas sanas, morales, sociales y capaces de hacer florecer la paz, la justicia y las leyes haya en una nacion, será tanto mas sábia y racional, y por consiguiente tanto

mas filósofa. No es pues un gusto esclusivo á las ciencias exactas y naturales, ni el amor dominante á las letras y á las artes, lo que constituye la filosofía; no, Señores, no se llega á ser filósofo por haber leido á Bossuet, por haber estudiado á Locke, ni por haber meditado á Montesquieu; tampoco consiste el espíritu filosófico en la disecacion de una planta, en un teorema, ni en un silojismo: podrá muy bien un hombre amontonar en su cabeza términos técnicos de todas las ciencias, todas las nomenclaturas, todos los métodos y todas las fórmulas científicas; podrá disertar toda su vida sobre las sensaciones y las ideas, sobre lo físico y lo moral del hombre, sobre la política y los gobiernos, y con todo esto no ser mas que un débil lójico, un pésimo razonador, un entendimiento estravagante, y por consecuencia un sofista y no un filósofo: testigos de esto esos escritores que han compuesto obras enteras para enseñar el ateismo, último

término del error humano, ó que han divulgado acerca de las leyes, de la autoridad, de la moral, de la educacion y de las letras, tantas paradojas filosóficas abandonadas hoy al desprecio, y á las que por fin ha hecho justicia la experiencia. El que en cualquier jénero de conocimientos ame la verdad, el que la busque con ardor y tome los caminos que pueden conducirle á ella, el que manifieste así en sus acciones como en sus dircursos pensamientos sanos y rectos, ese es, Señores, el verdadero sábio y el verdadero filósofo: un entendimiento recto, un buen juicio, una razon sana, y espíritu filosófico son cosas que no deben distinguirse. Así como el siglo mas virtuoso no es aquel en que mas se habla de virtud, sino aquel en que esta mas se practica; así tambien el siglo mas filosófico no es aquel en que mas se habla de filosofía, sino aquel en que en la realidad se piensa y se raciocina mejor acerca de los diversos objetos de nuestros conocimientos;

y esto es tan manifiesto que, sin mas que decirlo, conoce todo el mundo su verdad. Esta pues debe ser la regla para juzgar con exactitud si el siglo XVIII ha sido mas filosófico que el precedente: con este objeto recorramos por un momento los diversos ramos de nuestros conocimientos.

Subir hasta las causas y los principios de las cosas, separar las luces verdaderas de las que solo tienen la apariencia de tales, pesar las opiniones vulgares en la balanza de la razon, y trazar á los entendimientos la marcha que deben seguir en la investigacion de la verdad, esto es lo que se llama filosofía en las cosas intelectuales. ¿Y quien dejará de reconocer todos estos caractéres en Bacon, en Descartes, en Leibnitz, en Mallebranche y Locke que no pertenecieron al siglo XVIII?

Observar la naturaleza, estudiar los hechos y los fenómenos, preferir la experiencia á vanas teorías, y buscar así no lo que puede ser, sino lo que

realmente es; no hipótesis, sino el verdadero sistema de las leyes de la naturaleza; he aquí lo que se llama filosofía en las ciencias físicas. ¿Y como dejar de reconocer como grandes filósofos en esta parte á Copérnico, á Kepler, á Galileo, á Pascal, á Boyle y Newton que no pertenecieron al siglo XVIII?

Observar en el estudio de la historia y de las antigüedades aquella crítica severa é ilustrada sin ser demasiado atrevida, que designa lo verdadero, califica lo verosímil, y desecha lo falso; sacar de los anales de los pueblos y del profundo conocimiento de los hombres grandes y memorables lecciones; esto es lo que se llama filosofía en la historia y en la política. ¿Y será posible no nombrar aquí á un Mabillon, á un Petavio, á un Tillemont, á un Fleury y á un Bossuet que tampoco pertenecieron á dicho siglo?

Por último, desentrañar los secretos del corazon humano, esplicar las reglas de las costumbres, exponer con

una profunda sagacidad el conjunto, el espíritu y la concordancia de las leyes; esto es lo que se llama filosofía en la moral y en la jurisprudencia. ¿ Y quien no reconoce aquí á un Massillon, á un Bourdaloue, á un Labruyere, y á un Domat que pertenecen al siglo de Luis XIV?

¿ Y que falta, pregunto yo ahora, para raciocinar bien, y por consiguiente para ser filosófico á un siglo que posee tales injenios, y otros muchos que no nombro, y en que han brillado tales pensamientos y tales métodos? No diré que en aquel tiempo no fuese tan fácil engañarse como lo es en el dia, porque la debilidad del espíritu humano es de todos tiempos y de todos lugares, y no hay filosofía que liberte de todo error; pero es evidente que ántes del último siglo habia ya llegado la ciencia del raciocinio á un punto muy alto en todas las cosas á que puede dedicarse el hombre en la tierra.

Pero ¿que es lo que se ha imajinado

para deprimir el siglo de Luis XIV y realzar el siguiente? Se han comparado las cualidades que se han creido dominantes en cada uno de los dos; pero de tal manera que resultase siempre la ventaja á favor del último: se ha dicho que el siglo XVII habia sido el siglo de las brillantes ficciones, el siglo de la imajinacion y de las bellas letras; pero que el XVIII ha sido el de la razon; y como todos los errores tienen cierta relacion unos con otros, no se ha dejado de hacer la observacion de que la incredulidad habia triunfado precisamente en el siglo de la razon. Tal es en sustancia un pensamiento que ha sido presentado bajo de diversas formas, y que vamos á examinar brevemente.

Se dice que el siglo de Luis XIV fué tan solo el siglo de la imajinacion. Pero á la verdad, Señores, que si con sola la imajinacion se han podido adivinar, como adivinó Pascal, las matemáticas, inventar una filosofía nueva

como Descartes, descubrir como Newton un sistema, que aunque no fuese cierto, seria una obra maestra del entendimiento humano: si con sola la imajinacion se han podido formar planes de campaña que mandaban los sucesos y la victoria, como los de Turena; meditar esos célebres reglamentos, fruto de las conferencias tenidas por los Seguier y los Talon; gobernar como Luis XIV; administrar como Colbert, y fortificar las plazas como Vauban: si con sola la imajinacion se ha podido componer ese *discurso* tan sabio, tan elocuente y tan político que compuso Bossuet *sobre la Historia universal*, ó dar como Fenelon lecciones tan persuasivas á los Reyes y á los pueblos: si la imajinacion sola ha sido suficiente á estos grandes injenios para sus obras ó para sus acciones inmortales, ¡feliz entónces el siglo de la imajinacion! Ojalá que reviva y se perpetúe para siempre entre todas las naciones del mundo: pero ¿quien no

advierte que todas estas magníficas y grandes cosas que os he recordado suponen en sus autores una razon vigorosa, un espíritu penetrante, mucha sagacidad en sus juicios, y pensamientos profundos que son el mas grande esfuerzo del entendimiento humano?

Se añade que el siglo de Luis XIV fué el siglo de las bellas letras: sea así en hora buena: esta confesion forzada de nuestros adversarios me basta para impugnarlos con buen éxito. Convenís, les diré, en que el imperio de la literatura corresponde al siglo de Luis; esto es todo lo que yo necesito para establecer que por esto mismo fué eminentemente el siglo de la razon. Yo no sé si esta proposicion parecerá estraordinaria á algunos porque desde el reinado de los sofistas, y desde que estos han esparcido un sin número de errores, el sentido comun ha llegado á ser una paradoja. Sí, Señores, yo sostengo que el siglo de la perfeccion en las letras es necesariamente un siglo

de buena filosofía; y en efecto, la perfeccion en aquellas supone siempre un conocimiento profundo de lo honesto y de lo bello, un discernimiento exquisito y muy exacto que penetra las relaciones y enlace de unas cosas con otras, que desecha lo falso para fijarse solamente en lo verdadero, y que une todas las partes para formar de ellas un hermoso conjunto, verificándose en todo esta máxima del poeta romano: que la razon es el principio y el oríjen de lo bello. ¡Que idea tan estraña se formaria de la elocuencia el que solo la mirase como el miserable talento de arreglar palabras y compasar frases! Es cierto que los pensamientos no brillan sino por la espresion, así como los objetos no se muestran á la vista sino por la luz que los colora; pero tambien palabras sin pensamientos exactos no son mas que un vano ruido que se disipa. El que no sepa establecer principios, presentar con órden sus pruebas, ilustrar el espíritu

con luces vivas, ni herirle por medio de conceptos fuertes, podrá muy bien ser un hombre locuaz, pero no será un orador. Un hermoso discurso y un hermoso poema ¿no suponen un plan, una composicion, una union íntima de partes que hacen un todo, y un gran fondo de verdad en los pensamientos y en los caractéres? ¿Que idea se formaria del talento de escribir el que separase la lójica de la elocuencia, colocando, por decirlo así, por un lado las palabras y por otro las cosas? Nada es bueno ni hermoso sino lo verdadero, y por esto el filosofismo del último siglo ni es bueno ni hermoso; y ved aquí tambien por que tantas obras del siglo de Luis XIV estan marcadas con el sello de la inmortalidad.

¿Y de donde ha podido provenir esa especie de clasificacion de talentos y de facultades, por la que se ha creido deber llamar al siglo de Luis XIV el siglo de la imajinacion, y al siguiente

el siglo de la razon? ¿Provendrá esto de habérseles antojado á algunos escritores trazar un cuadro sistemático de los conocimientos humanos, en el que unos se refieran á la memoria, como la historia, y otros á la imajinacion, como la poesía y las artes? Pero no nos deslumbremos por estas distinciones mas sutiles que sólidas, y de las que no solamente diré que son inútiles é incapaces de hacer dar un paso al entendimiento humano, sino que son falsas, y por lo mismo peligrosas. Así pues, en un *sistema figurado* que todo el mundo puede haber visto, se aplica la historia á la memoria; pero ¿hay cosa mas insignificante? Es cierto que con memoria se sabe mucho, y que sin ella nada se sabria; ¿pero bastará la memoria sin el juicio para componer una obra histórica? ¿Escribieron la historia con solo la memoria Tácito, Bossuet y Robertson? ¿Y quien no conoce que sin una crítica sana, sin un grande discerni-

miento de los hombres y de las cosas, en una palabra, sin una razon muy ilustrada jamas se haria un escritor superior á escritores vulgares? Se aplica la poesía á la imajinacion; pero la imajinacion separada del buen juicio se asemeja á la locura. ¿Que mérito tendria una obra en la que las ideas careciesen de exactitud, por mas que se las revistiese de brillantes colores? ¿Han merecido por sola la imajinacion el poeta romano y el poeta frances, mirados como lejisladores en la república de las letras, ser llamados los poetas de la razon? Dividir las facultades del alma para asignar á cada una su dominio esclusivo, es ciertamente una invencion mas estravagante que filosófica. Es cierto que un buen juicio sin imajinacion no podrá sacar á un hombre de la clase de mediano; pero tambien lo es que la imajinacion sin juicio es una loca que se precipita. Todas nuestras facultades estan unidas entre sí, y se sostienen mutuamente:

de esta armonía y de esta union de ſuerzas resulta el talento, y cuando reunidas así llegan á un grado mas elevado resulta el injenio. Si yo quisiera presentar bajo de la forma silojística todo lo que acaba de decirse, lo haria así: la buena filosofía consiste en pensar y raciocinar bien acerca de los diversos ramos de nuestros conocimientos: este es un principio evidente; es así que en el siglo de Luis XIV se ha pensado y se ha raciocinado tan bien como en el siglo siguiente, segun hemos demostrado, luego ha habido tanta filosofía en el primero como en el segundo: ya veis que mi conclusion no es nada exajerada.

Séame ahora permitido hacer una suposicion que acaso parecerá singular, pero que voy á aventurar porque hará mas palpable el resultado, tanto de esta conferencia como de la precedente. Hagamos revivir, y acerquemos á nosotros por medio del pensamiento todas las jeneraciones desde el renaci-

miento de las letras, es decir, desde el reinado de Francisco I: pongamos á un lado los injenios que han impugnado la revelacion, y al otro los que la han defendido de tres siglos á esta parte: yo me figuro ver abiertos dos templos, y que en el frontispicio del uno leo *Templo de la razon*, y en el del otro *Templo del cristianismo*.

Entro primero en el llamado de la razon: en él encuentro la incredulidad predicando bajo del nombre de filosofía una moral fácil, que en sustancia no es mas que egoismo y amor al placer, prometiendo á sus sectarios la nada por toda recompensa, ó de tiempo en tiempo no sé que cosa vaga é incierta: allí veo un grande número de sus discípulos, unos casi ignorados, otros algo mas conocidos, y algunos en fin de mayor reputacion. Fíjase mi atencion en estos últimos, y entre ellos veo á Baile teniendo en su mano una pluma, que parece fluctuar en el vacío, y despidiendo á su rededor un humo

denso mezclado con algunas ráfagas de una luz viva: allí veo á Voltaire burlándose y mofándose de todo, riéndose de Dios lo mismo que de los hombres, gloriándose de haber participado de los misterios de la relijion sin creer en ella, presentando con una mano títulos que le hacen digno de gloria, y con la otra escritos en que la disolucion sazona sin cesar la blasfemia: de repente prorrumpe en imprecaciones contra el cristianismo, y esclama: *Amigos mios*, *aniquilemos al infame*: á esta voz de reunion despierta y se reanima toda la turba de adeptos. Diderot, como amante furioso de la libertad, proclama en un lenguaje que no me es permitido repetir, que el mundo no será feliz sino cuando no haya sobre la tierra Sacerdotes ni Reyes. El autor del *Sistema de la naturaleza* esplica todos los afectos del corazon, los sentimientos de amor ó de odio por el mecanismo de la atraccion y de la repulsion, y de cuando en

cuando dirije á la naturaleza, al gran todo, á la universalidad de los seres, en fin á una abstraccion apóstrofes llenos de fuego. D'Alembert saca de debajo de su manto filosófico una correspondencia secreta llena de una hiel en estremo grosera, y quiere que se sepa toda la parte que ha tenido por sus oscuros manejos en la destruccion de las *preocupaciones*. Raynal se alaba con descaro de haber sido apóstata bajo de dos aspectos; hablando del comercio y de sus oficinas, exhala su impiedad en violentas declamaciones: se calma sin embargo, parece articular la espresion del arrepentimiento, y hacer una especie de retraccion pública de su arrebato y de su furia. Cada uno quiere tomar á su vez la palabra: todo allí es exponer sistemas acerca de la moral, de la sociedad, de la educacion, de las letras y de las artes; se trata nada ménos que de rejenerar al hombre y el órden social todo entero. En medio de este caos de opiniones in-

coherentes grita con furor un desconocido: *pueblos, ¿quereis ser felices? derribad los tronos y los templos.* Entónces un Rey del norte, gran guerrero y gran político, favorecedor por largo tiempo de la impiedad, pero que ningun deseo tenia de bajar del trono, lanza á su alrededor una mirada de indignacion, y con rostro ceñudo prorumpe en las siguientes palabras: «Mi «opinion seria enviar á estos señores «á gobernar una provincia que me«reciese ser castigada.» El mismo Juan Santiago, que en otras ocasiones no es ciertamente muy escrupuloso, se escandaliza de oir sistemas tan monstruosos, y esclama: «Huid de esos hom«bres que siembran en los corazones «doctrinas desoladoras.» Advertido por este grito de alarma, echo una mirada sobre todos estos adoradores de la *Razon*, y creyendo ver marcado sobre su frente el sello del orgullo y del cinismo, me retiro con el corazon angustiado de lo que acabo de ver y oir.

En seguida entro en el templo del cristianismo (1): en él veo la Relijion sentada sobre sus altares mostrando con una mano el Evanjelio, y ofreciendo con la otra coronas de inmortalidad á los fieles observadores de su ley: allí veo colocados á su rededor una multitud de espíritus sublimes que han brillado en Europa de tres siglos á esta parte: entre los filósofos cuento á Bacon, á Descartes, á Mallebranche y Leibnitz; entre los eruditos de primer órden á Duperron, á Bochart, á Tillemont, á Petavio, y á Mabillon: entre los moralistas á Nicole, y á la Rochefoucault, á la Bruyère, á Bourdaloue, y á Massillon: entre los jurisconsultos profundamente instruidos á L'Hopital, á Talon, á Seguier, á Vignon, á Domat, y á d'Aguesseau: entre los apolojistas á Grocio, á Pascal, á Abbadie, á Fenelon, y á

(1) Habla aquí el autor del Cristianismo en jeneral, que comprende á la Iglesia católica, y las demas comuniones disidentes.

Addisson: entre los sábios á Copérnico á Kepler, á Galileo, á Newton, y á Euler; y á todos los veo rodeados del brillo de su injenio y de sus virtudes. Es cierto que aquí como en todas cosas se muestra la debilidad humana, y que no todos estos ilustres personajes estan acordes acerca de todos los puntos de la doctrina revelada; pero todos lo estan acerca de Dios, de la vida futura, y de la providencia, acerca del vicio, de la virtud y de la moral: todos tambien reverencian unánimemente la Relijion como dada á los hombres por Dios mismo, y todos honran y predican públicamente todo lo que es bueno, todo lo que es honesto, lo que puede alentar la virtud, consolar la desgracia, purificar los afectos lejítimos, consagrar las obligaciones domésticas y civiles, y hacer amar á Dios y á los hombres. Si fiado en mis débiles luces quisiese declararme contra el cristianismo, Bacon me advierte que

poca ciencia hace incrédulos, pero que mucha conduce á la Relijion. Si quisiese adormecerme en una cómoda indiferencia, Pascal me dice que nos es permitido no inquietarnos por el sistema de Copérnico; pero que nos interesa mucho vivir convencidos de la inmortalidad de nuestra alma, lo cual debe ser el principio que dirija nuestras acciones y nuestros sentimientos. Si me sintiese arrastrar á la incredulidad por la autoridad de algunos injenios incrédulos, Massillon me hace observar que las pasiones son la cuna de la incredulidad; que no se sacude el yugo de la fe sino para sacudir el yugo del deber, y que si la Relijion no hubiera sido enemiga del desarreglo y del vicio, jamás hubiera tenido enemigos; pero he aquí que tomando la palabra el primero de todos por su injenio en tan augusta asamblea, levanta su voz contra esos temerarios que creen vigor de su razon lo que no es mas que delirio, y que se creen libres porque

su espiritu carece ya de freno. En efecto Bossuet les dice, que no tienen en que fundar la esperanza de esa nada á que aspiran despues de esta vida, y que ni aun tendrán este miserable recurso; que con sus dudas é incertidumbres se precipitan en los abismos del ateismo, y que en vano buscan su reposo en un furor de que apénas son susceptibles las almas; que es mas dificil sostener los absurdos en que caen negando la Relijion, que las verdades cuya profundidad los asombra; y que por no querer creer misterios incomprehensibles caen de uno en otro en errores incomprehensibles. ¿Y como es posible que deje de causarme impresion la fe de tantos grandes hombres? ¡Que armonía en efecto y que fuerza de testimonios! Al verlos humillarse ante la Relijion, ante aquel que es el Salvador del mundo, me siento arrastrado á mezclar mis adoraciones con sus homenajes, y me digo á mí mismo: á

la verdad si es preciso decidirse en favor ó en contra de la Relijion, por la autoridad de los que la han profesado, ó de los que la han impugnado, no tengo en qué vacilar: léjos de mí la incredulidad, gloria á Jesucristo, soy cristiano.

DISCURSO

SOBRE

LA NECESIDAD DE LA RELIJION PARA LA FELICIDAD PUBLICA,

PRONUNCIADO DELANTE DE LA ACADEMIA FRANCESA, EL DIA DE LA FESTIVIDAD DE SAN LUIS, A 25 DE AGOSTO DE 1817.

Pietas ad omnia utilis est, promissionem habens vitæ quæ nunc est, et futuræ.
La virtud sirve para todo, como que trae consigo la promesa de la vida presente y de la futura. I. Tim. cap. IV. v. 8.

Si en algun Rey de la tierra se han verificado alguna vez estas palabras del Apóstol, es ciertamente, Señores, en aquel cuya memoria celebramos en este dia; en aquel Rey que arreglando siempre su política por su relijion llegó á ser tanto mas grande entre los hombres

cuanto fué mas santo delante de Dios, y que de este modo supo hallar en su misma piedad el oríjen de la gloria, tanto en la vida presente como en la futura. *Pietas ad omnia utilis est, promissionem habens vitæ quæ nunc est, et futuræ.* Nombrar pues á San Luis es recordaros cuanto puede haber de mas augusto, quiero decir, el talento y la virtud sentados juntos para bien de la humanidad en uno de los mas hermosos tronos del universo.

Sencillo en sus gustos, magnífico por dignidad, humilde á los pies de los altares, pero terrible en los combates; dulce y accesible en el comercio de la vida, pero inmutable en sus designios, reunió en su persona las cualidades mas contrarias en la apariencia; y he aquí lo que segun la espresion de un historiador le constituye uno de los hombres mas grandes y mas singulares que haya habido jamas. Prodijio de luces y de

sabiduría para el siglo en que vivió, llegó á ser el árbitro de los príncipes de su tiempo, así como era su modelo; lejislador lleno de prevision echó por medio de sus leyes los cimientos de la verdadera libertad de los pueblos, así como de la verdadera grandeza de los herederos de su trono; celoso de los derechos del trono por el bien mismo de sus súbditos, los defendió siempre por deber, sin jamas ceder en ellos por debilidad; personaje heróico experimentó el mayor estremo de desgracia sin abatirse jamas; magnánimo en las cadenas, sublime en los brazos de la muerte, supo ser Rey cristiano en todos los instantes de su vida; pero si debió á la naturaleza todas las sublimes cualidades que se admiran en los héroes mas famosos de la antigüedad, á sola su piedad debió ser preservado de los vicios de estos. *Pietas ad omnia utilis est.*

¡Cuan glorioso Señores, es, para la

Francia haber sido gobernada por tan gran monarca, y que frances no se regocijará al ver á este ilustre cuerpo renovar los homenajes anuales tributados en otro tiempo pór él á la memoria del Santo Rey! Al consagrar, digámoslo así, la academia francesa su renacimiento, por medio de esta piadosa solemnidad parece declarar al mundo entero, que en ella subsiste no ménos el espíritu que la forma primitiva de su fundacion, y que los primeros hombres de la nacion por su mérito literario aspiran á la gloria de ser tambien los primeros en su adhesion á la relijion, así como al trono de San Luis. Este dia feliz presajia en efecto la vuelta de todos los hombres ilustrados á aquellas verdades sagradas que habian profesado hasta nosotros los lejisladores y los sabios de todos los siglos; que jamas desconocieron los pueblos impunemente, y las solas que pueden rejuvenecer nuestra antigua Monarquía, como

solas pudieron formarla en su nacimiento, y hacerla crecer en la série de los siglos con tanta gloria y prosperidad.

¿Pero de qué nos serviria llorar algunas veces los desastres y las calamidades que han asolado nuestra patria, si no abjurásemos los perversos sistemas que podrian acarrear nuevas desgracias? Las malas doctrinas fueron las que todo lo conmovieron: sean pues las buenas las que todo lo consoliden. Penetrado de esta idea voy á exponer algunas consideraciones acerca del espíritu irrelijioso de nuestros tiempos modernos para hacer conocer cuanto debe temerse que destruya el reposo y la libertad de los pueblos, y cuanto importa para la felicidad pública contener sus funestos progresos. Vosotros deseais sin duda, dirémos á los enemigos de la relijion, ver establecerse en nuestra patria instituciones durables que afiancen la tranquilidad pública, que preparen en

en lo presente un porvenir feliz, y precavan las disensiones, las turbulencias civiles, la anarquía y los males que á esta se siguen: en una palabra, deseais ver fundarse el órden público; lo deseais justamente, pero sin relijion no puede haber órden público: primera reflexion. Vosotros no quereis medidas arbitrarias, quereis el imperio de la ley, y que bajo de su ejida disponga cada uno libremente de su persona, y use de sus bienes y de sus derechos: en una palabra, deseais ver fundarse la libertad pára todos. Enhorabuena; pero sin la relijion no puede haber libertad pública: segunda reflexion. Tal es la division de este discurso sobre la necesidad de la relijion para la felicidad social; materia importante que yo me complazco en tratar ante la flor de los escritores de la Francia, ante aquellos mismos que por sus escritos pueden ejercer una influencia tan favorable sobre lo futuro como sobre lo presente. El sabio

que no emplea sus conocimientos en hacer triunfar la verdad y la virtud, desconoce su vocacion, y profana los dones que ha recibido del autor de todo bien: debe tener siempre presente que el talento y el poder no han sido dados al hombre sino para el bien de sus semejantes, y que tan prohibido le está abusar del primero para corromper, como del segundo para oprimir: imploremos ante todo al Dios de San Luis por la mediacion de aquella que tan particularmente es la patrona de la Francia y de la familia de nuestros Reyes. = *Ave Maria.*

Si hubiéramos de dar oidos á ciertos novadores modernos que han impugnado con un éxito deplorable las creencias mas arraigadas en las naciones cristianas, y muy frecuentemente hasta aquellas primeras verdades que todos los pueblos han mirado como sagradas, creeríamos que ellos solos han conocido el secreto de perfeccionar el mundo social, y de establecer

la libertad pública; pero caminemos á la luz de la antorcha de la razon y á la de la experiencia, y verémos que es imposible que en una nacion prevalezca el espíritu irrelijioso de que semejantes novadores han tenido la desgracia de hacerse apóstoles sin que cause la ruina del órden público y de la libertad. Procuremos aclarar esta verdad de modo que á todos sea perceptible.

Yo convengo en que los estragos de la irrelijion llaman poco la atencion cuando solo la profesa un pequeño número de hombres, ó se halla confinada en algunas obras poco comunes: es sí una levadura funesta, pero que aun no ha fermentado bastante para viciarlo y corromperlo todo: confesaré tambien que muchas veces aun los hombres irrelijiosos se ven contenidos en sus malas opiniones por antiguos hábitos, y que dominados sin advertirlo por la impresion de las ideas cristianas recibidas

en la primera edad, son algunas veces por una feliz inconsecuencia ménos malos que sus sistemas; pero supongamos que esas doctrinas de la impiedad salen de entre las nubes que las cubrian para manifestarse al público; que consignadas en libros extendidos entre toda clase de lectores, llegan á ser la opinion dominante del mundo sábio y literario, de los ricos y de los grandes; que por todas partes inficionan á los padres de familia, á los maestros de la juventud, á los majistrados, y á los depositarios del poder, y que por medio de progresos insensibles pasan desde las ciudades á las cabañas, haciéndose así mas ó ménos populares. ¿Será posible no concebir entónces vivos temores, y no temblar por la tranquilidad de la sociedad? La irrelijion con sus máximas atrevidas y cómodas remueve en el corazon de los pueblos todas las pasiones desordenadas, los hace mas inquietos y mas indóciles, los irrita contra el yugo

de las leyes y de la autoridad, relaja todos los vínculos domésticos, y de este modo prepara la discordia y el desórden en las familias y en la sociedad. Es una verdad reconocida por los buenos injenios de todos tiempos, consagrada por la experiencia de los siglos y por la autoridad de todos los lejisladores, y ya trivial en cierto modo á fuerza de repetirse, que la sociedad se funda en la ley, la ley en la moral, y la moral en la relijion; ¿y como no amenazará ruina el edificio social cuando estan conmovidos sus mismos cimientos?

¿Y qué, Señores, si aun en aquellos pueblos donde la relijion ejerce mas su imperio saludable para el bien de la humanidad, y en donde por su feliz ascendiente sobre las almas precave mayor número de injusticias y de atentados, aplaca mas odios, y afianza mas el respeto á las leyes y á la autoridad; si aun en estos causan las pasiones demasiados estragos; ¿qué

seria si se les quitase la relijion que es la barrera mas fuerte que se les puede oponer? Entónces á todos los escesos que la relijion no evita á causa de la malicia de los hombres, se reunirian los excesos aun mas numerosos que efectivamente impide por su divina y secreta influencia; se harian mas comunes en todas edades y en todas clases desórdenes de todo jénero, y aquejado el cuerpo social por esta levadura de corrupcion y de impiedad sediciosa amenazaria una disolucion jeneral. Es fácil hacer en un libro una enumeracion minuciosa de todos los males para los que la relijion tal vez ha podido servir de ocasion ó pretexto al orgullo ó á la ambicion de los hombres por el abuso que de ella ha hecho la perversidad de estos mismos. ¿Pero por qué se ha de echar un velo sobre los bienes inmensos de que ella sola es oríjen por sus máximas y su espíritu? La sociedad goza de sus beneficios casi sin advertirlo, y se escapan, digámoslo

así, á nuestra vista los buenos sentimientos que introduce en las almas, la compasion y la jenerosidad que inspira, y los consuelos que derrama. ¿ Pero es acaso ménos real su accion porque sea secreta? No, Señores, es como ese calor vivificante que sin hacer perceptible su influencia anima la naturaleza y hace jerminar las plantas y madurar los frutos. Se dice muchas veces lo que ha llegado á ser un pueblo por el abuso que en él se ha podido hacer de la relijion; pero es preciso conocer tambien lo que el mundo social llegaría á ser sin ella. Diré pues valiéndome aquí de las palabras de un orador ilustre de nuestros dias: «la «relijion es la vida del cuerpo político, «y no le deja mas que la alternativa ó «de conservarse con ella, ó de disol«verse sin ella.»

No lo dudeis, Señores, sin la relijion veríamos ahora mas que nunca turbadas las familias por la discordia y el libertinaje, esposos sin union,

hijos sin respeto, y criados sin fidelidad; veríamos mas que nunca seres desnaturalizados, que libres del freno de una educacion relijiosa, aprenderian desde su mas tierna juventud los ardides, y adquiririan la audacia del crímen, y presentarian, horrorizando los tribunales, el mas espantoso de todos los espectáculos, el espectáculo de los crímenes en la edad misma del candor y de la inocencia; sin ella veríamos á los malhechores deponer el temor á la justicia divina, y calculando á sangre fria la corta duracion del tiempo del suplicio, marchar en seguida al patíbulo, llevando sobre su frente no la palidez y la vergüenza del crímen, sino casi la calma de la virtud, y dando así al pueblo el horroroso ejemplo de un culpable que muere sin terror y sin remordimientos; confiados entónces los hombres en que todo termina en el sepulcro, y en que, en caso necesario, podrian sustraerse al castigo y al oprobio por medio del suicidio,

se arrojarian á los proyectos mas inicuos, mas insensatos y acaso mas desastrosos para su patria. En fin, sin la relijion se verian en todas partes mas que nunca egoistas, que sin pensar jamas en los bienes de la vida futura, amarian con mayor ardor los de la vida presente, y que mas devorados de ambiciosos deseos, serian ménos sensibles á los males ajenos, ménos capaces de sacrificios jenerosos, y mas y mas inclinados á todos los desórdenes, que son la plaga tanto de los Estados como de las familias. ¡Ojalá que yo no hiciese aquí mas que una pintura de males imajinarios, y que de ningun modo se hubiesen realizado entre nosotros! ¿Pero no podré apelar al observador, al hombre público, al majistrado? ¿No podré decir á los que estan armados de la espada de la ley contra los malhechores, no es cierto que la decadencia de los sentimientos relijiosos ha hecho mas comunes y precoces toda suerte de desórdenes y

de delitos? Y para llamar las cosas por sus nombres, ¿no es cierto que se ha visto aumentarse de una manera horrorosa los escándalos del suicidio, del infanticidio, del concubinato, de los hijos ilejítimos, y de aquel crímen que tanto se resiste á la naturaleza, que un legislador de la antigüedad creyó deber suponerle imposible?

Vosotros los que á mediados del último siglo levantábais la voz con el estruendo de la trompeta para predicar el odio y el desprecio á la relijion, vosotros habeis reclamado como vuestra la gloria de haber curado el cuerpo social de una enfermedad violenta, del esceso del falso celo, en una palabra, del fanatismo. ¿Pero no veíais que con vuestros sistemas depositábais en su seno jérmenes de ruina y de muerte? Con ellos desapareceria el que vosotros llamábais fanatismo relijioso, no lo niego; pero se introducirian los desórdenes mas monstruosos, los vicios mas innobles y mas viles, el egois-

mo mas roedor, y la depravacion mas refinada; se disolverian los vínculos sociales, y por último se veria brotar el fanatismo de todas las pasiones desencadenadas. El verdadero fanatismo turba la sociedad; la impiedad la mata; el primero es un uracan que ajita, mutila y arranca las ramas del árbol mas vigoroso; la segunda una llaga secreta que corroe hasta sus raices, y justamente puede decirse con un famoso escritor, que la indiferencia filosófica es la tranquilidad de los sepulcros, mas destructora que la guerra misma.

Y no por esto creamos (haré de paso esta observacion) que el ateismo se manifieste solo por la indiferencia, el desprecio ó el olvido de la relijion; no: tiene tambien sus furores y sus persecuciones. Juan Santiago, á quien nada costaban las paradojas mas inconsideradas, ha creido poder deçir que el ateismo no hace derramar sangre; pero á nuestra misma vista ha desmentido

bien palpablemente la experiencia esta asercion. Jamas la sangre humana ha corrido con mas abundancia que bajo del reinado del ateismo; y á la verdad que nada tiene de estraño: cuando apénas se mira á la especie humana sino como á una familia de plantas, ó una raza particular de animales, ¿deberá sorprendernos que se la trate con desprecio, y se consideren sus dolores y su muerte solo como un juguete? Asemejando el hombre á los brutos es natural acostumbrarse á tratarle como á ellos; y en esto es tanto mas fria la barbárie, cuanto que exenta del temor de la justicia divina, no conoce los remordimientos; y á los ateos es ciertamente á quienes con particularidad pueden aplicarse mas literalmente estas palabras del Sábio (1): «Las entrañas de los impíos son crueles.» *Viscera impiorum crudelia.* Así opinaba el mismo Voltaire cuando decia: «Si el mundo estuviese gobernado por

(1) Proverb. XII. 10.

«ateos, seria lo mismo que estar bajo
«el imperio inmediato de aquellos se-
«res infernales que nos pintan cebán-
«dose en sus víctimas.»

Yo bien sé que el mayor número de incrédulos retroceden despavoridos á la vista del abismo del ateismo, y que se glorían de reconocer un Dios, y aun de celebrar sus grandezas; en una palabra, son deistas. Pero caminemos, Señores, de buena fe: ¿creeis que el deismo, aunque ménos funesto si se quiere que el ateismo, sea suficiente para mantener el órden público? Decidme, ¿que idea se forma el deista acerca de Dios y de su providencia, de su bondad y de su justicia, de sus castigos y de sus recompensas en la vida futura? Sus nociones acerca de esto ¿no son vagas é inciertas, y dependientes de sus pasiones y caprichos? ¿Que reglas de conducta pueden derivarse de su opinion, ni que apoyo pueden hallar en ella la moral y la sociedad? ¿Que diferencia advertis entre el ateo

y el deista? Si comparais su conducta habitual, ¿no es acaso cierto que el deismo en su teoría se asemeja demasiado al ateismo práctico, y que en ámbos existe casi el mismo olvido de la divinidad, de todo deber y de todo homenaje para con ella, así como de todo esfuerzo y de todo sacrificio para agradarle? ¿Y no tenia Bossuet fundamento para decir que el deismo no era mas que un ateismo disfrazado? Es preciso, Señores, observar que siempre ha presidido á todas las sociedades civilizadas una relijion cualquiera mas ó ménos perfecta: esta es una regla invariable, que no ha padecido ni una sola escepcion desde que el sol ilumina el mundo; y á la verdad que no nos pertenece á nosotros desmentir la sabiduría de los siglos. ¿Y que es lo que los pueblos han entendido siempre por relijion? ¿Han entendido acaso como tal solo algunas opiniones especulativas y estériles acerca de la divinidad? No: la

relijion ha sido siempre para los pueblos un conjunto de creencias, de deberes y de homenajes piadosos; y de esto se componen las cadenas invisibles, pero poderosas, que no unen á los hombres con Dios su padre comun sino para unirlos mas estrechamente unos con otros. Confesemos pues que el deismo no es mas que un fundamento ruinoso para el órden sócial: es una opinion, pero no una relijion.

Pero para hacer conocer mas y mas la necesidad de la relijion para la felicidad pública, establezcamos de una manera aun mas especial, que sin la relijion es imposible fundar la libertad de una nacion.

¿En qué consiste, Señores, que ciertos espíritus de nuestros dias miran con serenidad la decadencia del cristianismo en Europa, y parecen profetizar con tanta alegría como seguridad su entera y próxima ruina? A mí se me figuran unos hijos que se alegran de los progresos de un incendio, cuyas llamas

amenazan reducir á cenizas la casa paterna. Cual haya de ser la suerte, de la relijion en Europa es un secreto de Dios, que no nos está concedido penetrar. Pero en todo caso no temamos por ella; temamos por nosotros mismos: la venganza mas terrible que podria tomar de nuestros insultos y desprecios seria la de huir léjos de nuestras comarcas, llevándose consigo las prendas mas seguras de la paz y de la prosperidad pública, y dejándonos entregados á las tinieblas y á los vicios de la barbárie, á esos desórdenes y escesos, que envileciendo las almas las amoldan á la esclavitud, y á aquella anarquía á que se sigue el despotismo. Yo quiero, Señores, suponer por un momento que el cristianismo llegase á extinguirse entre nosotros, y que en lugar de esta relijion positiva, que fija y reune los entendimientos en una creencia comun; que señala á todos reglas terminantes para conducirse, y que se apodera del hombre

todo entero por la fuerza de su verdad, no quedase mas que un *espiritualismo* vago é incierto, y casi sin ninguna influencia sobre los sentimientos y las acciones. ¿Cual seria el resultado? Privados entónces los gobiernos del medio mas poderoso de contener á los pueblos en la sumision y el deber, tendrian necesidad de oponer á males estremos remedios no ménos estremos. Cuanto ménos reprime la relijion, ha dicho el mas célebre publicista del último siglo, tanto mas tienen que reprimir las leyes civiles (1). Sí, Señores, si desapareciese la relijion se desenfrenarian con mayor furia todas las pasiones, y para reprimirlas seria preciso recurrir á los medios más violentos, porque solo ellos serian eficaces: entónces la justicia consistiria solo en la fuerza; la tranquilidad no se hallaria sino en la esclavitud, y las naciones irrelijiosas

(1) Montesquieu, *Esprit des lois*, lib. XXIV, cap. XIV.

vendrian por último á expiar en las cadenas su atrevida rebelion contra la Divinidad.

Para dar mas extension á nuestro pensamiento, comparemos por un instante los felices efectos del cristianismo con los resultados inevitables que tendria el triunfo de la impiedad. Antes que la luz del Evanjelio disipase las tinieblas del paganismo, ¿que espectáculo presentaba aun el pueblo mas civilizado? ¿No es evidente que la esclavitud era la condicion comun del jénero humano, y que solo un pequeño número de personas disfrutaba de libertad? En ninguna parte en efecto vemos que los antiguos lejisladores hayan concebido el pensamiento de conciliar la libertad de todos con la felicidad de todos. En Esparta, en Aténas y en Roma se veia al lado mismo de la libertad una esclavitud espantosa; y yo á lo ménos no sé que los filósofos antiguos hayan reclamado nunca contra un desórden en cierto

modo legal, aunque tan escandaloso: solo pues al cristianismo estaba reservado contenerle, hacerle por fin desaparecer, y realizar la alianza de dos cosas que parecian inconciliables, la tranquilidad pública y la libertad universal.

Es cierto que Jesucristo no vino á dar á los hombres lecciones directas de política, ni á trazar á los pueblos una forma determinada de gobierno. El Evanjelio ha ilustrado y santificado las repúblicas lo mismo que las monarquías; pero por sus máximas y su espíritu aproxima unas á otras las clases mas desiguales, inspira los sentimientos mas tiernos y jenerosos, consuela la desgracia, reprime fuertemente todos los vicios, y consagra todas las obligaciones domésticas y civiles. Por esto solo la relijion llegó á ser para los gobiernos un medio nuevo tan eficaz como dulce para mantener los pueblos en la obediencia; la persuasion reemplazó al temor, y las dulces insinuaciones del cristianismo hicieron sin violencia en

los pueblos lo que la fuerza no hacia sino muy imperfectamente. La relijion dió á la moral mayor imperio sobre las almas, y por consiguiente las leyes pudieron perder sin peligro una parte de su rigor, y al fin se conoció, gracias al Evanjelio, que se podia gobernar á los hombres sin tenerlos esclavizados. Para mejor asegurar la tranquilidad de los pueblos dió mas peso á la autoridad dándole un oríjen sagrado, y afirmó el trono de los Reyes, colocándole como se ha dicho con tanta razon donde el mismo Dios tiene el suyo, en las conciencias; pero igualmente distante de la tiranía que de la licencia, no prescribe ménos á los soberanos la justicia que á los pueblos la sumision; y de este modo pertenece al cristianismo la gloria de haber dado á un mismo tiempo mas estabilidad á los gobiernos, y mas libertad á los pueblos: esto es lo que no han querido ver sus inconsiderados detractores, pero lo que no se ocultó al au-

tor del *Espíritu de las leyes.*

¿Quereis ahora que por un triunfo para siempre execrable consiga la impiedad destruir la fe de los pueblos, que la relijion pierda su imperio, y que no sea mas que una arma gastada y sin fuerza contra las pasiones desordenadas? Preparaos entónces á ver renacer los males que ha curado el cristianismo; porque en efecto, entónces serian mas atrevidos los vicios, se multiplicarian los escesos de toda clase, y no habiendo otros medios para reprimirlos y conservar la tranquilidad que las leyes humanas, serian indispensables para contener pueblos sin relijion leyes de hierro, calabozos en lugar de altares, soldados en lugar de sacerdotes, un código de suplicios espantosos en lugar del Evanjelio, y un réjimen de terror en lugar de un réjimen paternal. Esto es lo que exijiria imperiosamente el mantenimiento del órden público; y ved por consiguiente como ciertos novadores harian

con sus sistemas de irrelijion retrogradar el mundo social hácia la barbárie, y como ellos mismos son los mayores enemigos de esa libertad de que se declaran apóstoles fogosos. No hay duda, Señores, un pueblo sin relijion seria indisciplinable, no podria haber para él verdadera libertad, y por querer sustraerse del dominio de Dios se haria él esclavo del hombre: sí, precisamente á los pueblos impios corresponden los tiranos.

Podrá quizá suceder que confiados los pueblos modernos en el estudio mas jeneralizado, en el dia, de las letras, de las ciencias y de las artes, crean poder evitar por medio de ellas los peligros que los amenazan, y aun suplir con su influencia la de la relijion misma. ¡Vana esperanza! Yo estoy muy léjos de participar de la paradoja del novelero Juan-Santiago sobre las ciencias y las letras, y diré al contrario con mucho gusto sirviéndome de los mismos términos de Bossuet, que los que las cul-

tivan con fruto son uno *de los mas bellos ornamentos del mundo.* Pero sepámos libertarnos de un entusiasmo que podria ser tan funesto como fuera de razon. El verdadero sabio podrá ciertamente ver en las ciencias, en las letras y en las artes las decoraciones ó algunas columnas del edificio; pero no las mirará como su cimiento. Lo que da á la moral su mas firme apoyo, y asegura mas la estabilidad de las instituciones humanas, lo que consuela y alivia mas eficazmente las clases mas numerosas de la sociedad, á los desgraciados y á los indijentes, lo que ilustra á los ignorantes sin corromperlos, y lo que sin cortar su vuelo al talento le contiene en justos límites; esto es el verdadero fundamento del órden y de la justicia sobre la tierra, esto es lo que reclaman con preferencia la felicidad y la libertad pública, y esto precisamente lo que se halla en la relijion. ¿De que sirven las lecciones de nuestras sábias escuelas para la multitud

que no puede comprenderlas? ¿Y se creerá acaso tampoco que las luces sean la virtud? No, Señores, si la ignorancia tiene sus vicios, tambien el saber tiene los suyos, y el entendimiento tiene su intemperancia, así como el corazon. Todas esas cosas tan alabadas pueden llegar á ser nuevo instrumento de corrupcion, contribuir á fomentar las pasiones en lugar de precaver sus dèscarríos, y hacer el mal tanto mas incurable cuanto quizá se abuse de los conocimientos adquiridos para llamarle un bien. En los tiempos felices en que se honra la relijion, el talento está contenido y dirijido por su divina autoridad; hasta los espíritus mas independientes se glorian de humillarse ante ella, y entre los homenajes de la multitud apénas se perciben los insultos de algunos pocos; pero cuando por una degradacion insensible al principio, y bien pronto mas rápida y mas manifiesta, se llega á aquellas épocas deplorables en que la relijion no es mas que un objeto

de escarnio y de desprecio, muchos de aquellos mismos á quienes la naturaleza destinaba á ilustrar á sus semejantes se inficionan del contajio universal; se hacen hijos de su siglo; se estravian por las malas doctrinas en que han sido criados y educados; se hacen á su vez sus propagadores, y abusan por último de su talento para acreditar errores funestos, hermoseándolos con colores seductores. Entónces se forma una mezcla de ateismo y de presuncion de injenio, de ciencia y de barbárie, de urbanidad en las palabras, y de depravacion en las cosas; se alteran todas las verdades, se erijen en sistemas todas las paradojas, se sustituyen opiniones á creencias, y nace por último ese escepticismo, esa incertidumbre y esa anarquía de ideas que preparan el camino á todo jénero de seduccion y de tiranía. Sin ir á buscar ejemplos de esto en la antigüedad, ¿no conocemos nosotros mismos en nuestra propia historia una época en que

lo que se llama las luces no pudo salvar la Francia de los mas espantosos sucesos, y en que el mas alto grado de perfeccion en las ciencias se juntó con el último grado de la perversidad humana? Concluyamos pues, que pretender reemplazar la relijion con el saber, es abandonar lo necesario por correr tras de lo útil; y por consiguiente no separemos mas lo que debe estar unido para el bien de la humanidad.

En lugar de contemplar la relijion por el lado mas sublime, es decir, en sus relaciones con nuestros destinos eternos, solo la he mirado por la parte ménos importante á los ojos del cristiano, es decir, en sus relaciones con los intereses humanos. No permita Dios que yo me avergüence del Evanjelio. *Non erubesco Evangelium* (1). ¿Pero por qué el espíritu del siglo nos ha de obligar á deprimir así nuestro ministerio? ¡Ah! existe en el dia un gran

(1) Rom. I. 16.

número de hombres que á todo se acomodarian con tal que hallasen en la tierra la fortuna y el reposo, y por tanto nos es preciso decirles primeramente que sin la relijion que tanto desprecian no conseguirán lo que únicamente buscan, que ella es la que principalmente vela en mantener las costumbres, las leyes y la libertad; ella la que proteje la seguridad de las personas y la conservacion de sus bienes, y que miéntras ellos quizá la insultan ella los defiende con su poderosa proteccion: en una palabra, es necesario decirles que si este mundo social, al que tienen la desgracia de limitar todos sus pensamientos, no estuviese vivificado por la relijion, vendria á disolverse en la anarquía ó á embrutecerse en la esclavitud: el Rey Profeta no hacia mas que espresar bajo de una imájen viva y popular una idea eminentemente política, cuando hace tres mil años decia: «Si el Señor no guarda «la ciudad, inútilmente se desvela el que «la guarda.» *Nisi Dominus custodierit*

civitatem, frustrà vigilat qui custodi eam (1).

Yo no ignoro, Señores, que cuando el ministro de la relijion deplora alguna vez los estragos de las perversas doctrinas, cuando espresa el deseo de ver al fin detenerse los entendimientos en la carrera de la incredulidad, y cuando hace conocer todo lo que esta amenaza al reposo y á la libertad de los pueblos, como que se miran sus lamentos y deseos en cierto modo como indiscretos y supersticiosos, se le acusa de querer hacer retrogradar la jeneracion presente, y se cree haberlo dicho todo alegando que es preciso caminar con su siglo: máxima vaga y cómoda, verdadera bajo mas de un aspecto, pero que á fuerza de aplicarse sin discernimiento puede llegar á ser muy funesta y precipitarnos en un abismo. Procuremos, Señores, aclarar bien la verdad, y que el uso lejítimo de una máxima tan comun en el

(1) Psalm. CXXIV. 1.

dia no nos impida ver los males que podrian acarrear sus falsas aplicaciones.

En efecto, Señores, en las cosas indiferentes que el tiempo hace nacer y morir, en aquellas cosas abandonadas á las investigaciones, á las combinaciones, y en cierto modo á los caprichos del entendimiento humano, marchemos con el siglo; convengo en ello. En aquellas, por ejemplo, en que descubrimientos brillantes hayan engrandecido el imperio de los conocimientos humanos, derramado una luz mas viva sobre los diferentes ramos de las ciencias naturales, y desterrado las antiguas teorías para fundar otras nuevas, no nos obstinemos contra la experiencia, ni disputemos á nuestros contemporáneos la gloria que les pertenece; marchemos con el siglo. En lo respectivo á los nuevos usos, á las nuevas necesidades y nuevas relaciones de familia á familia y de pueblo á pueblo, que hayan podido introducir los progresos de las artes, de la industria y del comercio dando, digámoslo

así, al mundo una faz ántes desconocida, en lo respectivo á aquellas variaciones mas ó ménos grandes que el imperio del tiempo que gasta y destruye todo lo que es humano, haya podido introducir en las leyes y en las instituciones, no insultemos la memoria de nuestros padres que habrán podido muy bien ser tan sábios como nosotros; pero tampoco pidamos á la edad media sus costumbres y su lejislacion; en esto marchemos tambien con el siglo. Pero marchar con el siglo cuando las doctrinas perversas, ocultándose bajo de un hermoso nombre, continuan corrompiendo las jeneraciones nacientes, cuando se afecta hablar de moral para ultrajar mejor la relijion que es su apoyo mas firme, cuando con solo no ser cristiano se cree ser filósofo; cuando se llaman luces las que no son mas que tinieblas, y cuando se tiene por progresos de la razon lo que no es mas que su delirio, marchar, digo, entónces con el siglo, léjos de ser sabiduría es debilidad

de alma ó de carácter, es un crímen. Aquí es donde el ministro de los altares, donde el padre de familias, el maestro de la juventud, el literato y el sábio deben formar una santa liga contra los sofistas. ¡Ah Señores! El camino hácia el mal es tan rápido, y el hombre sufre tan mal todo freno, que si aquellos que por su carácter, por sus dignidades, su edad y sus conocimientos estan naturalmente destinados á la conservacion de las buenas doctrinas y de las buenas costumbres, no las defendiesen con valor, bien pronto caeria toda la sociedad en el desórden y en la confusion.

Traed á vuestra memoria, no esos hombres harto célebres que embriagados de una falsa gloria han hecho resonar su nombre en todo el universo llenándole de desastres y de calamidades, sino esos hombres verdaderamente grandes y que mas han honrado á la especie humana por sus virtudes ó por su injenio, y veréis que en lugar de marchar

ciegamente en todo con sus contemporáneos, han empleado casi siempre todos sus esfuerzos en detenerlos en su insensata carrera. ¿Que hacian antiguamente Focion en la tribuna, Sócrates por medio de sus lecciones, Caton en medio del Senado, y Cicerон en sus obras filosóficas? Luchaban contra los que adulaban al pueblo, contra los corruptores de la moral, contra los despreciadores de las antiguas máximas, y contra los enemigos de las doctrinas relijiosas. ¿Que hacian tambien en la antigüedad los Licurgos y los Numas; en la edad media un Carlomagno y un San Luis, y en tiempos mas modernos los Jimenez, y los Sully? Luchaban para contener por medio de las leyes los vicios y la ferocidad de la multitud, para desarraigar los abusos y las malas costumbres, y para comprimir la licencia y la rebelion. ¿Y que han hecho los santos ó ilustres personajes de que se honra la Iglesia cristiana, desde

los Benitos hasta los Vicentes de Paul, y desde los Agustinos hasta los Fenelon? ¿Conocieron acaso los errores de su tiempo solo para profesarlos, la corrupcion pública solo para lisonjearla, la ignorancia solo para respetar sus tinieblas, y la relajacion de costumbres y de la moral solo para dejarse arrebatar por ella? No ciertamente, sino al contrario por sus escritos, por medio de saludables reformas, y de sábias instituciones, se opusieron al torrente de las malas doctrinas como de las malas costumbres, y la historia atestigua el buen éxito de sus esfuerzos, y su noble valor.

Así pues, Señores, demos al siglo lo que tiene derecho á reclamar, pero sepamos rehusarle lo que no podria obtener sino para su ruina y la de las edades siguientes. Si aun los espíritus de un órden superior deben en ciertas cosas acomodarse á su siglo, tambien en otras muchas deben dominarle, sujetarle, detenerle en sus estra-

víos, y hacerle marchar por las sendas de la sabiduría y de la verdad. A las clases elevadas é ilustradas de la sociedad pertenece hacer triunfar las buenas doctrinas; este es su destino, este es el vuestro, Señores: la patria y la relijion os llaman á cumplirle, y fieles á su voz no defraudaréis sus esperanzas. No hay salvacion para nosotros sino en esas doctrinas sanas y conservadoras del órden y de la justicia; y la relijion es la que todas las guarda, y las enseña todas. Reine ella en los corazones para apagar los odios y las disensiones; reine en las familias para mantener en ellas la paz y las buenas costumbres; alimente la humanidad en el rico, la resignacion en el pobre, la integridad en el majistrado, la obediencia en los pueblos, y en todos la probidad, y entónces, solo entónces podrá la autoridad ser tutelar sin ser violenta, y la seguridad pública podrá hermanarse con la libertad de todos. Sí, por la sabiduría

que no es otra cosa que una relijion ilustrada y sincera, nos vendrán todos los bienes á un tiempo como dicen nuestros libros santos (1), y nuestra nacion á pesar de sus desgracias volverá á ser lo que debe ser, la primera de las naciones civilizadas.

Si mi voz es demasiado débil para hacer prevalecer estas grandes verdades puedo, al concluir, apoyarme en los ejemplos y en la autoridad del santo Rey que es hoy objeto de nuestra piadosa veneracion. ¡Cuanto imperio no ejerció sobre su siglo y sobre los siguientes! Puede verdaderamente decirse que su reinado fué el reinado de la relijion misma. Ella fué la que le inspiró tantas reformas atrevidas, tantas leyes llenas de sabiduría y de fuerza, tantas fundaciones tan preciosas para la humanidad, ó tan favorables á los progresos de los conocimientos humanos; y ella la que dirijiendo

(1) Sap. VII, 11.

sus acciones tanto en la paz como en la guerra le hizo el padre de su pueblo, el árbitro de las naciones y de los Reyes, y la admiracion de los bárbaros. ¡Como en efecto se manifiesta toda su alma rejia y cristiana en las instrucciones que dejó al heredero de su corona! En ellas le recomienda ciertamente este buen Rey dedicarse á la felicidad de su pueblo; pero para hacerle mas inviolables y sagradas sus obligaciones le presenta la relijion como su regla suprema, y pone á la cabeza de sus deberes los que le estan impuestos para con el Señor soberano de los Reyes lo mismo que de los vasallos. Esta augusta leccion estaba impresa en el alma del monarca que el cielo tenia como de reserva para sondear y curar todos nuestros males, y que en cierto modo en nada tendría ser hijo de San Luis si no representase en su persona sus reales virtudes. Viva tanto como lo desea nuestro amor; y merezca mas y mas la

gloria de ser llamado en la mas lejana posteridad el restaurador de la relijion y de las buenas costumbres, y por ellas de la monarquía. Así sea.

SOBRE

LOS LIBROS IRRELIJIOSOS.

Sermo eorum serpit ut cancer.

Los discursos impíos son como una gangrena que extiende insensiblemente su corrupcion.

Hay un mal que despues de haber atormentado la jeneracion presente, podria aun causar la ruina total de las jeneraciones futuras: un mal que habiéndose propagado desde la capital á las provincias á modo de un contajio ha llegado á inficionar los campos no ménos que las ciudades, y las clases mas obscuras lo mismo que las mas elevadas; un mal en fin tan extendido y arraigado que parece incurable, y para el cual, si no se quiere que todo perezca, costumbres, leyes, instituciones, y hasta la Monarquía, es preciso buscar algun remedio, ya sea para

extirparle, ó ya á lo ménos para disminuir sus estragos: hablo, Señores, de la circulacion cada dia mayor de una multitud de libros contra la relijion. Tan espantoso desórden ha escitado ya el celo de un elocuente Obispo, que durante cincuenta años de su carrera oratoria ha dado tantos y tan gloriosos combates á la impiedad de su siglo: y aunque sola esta consideracion acaso hubiera debido obligarnos á guardar silencio, hemos pensado que nunca debe haber descanso en combatir un mal que no cesa de reproducirse bajo de mil formas diferentes; y que el destino de todo ministro de la relijion es defenderla en proporcion de sus fuerzas y de su talento. ¿Y debería tampoco á vista de semejante escándalo permanecer muda esta cátedra despues de haber sido ilustrada por los Bossuet, y los Massillon?

Esta es, Señores, la vez primera que impugno directamente en un discurso particular las producciones litera-

rias de la impiedad moderna. Lo he creido un deber ya para con la relijion, cuyo especial defensor me he constituido entre vosotros por vocacion y por eleccion, ya para con mi patria cuya ruina tengo por inevitable si llegase á extinguirse en ella el cristianismo, y ya en fin para con este auditorio que acaso tenga derecho á esperar de mí que en la nueva situacion en que me ha colocado la Providencia (1) combata con mas enerjía que nunca los enemigos del altar y del trono.

Es tal en el dia la licencia de los entendimientos, tal la costumbre de pensar, de hablar y de obrar sin regla ni freno, y por consiguiente de componer, de leer, de esparcir y de conservar las producciones mas criminales, que mi celo acaso parecerá una cosa en cierto modo estraña, ó á lo ménos muy distante de la tolerancia

(1) En 1821.

ilimitada de que se gloría el siglo presente. ¡Cuantas ilusiones tengo que disipar ya en los que prostituyen su talento y sus vijilias á esas obras de iniquidad, ya en los que las propagan con el mas deplorable resultado, ó ya últimamente en los que hacen de ellas el alimento de sus almas, con el ansia mas insaciable! Al declamar contra los libros irrelijiosos tengo, lo confieso, la triste certidumbre de que mi voz no será mas que un débil dique contra el torrente devastador. ¿Que pueden en efecto todos mis esfuerzos para romper las plumas impías ó las prensas que se hacen sus cómplices? Pero no importa; no por eso ha de enmudecer la relijion ante la atrevida impiedad, ni retroceder el orador evanjélico ante el sofista presuntuoso: á lo ménos escitarémos el celo de los padres de familia, de los preceptores públicos y particulares, y darémos un saludable aviso á la imprudente juventud, y no enteramente

en vano resonarán nuestras palabras en este recinto, no: aun no estan cerrados á la verdad todos los corazones.

Aunque confio, Señores, que me perdonaréis que use en este discurso de toda la libertad de mi ministerio, yo no me perdonaría á mí mismo usar en él de la licencia de un declamador: por lo tanto mis palabras no tendrán acrimonia; pero si la relijion ultrajada no exije que se la vengue con insultos ni con personalidades, tampoco reconoce por defensores suyos á esas almas tímidas que tiemblan ante sus enemigos, y cuyas pusilánimes condescendencias se parecen á la complicidad.

¿Que se debe pensar de los autores de libros contra la relijion? ¿Que de sus propagadores? ¿Que de sus lectores? Estas tres cuestiones serán el asunto de esta conferencia.

Si yo pusiese en una misma clase á todos los escritores enemigos de

la relijion cristiana, y á todos los declarase igualmente culpables para envolver á todos en un mismo anatema, se me podria tachar de exajerado é injusto. Conozco que en efecto no se debe confundir á los que reconocen algunas verdades sagradas con los que ninguna respetan, ni á los que solo conmueven algunas columnas del edificio con los que minan sus cimientos: voy pues por lo tanto á dividirlos en dos clases. Hay escritores que no conociendo otro Dios que la naturaleza, y no viendo en el hombre mas que sus órganos, en la vida futura mas que una quimera, y solo una invencion humana en el bien y el mal, destierran y destruyen con sus principios todo sentimiento piadoso hácia la divinidad: á estos daré el nombre jeneral de impíos. Hay otros que mirando acaso el cristianismo como una institucion útil, no ven sin embargo en él la obra de la Divinidad; no creen en la mision divina de Jesucristo, ni

admiten la revelacion: á estos llamaré simplemente incrédulos. Examinemos hasta que punto son culpables así unos como otros.

Compareced primeramente, escritores impíos: yo os cito ante el tribunal del jénero humano; en él se os despojará de la pompa de vuestros sofismas, y del esplendor de vuestras brillantes frases, y en él os presentaréis sin el ruidoso séquito de vuestros discípulos seducidos ó corrompidos, y cargados solo con el peso de vuestras doctrinas cuya deformidad voy á patentizar. No examinaré vuestra vida privada; yo no trato de saber si la licencia y el desenfreno de vuestro entendimiento no ha tenido su oríjen en el de vuestro corazon: tampoco os pediré cuenta de vuestros sentimientos impíos ínterin han estado encerrados en vuestro corazon: solamente os acusaré de su manifestacion pública, y de haber cometido en ella el mayor de todos los crímenes.

Para que quedeis tan convencidos de esta verdad como lo estoy yo mismo, comparemos por un momento el crímen de los escritores impíos con los de esos hombres á quienes persigue y castiga la justicia humana. Es culpable sin duda ante la ley el que toma el bien ajeno; ¡pero cuanto mas aun debe serlo el escritor impío! Aquel podrá en cierto modo haberse visto obligado por la miseria, por el hambre, ó los lamentos de una esposa y de unos hijos moribundos; pero el escritor impío sin necesidad ni utilidad y sin ninguna escusa aparente predica, publica, y se regocija de ver hacerse populares esas doctrinas que rompiendo el freno de la relijion embotan el aguijon de los remordimientos, debilitan el horror ál crímen, y conspiran de este modo á hacer mas comunes, y aun á justificar todos los robos, y todas las injusticias. Mas culpable todavía es aquel que se atreve á atentar contra la vida de su semejante;

pero aun es mas horrendo el crímen del escritor impío: aquel arrebata un solo individuo, hace una sola víctima, y quizá consuma el delito arrastrado por el furor de una venganza provocada por un ultraje; pero este se ocupa años enteros con toda la calma del estudio y de la reflexion en meditar á sangre fria una obra contra esas primeras verdades que todos los pueblos han mirado como sagradas; emplea toda su ciencia y todo su talento en hermosear, si es posible, el horroroso ateismo, y por medio de sistemas que desenfrenan todas las pasiones, y las hacen mas atrevidas y audaces para el mal, deposita á ciencia cierta en el cuerpo social jérmenes de ruina y de muerte, y de este modo mata en cuanto está á su alcance no á un solo miembro de la sociedad sino á la sociedad entera. Cometería indudablemente un crímen mucho mas atroz el que envenenando los alimentos de toda una familia

arrojase al mismo sepulcro y en un solo dia al padre, á la madre, á los hijos y á los criados; mas tan execrable delito tendria á lo ménos algunos límites: pero el escritor impío esparce en ciudades y en provincias enteras un tósigo que corrompe las almas y seca la virtud hasta en sus mismas raices. Por último los delitos de los malhechores comunes son pasajeros y mueren con ellos; pero el del escritor impío extiende sus estragos á todos paises, y á todos tiempos; su impiedad le sobrevive, se propaga y perpetúa aun despues de su muerte, y traducidas quizá sus obras en diversas lenguas infestan las naciones estranjeras y la posteridad. Si, Señores, léjos de acabar con él su impiedad se hace universal, y en cierto modo inmortal; y el escritor impío es por lo tanto responsable de todos los escesos y de todos los crímenes que hagan cometer sus obras irrelijiosas. ¡Ved aquí, escritores impíos, ved aquí

los trofeos de vuestros sepulcros!

¿Querréis justificaros alegando que no habeis hecho mas que espresar vuestra opinion? Pero responded de buena fe: ¿estábais íntima y profundamente convencidos de que no existia Dios? ¿os decia vuestra conciencia que podíais estar tan firmes y tranquilos en vuestra impiedad como en todas aquellas verdades de que nadie duda? ¿os entregábais tranquilamente á la idea de que realmente los pueblos serian mas felices sin relijion y sin Dios? Vosotros no ignorábais la historia del jénero humano, ni la de esa multitud de injenios inmortales que han brillado sobre la tierra, y que parecen haber sido colocados de distancia en distancia como fanales para iluminar las naciones y los siglos; vosotros conocíais mejor que nosotros, ya á esos hombres prodijiosos que han civilizado las ciudades y los pueblos, ya á esos entendimientos sublimes que desde Platon hasta Bossuet

han escrito de tiempo en tiempo sobre el arte tan difícil de gobernar á los hombres, ya á esos sábios estraordinarios desde Galileo hasta Newton que han aparecido en nuestra Europa de tres siglos á esta parte, y á quienes veneramos aun como fundadores de las ciencias humanas, y ya en fin á esos admirables bienhechores de sus semejantes como los Vicentes de Paul que han sido los Angeles consoladores de todas las miserias y de todos los infortunios: sabíais ciertamente que todos habian estado penetrados de sentimientos relijiosos mas ó ménos puros, como manifiestan por todas partes sus escritos, sus leyes y sus instituciones, y no ignorábais que todos han pensado como ha dicho uno de ellos: que *era tan imposible fundar una sociedad sin relijion, como fundar una ciudad en el aire*: ¡todo esto lo sabíais, y sin embargo no habeis temido luchar vosotros solos contra todo el jénero humano, ni perderos

en las tinieblas desdeñándoos de seguir las huellas luminosas de esa muchedumbre inmortal de injenios creadores! No alegueis la fuerza de vuestros argumentos; esos argumentos fueron conocidos tan bien como por vosotros por los grandes hombres que acabo de citar; pero ellos supieron resolverlos, y vosotros no: á vosotros os han vencido dificultades de que ellos supieron triunfar, y habeis creido fortaleza de alma lo que en realidad no era en vosotros mas que debilidad. ¡Ah! no os avergonceis de confesar que al pensar en ese Dios de quien blasfemábais pero que existe, habeis experimentado mas de una vez terrores secretos; acaso al escribir vuestras líneas impías la pluma se habrá estremecido alguna vez en vuestra mano; y jamas, sí, jamas habeis podido tener mas que á lo sumo vagas incertidumbres; y en medio de esas dudas ¿no os dictaba la recta razon deteneros en vuestra insensata carrera?

Pero no, habeis resistido á la voz de la naturaleza humana y al grito de vuestro corazon, para arrojaros locamente á una monstruosa singularidad.

Diré á aquellos escritores, que respetando algunas verdades sagradas como las de un Dios, de una Providencia y de una vida futura, desconocen é impugnan sin embargo en sus obras la relijion cristiana: si á vuestros ojos y á los de la Divinidad son iguales, como decis, todas las relijiones, ¿á qué ese encarnizamiento por destruir la que está establecida en vuestro pais? Si como confesais no puede subsistir la sociedad sin relijion, ¿por qué esa manía de querer arruinar la que hace catorce siglos es la relijion de vuestra patria, la que ha llegado á ser como el patrimonio de todas las familias, la que civilizó á nuestros padres, y está tan íntimamente enlazada con todas sus instituciones? ¿No debíais temer conmover el estado atacando la relijion, ó habréis pensado que podríais

darle otra nueva inventada por vosotros que fuese mas capaz de reprimir los vicios, mas consoladora y mas saludable? Si todos los pueblos civilizados han profesado como confesais una relijion positiva con sus creencias, sus preceptos y su culto, ¿por qué os limitais á predicarnos algunas verdades especulativas sobre Dios y su providencia, despojándolas de todo lo que las hace sensibles, las mantiene presentes al entendimiento, y les da tanto imperio? ¿No veis cuanta fuerza dan á estas primeras verdades nuestros misterios, nuestras ceremonias, nuestros usos y nuestras prácticas relijiosas, de tal modo que minar el cristianismo es casi minar en la práctica la fe de esas mismas verdades que quereis conservar? ¿Que importa que respeteis la moral evanjélica, si la despojais de lo que es su apoyo, y asegura mejor su fiel observancia? Conoced pues que si el deismo puede ser la opinion de algunos filósofos, jamas ha sido ni será

la relijion de la multitud, y que vuestro sistema de relijion natural, aunque ménos repugnante en teoría, es casi tan estéril en virtudes, y tan funesto en sus consecuencias como la impiedad mas decidida.

Yo no me admiro de aquella espresion de Bossuet tantas veces citada, que el deismo no es mas que un ateismo disfrazado. Tampoco me admiro de que sobresaltados los prelados y los majistrados en el último siglo al ver aumentarse los progresos de la incredulidad, presajiasen los males que debian seguirse de ella, designando á los enemigos del cristianismo como enemigos del trono. Sus elocuentes reclamaciones eran un homenaje rendido á la verdad á la vista misma de sus enemigos ya demasiado poderosos: fueron, es cierto, inútiles; su voz profética no fue oida en el choque y tumulto de opiniones insensatas, y se ahogó á la manera que un ruido lijero se confunde en el estruendo de

la tempestad. Se continuó desconociendo todas las verdades, y erijiendo en sistemas todos los errores; y rompiendo los entendimientos todo freno, se sublevaron á un tiempo, cuando llegó la ocasion, todas las pasiones armadas de sofismas para justificar sus propios escesos: nada entónces se respetó de cuanto existia; se trastornó todo, y la sociedad se convirtió en un monton de ruinas. Si la relijion no fué la única causa de esa grande calamidad que se ha llamado revolucion, á lo ménos le imprimió un carácter de perversidad y de destruccion que la distingue como una época única en los anales del mundo. ¡Escritores incrédulos, tal fué en parte vuestra obra; vosotros no quereis confundiros con esos escritores sin Dios ni relijion; pero nosotros tenemos derecho á denunciaros como cómplices suyos!

Acabamos de ver lo que se debe pensar de los autores de libros contra la relijion: veamos qué debe pensarse

de sus propagadores, que es la segunda cuestion.

En nuestros dias se ha apoderado de los enemigos de la relijion una espantosa emulacion: parece que se disputan y se envidian el triste honor de darle los golpes mas pérfidos y mortales; y ya que han dejado de perseguirla con el puñal en la mano, aspiran á la horrible gloria de arruinarla en el ánimo de los pueblos, impugnando su doctrina, haciéndola odiosa y ridícula, y atrayendo sobre sus ministros un odio y un desprecio que al fin viene á recaer sobre ella misma. No es para ellos bastante que en cierta época haya sido proscrita y arrojada de sus templos, degollados sus discípulos y sus sacerdotes, y mezclada la sangre de sus ministros con la de sus Reyes, como para hacer una libacion ante los altares de lo que llamaban la *razon*. Cansada ya la irrelijion por el valor y la paciencia de las víctimas en aquel terrible combate, emplea hoy otras

armas; llama á su socorro las artes, y las hace servir de instrumento á sus designios. El buril y el pincel auxilian las plumas de los escritores, y las prensas publican sus producciones, empleando métodos mas capaces de hacer mas prontos y universales los efectos de los libros irrelijiosos. La impiedad no se limita ya á los escritos de sus apóstoles actuales, sino que hace revivir los de sus apóstoles del siglo pasado, y nada omite de cuanto puede hacerlos circular por toda la Francia con mayor rapidez y mejor éxito. Para que no espante el número de volúmenes se han hecho compendios, en los que se ha procurado con esmero estractar todo lo mas perverso é impío: para evitar el inconveniente de que un precio alto retraiga un gran número de compradores, se ha hallado el medio de rebajarle y de hacerle cómodo á todos, empleando algunos métodos económicos; y para que no incomode la magnitud de los volúme-

nes, se han dado á las obras formas mas lijeras y mas fáciles de manejar. Sí, Señores, no solamente recorre la impiedad nuestras provincias por medio de los escritos, sino que se muestra á los habitantes de las aldeas lo mismo que á los de las ciudades en estampas, en pinturas y en canciones, y de este modo habla á los ojos y al oido de la multitud ignorante en un lenguaje que su corazon entiende. Todos los que de un modo ú otro concurren á publicar, á vender, acreditar y extender los escritos contra la relijion, son los que yo llamo sus propagadores; ¿y será posible no acusar á todos de una complicidad criminal, aunque no todos sean igualmente culpables? ¿No podemos decirles á todos: miéntras que las doctrinas impías no estan escritas mas que sobre el papel, al cual las ha confiado su autor, no son peligrosas mas que para él solo ó para un pequeño número de personas que pueden tener conocimento

de ellas, estan envueltas en las tinieblas, y apénas se percibe su funesto influjo; pero vosotros sois los que les dais vida, vosotros los que las sacais á la luz pública, los que facilitais y extendeis sus estragos, y vosotros en fin los que de un fuego que hubiera permanecido oculto entre cenizas, ó que no hubiera consumido mas que una casa, haceis un grande incendio que devorará las ciudades y las provincias? ¡Que profesion, Señores, la de esparcir por todas partes cuanto puede inficionar las almas y los corazones, é introducir en las familias el vicio, la corrupcion y la discordia, introduciendo doctrinas que no pueden servir mas que para fomentarlas!

¿Y con qué se podrá cohonestar tan vituperable conducta? ¿Se dirá que en esto tienen su interes las artes y el comercio? Guardémonos de ver la gloria de las artes en lo que precisamente las deshonra. Retratar la bella naturaleza, y aun hermosearla, procu-

rar llegar hasta aquel grado de perfeccion indefinible de que tenemos un sentimiento confuso en nuestras almas, y que existe mas bien en nuestra intelijencia que en ningun objeto criado, este es el noble destino de las bellas artes, y cualquier otro las degrada. El escultor y el pintor profanan su talento no ménos que el autor y el poeta desviándose de una vocacion tan pura y tan elevada. ¿Es acaso la impiedad el camino de la gloria? No: los Phidias y los Rafaeles no debieron su inmortalidad á obras impías.

Esto forma, se dirá, un ramo útil de comercio: es cierto, Señores; no me entregaré yo á vanas é injustas declamaciones contra el comercio y la industria, ni negaré las ventajas que proporcionan: no se trata tampoco de convertir á los franceses en un pueblo de cenobitas, ni de imponer á este reino las leyes suntuarias de la antigua Lacedemonia. El mas grande, y al mismo tiempo el mas santo de nues-

tros Reyes supo muy bien dar al comercio y á las artes toda la extension de que entónces eran susceptibles; y la historia atestigua que cuando era necesario era el príncipe mas magnífico de su tiempo. Pero sepamos tambien sobreponernos á consideraciones puramente materiales; no veamos en la sociedad civil una reunion de animales, cuyo instinto se limite á sus necesidades físicas; veamos mas bien en ella una reunion de seres racionales, que no solo se alimentan de un pan grosero, sino tambien del pan espiritual de la verdad: que el buey encuentre únicamente su patria en el pasto que le alimenta y engorda, es una cosa natural; pero en cuanto á mí, no solamente es mi patria el suelo que piso, sino que lo es tambien mi Relijion y mi Rey, nuestras leyes, nuestras instituciones, nuestras costumbres nacionales, nuestros usos, nuestros antepasados y sus honrosos recuerdos; y he aquí la razon por que si debemos

no prescindir de lo que en cierto modo hace la vida animal del cuerpo social, debemos tambien mirar con mucho mayor interes lo que constituye la vida moral é intelectual, y por consiguiente precavernos contra las doctrinas que la corrompen y la arruinan.

Aun iré mas adelante, y no temeré decir que la relijion es lo que mas interesa al comercio. El comercio prospera por aquella probidad que prohibe las ganancias ilícitas, los fraudes y la falta de cumplimiento en los contratos; prospera por aquella moderacion que no permite buscar la fortuna por caminos escabrosos, señalados frecuentemente con caidas desastrosas no solamente para el especulador temerario, sino tambien para una multitud de familias cuyos intereses estan mezclados con los suyos; prospera por aquella prudente economía que no permite disipar en un dia en los caprichos de un lujo ruinoso el trabajo de muchos años, y que precave de este modo

muchas catástrofes; y en fin prospera por aquella buena fe pública que inspira confianza, é inclina aun á los mas prudentes á hacer especulaciones para lo futuro. ¿Y no es la relijion la garantía mas firme de esta probidad, de esta moderacion, de esta economía y de esta buena fe? ¿Que pensaríamos de un hombre que para conservarse en un estado de vigor y de salud cargase su cuerpo de vestidos magníficos y su cabeza de diamantes, y no temiese tragar una bebida envenenada, que tarde ó temprano debiese hacerle espirar en medio de las mas horribles convulsiones? He aquí la imájen de un pueblo que deslumbrado por el brillo de las artes y de los productos de la industria mire con indiferencia la circulacion de doctrinas impías, que destruyendo insensiblemente las costumbres y las leyes, causan por último un trastorno universal.

Acaso se me dirá que esto es ser mas severo que la ley, y que yo puedo

muy bien tolerar lo que ella tolera. No me pertenece ciertamente trazar á los gobiernos el camino que deben seguir para atajar el progreso de doctrinas cuyo triunfo ocasionaria inevitablemente la ruina de su autoridad; pero como defensor de la moral cristiana me corresponde decir lo que ella permite y lo que prohibe: he aprendido tambien de San Pablo que el Supremo Juez condena no solamente á los que hacen el mal, sino tambien á los que le aprueban; ¿y puede aprobarse de un modo mas manifiesto que procurando propagarle? ¿Y quien tampoco ignora que en todos los pueblos han existido desórdenes y vicios que no porque hayan sido tolerados por las leyes dejan de estar reprobados por la sana razon? ¿Dejan de ser cosas vergonzosas y condenables la ingratitud y la avaricia porque la ley no señale penas contra ellas? ¿Es acaso inocente el libertinaje porque no sea un crimen de que entiendan nuestros tri-

bunales; ó se deberán aprobar en las representaciones teatrales las obscenidades que pueden afearlas bajo del pretexto de que la ley tolera los teatros?

Hay personas á quienes admira y casi causa indignacion el celo de los moralistas contra los malos libros; pero ved cuanta es en esto su inconsecuencia y lijereza. Cuando una enfermedad contajiosa amenaza nuestras provincias, ¡que de precauciones no se toman para preservarlas de ella! ¡Que espantosa severidad para hacer ejecutar las medidas adoptadas! Se quisiera, si posible fuese, oponerle barreras insuperables, y todo esto se mira como efecto de un amor ilustrado á la humanidad, y como parte de la solicitud de un gobierno paternal: nada en efecto se omite en favor del cuerpo; pero ¿que hacemos en beneficio de las almas? Léjos de causarnos espanto esa peste moral que las inficiona, y que altera ó destruye los principios de la vida social, esa cir-

culacion de folletos apestados y de libros impíos, la miramos casi con indiferencia; y no tememos que impregnado el cuerpo social de todos esos venenos, y despues de haber agotado en movimientos convulsivos el poco vigor que puede quedarle, se consuma lentamente; y venga por último á disolverse.

Padres y madres de familia; maestros de la niñez, vosotros todos á quienes la divina Providencia ha confiado el cuidado de la primera edad, temed las resultas de vuestro descuido, temed haceros cómplices de la impiedad. Arrancaríais de entre las manos de la juventud la copa envenenada que podria darle la muerte, y dejais á su vista libros que pueden corromper su razon y su corazon, formando así hijos desnaturalizados para desgracia de las familias, y malos ciudadanos para desgracia del Estado; y conservais cuidadosamente esas obras apestadas, veneno hereditario que por culpa vuestra pasará de

jeneracion en jeneracion, poniéndoos con semejante conducta en el número de los culpables propagadores de la impiedad!

Paso á la tercera cuestion: ¿qué deberémos pensar de los lectores de libros contra la relijion?

Pasaron ya aquellos dias en que la fe era muy comun, y rarísima la impiedad; aquellos dias en que el frances se espantaba de una blasfemia como de una palabra siniestra; en que los escritos irrelijiosos circulaban clandestinamente y en la oscuridad, y en que dóciles los cristianos á la voz de sus pastores respetaban sus prohibiciones; desapareció ya aquella docilidad para ser reemplazada por una curiosidad soberbia, y la juventud en particular se indigna de que se quiera poner un freno, aunque lejítimo, á la intemperancia de sus deseos. ¿Y que pretextos son los que alegan los lectores de estos libros? Unos dicen que ellos no son impíos ni tratan de serlo, y pretenden que su fe es

bastante firme para que no la haga vacilar semejante lectura: ¡ escusa llena de temeridad! Otros ocultándose á sí mismos las disposiciones secretas de su corazon, pretenden no llevar otro objeto que el de ilustrarse é instruirse para decidir con conocimiento de causa entre el cristianismo y la incredulidad: ¡ escusa llena de ilusion! Los hay en fin que alegan no buscar mas que las gracias del estilo, y que para ellos es un deber no desconocer producciones de que tanto se ha hablado ó se habla: ¡ escusa llena de frivolidad!

Sí, Señores: todos aquellos que sin tener necesidad no reparan en leer obras contra la relijion bajo del pretexto de que su fe es bastante firme; todos son imprudentes y temerarios. En efecto, por una parte nuestro entendimiento se rebela contra la sublimidad de los misterios del Cristianismo, nuestra molicie nos inclina á desechar el yugo de sus preceptos, y nos es penoso sujetarnos á sus prácticas y á sus observancias,

y por otra nuestros libros santos estan llenos de espresiones que por defecto de luces suficientes para esplicarlas pueden fácilmente confundirnos. Débiles y soberbios, indolentes y curiosos al mismo tiempo, nos vemos obligados á estar siempre alerta contra estas disposiciones secretas de nuestro corazon; ¿pero lo haceis así vosotros? No, al contrario: en lugar de alimentaros con lecturas que fortifiquen vuestra fe, y os suministren armas para defenderla, buscais todo lo que puede contribuir á debilitarla en vuestra alma, y á entibiar vuestro celo por sus intereses. ¡Qué! ¿creeis poder leer ese cúmulo de sofismas con que la incredulidad impugna nuestros misterios, sofismas que acaso no sois capaces de descifrar suficientemente, sin recelar que un argumento sutil os deslumbre con una apariencia de verdad, persiga vuestro entendimiento, le fatigue, y acaso llegue á entibiar vuestro corazon en el momento mismo en que mas deberia anonadarse ante la

majestad del Dios tres veces Santo? Leeréis un libro de máximas epicúreas, segun las cuales la moral cristiana debe pareceros intolerable en ciertos puntos á nuestra debilidad; y cuando ya llevais con tanta dificultad el yugo de la simple ley natural, ¿no os sentiréis tentados á sustraeros del de la moral mas pura y mas perfecta del Evanjelio? ¿No es temible que una obra que ridiculiza y desprecia las prácticas mas reverenciadas de la piedad cristiana, y que se burla de la sencillez de los hombres instruidos que se someten á ellas lo mismo que el vulgo, no es temible que os inspire cierto disgusto hácia esas prácticas piadosas, y que por último vengais á mirarlas como devociones populares indignas de vosotros? Cuando en un libro en que se halla una mezcla de erudicion y de frivolidad, de sentimientos á veces respetuosos, pero tambien de bufonadas picantes, se os presenten las santas Escrituras bajo de un punto de vista falso y odioso, ¿creeis que no podrá

alterarse vuestro respeto hácia ellas? ¡Ah! temed si tocais el fruto prohibido ser castigados aun mas severamente por vuestra curiosidad, y despues de haber dado el primer paso por imprudencia, parar por último en la apostasía. Yo quiero suponer que no llegue á apagarse vuestra fe; pero solo despedirá una luz pálida y sin calor.

Desconceptuadas á vuestros ojos las verdades sagradas perderán mucha parte de su imperio sobre vuestro corazon. El convencimiento es lo que da fuerza al alma, y cuanto mas vivo es y mas profundo, mas inspira resoluciones jenerosas. El hombre que duda para nada es bueno: desde el momento en que vacila está ya medio vencido, y su conducta es débil como sus opiniones: sus obras serán lánguidas como su fe, y si el árbol no llega á secarse hasta la raiz dejará á lo ménos de dar fruto.

¿Pero no será permitido, se dirá, saber lo que los enemigos de la relijion alegan contra ella? Examinemos esta segunda

escusa. No es ciertamente el cristianismo una relijion de tinieblas; al contrario ama la luz porque nada tiene de que avergonzarse con respecto á su oríjen, á sus propagadores, á su doctrina, ni á sus conquistas; los vicios de muchos de los que le profesan, no manchan la pureza de sus máximas, así como los vapores de la tierra no manchan los rayos del sol; y sus mismos discípulos dejan de ser dignos de este nombre desde el momento en que empiezan á ser viciosos. Lo que le obliga á lamentarse y en lo que funda sus justas quejas es la indolencia de aquellos que encuentran mas cómodo condenarle sin haberle oido: nuestra sumision es la de un ser intelijente que cede á la verdad; y como ha dicho el mas gráve de los oradores cristianos, nuestra fe debe ser racional. ¿Y como podria serlo si no interviniese en ella la razon? Examinemos pues; pero caminemos con precaucion, y no llamemos exámen lo que solo seria un vano simulacro suyo. Unos queriendo

examinar la relijion hacen sus delicias de los libros contra ella y los hacen materia de sus conversaciones, deseando fortificar las impresiones que han escitado en ellos, por medio de las que han experimentado los que pueden tambien haberlos leido; pero semejantes al juez inícuo cuyos oidos siempre abiertos á los clamores altaneros del acusador estuviesen constantemente cerrados á la voz modesta del acusado, jamas hojean los libros de sus apolojistas, ni procuran conocer las refutaciones victoriosas de las dificultades que los detienen: este es un exámen lleno de parcialidad y de injusticia. Dominados otros por una presuntuosa confianza, desdeñan las luces ajenas, y creerian humillar su intelijencia consultando á los doctores de la ley, á lo que se sigue erijirse en árbitros supremos sobre todas materias, y aun ser algunas veces tanto mas desdeñosos cuanto debieran ser mas modestos. El de estos es un exámen lleno de debilidad. Muchos en fin,

temiendo convencerse de la verdad de una relijion pura en sus preceptos, la estudian con cierta secreta prevencion á favor de cuanto la combate, y contra lo que está consagrado á su defensa, queriendo así sustraerse á la luz de la verdad para evadirse de los deberes que impone; y como dicen nuestros libros santos, no comprender para estar dispensados de obrar bien. *Noluit intelligere ut benè ageret* (1). Si vuestro exámen es de cualquiera de estas clases, ¿que confianza puede inspiraros? El secreto para conocer la verdad es desearla: el que la ama la encuentra, ella se muestra á los corazones puros, pero se oculta á los soberbios, y castiga sus desprecios injuriosos dejándolos en las tinieblas del error.

Decís que quereis examinar la relijion, enhorabuena; pero discutid sus pruebas para sentir su fuerza, pesad los testimonios para darles su verdadero

(1) Ps. XXXV, 4.

valor, haced callar las pasiones que os ofuscan, consultad en vuestras dudas, y aclarad vuestras dificultades. Decís que quereis examinar la relijion. ¡Ah! no, no lo quereis, pues practicais precisamente cuanto puede haceros caer en la incredulidad ó confirmaros en ella. Buscais el conocimiento de nuestros libros santos, de nuestra doctrina, de nuestras tradiciones, de nuestro culto en escritos llenos de hiel y de acrimonia, de obscenidades y de blasfemias, y tal vez en los comentarios licenciosos y jocosos de Voltaire; y cuando ya habeis bebido en ellos el tédio y el desprecio hácia la relijion, es cuando os ocurre la idea de consagrar algunos momentos á la lectura de sus apolojistas; pero entónces ya os fastidia lo que es grave, sólido y profundo. Me serviré de algunas comparaciones para haceros conocer cuan estraña es vuestra conducta.

Figuraos, por ejemplo, un jóven que despues de haber concluido sus estudios en alguna de nuestras provincias llega

á esta capital para aprender ese arte tan complicado y tan difícil, tan precioso y al mismo tiempo tan temible, el arte de curar. ¿ Pero que hace para esto? Empieza leyendo todas las sátiras así antiguas como modernas contra los médicos, y todo lo que puede persuadirle que la medicina es un arte frívolo y conjetural, un arte fundado en la ignorancia y en la credulidad, y ejercido por charlatanes en algunos alucinados, que demasiado frecuentemente son víctimas suyas. Lleno de estas ideas, é imbuido en todas estas preocupaciones, recorre rápidamente algunos libros científicos, habla de ellos con algunos compañeros de su misma edad, ménos para darse mutuamente una razon formal de ellos, que para hacerlos objeto de sus burlas, limita á esto sus estudios, y vedle ya en su concepto hecho médico: esto no será, si quereis, mas que una fábula; pero es una pintura fiel de aquellos jóvenes que para conocer la relijion, la estudian en los libros de sus enemigos,

cuyos escritos son frecuentemente tan licenciosos como impíos.

Suponéos vosotros mismos constituidos por profesion defensores del huérfano y del oprimido; suponed que una viuda desamparada os confia la defensa de sus intereses y de los de sus hijos, y que depositando su confianza en vuestro celo pone en vuestras manos los documentos que deben hacer triunfar su causa; pero que vosotros en lugar de estudiarlos con cuidado y de penetraros bien de su contenido, apénas os dignais reconocerlos lijeramente, y os entregais por el contrario á un exámen profundo de cuanto pueda alegarse contra aquella á quien debiais defender, sin pensar en los medios de rechazar los ataques. Entre tanto llega el dia de la defensa, y veos aquí delante de vuestro contrario como un soldado inerme delante de su enemigo. ¿Y podréis entónces sostener el choque con ventaja? Y si la buena causa sucumbe, ¿á quién se deberá acusar?

Esto no es mas que una comparacion; pero comparacion que quizá encuentre su aplicacion en este auditorio.

Decis en fin que en esos libros solo buscais las gracias del estilo; pero en este caso es preciso decir que os atraen mas algunos adornos frívolos, que no os horroriza la blasfemia, y que los enemigos de Dios dejan de serlo para vosotros desde el momento en que tienen el arte de divertiros. Vosotros sabeis que entre el autor que agrada y el autor que seduce hay una distancia muy corta; tampoco ignorais con cuanta facilidad nos dejamos persuadir por aquello que nos gusta; y sin embargo, el deseo de leer algunas agudezas y algunas frases brillantes ha de contrapesar en vosotros y aun haceros olvidar los grandes intereses de las costumbres y de la relijion. ¡Qué! os ha de arrastrar una curiosidad funesta á conocer por vosotros mismos lo que no podeis conocer sin peligro! Si lle-

gasen á vuestra noticia los estragos que en algúna parte hiciese una peste cruel, ¿no os contentaríais, decidme, con aplaudir la conducta de aquellos que por su profesion ó por celo socorriesen á los desgraciados tocados del contajio? ¿Iríais acaso por mera curiosidad á aquellos mismos sitios á respirar el aire inficionado para hacer su experiencia en vosotros mismos? Buscais, decis, las gracias de la diccion; ¿pero no ofrecen los siglos de Pericles, de Augusto y de Luis XIV, las ciencias y las letras, la poesía y la elocuencia, las relaciones de los viajeros, la historia de los hombres y la de la naturaleza, y por último los libros santos con sus bellezas orijinales y su majestuosa sencillez, no ofrecen, digo, una coleccion de bellezas puras, capaces de satisfacer el entendimiento, la imajinacion y el corazon, de agradar á todos los gustos y hacer deliciosos todos los instantes de ocio? ¡Bien avaros á la verdad deben ser aquellos para

quienes no basten estos tesoros!

Os he manifestado todo lo que me parece condenable en los autores de libros contra la relijion, en sus propagadores y en sus lectores, y ya habeis debido conocer cuales son los funestos efectos de semejantes producciones impías y que deben ser miradas como los enemigos mas peligrosos de la sociedad.

Sí, Señores; esa constante circulacion de escritos y de libelos perversos que predican todos los dias la rebelion y la impiedad es una conspiracion permanente contra el altar y el trono, y es lo que nos haria desesperar de la salvacion de la patria, si el cielo no se hubiese declarado á favor de la Francia por medio de tantos milagros. Es cierto que en ninguna época ha estado mas estraviada una parte de la juventud que en nuestros dias; pero tambien lo es que jamas otra parte de ella ha sido mas fiel y animosamente cristiana. Hace mucho tiempo

que la verdad y la mentira, el cristianismo y la incredulidad, la rebelion y la autoridad, estan en un terrible combate: el bien y el mal se estan siempre acechando, aquel con todo lo mas heróico que puede tener, y este con todo lo mas perverso de que es capaz. ¿Por quién pues quedará la victoria? No lo dudeis, Señores; el triunfo se declarará por Jesucristo y sus fieles adoradores, por el trono lejítimo y por sus fieles súbditos: lo que aun en medio de presajios funestos decíamos hace algun tiempo, eso mismo repetirémos hoy con mucha mayor confianza en vista de los prodijios de misericordia de que hemos sido y somos testigos todos los dias.

No, no perecerá ese trono que tantos reyes sábios, valientes y piadosos han hecho digno de la veneracion del mundo entero, ese trono querido de Dios y de los hombres, que despues de haber resistido por espacio de catorce siglos todos los vaivenes de la

fortuna y del tiempo, parece no haber sido abatido sino para hacer resaltar con mayor esplendor la predileccion con que le mira la Providencia.

No se extinguirá esa casa augusta necesaria al reposo de la Europa, y á la cual ha dado el cielo un vástago milagroso, como una nueva prenda de su alianza con ella.

No morirá esta Iglesia de Francia, ilustre entre todas las Iglesias, hermosa en los dias de su prosperidad, y mas hermosa aun en los dias de su tribulacion: triunfará de los insultos presentes de sus enemigos como ha triunfado de sus furores pasados, y de la pluma de los sofistas como de la cuchilla de los verdugos. Pueda la sangre de sus Obispos y de sus Sacerdotes derramada por la fe ser como una semilla de nuevos Obispos y de nuevos Sacerdotes, que uniendo el brillo de la ciencia al de las virtudes, conserven las buenas costumbres y aseguren el triunfo de las buenas doctrinas para la felicidad así temporal como eterna. *Así sea.*

TEMORES Y ESPERANZAS

DE LA RELIJION.

Auferetur à vobis regnum Dei,
et dabiturgenti facienti fructus ejus.

Os será quitado á vosotros el reino de Dios, y dado á jentes que rindan frutos de buenas obras.
Mat. XXI, 43.

Tál era la amenaza que en otros tiempos hacia el Salvador del mundo á aquellos judíos obstinados que oponian el orgullo del entendimiento á la verdad de su doctrina, y la corrupcion del corazon á la santidad de su moral; les anunciaba que por su resistencia á la luz divina merecian ser privados de ella; y que en efecto iria á alumbrar á pueblos mas dóciles que sepultados hasta entónces en las sombras de la muerte, saldrian por fin de las tinieblas de sus errores y del cieno de sus vicios: *Auferetur à vobis regnum Dei.*

Esta parábola tuvo bien pronto un triste y fatal cumplimiento, y llegó en efecto el momento en que el pueblo de Dios cesó de serlo, y en que los hijos de la promesa fueron reemplazados por los del estranjero. Pablo y Bernabé reciben la órden de predicar el Evanjelio á los jentiles, salen de la Judea pronunciando contra aquellos esta especie de maldicion: «mas ya que re-«chazais la palabra de Dios, y os juz-«gais vosotros mismos indignos de la «vida eterna, de hoy en adelante nos «vamos á predicar á los jentiles, que «así nos lo tiene ordenado el Señor;» y (1) he aquí que los pueblos envueltos ántes en las mas densas tinieblas del paganismo, ven salir para ellos el sol de verdad y de justicia, miéntras que el pueblo querido de Dios hasta entónces cae en la mas profunda ceguedad, herido de un anatema que aun hoy está pesando sobre él.

(1) Act. Apost. XIII, 46 y 47.

¿Y habrán llegado acaso para la Francia estos dias de reprobacion? ¿Habrémos á fuerza de impiedades contra Dios y contra su Cristo, de desprecio á su santa relijion y de ingratitud por tantos beneficios milagrosos, cansado la paciencia divina, merecido ser desechados para siempre; y por haber ultrajado tan indignamente la fe, verla huir léjos de nuestras tierras para dejarnos entregados á disensiones é incertidumbres, y á las opiniones vanas y frecuentemente insensatas de una razon débil y orgullosa? O por el contrario, ¿deberémos aguardárlo todo de la divina misericordia, y esperar que los insultos y las impiedades habrán desaparecido á los ojos de la eterna justicia por la adhesion y las virtudes de los verdadederos fieles, y que la antorcha de la fe oscurecida por tanto tiempo volverá á aparecer mas luminosa á la manera que el astro del dia aparece mas brillante despues de una negra tem-

pestad? ¿Continuará la Francia siendo el reino cristianísimo, ó dejará de serlo? No es dado al hombre decidir completamente esta cuestion; pero no será inútil examinarla. ¿Debemos esperar que se conserve la relijion en este reino, ó temer que se pierda en él? Estos dos puntos serán la materia del presente discurso. Conociendo cuan fundadamente debemos temer que desaparezca la fe de entre nosotros, nos penetrarémos de la necesidad de salir de nuestro letargo, de tomar medidas sábias contra los peligros que nos amenazan, y los medios mas eficaces para evitar el naufrajio; y sabiendo los motivos que deben inspirarnos esperanzas consoladoras, nos sentirémos sostenidos y animados para obrar el bien por la confianza en la divina misericordia, y estarémos mas dispuestos á corresponder á ella para continuar mereciéndola.

No está ciertamente al alcance de un ser limitado como el hombre

conocer y analizar en toda su extension y perfeccion los designios de aquel que vive y reina en la eternidad. Los pensamientos de Dios no son como los nuestros, y nuestro deber es adorarlos sin comprenderlos; pues como dice el Sábio, el que quiera sondear temerariamente la majestad de Dios, será oprimido con el peso de su gloria : *qui scrutator est majestatis, opprimetur à gloriâ* (1). Pero, ó Dios mio, vos que nos habeis revelado en vuestros libros santos verdades tan sublimes, que os habeis dignado manifestaros vos mismo á los hijos de los hombres, conversar familiarmente con ellos, y descubrirles una parte de vuestros divinos secretos, no os ofendais, Señor, si reconcentrando ahora las luces de la fe y las de la experiencia, intentamos con su auxilio conocer alguna parte de vuestros designios sobre la Francia, no por un espíritu de vana curiosidad, sino para

(1) Prov. XXV. 27.

mas humillarnos y abatirnos bajo de vuestra mano poderosa, ora nos hiera en su justicia, ora nos perdone en su misericordia.

No, Señores, no deben faltarnos temores acerca de la suerte de la Relijion en nuestra patria; no por esto nos entreguemos á terrores vanos, pero tampoco nos dejemos arrastrar de ideas presuntuosas. Conozcamos el mal para buscar su remedio; y el temor mismo de ver perdida la fe en nuestro pais haga que se reanime nuestro celo para conservarla en él.

Los motivos de mi temor son la antigüedad misma de la fe entre nosotros, el estado actual del Sacerdocio, y el espíritu de impiedad y de indiferencia de nuestros dias.

Antes de la fundacion de la Monarquía francesa se habia ya introducido en las Galias la Relijion cristiana, y cuando Clodoveo la hizo subir con él al trono de los Francos, reinaba ya en las provincias y en muchas de las ciudades

florecientes de que hoy se compone este hermoso reino. Desde aquella época memorable en que Clodoveo era el único Príncipe católico del universo, nuestra nacion ha sido constantemente gobernada por espacio de catorce siglos por Reyes católicos, ejemplo único en los anales del mundo. ¡Oh! cuan venerable es por su misma antigüedad esta Iglesia de Francia rociada ya desde el segundo siglo con la sangre de tantos mártires en las ciudades de Lyon y de Vienne, esta Iglesia que se extendió insensiblemente por todas partes con tanta gloria, á la que ilustraron sucesivamente de edad en edad tantos santos y grandes personajes, y que por medio de inestimables servicios hechos no solamente á las costumbres, sino al gobierno, á la agricultura, á la educacion, á las letras y á las ciencias, ha pagado con usura la proteccion que recibia del Estado! Pero esa misma antigüedad en que consiste su gloria, esa es la que causa mis

temores; y la historia de su gloria pasada, de sus antiguas virtudes y de su larga duracion es precisamente lo que me infunde recelos para lo futuro. Todo decae en el mundo presente, y la caida de cuanto en él parece mas sólido y duradero nos manifiesta continuamente la caducidad de las cosas humanas. ¡Cuantas Iglesias particulares han desaparecido acaso para siempre despues de haber brillado sobre la tierra! En ellas se entibió su fervor primitivo; la santa severidad del Evanjelio fue sustituida por la molicie de las costumbres; las herejías vinieron á perturbarlas, y rompieron la unidad de su fe; se debilitó esta, y por último se apagó enteramente. ¿Y no toca acaso nuestra Iglesia despues de tantos y tan hermosos dias á los dias de tinieblas, y de una desolacion interminable? ¿Qué es hoy de esas Iglesias de la Asia, de la Grecia, del Ejipto, y de Africa resplandecientes en otros tiempos á los ojos del mundo entero con el brillo de

su fe y de sus luces? ¿Adonde estan ahora aquellas Iglesias que hicieron ilustres los Atanasios, los Gregorios Naciancenos, los Basilios, los Crisóstomos, los Ciprianos y los Agustinos? ¡Ah! ya no existe de ellas mas que gloriosos pero tristes recuerdos. ¿Las Iglesias del imperio Griégo no han consumado en el siglo XI despues de muchas turbulencias y perplejidades un cisma deplorable que aun hoy dura? Esas grandes Iglesias del Norte de nuestra Europa ¿no han abjurado tambien su antigua fe en siglos mas próximos, separándose en medio de calamidades horribles de esa Iglesia madre, cuyas divinas prerogativas habian reverenciado hasta entónces? ¿Y eran acaso, decidme, mas culpables que nosotros los cristianos de las Iglesias que acabo de nombrar? ¿Merecieron mas que nosotros ser desamparados y abandonados al espíritu del error? ¿Estaba mas colmada que la nuestra la medida de sus prevaricaciones? ¿Habia oculto en-

tre ellos mayor número que entre nosotros de almas indóciles, débiles, corrompidas y dispuestas á la desercion? Esto es un secreto de la Providencia, no intentemos penetrarle.

No nos engañemos á nosotros mismos dando á las promesas divinas una extension que no tienen. Soplen enhorabuena embravecidos los vientos, y desencadénense con furor las tempestades contra la Iglesia universal; yo nada temeré por ella, porque creo en la palabra del que ha dicho: «id pues, «é instruid á todas las naciones, y vi-«vid ciertos de que yo estaré siempre «con vosotros hasta la consumacion de «los siglos (1).» Sea tambien violentamente atacada la Iglesia Romana en particular, arrancados de ella sus Pontífices, cargados de cadenas ó inmolados; tampoco concebiré temores por ella; podrán sí aflijirme semejantes tempestades; pero siempre me inspirará segu-

(1) Matt. XXVIII. 19. 20.

ridad la palabra del que dijo á Pedro y á sus sucesores en su reinado espiritual : « tú eres Pedro, y sobre esta pie« dra edificaré mi Iglesia, y las puertas « del infierno no prevalecerán contra « ella (1) : » palabras que se han verificado por espacio de mil ochocientos años por una série de victorias conseguidas sobre los heresiarcas, los bárbaros y los perseguidores; pero la Iglesia de Francia no tiene promesas que le aseguren una duracion eterna; no es mas que una porcion de la herencia de Jesucristo, y cuanto mas ha resplandecido, tanto mas temo que sufra la suerte de las cosas de este mundo, y que la debilidad suceda en ella á la fuerza, el desmayo á la robustez, y la muerte á la vida.

Pase aun si todo se limitase á este motivo jeneral de temor, y si no presentase la Iglesia de Francia, aunque tan antigua, señales particulares de vejez y de decadencia; pero consi-

(1) Matt. XVI. 18.

derad el estado en que se encuentra el Sacerdocio, y en él hallaréis un motivo para temer fundadamente por la Relijion. En efecto la Relijion no se extiende ni se conserva en un pais sino por el celo y las lecciones de sus ministros; por ellos reina en los campos y en las ciudades; por ellos habla al oido y al corazon de los pueblos, y por ellos llega á ser la regla comun de la creencia y de la conducta: ellos son los que catequizan á la niñez, y dirijen á la juventud por entre los peligros que la rodean; ellos los que atraen á la edad mas avanzada á la consideracion de los destinos eternos, y ellos por último los que consuelan y animan á la vejez en sus últimos momentos. Pero si la mies es grande, y pequeño el número de obreros; si el trabajo de estos no basta para las necesidades de los pueblos, ¿no deberá esto causar sobresaltos para lo futuro, así como nos espanta en lo presente? ¿Y en la suposicion, que nada tiene de

quimérica, de una grande escasez de ministros del altar, ¿como podrá la Relijion florecer y perpetuarse entre nosotros? ¿Y á que consecuencias no nos expondríamos si no se remediase esta escasez de ministros? Cesarian ó serian mas raros los ejercicios del culto, y la ignorancia se haria mas comun; descuidadas entónces las cosas santas, llegarian á prevalecer el olvido, la indiferencia, el desprecio, el tédio y el horror hácia la verdad, y se iria abandonando la práctica aun de lo mas sagrado hasta quedar de ello tan solo una memoria confusa; de aquí se orijinaria una mezcla estravagante de creencias piadosas y de opiniones supersticiosas, de prácticas laudables y de observancias ridículas; se envileceria el augusto semblante de la Relijion; desapareceria la santa majestad de nuestros misterios, y la fe decaeria hasta por último perecer, si pereciese el Sacerdocio.

¿Y quien, Señores, no se consternará á la vista de esa espantosa multitud de

Iglesias que carecen de pastor? ¿Quien no se afligirá al ver ese grande número de sacerdotes que sucumben al peso de los años sin haber quien los reemplace, ó que arrastrando su vida en medio de crueles enfermedades no pueden prestar sino muy cortos servicios; al ver á esos jóvenes ministros del altar, que agobiados cada uno en particular con un peso repartido en otro tiempo entre muchos, perecerán en la flor de la edad consumidos de fatiga? ¿Será pues cierto que en el reino cristianísimo hay quince mil plazas vacantes en el estado eclesiástico por falta de personas que las ocupen? ¿Quien llenará este inmenso vacío? La tumba está siempre abierta para tragar las víctimas que la muerte arrebata incesantemente al estado eclesiástico; y la lista que de ellas se publica todos los años llena de amargura nuestro corazon, sin que nos quede el consuelo de ver completamente reparadas las pérdidas del santuario. Es preciso

decirlo: desde que despojada la Iglesia no ofrece ya á las familias, no diré riquezas, sino una subsistencia honrosa; desde que la suerte del sacerdocio es tan precaria é incierta, y está á la merced de los caprichos de los hombres ó de los sucesos; desde que se ve rodeado de sospechas odiosas, importunado por una vijilancia recelosa, perseguido por el odio, ridiculizado y hecho objeto del desprecio y de la irrision pública, y tolerado mas bien que honrado; desde que se ha mirado como la obra maestra de la política el despojarle de toda prerogativa; desde que se han atrevido á acusarle de un espíritu de dominacion porque procura perpetuarse, y de un espíritu de avaricia porque pide pan; en una palabra, desde que es el blanco de tantos ultrajes y de semejante desamparo, ¿que hemos visto mas que sobresaltarse las familias, no solamente en las clases elevadas, sino en las medianas, al notar en sus hijos el menor anuncio

de un principio de vocacion al sacerdocio; contrariarle en lugar de fomentarle, y designar con desprecio el estado eclesiástico como propio únicamente de la clase indijente? Y si continuasen disposiciones tan desfavorables, ¿comò podrá el sacerdocio perpetuarse con dignidad, y ejercer en el ánimo de los pueblos una influencia capaz de conservar entre ellos la Relijion? Dentro de algunos años habrán ya desaparecido los ancianos del episcopado y del sacerdocio; y con ellos todo lo que era capaz de darle autoridad, sin quedar mas que algunos restos diseminados, miéntras que hambrientos los pueblos por el alimento espiritual en vano pedirán el pan que da la vida, porque no habrá quien se le distribuya. Sentado entónces el jenio de la impiedad sobre las ruinas de nuestros templos demolidos podrá vanagloriarse de sus triunfos. ¡Oh Iglesia de Francia! ¡Que manos sacrílegas te han arrebatado tu esplendor y tu hermo-

sura! ¡En que abismo de desconsuelo te veo sumerjida! Llevas, es cierto, en tu frente nobles cicatrices que te llenan de gloria; pero esas señales de tu valor son tambien las de tus desgracias. ¿A quien no enternecerán tus largos y crueles infortunios? Es cierto que yo no te he visto tan rica en doctrina y en virtud como en los tiempos de Bossuet, de Fenelon, de Berulle y de Vicente de Paul; pero te he visto ántes de la época de nuestros desastres floreciente todavía por el grande número de pastores dedicados á la instruccion de los pueblos, por tus escuelas sábias, por tus doctores llenos de conocimientos, y por todos los medios de perpetuar el ministerio evanjélico, juntamente con la ciencia que debe ser patrimonio suyo. ¡Ah! hoy te veo sentada sobre sepulcros como una viuda desconsolada llorando los ministros que has perdido, y temiendo que no hayan de tener sucesores. ¡Oh Iglesia de Francia, tan

hermosa en otro tiempo entre todas las Iglesias! ¿Te estará reservado tal esceso de oprobio y de esterilidad? ¡Ah! Señores, tiemblen los que anhelan la extincion del sacerdocio; tiemblen ver cumplidos sus deseos! ¡Que ceguedad! ¡No ven las calamidades que esto les atraeria á ellos mismos, y que entónces caerian precipitadas en una misma sima la relijion con el sacerdocio, y la sociedad con la relijion!

¿Pero el mal que al sacerdocio toca curar, es acaso tan extenso y tan profundo que se le deba mirár como incurable? Examinémoslo: no es la barbárie, no es la ignorancia, no son los vicios ni los escándalos lo que mas debe hacernos temer; no, Señores, no faltan remedios contra la barbárie: el Evanjelio suaviza los jenios feroces, somete al yugo del deber los caractéres mas agrestes, y la mas brutal enerjía se convierte á veces por él en un vigor favorable á la virtud. Así cuando los Francos cayeron sobre la Galia, ya

en parte cristiana, el Evanjelio los civilizó, y la relijion del pueblo vencido llegó á ser la del pueblo vencedor. Tampoco faltan contra la ignorancia; es cierto que blasfema de lo que no conoce; pero cuando se le presenta la verdad esta tiene siempre para èlla el atractivo de todo lo nuevo, y no en vano brilla su luz en medio de las tinieblas. Cuando San Carlos Borromeo fué nombrado Arzobispo de Milan, una parte de los pueblos y aun del clero que debia gobernar, estaba sumerjida en la mas vergonzosa ignorancia; pero su celo la ilustró, y esparciendo por todas partes la verdadera luz, reanimó todas las virtudes. Los hay tambien contra los vicios y los escándalos: miéntras que la fe vive en las almas hay siempre un punto á que dirijirse; se les puede persuadir por medio de las promesas, ó aterrar con amenazas que estan muy léjos de mirar como un juguete. Despues de las largas y crueles disensiones que terminaron al advenimiento de Luis XIV

al trono, y que habian introducido una lastimosa relajacion en las costumbres y en la disciplina, hombres suscitados por Dios, hablando en nombre de una relijion olvidada mas bien que despreciada, renovaron el espíritu del sacerdocio y el espíritu del cristianismo, é hicieron del siglo XVII uno de los mas hermosos siglos que pueden presentar los anales de la Iglesia. La historia de esta ofrece continuamente iguales ejemplos, y á cada paso nos presenta paganos convertidos, ignorantes ilustrados, y prevaricadores restituidos á la virtud. Pero ¿quien curará esa apostasía razonada de los cristianos que ultrajan la verdad despues de haberla conocido? ¿Quien curará esa incredulidad armada de sofismas contra la Relijion, y ese orgullo que rechaza la luz? Desde que el torrente de la impiedad rompió hace treinta años todos sus diques, no ha dejado de inundar la Francia entera, y aun infesta con sus aguas apestadas los

campos lo mismo que las ciudades. ¡Ah! si á lo ménos retrocediese hoy horrorizada de sus propios estragos; si á lo ménos dejase á la Relijion trabajar en paz para repararlos.... Pero no, léjos de callar tiene sus tribunas, sus asambleas y sus apóstoles; habla por millares de bocas, de libelos y de periódicos que perpetuan sus blasfemias, sus irrisiones y sus calumnias, y que para hacer nuestro ministerio inútil y odioso inspiran hácia él, por medio de sus imposturas, el odio y el desprecio: jamas, jamas tan grandes obstáculos se han opuesto á nuestros esfuerzos.

¡Que espíritu el del siglo presente! ¿No forma una barrera insuperable al restablecimiento de la Iglesia de Francia, y al triunfo del cristianismo en nuestra patria? La Relijion supone la intervencion especial de una Providencia enteramente paternal, que ha querido manifestarse á los hombres para ilustrar su ignorancia y para curar sus

vicios; pero el espíritu del siglo es un espíritu de ateismo que no conoce á Dios mas que en el nombre, ó que si proclama su existencia es solo para blasfemar de su sabiduría, declarándola indiferente al gobierno de las cosas humanas. La relijion se gloría y se apoya en el sufrajio de esa multitud de hermosos injenios que durante diez y ocho siglos la han profesado é ilustrado con el brillo del talento, del saber y de las virtudes; pero el espíritu del siglo es un espíritu de desprecio á la autoridad, un espíritu que no respetando nada de lo que ántes ha existido, no honra la memoria de las jeneraciones pasadas, así como tampoco ha perdonado sus sepulcros, y que parece creer que la era del entendimiento humano ha empezado hace solo treinta años. La Relijion exije un espíritu prudente y dócil; pero el espíritu del siglo es un espíritu de loca independencia, que se creeria humillado por tributar adoracion á la Di-

vinidad, ó que consentiria en abatirse ante los Señores de la tierra con tal que tuviese libertad para blasfemar del Señor del Cielo. La Relijion exije del hombre la vijilancia sobre sí mismo y el imperio de sus inclinaciones desarregladas: su ley es una ley de sacrificios: enseña á vivir para los demas, y nos presenta en un porvenir inmortal la recompensa de los esfuerzos y de los combates de la virtud; pero el espíritu del siglo es un espíritu de egoismo que no tiene mas Dios que las riquezas, mas moral que el interes, mas culto que el placer, ni mas esperanza que la nada. Ahora, Señores, yo os pregunto: ¿presentan nada semejante los siglos pasados? ¿Ha tenido que luchar el cristianismo en ninguna época contra enemigos tan poderosos? En efecto, ¿cuales han sido sus enemigos hasta ahora? Lo han sido los idólatras; pero es mas fácil atraer infieles á la fe que restituir á ella á los apóstatas: ha tenido tambien perseguido-

res; pero la relijion teme ménos la espada y el fuego que el insulto y el desprecio: tampoco han faltado herejes; pero aquellos novadores respetaban á lo ménos el fondo del cristianismo: han sido tambien enemigos suyos hombres licenciosos; pero no intentaban justificar con razones el escándalo, ni reducian el vicio á sistema: la han combatido tambien espíritus incrédulos; pero la incredulidad no dominaba el mundo sábio y literario: últimamente, los ateos eran muy ráros y se ocultaban en la oscuridad: es pues única en los anales de la Relijion la época á que hemos llegado. Y ¿como podrá conservarse la Relijion en medio de tantas nuevas causas de ruina? ¿Qué podrémos esperar en su favor? Esta es la segunda reflexion.

Exponiendo los motivos de temor respectivos á la Relijion hemos desempeñado la parte mas penosa del objeto que nos habiamos propuesto: ya es tiempo de tranquilizar vuestro espíritu

con reflexiones mas dulces y consoladoras, exponiéndoos los motivos de nuestras esperanzas. Aunque los secretos de Dios sean impenetrables, nos deja sin embargo percibir á veces algunos rayos de luz, con cuyo auxilio adivinamos, digámoslo así, en lo que nos descubre aquello mismo que nos oculta, y son como avisos saludables que nos envia; así aun en medio de los sucesos inauditos de que hemos sido testigos, y en el tiempo mismo en que hemos experimentado los golpes de su justicia hemos recibido, á mi parecer, prendas seguras de su misericordia; de modo que si no debemos dejar de temer, debemos mucho ménos dejar de esperar. Estas prendas de seguridad son, en mi concepto, la conducta del episcopado frances, el regreso milagroso de la familia Real, y la actual disposicion de los ánimos: continuemos.

El poderoso arquitecto del edificio espiritual llamado Iglesia, le ha

edificado poniendo por cimiento de él á los Apóstoles y á los sucesores de estos en su santo ministerio. A sus primeros discípulos, y á los Obispos como herederos de su divina mision, es en efecto á quienes confió principalmente el cuidado de enseñar á los pueblos, de conducirlos por los caminos de la verdad, y de defender el depósito de la doctrina contra los ataques del error. Cuando estos saben defenderla con valerosa fidelidad, todo debe esperarse; pero si tienen la debilidad de abandonarla, todo debe temerse; pues segun los designios ordinarios de la Providencia, la suerte de la fe en un pais depende del valor ó de la desercion de los que son sus primeros custodios. Recordad ahora cual fué la conducta de nuestros Obispos hace treinta años. Fórmase el horrible proyecto de derribar al mismo tiempo el altar y el trono; y siguiendo la idea de dividir para destruir, se realiza una reforma del estado eclesiástico, en la

que se violan sus mas sagrados derechos en las cosas de su jurisdiccion, y con una conducta no ménos hipócrita que nueva alaban hasta los impíos mismos los dias de la primitiva Iglesia, pretendiendo, segun decian, hacerlos revivir por medio de medidas que no podian producir sino sangrientas persecuciones. Pero ¿qué harán en este caso nuestros Pontífices? ¿Darán oidos á la voz de la carne y de la sangre, y seguirán los consejos de una política mundana? ¿Debilitarán acaso su valor, y les harán sacrificar la causa de la fe intereses privados, el brillo de la dignidad, los hábitos de una vida dulce y cómoda, el amor tan natural al descanso, y el temor de arrojarse á peligros y desgracias sin fin? Ved aquí lo que podia temerse de muchos de ellos; pero no será así, no: tanto los ancianos como los jóvenes del episcopado forman una santa falanje contra el enemigo comun; llega el momento del combate, interpélase en el seno

de la primera de nuestras asambleas políticas á uno de nuestros pontífices que aun vive, y se le propone un juramento que su fe reprueba, pero se niega valerosamente á prestarle; son llamados otros despues de él, pero todos siguen su ejemplo; y convencidos entónces sus enemigos de que pueden sí perseguirlos, pero no vencerlos, desisten de un requerimiento que los llena de confusion. ¡Dia inmortal, vivirás eternamente en los fastos de nuestra Iglesia para gloria de la Relijion y vergüenza de la impiedad! ¡Que hermoso espectáculo, Señores, ver á ciento y treinta Obispos superiores por su fe á todos los peligros, sacrificar su reposo á su conciencia, preferir el destierro á la apostasía, y morir víctimas del deber ó presentarse en las naciones estranjeras con toda la integridad de una fe que nada pudo menoscabar! Pocas grandes Iglesias desde el nacimiento del cristianismo habrán dado al mundo un espectáculo tan hermoso. Permanecieron pues firmes en me-

dio de las borrascas las columnas de la Relijion; en nada prevaricó el episcopado frances encargado de defenderla, y por consiguiente era preciso que se restableciese y que triunfase por fin.

Levántase sin embargo en medio de las ruinas y de los cadalsos un simulacro de Iglesia hija del terror, y apoyada por un poder terrible; ¿pero podrá durar mucho tiempo? No, la tierra de San Luis repele el cisma y la herejía. Dios, que hace servir á los hombres á diferentes designios que los de ellos, concede entre nosotros á un mortal un poder inmenso; descarga este su brazo sobre el edificio del error, y el edificio se desploma de un estremo á otro de la Francia. Podrán todavia ajitar los ánimos algunas disputas teolójicas; pero el cisma cesa, la fe se asegura, y por último hay un solo rebaño y un solo pastor: ¡recompensa magnífica al celo de nuestros prelados en defender la unidad del ministerio pas-

toral así como, la de la fe! No es esto lo que pasó en aquellas partes de Europa en que se perdió le fe en el siglo XVI: es cierto que en Suecia, en Dinamarca, y en los principados de Alemania resistió el episcopado las novedades profanas; pero su resistencia no fué tan universal, tan firme ni tan constante como lo ha sido entre nosotros. Ved en particular la Inglaterra; sus Obispos ceden, es cierto, mas bien por temor que por persuasion; pero al fin ceden y reconocen en Enrique VIII una supremacía espiritual que el cielo no ha concedido á los Príncipes de la tierra: ¡debilidad funesta que jamas han podido reparar! Apénas hubo algunos que se mostrasen fieles hasta la muerte, y de este número fué el sábio y piadoso Obispo de Rochester, uno de los mas grandes hombres que habia entónces en Inglaterra. La Francia vió por el contrario á casi la totalidad de sus Pontífices oponer una magnánima re-

sistencia, que el cielo debia por fin bendecir y coronar. Cuando se dieron contra ellos los decretos de persecucion, cuando la tempestad comenzó á resonar sobre sus cabezas, un orador pronunció desde la tribuna política estas memorables palabras: «Vosotros los arrojaréis de sus palacios, pero «ellos se refujiarán en las cabañas; les «arrancaréis su cruz de oro, pero ellos «la llevarán de madera, y tened presente que una cruz de madera fué la «que salvó al mundo.» No lo olvidaron nuestros Pontífices: todo en efecto lo abandonan por seguir la cruz, se conducen como verdaderos discípulos del Salvador de los hombres, y la cruz abatida entónces por todas partes, por todas se levanta despues. Sí, Señores, la cruz ha triunfado del cisma, de las persecuciones y de los ataques de la impiedad, y triunfará tambien del menosprecio y de la indiferencia.

¿Y cuanto no debe aumentar nuestras esperanzas el maravilloso regreso

de los Borbones? No puede ciertamente pensar ningun cristiano que la suerte de la Relijion dependa únicamente de los que gobiernan, y que estos puedan conservarla ó destruirla segun su voluntad: no, la Relijion no se apoya en un brazo de carne, como dicen nuestros libros santos (1); se complace, sí, en ser protejida por las potestades de la tierra, pero no depende de ellas: la aflijen sus persecuciones, pero de todas sabe salir victoriosa. Durante los tres primeros siglos se vió privada de todo auxilio de los Señores del mundo; pero á pesar de eso sobrevivió á la caida del Imperio Romano. Perecen los Reyes y los reinos, pero ella permanece; y seria desconocer la mano divina que la ha establecido y la sostiene, creer inseparable su destino del de una familia por augusta que pueda ser. Pero tambien al considerar que la familia reinante ha conservado

(1) II. Paralip. XXXII, 8.

siempre la mas profunda adhesion á la fe, y que ha sido restablecida en el trono de sus mayores por una série de sucesos prodijiosos, no puedo ménos de persuadirme, de que Dios tiene designios de misericordia sobre la Iglesia de Francia como tambien sobre esta ilustre casa que se ha gloriado siempre de ser su apoyo.

Bien sabeis, Señores, que conmovida la monarquía francesa por los mas terribles vaivenes que jamas han ajitado el mundo social, se desplomó por fin sobre sus antiguos cimientos: nuestra nacion devorada unas veces por la anarquía y jimiendo otras bajo de un cetro de hierro, pasó por todos los estremos de licencia y de tiranía: cae al golpe de la cuchilla de los verdugos la mas augusta de todas las víctimas: andan errantes en tierras estranjeras los restos de la familia Real, y veinte y cinco años de destierro y de infortunio pesaban ya sobre su cabeza: los corazones franceses podian sí

consagrarle sus lágrimas, comparar llenos de amargura su antigua gloria con sú humillacion, y felicitar á nuestros padres por haber vivido bajo de sus leyes; pero de tal modo estaba perdida la esperanza, que apénas se atrevian ni aun á concebir deseos en su favor. Inútil fué cuanto se intentó: los esfuerzos mas heróicos no produjeron mas que calamidades, y todos los recursos humanos parecian ya enteramente agotados. En efecto, solo, sin tropas y sin apoyo, ¿que podia hacer el heredero de sesenta reyes para subir al trono de sus padres? ¿Que poder tenian todos sus títulos sin la fuerza y contra la fuerza? Podia ciertamente mostrarse mas grande aun que su desgracia, admirar á la Europa por su magnanimidad como por sus luces; pero por último todos los caminos para el trono de Francia parecian estarle cerrados para siempre. En este estado toman de repente las cosas un aspecto imprevisto, conmuévese la

Europa entera, marcha sobre la Francia; y veinte pueblos diversos atraviesan nuestras fronteras. En medio de tantos combates y de tantos desastres ¿cual será la suerte de nuestra patria? ¿Que será de esta capital? ¿Qué? Dios tiene en sus manos el corazon de los pueblos y de los reyes, y por ellos va á manifestar sus designios ocultos por largo tiempo sobre los hijos de San Luis. Esos torrentes de odio y de venganza que precipitados del fondo del norte y engruesados en su marcha inundaron nuestras provincias, y amenazaban arrasar esta capital, vienen á deshacerse al pie de sus débiles murallas, á la manera que el furor de los mares espira en las arenas de sus riberas. La Francia volverá sí á sus antiguos límites; pero tal como es, aun ofrece bajo de la influencia del mismo cielo, de unas mismas costumbres, de unas mismas leyes, de una misma relijion y de una misma lengua, la mas hermosa reunion de hombres civilizados que haya alum-

brado el sol. ¿Y quien deberá reinar en ella en adelante? ¿Quien? No lo dudeis, reinará aquel á quien reclaman los deseos de la Francia, y al que designa la ley fundamental del Estado; cesarán los odios y las rivalidades; cederá la ambicion á la justicia, y los reyes y sus pueblos serán todos franceses. En efecto el voto de la Europa y la voz de la Providencia llaman á los Borbones, y aparecen en medio de nosotros con las dulces y magnánimas virtudes de sus antepasados, con aquella madurez hija de la experiencia y de la desgracia, y con yo no sé qué de mas augusto que los grandes infortunios imprimen en las grandes familias. ¿Quien de nosotros no contempló entónces con sentimientos de una tierna y profunda veneracion á la heróica hija de los Césares, que el cielo restituia milagrosamente á nuestro amor, á la que la grandeza no pudo deslumbrar, y que fué tan magnánima en su desgracia? ¿Y quien de nosotros dejó de

esclamar con dulce enajenamiento: ¡oh! todo esto es ciertamente obra de Dios! Aléjanlos de la capital nuevas conmociones; pero un nuevo milagro vuelve á traerlos: la revolucion y la impiedad bramarán al rededor del trono, pero el trono se consolidará; se tramarán maquinaciones, pero todas se frustrarán. En medio del tumulto y del choque de las opiniones permanecerán indecisos los ánimos, y la nave del Estado flotará sobre abismos; pero el Cielo la salvará del naufrajio. Entre tanto un facineroso oscuro medita entre las sombras y consuma el mas horroroso atentado; pero ved al mismo tiempo como se burla el Cielo, cuando le agrada, de los proyectos de los malvados; una mano parricida quiso agotar en su oríjen la sangre de Enrique IV; pero ya no era tiempo, y una gota se liberta del acero homicida; el malvado creyó dejar una viuda sin esperanza y sin consuelo, pero ya esta llevaba en su seno la fortuna de la Francia: advierte que es

la depositaria de las esperanzas de la patria, y una Princesa jóven, débil y tímida en la apariencia se convierte de repente en una heroina valerosa; nada la turba ni la desconcierta, y se muestra digna de su elevada fortuna. El Cielo habia dado á los corazones franceses yo no sé que especie de certidumbre de que naceria un Príncipe que seria el salvador de su pais, y en efecto nace un hijo de Francia concedido por Dios á sus jemidos y á sus oraciones. Así en el hijo como en la madre, y en su conservacion como en su nacimiento todo es prodijioso; pero ¿cuales serán los destinos de este niño milagroso? ¿cuales? Será el Rey de su siglo, y el hijo de esta jóven heroina será tambien un héroe: ha gustado al nacer lós símbolos de la salud y de la fuerza como el Bearnés, y aquel cuya madre ha escedido en valor á Juana de Alfredo, será digno del padre de su estirpe; sí, será el padre de sus súbditos por su bondad, y será sobre todo su Rey por su justicia. Sometido

él mismo á las leyes abatirá cuanto intente hacerse superior á ellas, y no en vano llevará la espada. Podrá quizá experimentar mil contrariedades; pero es hijo de una madre cuyas desgracias no han servido mas que para elevar su alma, é inflamar su valor: desciende de san Luis y de Enrique IV, y sabrá á ejemplo del primero defender su trono contra los rebeldes, ó conquistarle como el segundo. Ante él enmudecerá la impiedad, no porque inquiera las conciencias, lo que solo pertenece á Dios, sino porque averiguará las obras, lo que pertenece á la ley; hará respetar lo que debe respetar todo hombre honrado, y conocerá que un Príncipe debe para reinar él mismo, hacer que reine aquel por quien reinan los Reyes. Yo no estoy destinado á ver la prosperidad y la gloria de su reinado, ni aun siquiera veré su aurora; pero puedo á lo ménos saludar desde léjos á este nuevo san Luis y regocijarme en su nacimiento, que es como la prenda de la reconciliacion del

cielo con la tierra, y de su nueva alianza con el pueblo frances, y la familia de nuestros reyes. Sí, aquellos á quienes el impío y el sedicioso querian desechar, serán todavia la piedra angular del edificio; y los Borbones, los padres de la Francia continuarán reinando en los siglos venideros para hacer reinar con ellos la Relijion. Dios así lo quiere, y si Dios está de nuestra parte, ¿quien estará contra nosotros? *Si Deus pro nobis, quis contra nos?* (1)

No os he ocultado, Señores, cuanto deben sobresaltarnos los estragos de la impiedad; pero tambien es preciso mirar las cosas con imparcialidad, y conocer á fondo todas las disposiciones favorables que el Cielo ha inspirado á un gran número de almas. Si las clases elevadas de la sociedad desde las cuales bajó la irrelijion hasta las mas oscuras, no hubieran sido ilustradas y correjidas por la desgracia; si todos los hombres

(1) Roman. VIII. 31.

notables por su talento abusasen de él para combatir las buenas doctrinas en lugar de emplearle en defenderlas, y si por último poseidos los pueblos de un delirio frenético tanto en la capital como en las provincias desechasen universalmente la mano que quisiera curarlos, las llagas de la Francia serian entónces desesperadas, como hablan los libros santos (1), y se podria mirar como incurable el mal que la aqueja hace ya un siglo; pero felizmente no es así.

No diré yo que cuanto por su nacimiento y por las dignidades ocupa el primer lugar en la sociedad, sea sinceramente cristiano; no, pero es indudable que en esta clase se cuenta hoy mayor número de hombres y de mujeres de una virtud eminente del que ántes se contaba, conocen mejor la necesidad de la Relijion, honran lo que ántes tuvieron la desgracia de despreciar, y á

(1) Mich. I. 9.

lo ménos el respeto exterior ha reemplazado la irrision y la blasfemia.

Es cierto, por desgracia, que en el mundo sábio y literario se abusa con esceso de la ciencia y del talento, y que en él se encuentran demasiadas plumas licenciosas é impías; pero tambien es preciso reconocer que en el dia nuestros escritores mas elocuentes y mas distinguidos por su talento y por la elevacion de sus ideas y sentimientos, reverencian y defienden la Relijion.

Es cierto por último que en todas las clases de la sociedad, así en las aldeas cómo en las ciudades, se encuentran hombres indiferentes, enemigos de la Relijion, impíos declarados, y aun algunos muy furiosos; pero al mismo tiempo los pueblos estan ya jeneralmente cansados de impiedad y de desenfreno. Sí, Señores, por todas partes se los nota hallarse ya fatigados de turbulencias anárquicas, disgustados de esas máximas engañosas que prometian la felicidad, y solo han producido calamidades;

y por todas en fin se manifiesta un amor inmenso al reposo, disposiciones preciosas para saber apreciar estas doctrinas morales y relijiosas, que son el verdadero apoyo del órden y de la tranquilidad pública. ¿Que hemos visto ademas de algunos años á esta parte? Ciudades y provincias enteras han despertado de un estremo á otro de la Francia al sonido de la trompeta Evanjélica, y léjos de mostrarse enemigas de la palabra santa, se han manifestado sedientas de ella, y han colmado de bendiciones á los que se la anunciaban, sin que entre tantas ciudades, grandes y pequeñas, como han sido evanjelizadas haya habido mas de una, de que los obreros evanjélicos hayan tenido que alejarse por los frenéticos clamores de un puñado de facciosos. Por todas partes han sido llamados, deséados y recibidos con entusiasmo para la enseñanza de la niñez esos modestos maestros conocidos con el nombre de *hermanos de la doctrina cristiana*, en

todas se ha favorecido la propagacion de esas sociedades, así antiguas como modernas, de Hijas de la Caridad dedicadas á la enseñanza de las niñas, y en todas se han formado santas asociaciones para el socorro de los pobres, de los presos y de los húerfanos desamparados; en todas partes ha contribuido la caridad de los fieles á fundar escuelas preparatorias para el sacerdocio: y limosnas copiosas han suavizado en todos puntos los males causados por la intemperie de las estaciones ó por otras plagas. ¿Y no deberémos ver en todo esto mas bien señales consoladoras de reanimarse la fe, que los tristes síntomas de acabarse la Relijion? Aun arde en la Francia y circula por sus venas ese fuego divino de la caridad, carácter distintivo del cristianismo, y que si llega á tomar nuevo incremento hará de ella una tierra de bendicion. Yo ignoro por que medios acabará su obra la Providencia. ¿Quien hubiera previsto hace seis meses que habíamos de estar hoy

en el estado en que nos hallamos? Pero unos milagros llaman otros milagros, y la mano que ha dado á la sociedad este impulso hácia el bien, le continuará á pesar de todos los obstáculos. Yo no diré de que medios se servirá para el cumplimiento de sus designios; pero sí, que se ha esplicado bastante á favor de la Relijion, para deber nosotros esperar su triunfo. En nada tengo los proyectos, las amenazas y las conjeturas de sus enemigos; ellos han sido confundidos y lo serán tambien en adelante: la fe da frecuentemente acerca de lo futuro luces que no tiene la sabiduría humana. Citaré algunos ejemplos. Cuando Pio VI, aquel Pontífice de inmortal memoria, fue arrebatado de sus Estados y arrastrado cautivo hasta el seno de la Francia donde debia acabar su vida, la impiedad se llenó de gozo, y felicitó públicamente al jénero humano por haberse roto para siempre el cetro de la supersticion; pero el católico mas ignorante sabía en esto mas que todos

los supuestos sábios, y se burlaba de sus vanas predicciones. Dios llama del fondo del Norte guerreros que libertan la Italia, y en medio de una calma profunda se nombra el sucesor de Pio VI. Una maquinacion meditada al parecer con mas profundidad y prevision le hace tambien cautivo de un conquistador desapiadado; repítense las mismas voces de alegría en el campo de los impíos; pero se renuevan tambien las esperanzas de parte de los fieles. Dios saca de los tesoros de su sabiduría recursos imprevistos, y despues de cinco años de destierro y de padecimientos vuelve Pio VII á la capital del mundo cristiano. No hace mucho tiempo que nuestros enemigos profetizaban contra el altar y el trono; nosotros les decíamos que la Francia no queria renunciar ni á su Dios ni á sus Reyes, y que veríamos milagros; los hemos visto en efecto, y los verémos todavía. Sí, la Providencia se ha esplicado por medio del nacimiento de un Príncipe tan deseado

y tan necesario; la Francia entra en una nueva carrera de gloria y de prosperidad; por ella marchará bajo de la bandera de la cruz y de las lises, y miéntras que merezca ser llamada el Reino Cristianísimo no dejará de ser una de las mas florecientes monarquías del universo.

SOBRE LA UNION

Y EL APOYO RECÍPROCO

DE LA RELIJION Y DE LA SOCIEDAD.

Se han extendido en nuestros dias dos errores capitales, de los que el ménos temible bastaría si llegase á prevalecer, para trastornar todo el mundo social. Uno, el de los que no ven en la Relijion mas que una quimera, una supersticion y una fuente inagotable de calamidades: otro, el de los que solo la miran como auxiliar, útil acaso, pero siempre peligrosa, y á la que por tanto se debe incomodar y fatigar con una vijilancia recelosa: aquellos quisieran romper todo pacto con el cielo para mejor asegurar, segun dicen, el reposo de la tierra; y estos, sin romper todos los vínculos que unen al

hombre con la Divinidad, emplean todos sus esfuerzos en debilitarlos. Los primeros quisieran desterrar á Dios hasta del pensamiento, y los segundos desterrarle de las leyes y de las instituciones. El de los unos es un ateismo de conducta y de principios que mata la sociedad, y el de los otros un ateismo político que acarrea su disolucion: los unos son ciegos que blasfeman contra la luz, y los otros imprudentes que nada temen tanto como el recibir su saludable influencia.

Felizmente hay en el hombre un instinto divino que desecha la nada de esas engañosas doctrinas, y aun hay por fortuna entre nosotros jenerosos y fuertes defensores de las verdades sagradas, así como almas virtuosas, cuya conducta patentiza la utilidad y la hermosura de la Relijion; ¡ y pluguiera al Cielo que no hubiese ninguno de esos seres perversos, cuyos escesos y crímenes prueban demasiado la necesidad de la Relijion! A nosotros

ministros de ella, y depositarios de las sanas doctrinas, nos toca principalmente defenderla contra sus enemigos, sin dejarnos alucinar por sus sofismas, ni intimidar por sus clamores: á nosotros nos toca precaver á la juventud contra paradojas de que la experiencia la desengañaria tarde ó temprano, haciéndole conocer bien á costa suya, que fundar sin Dios el edificio social, es sentarle sobre la nada, ó que edificar sin una relijion profundamente venerada, es edificar sobre una base insegura y ruinosa.

Será, pues, obedecer á un mismo tiempo la voz de la Relijion y la de la patria hacer ver lo que una y otra se deben mutuamente, y como depende de su alianza la felicidad jeneral. Primeramente diré lo que la Relijion hace á favor de la sociedad, y en seguida lo que la sociedad ha hecho siempre, y aun debe hacer á favor de la Relijion.

No puede conc[illegible] sociedad civil

sin una autoridad suprema que vele por la seguridad comun, sin leyes que arreglen lo concerniente á los bienes y á las personas, y sin deberes impuestos á los diversos miembros del cuerpo social. Por consecuencia, autoridades, leyes y deberes son las tres cosas que constituyen la sociedad, y estas las que solo la Relijion tiene la inapreciable ventaja de fortalecer para el bien de todos. En efecto, la Relijion fortalece la autoridad dándole un oríjen sagrado, fortalece las leyes presentándolas como reglas de conciencia, y fortalece los deberes prestándoles por medio del juramento una garantía enteramente divina.

He dicho en primer lugar que la relijion afirma la autoridad dándole un oríjen sagrado: tomemos aquí las cosas desde bien arriba. Es una máxima dictada por la sana razon y consagrada por la Relijion, que Dios es el autor del mundo moral, lo mismo que del mundo material; que ha dado leyes á

la naturaleza intelijente así como á la naturaleza corpórea, y que dirije los destinos de los pueblos así como los movimientos de los astros. No hay en efecto mas que un solo criador, un solo lejislador, y un solo soberano del universo: de él, como orijen único de la vida, intelijencia increada, y poder sin límites, emana toda vida, toda intelijencia, y todo poder en las criaturas; y él es quien comunica la autoridad á los padres sobre sus familias, á los Señores sobre sus criados, á los Majistrados sobre la ciudad, y á los gobiernos sobre los pueblos confiados á su cuidado. Al destinar al hombre al estado de sociedad, le hizo nacer con facultades, necesidades é inclinaciones que dicen relacion con la vida social, y por lo tanto su providencia no ha abandonado á las investigaciones ni á la invencion de los hombres los primeros vínculos de la sociabilidad, sino que al contrario los ha hecho derivar de la naturaleza misma de las cosas

que ha establecido, y con arreglo al órden por el que ha querido que la especie humana se desarrolle, se perpetue, se perfeccione y se instruya, ha puesto á unos en un estado de superioridad, y á otros en un estado de inevitable dependencia. Las mútuas relaciones entre los padres y los hijos no son arbitrarias, y si el padre tiene deberes que cumplir, tiene tambien derechos que ejercer. En todos los pueblos ha sido en cierto modo sagrada la autoridad paternal, é inviolable en cierto modo la piedad filial. El padre como autor de la familia tiene autoridad sobre ella, y todos los hombres se unen por medio de un sentimiento de veneracion á aquel que fué su primer autor: así es, que el hijo honra no solamente á su padre, sino tambien á su abuelo y á su bisabuelo, y aun deberia amar y respetar á su vigésimo abuelo si fuese posible que llegase á conocerle.

Es fácil pues conocer lo que suce-

dió en el oríjen del jénero humano, y lo que preparó el camino al réjimen social. Los primeros hombres, obra inmediata de la mano infinitamente poderosa de Dios, dieron el ser á los primeros hijos: estos fueron padres á su vez, y de este modo se formó una serie de jeneraciones dimanadas unas de otras. Cada padre de familia tenia autoridad sobre sus propios hijos; pero el primer padre tenia dominio sobre todos los otros, y sobre sus familias, y esta supremacía paternal era una especie de dignidad Real, de modo que en cierto sentido puede decirse que esta nació con el jénero humano, y que el primer padre fué el primer Rey.

¿Pero qué sucedió en aquellos tiempos primitivos en los que todas las tradiciones conformes en esto con los libros santos suponen la larga duracion de la vida humana? A medida que las familias se multiplicaban, se relajaban tambien los vínculos de la subordinacion respectiva al primer jefe, y las

diversas ramas, aunque descendientes del mismo tronco, se hacian mas estrañas unas á otras: se alteró la primera inocencia de costumbres; el orgullo, la avaricia y la envidia comenzaron á sembrar las divisiones y la disension, y en este estado todas las familias conocieron la necesidad de una autoridad mas fuerte y comun á todos. Entónces algunos padres de familia respetables por su edad, su experiencia y su fuerza, no ménos que por el talento de mandar que á algunos concede la naturaleza, se atrajeron en todos los puntos habitados de la tierra la estimacion de sus semejantes, tomaron ascendiente sobre ellos, y fueron obedecidos. La costumbre consagró despues su poder, y comenzó la sociedad civil. De este modo los Estados nacientes modelados por las familias fueron pequeños reinos, mas bien que repúblicas, segun lo atestiguan las mas antiguas tradiciones.

No dirémos sin embargo que la

dignidad Real sea una institucion divina, no; ninguna forma de gobierno ha sido espresamente revelada. El Evanjelio no consagra determinadamente ninguna de ellas como necesaria: hace sí derivar de Dios el poder, pero no el modo exterior de ejercerle: esto ha podido variar segun las necesidades, las circunstancias y la índole de los pueblos, presentar monarquías ó bien repúblicas mas ó ménos moderadas, y colocar el supremo poder en manos de uno solo ó de muchos, de un Rey, de un Senado, ó de los dos juntos; pero siempre han sido unos mismos el oríjen y la naturaleza del poder, y sin examinar ahora como este se ha establecido, ni hasta que punto ha concurrido tácitamente para ello la multitud, es siempre cierto que el órden social entraba en las miras de la Providencia, y que esta para la conservacion de la sociedad ha querido que hubiese en su seno depositarios del poder: lo es igualmente que este poder supre-

mo tiene sus atributos, como el poder paternal tiene los suyos, y por consiguiente la autoridad es una de las reglas jenerales de la Providencia para la armonía social, asi como la gravitacion es una de sus reglas jenerales para la armonía del mundo planetario. En efecto, así como Dios ha querido el órden en las familias, y para ello ha revestido á los padres de una autoridad sagrada, así tambien ha querido el órden en la sociedad, y al efecto ha revestido al majistrado de la autoridad que le da derecho á la obediencia; de modo que si puede decirse que las formas de la autoridad pública proceden de los hombres, es necesario tambien reconocer que en el fondo la autoridad procede de Dios: doctrina que se aplica no solo al poder Real en las monarquías, sino á todo poder supremo, bajo de todas las formas lejítimas de gobierno. Examinemos las consecuencias que de aquí se siguen.

En el hecho mismo de proceder de

Dios la autoridad, tiene á los ojos de los pueblos un carácter augusto y sagrado que le da mayor ascendiente sobre las almas, asegura mejor el respeto y la obediencia, y evita con mayor eficacia las disensiones y turbulencias que, introduciendo la anarquía, preparan demasiado frecuentemente el camino á la esclavitud. Este oríjen divino de la autoridad ennoblece la obediencia; pues si esta procediese solo del hombre que manda, quien acaso muchas veces es indigno por sí mismo de nuestros homenajes, nuestra obediencia seria tan vil como penosa, y semejante á la de un esclavo embrutecido que tiembla delante de su Señor; y esta es precisamente la obediencia de esos novadores que no ven en el poder mas que una cosa humana. La Relijion eleva mas nuestros pensamientos; por encima del hombre nos muestra al Rey de los Reyes, al que dirije los destinos de los Príncipes lo mismo que los de los pueblos y de los Reyes: él es

efectivamente á quien en último resultado se dirije nuestra sumision, y su misma Majestad es ante la que nos humillamos sometiéndonos al instrumento visible de su justicia y de su misericordia : la Relijion es pues la que al mismo tiempo que hace nuestra obediencia mas dulce, le da cierto carácter mas elevado, y como que la hace participar de la grandeza de aquel á quien reverencia nuestro pensamiento. Consideren enhorabuena los sofistas modernos al que manda solo como un hombre, limítese por consecuencia su política á la tierra, y sea por lo tanto su obediencia tan vil como su doctrina; pero nosotros hagamos descender del cielo nuestra política, busquemos en Dios lejislador supremo la razon primera de los derechos y de los deberes, y entónces léjos de creerse humillada nuestra razon por la obediencia, fundará en ella su mayor gloria.

A la manera de aquellos volcanes que encierran llamas devoradoras, y

rompen de tiempo en tiempo en erupciones terribles, así ha vuelto á presentarse en nuestros dias, despues de haber estado como adormecida, esa doctrina de la soberanía del pueblo, jérmen fecundo de tempestades políticas, y teoría tan absurda como sediciosa que no lisonjea á la multitud mas que para estraviarla, ni ensalza sus derechos mas que para hacerle quebrantar todos sus deberes. A poco que se profundice esta materia se advierte que es tan imposible conciliar las palabras *pueblo* y *soberano* como las de luz y tinieblas: lo contrario es no entenderse á si mismo, pues es preciso convenir en que la palabra *soberanía* dice lo mismo que *poder supremo*, *derecho de mandar*; y que la palabra *pueblo* significa una reunion de hombres sometidos á este mismo poder: pues una multitud no deja de ser tal para formar lo que se llama un pueblo, sino sometiendose sus miembros a una autoridad pública; de tal modo que tan

imposible es que exista una nacion sin gobierno, como un cuerpo humano sin cabeza.

Ahora bien, Señores, considerad un pueblo en cualquier momento de su existencia, y ved si es posible que en él resida la autoridad suprema, que tenga el derecho de mandar, y en una palabra que sea soberano. Figuraos rotos todos los vínculos que unen los miembros de este cuerpo social, y colocadas de nuevo las familias en la época anterior á su reunion en sociedad. En este estado las hallaréis diseminadas por todas partes y sin aquella union á que convidan los sentimientos de humanidad que inspira la naturaleza, aunque experimentando todas la necesidad de reunirse y de formar una sociedad bajo de una autoridad comun. Considerada así esta multitud es absolutamente independiente, pero no soberana, porque á nadie tiene derecho de mandar, y nadie la obligacion de obedecerle. Es un er-

ror muy grosero confundir la independencia con el poder: así es que el salvaje que vive en los bosques es independiente pero no soberano, á ménos que no lo sea de las fieras entre que vive.

Figuraos despues estas mismas familias independientes reuniéndose y deseando vivir en sociedad, escuchando proposiciones dirijidas al efecto, y en fin deliberando sobre un pacto social: yo no sé si la historia presenta algo semejante; por mi parte no creo que haya existido mas que en la imajinacion de los noveleros políticos, pero quiero suponerlo así por un momento. Estará ciertamente al arbitrio de esta multitud adoptar una forma de gobierno con preferencia á otra, y admitir ó desechar la que se le proponga; pero no por esto tiene derecho para dictarla á quien no la quiera, ni para imponer á nadie la obligacion de gobernarla; será libre enhorabuena, pero por la misma razon que no tiene autoridad alguna que ejercer,

no sé en qué pueda ser soberana.

Se dirá acaso que es soberana en cuanto despues de haber adoptado, á lo ménos tácitamente, un réjimen político, puede cambiarle á su arbitrio; ¿pero quien ejercerá este derecho? ¿Le ejercerá el pueblo todo? Esto es imposible. ¿Se escluirá de su ejercicio al sexo femenino, á la adolescencia y á la juventud? Ya tenemos aquí mas de la mitad de la poblacion despojada de la participacion de la soberanía y sometida la mayoría á la minoría, lo cual en lugar de un pueblo soberano constituye una verdadera aristocracia. Por otra parte ¿quien no conoce que casi la totalidad de una nacion, cualquiera que sea, es demasiado ignorante para dar juiciosamente su voto en materias políticas? Y esto supuesto ¿que viene á ser un derecho, cuyo ejercicio es irracional é imposible?

Yo bien conozco que existen medios legales y regulares para ejecutar reformas políticas; ¿pero no es un de-

lirio buscar en la insurreccion remedio á los males del Estado? ¿Y quien podrá empezarla lejítimamente? ¿Podrá empezarla una provincia? ¿Y en este caso por qué no una ciudad? ¿Por qué no una aldea? ¿Por qué no una familia ó un solo individuo? ¿Y no seria esto introducir en el cuerpo social un principio de destruccion? Reflexionadlo bien, y os convenceréis de que es todavía mas interesante á los gobernados, que á los que gobiernan, combatir tan desastrosas máximas. Es muy importante que la sociedad cuyo único destino es servir de barrera á las pasiones, no sea entregada ella misma al arbitrio de esas mismas pasiones; y que no existiendo sino para ser un remedio contra la anarquía, no esté expuesta ella misma á caer en ella. Escitar la sedicion para correjir los abusos, es aplicar el fuego para reparar una casa ruinosa: yo no conozco doctrina mas enemiga de las naciones que la de la soberanía del pueblo. ¿Y en

que manos hemos colocado nosotros esta soberanía y el derecho de mandar? En medio de todas nuestras luces le hemos colocado en las manos del mas ignorante, del mas feroz, del mas caprichoso de todos los tiranos, en las de la multitud; y de este modo se ha abierto en el seno del mundo civilizado un abismo en que hemos visto y aun podríamos ver sepultarse los pueblos y los Reyes.

He dicho en segundo lugar que la Relijion afirma las leyes presentándolas como reglas de conciencia. En todos los pueblos hay leyes fundamentales que constituyen el Estado, determinan la forma de gobierno, y fijan y distribuyen los poderes; estas leyes se llaman constitutivas, ó si se quiere políticas: pero ademas de estas hay tambien otras que arreglan todo lo concerniente á las familias y á los individuos, á los bienes y á las personas; estas se llaman civiles. Las primeras deben necesariamente tener un carác-

ter particular de estabilidad, porque siendo la base del edificio social, no pueden ser tocadas sin riesgo de que todo él se arruine. Las segundas deben ser la regla de los particulares en sus convenios, y tambien la de los majistrados en sus juicios; en unas y otras consiste que el Estado prospere, que la justicia dirija la suerte de las familias, y que desaparezcan la arbitrariedad y la tiranía. Pero inútil seria formar leyes, compilarlas y escribirlas en un código público y reconocido, si fuesen despreciadas, si pudiese eludirlas el fraude, violarlas el poder, y acomodarlas el majistrado al arbitrio de sus pasiones. Es pues muy importante que sean no solamente reglas de conveniencia á las que sea útil someterse, sino que sean reverenciadas como reglas de conciencia, que obligan ante Dios lo mismo que ante los hombres: despojadas de este carácter sagrado pierden en efecto la mayor parte de su imperio, y así lo

han reconocido todos los pueblos. Nadie ignora que antiguamente para hacer los Licurgos y los Numas mas inviolables sus leyes, las presentaron como sancionadas por aquel poder divino al que todo está sometido, así el majistrado como el pueblo. Pero á pesar de esto, ¿que es lo que sucede en la tierra? Muchas veces el fiel observador de las leyes queda sin recompensa, y aun quizá es víctima de su fidelidad: y otras tantas, no solamente no es castigado el que las infrinje con audacia, sino que aun acaso saca ventajas de su desobediencia. ¿Y que hace en estos casos la Relijion? Restablece el órden en todo, sostiene y consuela al primero con la esperanza de la recompensa futura, y amenaza é intimida al segundo con el temor de un castigo venidero, y de este modo da á las leyes una sancion Divina que les presta una fuerza inmensa. ¡Cuan inconsecuentes son pues nuestros sofistas, predicando el reina-

do de las leyes, y destruyendo al mismo tiempo su mas firme apoyo con sus doctrinas impías!

Ultimamente he dicho que la relijion da mayor fuerza á las obligaciones recíprocas prestándoles por medio del juramento una garantía enteramente divina. Es una cosa muy jeneral, aunque no se mira con la debida atencion, ligarse los hombres en todas las clases de la sociedad á sus obligaciones respectivas por medio del juramento. En efecto el Príncipe á su advenimiento al trono, los depositarios subalternos del poder ántes de ejercerle, el Pontífice ántes de subir á su silla, el guerrero ántes de tomar el mando de los ejércitos, el majistrado ántes de sentarse en su tribunal, y el administrador á quien se confia la suerte de las familias y los caudales del Estado, todos se obligan bajo de la fe del juramento á cumplir sus deberes, y aun entre los particulares apénas hay uno solo que en

el discurso de su vida no se haya sujetado por algun juramento. ¿Y de dónde recibe este toda su fuerza sino de la Relijion? En efecto, ¿que es lo que llamamos jurar? Es póner al mismo Dios por testigo de nuestra sinceridad en los hechos que enunciamos, ó en las promesas que hacemos; es dar por prenda de nuestra veracidad la veracidad del mismo Dios; es llamar sobre nosôtros el rigor de su justicia si mentimos ante los hombres, ó si violamos la fe jurada. ¿Y hubo jamas una garantía mas imponente y mas temible? Pero aquel para quien Dios es nada, no ve en el juramento mas que una vana fórmula, y el impío que le presta ó que le exije, se burla de los hombres y de Dios. ¡Que espectáculo para el cielo el de una nacion de perjuros! Un pueblo que mirase el juramento como un juguete, al mismo tiempo que atraeria sobre su cabeza los rayos vengadores, habria ya roto el apoyo mas firme de

los convenios recíprocos, y habria ya caido en el último grado posible de depravacion.

Queda pues probado que la Relijion, haciéndolo derivar todo de Diôs, y atando á su trono el primer anillo de la cadena de los derechos y de los deberes, fortalece la autoridad, las leyes y las obligaciones, y hace de este modo inapreciables servicios á la sociedad. Rindamos en esta parte homenaje á nuestros libros santos, y admiremos como en solo algunas palabras luminosas nos han revelado lo que no podria descubrir nuestro entendimiento sino á costa de grandes esfuerzos y de largos raciocinios. Oid las palabras que el Apóstol de las naciones dirijia al pueblo Rey que ha dado leyes al mundo, á los Romanos: «Toda persona esté «sujeta á las potestades superiores, «porque no hay potestad que no pro«venga de Dios, y Dios es el que ha «establecido las que hay en el mundo... «por tanto es necesario que esteis su-

«jetos no solo por temor del castigo,
«sino tambien por obligacion de con-
«ciencia; pagad pues á todos lo que
«se les debe: al que se le debe tribu-
«to el tributo; al que impuesto, im-
«puesto; al que temor, temor; al que
«honra, honra (1).

Os he manifestado lo que la Relijion hace por la sociedad: veamos ahora lo que la sociedad ha hecho siempre y debe hacer aun por la relijion.

Al averiguar lo que la sociedad ha hecho siempre y debe hacer por la Relijion, considero la sociedad mucho ménos en esa multitud de hombres, que por falta de educacion, de luces y de capacidad estan destinados á ser conducidos, que en aquellos que estan destinados á conducirla; quiero decir, en los diversos depositarios de la autoridad, cualquiera que sea su clase en el órden social; en una palabra, en los gobiernos, sea la que quiera

(1) Roman. XIII. 1. 5. 7.

su forma y su denominacion. El que se atreviese á despreciar lo que en esta materia han pensado y practicado todos los majistrados, todos los sábios, todos los grandes hombres y todos los jefes de las naciones, se rebelaria en este mismo hecho contra el jénero humano, y se constituiria en un estado de locura.

Bajo de este supuesto, decidme: ¿se encuentra acaso gobierno alguno que no haya profesado una Relijion que pueda llamarse nacional, y que no se haya gloriado de honrar, de protejer y defender su doctrina, su culto y su sacerdocio? La supersticion habrá podido ciertamente alterar en esta materia las verdades sagradas; pero un rayo de luz penetra siempre al traves de las nubes del error; y de entre el choque de las opiniones y de la diversidad de cultos sale un pensamiento único, el de anteponer á todo el Dios del universo, y de tributarle homenajes solemnes.

Consultad en efecto la historia sobre lo que se debe á la Relijion en jeneral, y ella os dirá que los pueblos mas alabados de la antigüedad, hasta aquellos mismos adondé los estranjeros iban á estudiar las ciencias, como los Ejipcios, los Griegos y los Romanos, miraban la Relijion como la base de sus instituciones y de sus leyes: os dirá que persuadidos sus majistrados y sus guerreros de que debian reverenciar á la Divinidad como árbitro de los destinos humanos, procuraban para sus empresas y resoluciones conocer la voluntad de sus dioses, aplacarlos ó hacérseles propicios: por lo que toca á la Europa moderna me contento con haceros observar que los soberanos de los estados respectivos de que se compone han tenido y aun tienen la costumbre de consagrar sus mas solemnes tratados con el nombre de Dios santo y verdadero: que hasta el presente todos los gobiernos han creido deber no omitir nada para el sosten

y la gloria de la Relijion, que todo lo hace en beneficio de ellos; que deben mirarse como lugar-tenientes de la Providencia para hacer florecer su culto entre los pueblos que ella les ha confiado; que Dios, como autor de la sociedad civil, así como de la sociedad doméstica, exije tanto de una como de otra homenajes de adoracion y de dependencia; y que los Estados, como que forman un cuerpo cuyos miembros estan todos unidos por intereses comunes, y expuestos á pasar dias de prosperidad y dias de desgracia, se sienten naturalmente impelidos á pagarle un tributo comun de expiacion ó de reconocimiento.

Intérpretes en esto de la naturaleza, é inspirados por ella «Dracon, Licurgo «y Solon, al formar las primeras y mas «florecientes repúblicas de la Grecia, «atendieron con especialidad á los ne«gocios relijiosos: Rómulo siguió esta «misma regla cuando dió sus leyes á «su Estado naciente; y Platon y Aris-

«tóteles, por opuestos que esten en «otros puntos, convienen en que la «ciudad no es escelente ni feliz sino «en cuanto que se propone el soberano «bien; añadiendo que no puede jamas «llegar á él sino por médio de la Re-«lijion (1).» Hablando mas particularmente del pueblo mas grande de la antigüedad, de los Romanos, es constante que el respeto á la Divinidad que Numa supo imprimir en sus almas, fué el principio mas constante de su prosperidad y de sus triunfos. Persuadidos del poder y de la justicia celestial no temian tanto desobedecer las leyes como ser infieles á sus juramentos: así lo han observado escritores muy célebres como Polibio entre los antiguos, y Machiavelo entre los modernos; y aun este último, despues de haber hecho esta misma observacion, añade estas notables palabras: «Si la adhesion al culto «divino es la prenda segura de la gran-«deza de un estado, el desprecio de la

(1) Lamarre, *Traité de la police*, tom. I.

«Relijion es la causa mas positiva de «su decadencia (1).»

Consultad ademas la historia acerca del culto exterior y público, y veréis que las profanaciones, los sacrilejios, las palabras blasfemas y el escarnio de las cosas santas han formado en todas las naciones civilizadas un cuerpo particular de delitos reputados como dignos mas especialmente de la vijilancia de los majistrados y de la execracion pública: todas en efecto han reconocido que las cosas consagradas al culto de la Divinidad participaban en cierto modo de la grandeza y santidad de esta, y que los ultrajes hechos á la Relijion recaian sobre el Ser soberano que es su objeto. Aténas, la culta, la sábia Aténas tenia leyes contra la impiedad pública: muchos de sus mas ilustres ciudadanos experimentaron su rigor; y acusado el mismo Pericles sobre esta materia tuvo que comparecer

(1) Reflexions sur Tit. Liv. lib. I. cap. II.

ante los tribunales para defenderse: de este mismo espíritu estaban animados todos los demas pueblos; y cuando Erostrato, llevado del deseo de una vana celebridad, quemó el templo de Efeso, una ley especial prohibió pronunciar su nombre, como si el nombre de este impío hubiese tenido para su pais algo de siniestro. Los antiguos habian observado que la muerte trájica de Dionisio el tirano fué un justo castigo de sus irrisiones y robos sacrílegos, y observaron en honor de Alejandro, que en el saqueo de Tébas perdonó los templos con un respeto relijioso. Nadie ignora tampoco con que vehemencia increpaba el orador romano los latrocinios de un famoso usurero de Sicilia, y que al acusarle de haber robado los templos y los altares, atribuia á estos robos un carácter particularmente odioso de audacia y de perversidad.

Consultad por último la historia por lo respectivo al sacerdocio, y os

dirá que las naciones mas ilustradas, mas sábias y mas florecientes que ha habido han mirado á los Pontífices y Sacerdotes de su relijion como una clase de hombres dignos de una veneracion particular por la santidad de sus funciones, y que por lo tanto nada han omitido para rodear sus personas de prerogativas y honores propios para atraerles la consideracion y el respeto de los pueblos. Para poderos convencer de esto, leed las *Memorias* de nuestra Academia de inscripciones y bellas letras como la mas versada en las antigüedades, y en ellas veréis lo que era el sacerdocio entre los Ejipcios, los Indios, los Griegos, los Romanos y los Gaulas (1). Todos en efecto conocieron que si se debe honrar á los ministros de los Reyes de la tierra, no debe honrarse

(1) Véase el estracto de las dos memorias de M. de Burigny *sur les honneurs et prérogatives accordés aux prêtres dans les religions profanes.* Académ. des Inscript. T. XXXI, *Histoire* páj. 108 y sig.

ménos á los ministros del Rey de los cielos; que en el espíritu de la multitud la Relijion se confunde muy frecuentemente con sus ministros, y que la idea que aquella forme de esta será tanto mas elevada cuanto mas eminente sea el lugar que estos ocupen. Roma pagana conservó en todos tiempos un sentimiento de profunda veneracion á sus sacerdotes: en ella tenia el poder de los Tribunos cierto no sé que de temible, de independiente, y en cierto modo sagrado si se quiere; pero á pesar de esto el Tribuno Tremelio fué condenado á una multa por haber faltado al respeto al Pontífice Metelo. En cuanto á las naciones cristianas juzgo inútil recordaros lo que para ellas ha sido el sacerdocio desde Constantino hasta nosotros.

Despues de haberos manifestado el testimonio de los pueblos y de los siglos á favor de la preeminencia debida á la Relijion, advertireis que todos esos espíritus frívolos, envanecidos por

algunos triunfos conseguidos con sus escritos ó sus discursos, mas ciegos en medio de las luces del Evanjelio que los páganos en medio de las tinieblas de la idolatría, y que no cesan de atraer desprecios á la Relijion, á su culto y sus ministros, pueden ser deshechos por la autoridad del universo entero. Todo en efecto rinde homenaje á la verdad, y todo nos advierte que siendo la Relijion el primer bien de los pueblos y de los gobiernos, debe tambien ser objeto de sus primeras atenciones.

Por consiguiente, no es bastante reconocerla como auxiliar, y darle en cierto modo por favor lo que tiene derecho á exijir como soberana, y de hacerla una de las columnas del edificio, miéntras que debe ser su cimiento: no, Señores, hecha para reinar cualquier otro puesto fuera del primero es inferior á ella. ¿Deberá acaso el que es ante todo por su naturaleza no ser preferido á todo en nuestras ado-

raciones? ¿Deberá ocupar el Criadòr el segundo lugar en el pensamiento de la criatura? ¡Desgraciados los gobiernos que degraden la Relijion! Ellos se degradarian á sí mismos, y de cuanto respeto la privasen de otro tanto privarian su autoridad. ¡Tiemblen caer ellos mismos al último puesto si hacen que la Relijion baje al segundo!

Ademas, ¿para que estan establecidos los Príncipes, los Majistrados, los depositarios del poder, en una palabra los Gobiernos? ¿Estan acaso establecidos para seguir sus antojos y caprichos, para trastornar el órden eterno de las cosas, para permitir que la sociedad vaya á la ventura, y que los pueblos se abandonen sin regla y sin freno á todas las seducciones del vicio y del error? No, no, Señores, los gobiernos se han establecido para hacer á los pueblos buenos y felices, y para hacer que reinen las leyes, las buenas costumbres, la paz en las familias, y la tranquilidad en el Estado; y siendo la Relijion el

mas firme apoyo de todas estas cosas, ¿no será por consiguiente el primer deber de aquellos hacer que los hombres la respeten, y salvar á las naciones de esa impiedad que es su plaga mas terrible? De este modo realizarán las miras de la Providencia y se mostrarán segun sus designios los padres y los pastores de los pueblos. Los inferiores elevan naturalmente sus miradas á los que ocupan los primeros puestos de la jerarquia política, y de ellos reciben el impulso así para el bien como para el mal: si los gobiernos y sus ajentes miran con indiferencia la Relijion; si para ellos son lo mismo los homenajes que la honran que las blasfemias que la ultrajan; si la impiedad triunfa por medio de aquellos mismos que deberian ser los primeros que la reprimiesen, entónces no puede ménos de debilitarse la creencia de los pueblos, y resentirse los resortes de las costumbres y de las leyes.

No se me oculta que aunque la Relijion sea profundamente honrada,

siempre tendrá enemigos que combatir; pero en este caso conservaria mas fuerza y mas imperio sobre las almas, y seria una barrera si no insuperable, á lo menos mas poderosa contra el torrente de los vicios desencadenados. Yo bien sé que la Relijion no pondrá á los pueblos al abrigo de toda disension y de toda discordia, y que aun ella misma puede ser ocasion é instrumento de estas en manos de los malvados; pero miéntras viva en los corazones, ella misma vendrá á ser el remedio de los males que los hombres hayan podido hacer en su nombre: habráse mutilado el árbol; pero la savia continuará circulando en el tronco, y podrá devolverle su primera lozanía. En cuanto á la triste y degradante filosofía de nuestros dias que procura separar de Dios al hombre, y la Relijion de la sociedad, es un veneno que devora, pero que no lleva consigo su antídoto; hiere pero no cura, mata pero no resucita; solo la Relijion posee los tesoros de la vida.

Recorred los anales de la Francia, y veréis que si á pesar de sus contínuas turbulencias en todas las edades, de tantos desórdenes y tantas guerras intestinas, avanzó noblemente por entre los escollos y las tempestades; si se elevó hasta la cima del poder, de la gloria y de la civilizacion, dominando gran parte de la Europa hasta el punto de darle su propia lengua, fué porque llevaba en su seno un principio de vida. Si, Señores, la Relijion es fuerte por sí misma, y fuerte tambien por su alianza con el Estado. Cuando manos impías rompieron este pacto sagrado, la Francia se conmovió hasta en sus cimientos, y solo cuando manos mas hábiles han empezado á restablecerle, ha empezado á salir de entre las ruinas: tan cierto es que la Relijion debe dirijirlo todo, si no se quiere que todo dejenere; y que si todo puede conservarse por ella, todo sin ella debe perecer.

En cuanto al culto divino, á los objetos de la piadosa y profunda veneracion

de los pueblos, á los templos, á los altares, á los vasos y á las vestiduras sagradas, diré tambien que no basta á los gobiernos asegurarles aquel respeto que se tiene á las cosas de la vida civil, sino que deben inspirar las mas altas ideas de ellos, y dar al desprecio, á la irreverencia y al robo de las cosas sagradas una idea de sacrilejio, de profanacion y de crímen de lesa-Majestad. En esta parte el silencio de las leyes seria una impiedad. ¡Qué! ¡quereis que el pueblo reverencie la Relijion, y desechais los únicos medios de realzar á sus ojos su precio y dignidad! ¡quereis que las familias tengan relijion, y al mismo tiempo introducis el ateismo en las leyes! Si la casa de Dios no es para vosotros mas que la casa de un hombre, si las ceremonias mas santas se miran solo como una ostentacion ordinaria, si los vasos del santuario son á vuestros ojos como la copa de vuestras mesas, y las decoraciones del altar como los muebles de una sala, la ley misma seria

entónces la que en cierto modo humillaria la Relijion hasta el nivel de las cosas comunes, y la que confundiria la Divinidad con el hombre mismo; y si la indiferencia en esta parte debilitase la piedad en los corazones, ella misma seria cómplice de este mal. Y ¡que mayor calamidad para una nacion que hallarse el desórden en aquello mismo que deberia ser la regla de las costumbres públicas!

Diré por último por lo respectivo al sacerdocio, que no es suficiente tolerarle y mirarle como una profesion útil, sino que los gobiernos deben procurar hacerle venerable á los ojos de los pueblos para dar mas imperio á su doctrina. Si se le llena de amargura y de sinsabores, si se le expone á los horrores de la indijencia, del odio y del desprecio, si se le ridiculiza en los teatros, si se le insulta en libelos, si se le coartan los medios mas eficaces que tiene para perpetuarse, si segun el texto ó el espíritu de la lejislacion solo se le mira como una carga

pesada ó una profesion despreciable, entónces todo se perdió. Una sociedad sin relijion, una relijion sin sacerdocio, ó un sacerdocio sin autoridad, son tres inconsecuencias igualmente absurdas, y tan ofensivas á la Divinidad como destructoras de todo órden público.

Si alguno me atribuyese en esto miras de interes ó de ambicion, si creyese que me dejo estraviar por preocupaciones de mi estado y de mi profesion, mal conoce el fondo de mi corazon: por temor á semejante inculpacion no he debido tener cautiva la verdad en mi pecho. No me toca dar lecciones de política, ni trazar de una manera positiva á los Gobiernos de Europa las medidas que deben tomar para proporcionar el triunfo del cristianismo; pero en un tiempo en que se tiene la osadía de presentar la Relijion como peligrosa ó inútil á lo ménos, es lícito, diré mas, es un deber recordar los servicios y los beneficios que le deben los Gobiernos y los pueblos, y lo que tiene derecho

á exijir de los que estan al frente de los negocios públicos.

Reconozcamos en fin que si los Gobiernos deben y necesitan comunicar estabilidad á las instituciones y á las leyes, su primer deber y su primer interes es tambien por la misma razon, honrar y hacer honrar la relijion, que es el fundamento de aquellas. Sí, todo es precario en un pueblo en que la Relijion no es la regla de todo; sin ella el entendimiento carece de norma, el corazon de freno, el vicio de temor, la virtud de esperanza, la desgracia de consuelos, la autoridad de apoyo, y la fidelidad de garantías. Si confesando los males que ha hecho la filosofía moderna dijese alguno que ella misma es la que debe repararlos, diria una espresion llena de orgullo y de ignorancia. La filosofía sin relijion es una tierra sin agua y sin calor, en la que nada puede madurar. Las combinaciones del entendimiento humano son insuficientes para formar y conservar las sociedades; es

necesario para esto valerse de aquel espíritu criador y conservador que ha hecho y que gobierna el universo, pues las obras del poder humano son mas ó ménos durables segun que participan mas ó ménos del poder divino. La Relijion tiene una fuerza infinita como Dios mismo; ella sola puede dar la vida á un pueblo bárbaro que la busque, y restituirla al pueblo civilizado que la haya perdido; y de las divinas doctrinas de la Relijion cristiana es de las que particularmente se debe decir que son espíritu y vida: *verba quæ ego locutus sum vobis, spiritus et vita sunt* (1).

(1) Joann. VI. 64.



SOBRE
LA EDUCACION.

Si alguna cosa, Señores, hay íntimamente enlazada con la suerte de una nacion; alguna que deba escitar la solicitud tanto de los gobiernos como de los particulares, y capaz de precaver ó de preparar la ruina de las jeneraciones futuras, es sin duda la educacion de la niñez: hé aquí una de las causas principales de la prosperidad ó de la decadencia de los Estados; y bien dignos de lástima seríamos los Franceses si despues de tantas conmociones violentas, en que se han resentido entre nosotros hasta los cimientos del edificio social, no estuviésemos penetrados de la necesidad de consolidarle, asentándole mas que nunca sobre la base de una educacion profundamente

moral y relijiosa. No nos entreguemos pues á la indolencia en esta materia, ni la miremos con desprecio: se trata de lo que mas vivamente interesa á todas las familias: se trata, Señores, de la salvacion misma de la patria. Dejemos enhorabuena á un pequeño número de hombres las sábias discusiones sobre las letras y las artes, sobre las máximas de la política y el manejo de las rentas públicas: estas son cosas que jeneralmente no hay obligacion de saber; pero de nadie, sea quien quiera, debe ser desconocida la educacion de la niñez, é interesa de tal modo á todas las clases desde el trono hasta las cabañas, y estan todos sin escepcion tan obligados á contribuir á ella con sus lecciones ó con sus ejemplos, que á ninguno es permitido mirarla con indiferencia. Así pues, mi objeto al hablaros hoy de la educacion de la niñez es avivar la vijilancia de los padres, el celo de los maestros, y por último la atencion de

todos. A este fin sentaré los tres puntos siguientes: primero, la prosperidad de la Francia depende principalmente de la buena educacion de los niños: segundo, para que la educacion de estos sea buena debe ser relijiosa: tercero, para ser relijiosa debe confiarse á hombres relijiosos. Tal es el asunto y la division de este discurso.

No es mi ánimo, Señores, exponer nuevos planes de educacion, examinar métodos de enseñanza, ni deprimir lo presente y elojiar lo pasado. No, Señores: trato únicamente de presentar algunas reflexiones morales y relijiosas que deben aplicarse á todo sistema de educacion, y que deben tener siempre presentes los padres y los maestros. No temais que en el curso de esta discusion me esceda de los justos límites, ni que me propase á decir cosas poco comedidas. No, conozco mis derechos y tambien mis deberes: tengo derecho á decir la ver-

dad en lo perteneciente á mi ministerio, y la diré, aunque sin acrimonia y sin ofender á nadie: sé al mismo tiempo que debo ser circunspecto; lo seré tambien, pero sin debilidad ni pusilanimidad, y espero que despues de haber oido todo el discurso quedaréis tan satisfechos de mi moderacion como de mi franqueza.

Digo pues, y esta es mi primera proposicion, que la prosperidad de la Francia depende principalmente de la buena educacion de los niños.

No hay ciertamente un solo frances que no desee con ardor la prosperidad de su pais; que no esté dispuesto á regocijarse de ella, así como á aflijirse de sus desgracias, de tal modo que aun aquellos que predican doctrinas destructoras de su felicidad cuidan de disfrazárselas á sí mismos, y decorarlas con un hermoso nombre, con el que no solo se alucinan lastimosamente á sí mismos, sino que alucinan á los demas. Pero ¿en que fijarémos la verdadera

fuente de la felicidad pública? ¿La fijarémos en una agricultura perfeccionada que proporcione mayor abundancia y variedad de frutos de la tierra, y que mas preserve á los pueblos de los estragos del hambre? ¿La fijarémos en un comercio floreciente que multiplique las riquezas, y jeneralice en una comarca las producciones de todas las demas; en el aumento de la poblacion, ó en ejércitos bien disciplinados que hagan á un pueblo temible á sus vecinos? ¿La fijarémos en el brillo de las ciencias y de las artes, y en todo lo que parece dar á una nacion la primacía del injenio y del talento? ¿Acaso en fin en aquellas injenosas combinaciones políticas que equilibran los intereses y las pasiones, que parecen tener un estado como suspendido entre la licencia y la tiranía, y que manifiestan la alianza tan difícil de la libertad con la tranquilidad de todos? No, Señores, todas estas son cosas ciertamente apre-

ciables y dignas de escitar el celo de los gobiernos; y en efecto en todos los siglos han fijado la atencion de los sábios y de los lejisladores; pero no son el principio de la felicidad de los pueblos. Yo no ignoro, Señores, que cuando vemos un pueblo rico, ilustrado y poderoso nos sentimos inclinados á creerle solo por esto en el colmo de la prosperidad, y apénas concebimos que pueda caer de ella. Esto me trae á la memoria lo que en otros tiempos decia el Rey Profeta hablando de los Filisteos: «Sus hijos son «como nuevos plantíos en la flor de «su edad: sus hijas compuestas y en«galanadas por todos lados como ído«los de un templo: atestadas estan sus «despensas y rebosando de toda suerte «de frutos: fecundas sus ovejas salen «á pacer en numerosos rebaños: tie«nen gordas y lozanas sus vacas: no «se ven portillos ni ruinas en sus mu«ros: feliz llamaron al pueblo que go«za de estas cosas.» *Beatum dixerunt*

populum cui hæc sunt (1). Este es el lenguaje que el mundo usaba hace tres mil años, y el que usa todavía; pero examinemos sin deslumbrarnos la esencia de las cosas: no se trata de lo que puede proporcionar á un pueblo un brillo pasajero; no, Señores, se trata de lo que puede proporcionarle un bien sólido y durable. No basta para examinar la solidez de un edificio, detenerse en su exterior, sino que es necesario descender hasta sus cimientos.

Lo que asegura en las familias la autoridad paternal, la piedad filial, la union de los esposos, la fidelidad de los criados, y todas las virtudes domésticas: lo que afianza en la sociedad civil la estabilidad de las instituciones, el respeto á las leyes, la sumision á los majistrados, la probidad en todas las clases, la buena fe, el amor al trabajo, y por último la paz, esto es, Señores, lo que á los ojos de todo hombre sensato constituye la prospe-

(1) Psal. CXLIII. 12 etc.

ridad de los Estados. ¿Pero á qué deberémos el principio creador y conservador del órden y de la justicia, ese espíritu de vida social que es el alma del cuerpo político, y precave sus funestas enfermedades, ó puede curarlas mas pronta y eficazmente? No cabe duda, Señores, principalmente á la buena educacion de los niños.

Guardémonos de ensalzar demasiado en esta materia la naturaleza humana: no la miremos como una tierra que todo lo produce sin cultivo, sino mas bien como una tierra cuyas entrañas es preciso romper con fuerza si se requiere hacerla fértil. Es cierto que al salir el hombre de las manos de su creador lleva consigo facultades é inclinaciones análogas á su destino futuro, las cuales deben hacerle un ser racional, moral y propio para la vida doméstica y civil; pero ¿quien no advierte que es preciso dirijir sábiamente estas disposiciones naturales, perfeccionando unas y reprimiendo otras

para evitar que ninguna tome un vuelo peligroso? Consideremos al hombre tal como es á los ojos de quien quiera estudiarle, y verémos que si ha nacido para el trabajo, tambien la pereza tiene para él muchos encantos: que si su debilidad y sus necesidades, poniéndole desde el principio bajo de la dependencia de cuanto le rodea, conspiran á someterle desde muy temprano al yugo de la subordinacion y del deber, tiene tambien un orgullo secreto que aspira al mismo tiempo á romperle: que si como ser intelijente ha sido hecho para la verdad, tambien cierra frecuentemente los ojos para no ver la luz que le importuna, y para entregarse al error que le lisonjea. Un sentimiento natural de benevolencia le inclina hácia sus semejantes; pero ¿no está tambien lleno de un amor propio que puede fácilmente dejenerar en egoismo? De aquí proviene esa lucha interna entre el bien y el mal, que comienza desde la edad mas tierna, y

esos combates tan fuertes entre las buenas y las malas inclinaciones, combates que solo acaban cuando acaba la vida. ¡Y cuanto no puede la buena educacion para fortificar las unas, debilitar las otras, y asegurar así el triunfo de la virtud sobre las inclinaciones que le son opuestas! El Sábio nos lo ha dicho. «Tienes hijos, adoc-«trínalos y dómalos desde su niñez. Un «caballo no domado se hace intolerable; «así un hijo abandonado á sí mismo se «hace insolente (1).»

Pero para conocer mas á fondo como estan enlazados con la educacion de la niñez los destinos de un pueblo, supongamos por un momento que en toda la extension de este vasto reino, tanto en nuestras aldeas como en nuestras ciudades, estuviesen confiados los niños de ámbos sexos á manos sábias y puras, dignas de formar su espíritu y su corazon: penetremos con el pensamiento en esas escuelas

(1) Eccles. VII. 25. XXX. 8.

que encierran las esperanzas de la patria, y supongamos que en ellas aprenden los niños á conocer á Dios y su ley; que allí se enseña todo lo que es justo, todo lo que es bueno y todo lo que es laudable; que en ellas, al paso que se preparan las almas para aquellos conocimientos que hacen al hombre instruido, se cuida tambien mucho mas de lo que le hace virtuoso; y últimamente, que allí se ponen siempre á su vista ejemplos cuya autoridad es mas dulce y mas eficaz que la de las lecciones. ¿No echarian raices profundas estas semillas de virtud sembradas así en unas almas todavía nuevas? ¿Y como seria posible que no produjesen los mas saludables frutos, mayor respeto á la autoridad paternal, mas union en las familias, mas probidad en el comercio de la vida, mas amor al órden y á la justicia, y mas fidelidad á todos los deberes? ¿No veríamos entónces crecer jeneraciones enteras en medio de hábitos favorables que las dispondrian

á pagar á la sociedad por medio de sus servicios el beneficio que de ella habian recibido en su educacion? Los métodos podrian enhorabuena ser diferentes; pero la doctrina y las impresiones relijiosas y morales que recibirian los niños serian en el fondo siempre las mismas. ¡Que uniformidad de doctrina, de ideas y de sentimientos no habria entónces desde un punto al otro de la Francia! Animadas todas las familias de un mismo espíritu formarian una sola familia, y la Francia entera seria, por decirlo así, como un solo hombre. Aquí teneis ya esa educacion nacional de que tanto se ha hablado, y la única digna de este nombre, porque solo ella puede producir la prosperidad de la nacion.

Yo no ignoro que los efectos de la educacion no serian igualmente favorables en todos: que hay personas débiles, espíritus indóciles y corazones depravados: sé que circunstancias peligrosas y las pasiones de una juventud

brillante podrian hacer que se malograsen en algunos las esperanzas de la niñez; pero es indudable que una vez inspirado en los niños el amor á la virtud, muchos permanecerian firmes en ella: otros serian fieles á lo ménos á aquellos sentimientos de honor y de probidad que caracterizan al hombre de bien, y aun aquellos que ciegamente se hubiesen arrojado á los caminos del vicio tendrian siempre el recurso de los remordimientos y del arrepentimiento; recurso que conoce muy poco el que en sus primeros años no ha conocido la virtud.

Pero si por el contrario la educacion fuese universalmente viciosa, si la razon se corrompiese en las escuelas con malas doctrinas, si funestos ejemplos introdujesen en ellas el desórden, y en ellas se enseñase á honrar lo que debe ser despreciado, y á despreciar lo que debe ser honrado; ¡que trastorno no habria entónces en las ideas, en las inclinaciones y en la

conducta! ¡Que confusion en las opiniones y por consecuencia en las familias y en la sociedad! ¡Que jérmenes de desobediencia, de discordia y de revolucion no se introducirian por todas partes en las almas! ¡Cuantos instrumentos se prepararian anticipadamente para el crímen y para los designios de los facciosos! Apénas algunos pocos en fuerza de circunstancias ó inclinaciones mas favorables se libertarian del contajio universal; pero el cuerpo político llevaria en su corazon una llaga funesta, que acarrearia por último su disolucion. Son en efecto de tal naturaleza las consecuencias de la buena ó de la mala educacion, que bajo del influjo de la primera el hombre es malvado solo por inconsecuencia, y bajo del influjo de la segunda es bueno en cierto modo solo por casualidad.

Conozco que en esta parte se me podrá decir, acaso con razon, que esto es insistir sobre una cosa de que

nadie duda. ¿Quien en efecto no conviene en que por la buena educacion de las jeneraciones nacientes pueden formarse ó rejenerarse los pueblos? Pero sin querer disculparme enteramente ¿no podré yo tambien hacer observar que las cosas mas comunes son frecuentemente las mas útiles, y que pues que sin cesar se olvidan, es preciso recordarlas tambien sin cesar? Bien antigua es la verdad en el mundo, y sin embargo es harto nueva para nosotros desde que, digámoslo así, hemos perdido la aficion á ella á fuerza de saciarnos en la copa del error. ¡Cuantos, aun entre los padres de familia, arrebatados por un torrente de negocios y de placeres creen segura é indestructible la prosperidad del Estado, porque ellos se hallan contentos con su situacion, y apénas atienden á lo que mas debiera interesarles, quiero decir, á la buena educacion de sus hijos! ¡Ojalá puedan conocer que las primeras impresiones son las mas fuer-

tes y las mas decisivas: que por el órden regular no deben esperar recojer con el tiempo frutos que no siembren anticipadamente; que para ellos es un deber sagrado preparar lo venidero en lo presente; no ofrecer á la niñez sino ejemplos dignos de ser seguidos por ella; separar de su vista y de sus oidos todo lo que pueda hacer en sus sentidos impresiones funestas, y mostrarse fieles á la advertencia que les hace hasta un poeta del paganismo, de tener un gran respeto á los niños (1). *Maxima debetur puero reverentia.* Sepan en fin que la Providencia se los ha confiado como un depósito de que algun dia les pedirá cuenta, y que la sociedad, en cambio de su solicitud por el reposo de las familias, tiene derecho á esperar de ellas súbditos virtuosos que hagan su felicidad y su gloria, y no súbditos viciosos que la deshonren y turben con sus desórdenes.

(1) Juven. Satir. XIV.

Paso á la segunda proposicion que dará mayor claridad á la primera; á saber, que para ser buena la educacion debe ser relijiosa.

El torrente devastador que precipitó en el abismo el Trono y el Altar, debió naturalmente llevarse tras sí aquellos establecimientos de educacion pública destinados á formar defensores celosos y fieles tanto del uno como del otro. Se vieron por consiguiente desaparecer de la Francia aquellas corporaciones encargadas de la enseñanza, y aquellas escuelas célebres consagradas por el tiempo; y lo que apénas hubieran hecho los bárbaros con toda su brutal ignorancia, lo efectuaron los sofistas por razon y por cálculo; era preciso sin embargo tratar de levantar nuevos establecimientos sobre los escombros de los antiguos; pero ¡que violentas declamaciones no se oyeron entónces contra todo lo que ántes habia existido! ¡Que pomposas promesas para lo futuro! Los novadores no

temian decir abiertamente que el jéro humano habia estado durante veinte siglos encorvado bajo del yugo del error, que las creencias relijiosas de que se impregnaban las almas no podian ménos de retardar el desarrollo de la razon, y que el anhelo por no sé que bienes invisibles de una vida futura, habia impedido la perfeccion del mundo presente. No carecian ciertamente de talento ni de ciencia toaquellos sofistas, no; pero estaban arrebatados por el delirio de la irrelijion. ¡Que horrorosa mezcla de ciencia y de furor, de injenio y de estravagancia hay en efecto en sus discursos y en sus obras! En medio de las proscripciones y de los cadalsos se proclamaba la hermosa palabra *educacion nacional*; y al tiempo mismo que se degollaba á los padres, se meditaba la felicidad de los hijos; no se prometian las luces sino para extender las tinieblas del ateismo, y cuantos mas templos se levantaban á la *razon*, mas

desaparecia esta de nuestras instituciones y de nuestras leyes. Un materialismo grosero dominaba en todos aquellos nuevos planes de educacion, planes monstruosos, fundados en el odio á todo lo que llamaban *preocupaciones*, *supersticion*, es decir, á las tradiciones, á la experiencia, y sobre todo al cristianismo, y que no se queria conocer que eran impracticables por sola la razon de ser impíos. Sí, Señores, el ateismo mata, pero la Relijion vivifica. Todo existe por la Divinidad, y por consiguiente es preciso que ella presida las familias, la sociedad y la educacion, así como dirije el universo material, y sin esto las familias, la sociedad y la educacion decaen y perecen, á la manera que el universo volveria á la confusion y al caos, si Dios retirase la mano poderosa que mantiene sus leyes y su armonía. Nada acaso prueba mas victoriosamente la necesidad de la Relijion en esta parte que los impotentes esfuer-

zos que durante veinte años se han hecho para subsistir sin ella. Dejóse en fin percibir la verdad, y se reconoció y decretó que la doctrina cristiana seria la base de la educacion pública, y despues de tan largas y tristes tinieblas brilló por fin un rayo de esperanza á los ojos del hombre de bien.

No se crea por esto que no se usasen frecuentemente en los discursos las palabras *moral* y *moralidad*: sí, se usaban; pero es preciso no olvidar nunca que uno de los errores capitales de nuestros tiempos modernos es haber querido separar la moral de la Relijion, haber trazado reglas de conducta, sin haberlas enlazado con aquellas creencias piadosas que les dan tanta fuerza y tanta autoridad, y haber impuesto al hombre el yugo de los deberes, desechando al mismo tiempo lo que da á su debilidad mayor auxilio para llevarle. ¡Oh, cuanto mejor ha conocido el cristianismo nues-

tra naturaleza, nuestra debilidad y nuestras necesidades, y al mismo tiempo los derechos inviolables del Criador al apoyar sus preceptos en la voluntad de Dios, de aquel lejislador supremo, único que por sí tiene el derecho de mandar al hombre! La moral humana es seca y árida; podrá mostrar el camino, pero no inspira valor para seguirle. La Relijion se introduce en el corazon, le penetra del pensamiento en la Divinidad, y conmoviéndole eficazmente por medio del temor ó de las esperanzas de la vida futura, le hace capaz de todos los esfuerzos y de todos los sacrificios que puede exijir la virtud. ¿Y cual no seria su influjo en las casas de educacion pública una vez establecido en ellas su imperio? Allí colocaria tanto á los maestros como á los discípulos á la vista de la Divinidad, mandaria en nombre de esta á los primeros la vijilancia, el celo y los buenos ejemplos, y á los segundos la obe-

diencia y la aplicacion; siendo de este modo el fiador mas seguro de sus costumbres y de sus progresos. Ella velaría donde no alcanzase el ojo del maestro, y seria una antorcha siempre encendida que iluminando los sitios mas ocultos y oscuros, prevendria una multitud de abusos y de desórdenes secretos que relajan la disciplina y llegan por último á arruinarla. La Relijion con sus amenazas y sus insinuaciones suaviza los jenios, corrije los defectos, reprime los vicios en su nacimiento, anima al débil, y hace reinar la decencia, el órden y la paz, y por consiguiente la autoridad de los jefes podria sin inconveniente mostrarse mas dulce y paternal: pero rómpase el freno de la Relijion, y ya no serán suficientes la vijilancia y la disciplina ordinaria: por todas partes se manifestarán la confusion, la indocilidad, la rebelion, y todos los vicios, y por último habria una verdadera anarquía que no se podria re-

primir sino con una disciplina severa y á fuerza de rigor: para contener entónces aquella primera edad; la edad cabalmente del candor y de la confianza, seria preciso hacerla jemir bajo de un yugo de hierro, convirtiéndose así cada casa de instruccion pública en un campo militar en el cual es necesario sostener la subordinacion por medio del terror. Sí, Señores, destiérrese de los establecimientos de educacion el dulce y poderoso imperio de la Relijion, y solo se verá en ellos, ó una escesiva licencia, ó una escesiva sujecion.

Para conocer mas y mas la necesidad de la Relijion, reflexionad cual es el grande objeto de la primera educacion: este es trabajar para lo venidero, preparar y formar en el niño el hombre ya hecho, y armarle contra los peligros que mas adelante deben amenazar su inexperiencia y su lijereza: seguid á la juventud al salir de las escuelas públicas para no volver

á ellas; entónces empieza para ella una nueva educacion: un mundo corrompido se apodera de ella, y desembarazada ya de una vijilancia importuna entra en el reino de la seduccion, de las máximas cómodas y perversas, y de la libertad de decirlo y hacerlo todo. ¿Y podrán salvarla de tantos peligros algunos preceptos de moral humana? ¿No será inevitable su naufrajio si la creencia severa de la Relijion no ha fortificado sus tiernos corazones contra los ataques del vicio, y si costumbres santas no han preparado el áncora saludable para la época de la tempestad de las pasiones? No es ciertamente la Relijion una barrera insuperable á la fogosidad de estas; pero á lo ménos es la mas poderosa de todas. Cuando una vez ha establecido su imperio en el corazon de un jóven, es preciso que este ántes de abandonarse al vicio combata largo tiempo sus impresiones secretas: la Relijion parecerá acaso sofocada en él; pero

no, no lo está; aun vive en el fondo de su corazon: desde allí clama de cuando en cuando hasta despertar muchas veces al culpable, y no pocas consigue atraerle de nuevo á la virtud. Mas arrojar en medio de un mundo corrompido una juventud destituida de principios relijiosos, es arrojar un bajel sin timon y sin piloto en medio de las tempestades: por esto ha dicho Juan Santiago ilustrado ya por la experiencia, y curado á lo ménos en parte de sus paradojas, «habia creido «que era posible ser virtuoso sin re«lijion; pero estoy bien desengañado «de este error.»

Nosotros ponderamos mucho nuestros descubrimientos; nos gloriamos de haber encontrado, ó á lo ménos adoptado y propagado el medio de hacer mas fáciles, mas al alcance del pueblo y mas comunes los primeros elementos de los conocimientos humanos. Ya he declarado mas arriba que no es mi ánimo defender ni impugnar señaladamen-

te método ninguno de enseñanza, no: el sábio todo lo examina con lentitud para juzgar de todo con madurez, con arreglo á la advertencia que nos hace un escritor sagrado. «Examinad todas «las cosas, y ateneos á lo bueno.» *Omnia probate; quod bonum est tenete* (1). Pero cualquiera que sea el método que se observe, yo repetiré siempre que la mejor escuela para los niños será indudablemente aquella de donde los veamos salir mas dóciles, mas respetuosos, mas honrados, mas laboriosos y mas aplicados á todos los deberes de su profesion. En cuanto al mecanismo de la instruccion es asunto enteramente ajeno de mi discurso, y en esta parte me contentaré con decir que no tengo la simplicidad de creer que la felicidad del jénero humano dependa de aprender las letras del abecedario por uno ú otro método ó modo de enseñar, ya sea antiguo ó moderno, mas lento ó mas

(1) I. Thessal. V. 21.

breve. Me abstendré por consiguiente de impugnar ni defender ninguno; pero no puedo ménos de advertir que debemos temer ser víctimas de nuestra imprevision. ¡Desgraciadas en efecto las jeneraciones nacientes si no conocemos que cuanto mas jeneral y popular sea la instruccion, es tanto mas importante que sea relijiosa! Yo os ruego que meditéis este pensamiento. Supongamos por un momento que el éxito justifique las esperanzas de los propagadores de esos métodos tan ponderados; y para decirlo sin perífrasis, supongamos que en todos los puntos de la Francia todos los niños de todas las clases, aun de las mas oscuras y mas indijentes, saben por fin leer y escribir: todos los entusiastas lo celebrarán como un triunfo conseguido sobre la ignorancia, y felicitarán al pueblo por verle iniciado en los conocimientos humanos; pero yo temo por el contrario que haciéndose mas instruido llegue á ser mas vano, mas inquieto, mas deseoso de novedades

funestas, mas descontento con su estado, mas envidioso de las clases superiores, mas enemigo de los trabajos penosos, y mas animado del espíritu de indocilidad y de crítica; temo en una palabra ver jeneralizado ese saber á medias que es peor que la ignorancia. Si el pueblo fuese relijioso nada acaso temeria, porque entónces la Relijion dirijiria sus lecturas; alejaria de sus manos las producciones impías y licenciosas, y no le permitiria mas que aquellas que pudieran inspirarle un amor mas ilustrado y mas vivo á todos sus deberes. Pero si el pueblo no tiene relijion, temamos que aquello mismo que podia ser un instrumento de virtud, se convierta en un instrumento de corrupcion y de vicio; preparaos en efecto á verle alimentarse de esas producciones que no respirando sino impiedad y libertinaje, halagarán sus inclinaciones groseras, escitarán en su corazon la sensualidad, el orgullo, la envidia y el amor secreto á la independencia, haciéndole

mas indócil, y preparando así á los gobiernos obstáculos, inquietudes y dificultades inauditas. Las doctrinas impías y sediciosas se presentan hoy, aun sin buscarlas, bajo de las formas mas graciosas y mas cómodas, y se han esparcido universalmente: ¿y creeis que el pueblo no irá á beber de esas aguas envenenadas? Ved lo que en el dia está pasando en esta capital: cuando las personas de las últimas clases de la sociedad en medio de un ocio culpable ó de un justo descanso dedican algunos momentos á la lectura, ¿que obras son las que se encuentran en sus manos? Todos pueden verlo; jeneralmente son libros infames ó impíos, que irritando todas las pasiones, disponen al hijo á ser indócil, al criado á ser infiel, al esposo á ser criminal, y al vasallo á ser rebelde. Esto mismo que se practica en la capital tiene imitadores en las provincias, y demasiado experimentamos que el espíritu de impiedad y de mofa sacrílega infesta por todas partes

las últimas clases lo mismo que las medianas y las mas elevadas. Yo sé de aldeas en donde los mas rústicos sueltan á veces el azadon y el arado para leer á Voltaire, y oponer en seguida sarcasmos impíos á las instrucciones de su Párroco. No aleguemos lo que sucede en otras comarcas, por ejemplo, en las montañas de Escocia, ó en las riberas del Elba: para nosotros nunca será buena ninguna teoría sino aquella que se nos puede aplicar; y para esto es preciso considerarnos tales como somos, tener presente la molicie de nuestras costumbres, el desarreglo de nuestras opiniones, nuestra inclinacion á la licencia, la multitud de nuestras producciones literarias enemigas de la Relijion y de toda virtud, y la facilidad que todos tienen de leerlas y de empaparse en ellas. Para un pueblo de esta naturaleza es para quien yo creo temible la instruccion si no es relijiosa; y pensar de otra manera es, no temo decirlo, no tener ningun conocimiento del corazon

humano. No por esto se diga que la Relijion es enemiga de la instruccion del pueblo; no, por el contrario ella es la que ha instituido esos modestos preceptores conocidos bajo del nombre de *Hermanos de las escuelas cristianas*, y esas sociedades de Hijas de la Caridad que bajo de diversas denominaciones se dedican en las ciudades y aldeas á la educacion de las niñas de las clases mas indijentes y desamparadas. Ya en el siglo XII habia establecido el Concilio tercero de Letran que para no privar á los hijos de los pobres del beneficio de saber leer, hubiese en cada catedral un maestro encargado de instruirlos. Instrúyase por consiguiente cuanto se quiera al pueblo; pero instrúyasele ante todo en la Relijion; pues trabajar en ilustrarle mas sin procurar hacerle mas relijioso es caer en una de las mas graves faltas que pueden cometerse para desgracia de la sociedad, porque entónces en lugar de poner con precaucion antorchas de distancia en distancia para

alumbrar en la oscuridad, se encienden incesantemente hogueras que pueden causar un vasto incendio.

Se me dirá acaso que en esta parte hablo como enemigo de las ideas *liberales*: ¿pero qué significa este lenguaje? ¿Qué es lo que se llama *ideas liberales*? Yo convengo en que la Relijion es enemiga de esas doctrinas predicadas de cien años á esta parte, que han sido tan *liberales* en blasfemias, en escándalos, en rebeliones, en divorcios, en suicidios, y en plagas destructoras del órden social: lo es en efecto y se gloría de serlo; pero ama las doctrinas *liberales* en sentimientos de respeto y de amor hácia la Divinidad, en piedad filial, en interes por el bien de sus semejantes, en sumision al órden establecido, en principios conservadores de la tranquilidad, de la libertad y de la felicidad jeneral: las ama, las sostiene, y por mejor decir son la Relijion misma. La filosofía sin relijion será tan solo una calamidad para los pueblos, y solo en

nuestros dias ha sido cuando la primera ha levantado el estandarte de la rebelion contra la segunda, reuniendo á su alrededor todas las pasiones rencorosas y violentas, y haciendo en el mundo así moral como político estragos que nadie ignora. Recorred la historia, y veréis que todos los lejisladores y todos los bienhechores de la humanidad han sido filósofos relijiosos. Ciertamente fueron amigos á un mismo tiempo de la filosofía y de la Relijion esos grandes injenios que en los últimos tiempos dieron impulso á todos los conocimientos humanos, Bacon, Descartes, Pascal, Galileo, Copérnico, Leibnitz y Newton, ante quienes debe humillarse nuestro orgullo: y cuando es constante que los mas sublimes descubrimientos del entendimiento humano se deben á hombres profundamente relijiosos, ¿como se tiene la osadía de decirnos que la Relijion perjudica y detiene los progresos de la razon humana?

Paso á la tercera proposicion, á

saber, que para que la educacion sea relijiosa debe confiarse á hombres relijiosos.

Es tal la ceguedad de nuestro siglo, que en él se piensa únicamente en la instruccion, sin atender en nada á la educacion: se procura ilustrar el entendimiento sin formar el corazon; y parece creerse que nada queda ya que hacer en beneficio del hombre, de las familias y de la sociedad, cuando se ha instruido á la niñez en los rudimentos del cálculo, de las artes, de las lenguas así antiguas como modernas, y de las ciencias naturales; no se quiere conocer que la instruccion mas vasta y jeneral deja el corazon con todas sus debilidades; que no basta cultivar la intelijencia si no se fortifica la voluntad y no se precave á la juventud contra los ataques del vicio, y por último que es necesario buscar la fuerza principal en donde únicamente reside, en la Relijion.

No por esto pretendo que la educacion pública deba confiarse esclusivamente

á los ministros de la Relijion. No, semejante proyecto, aunque fuese saludable, no podria realizarse. No puedo ménos sin embargo de haceros observar que durante los tres últimos siglos, los mas ilustrados de la Europa moderna, estuvo universalmente dirijida la educacion por individuos del estado eclesiástico, y que, si se ha de juzgar de ellos por el número de grandes hombres que supieron formar para las ciencias y las letras, para la majistratura, para la profesion de las armas, y para el gobierno de los Estados, es preciso convenir en que se han manifestado habilísimos en dirijir las almas, y en desarrollar las cualidades naturales de sus discípulos: en esta parte la experiencia responde victoriosamente á los discursos de sus vanos detractores.

Lo que ahora me propongo probar es que, cualquiera que sea la clase en que se busquen los preceptores y maestros de la niñez, es necesario que sean

relijiosos si se quiere que lo sea la educacion. Pero ¿en que harémos consistir la Relijion, de que queremos se penetre la infancia? ¿La harémos consistir acaso en algunas exterioridades, y algunos conocimientos estériles y vagos? No ciertamente, la verdadera Relijíon consiste en una creencia fija, en la adquisicion de buenos hábitos, en la fiel observancia de prácticas saludables, en el respeto á las leyes santas del Evanjelio, y en la sumision á la autoridad de aquellos que estan encargados de su divina enseñanza. En efecto, Señores, sin una creencia fija se cae en opiniones inciertas que casi ningun imperio tienen sobre los sentimientos y la conducta: sin hábítos profundamente arraigados la Relijion no haria en el alma mas que impresiones superficiales, y no tardaria en desaparecer: sin prácticas exteriores se convertiria en un *espiritualismo* vago é insignificante: sin la observancia de los preceptos evanjélicos seria una falsa pie-

dad, y sin la sumision á la autoridad cederia fácilmente á la voluntad de las pasiones y de los caprichos de cualquiera. Todas estas son cosas que hacen en la niñez impresiones vivas y durables, y forman una educacion verdaderamente relijiosa; pero cosas que no hay que esperar sino del cuidado, de las lecciones, y de los ejemplos de maestros sinceramente relijiosos.

No es tampoco bastante enseñar vagamente la Relijion á los niños: no, el punto capital es hacer que tomen aficion á ella, que la amen y que la practiquen. ¿Y que celo podrá tener para hacerla penetrar en el alma de los niños aquel que no tenga la suya penetrada de ella? ¿Que interes tendrá en persuadírsela á los demas el que interiormente no vea en ella sino fábulas; aquel en fin para quien los misterios cristianos sean lo mismo que la mitolojía de los Griegos ó de los Indios? No se habla con convencimiento sino de

aquello que se cree; con amor sino de de lo que se ama; ni con enerjía sino de aquello que se siente profundamente. ¿Qué podrá en efecto decir á favor de la Relijion el que no cree en ella? Podrá por el bien parecer pronunciar algunas palabras sobre esta materia: ¿pero no serán necesariamente frias é inanimadas? No será poco feliz si no descubre su irrelijion por algun lado. ¿Es en efecto creible que un hombre que está constantemente á la vista de una multitud de niños observadores, y aun puede decirse maliciosos, pueda ocultarles por largo tiempo sus malas opiniones? Nadie ignora con que maravillosa sagacidad penetran los niños las ridiculeces, los defectos, y los vicios de los que estan encargados de su educacion; se puede decir sin exajeracion que son sus mas perspicaces espías; algunas veces basta una reflexion, una palabra, una sonrisa, un jesto, el silencio mismo para descubrir el fondo de una alma incrédula. Nada por con-

siguiente se les escaparia de cuanto pudiese hacerles sospechar la irrelijion de su maestro; ¡y qué estragos no haria en ellos tan fatal descubrimiento!

Observen por el contrario los niños que la Relijion es la que dirije en todo su educacion; observen que sus misterios, sus preceptos, sus altares, sus ceremonias y sus prácticas son tratadas con aquel respeto, y aquella veneracion que procede del corazon, y entónces sentirán conmovidas sus almas. En su edad el corazon recibe fácilmente impresiones dulces y tiernas, y se los dirije mas bien por la autoridad y el sentimiento, que por el raciocinio y la reflexion. Pero si aunque la Relijion no esté desterrada de la casa en que habitan, está en ella tolerada mas bien que honrada; si los cortos momentos que se le consagran parecen robados con sentimiento á ocupaciones que se juzgan mas útiles; si en sus ejercicios relijiosos se advierte el tedio y la disipacion que

suele acompañarlos ; en una palabra, si se trata todo lo respectivo á la Relijion de una manera que haga creer que mas bien se la sufre por política, que se enseña y se practica por convencimiento, entónces todo se perdió ; dejó de haber educacion, ó por mejor decir se hizo funestísima ; y en lugar de adquirir la juventud aficion y amor á la Relijion, adquirirá solo tedio y desprecio hácia ella, y se apresurará á sacudir un yugo que le parecerá odioso y ridículo.

Estamos muy distantes, Señores, de ser enemigos de las ciencias y de las letras ; de querer apagar el celo que se emplea en cultivarlas, y de mirar como perdido el tiempo que se dedica á ellas. ¿ Que profesion ha dado á la Francia mayor número de grandes escritores, de grandes oradores y sabios de primer órden que el Sacerdocio? Pero todo tiene sus justos límites, y cada cosa tiene sus épocas. En aquellos dias en que vivian Petavio, Jou-

vency, Santeuil y Commire, Racine, Boileau, Bossuet y Fenelon, Massillon y la Bruyère se conocia á mi parecer la lengua de Homero, y de Demóstenes, y la de Ciceron y de Virjilio; se sabia sacar de la lengua francesa todas sus riquezas y bellezas, y sin embargo en aquella época la Relijion era el alma y como el fondo de la educacion: entónces se sabia hermanar los ejercicios relijiosos con los estudios literarios, y aun se creia muy sensatamente que la Relijion, purificando los sentimientos y llenando el alma de pensamientos nobles y jenerosos, aumentaba la fuerza del talento natural. Todo maestro público ó privado, encargado de la educacion de la niñez, que no anteponga la Relijion á todo, y á quien parezcan demasiado largos los cortos momentos que se le destinan, defrauda las esperanzas de las familias, se hace indigno de la honorífica profesion que ejerce, y parece no mirarla mas que como un oficio, cuando

deberia ser á sus ojos una especie de Sacerdocio.

No pensemos respecto de la educacion lo mismo que de los diferentes ramos de la administracion pública; en un hombre, por ejemplo, á quien se encargue la cobranza de los fondos públicos, bastará exijir intelijencia, exactitud y probidad. Si sus costumbres no fuesen puras, y si en cierto modo desconociese la Relijion, se le podria compadecer y vituperar; pero esto no le impediria cumplir los deberes de su empleo: no así aquel á quien se haya confiado el sublime encargo de formar el espíritu y el corazon de la juventud. Este jamas debe olvidar que á cada momento debe ser la guia de sus discípulos por la sabiduría de su doctrina, y su modelo por la de sus acciones, y que por lo tanto todas las virtudes son para él deberes de su profesion. Yo bien sé que puede ser difícil encontrar tantas prendas reunidas; pero yo he debido mostrar el término;

á otros toca esforzarse á llegar á él; la perfeccion consiste en conseguirlo, el deber se cumple procurando llegar á ella. Digamos pues sin temor de engañarnos : si en la educacion solo se aprecia la instruccion científica y literaria; si solo se trata de jeneralizar conocimientos de que es tan fácil abusar, despreciando el medio mas poderoso de evitarlo, y si no se procura que la juventud se impregne de estas doctrinas relijiosas que son el mas firme apoyo de las costumbres y de las virtudes domésticas y civiles, las nuevas jeneraciones se harán aun mas corrompidas que las jeneraciones pasadas; y en lugar de rejenerarse la Francia por la experiencia de sus desgracias, se corromperá mas que nunca por la levadura de la impiedad y de todos los vicios que esta produce. Algunas brillantes apariencias podrán inspirar esperanzas lisonjeras; pero señales terribles harán conocer bien pronto que una languidez mortal se ha introduci-

do en el cuerpo social por el abuso de los mismos medios que cabalmente debian darle la vida y la salud.

¡ Que multitud de motivos, Señores, para acojernos sinceramente á la Relijion. Pero lo diré con dolor; hoy, en lugar de invocarla de todo corazon, se está alerta contra ella como si fuese un enemigo; se miran con recelo sus triunfos, y causan sobresalto los esfuerzos que hace para volver á levantarse, y renovar las virtudes que manda para la felicidad de los hombres; y se la observa con tanta inquietud como se observarian los movimientos de un ejército enemigo que amenazase invadir nuestras fronteras. ¿Y de donde provienen tan injuriosas sospechas? ¿Estamos acaso en el tiempo en que un clero poderoso por su crédito, sus riquezas y su influjo político amenace la autoridad pública?

¡Ah! Señores, nadie ignora todo lo contrario; pero bajo del velo de temores quiméricos respecto de nuestro mi-

nisterio, se oculta un verdadero odio á la Relijion. Existe entre nosotros un pueblo de espíritus irrelijiosos, pueblo inquieto, envidioso de todo poder que no sea el suyo; que habla continuamente del fuego del fanatismo en medio de la mas fria indiferencia, y clama violentamente contra el poder relijioso para mejor asegurar su propio dominio: pueblo incorrejible á quien no han desengañado treinta años de calamidades; que no conoce la Providencia ni por sus castigos ni por sus favores, y que con la mas horrible seguridad se ocupa en abrir un nuevo abismo en que podria sepultarse la sociedad con la Relijion: pueblo frívolo incapaz de gustar verdades sublimes; que sabe ménos lo que quiere que lo que no quiere; que teme conocer él mismo la necesidad de una relijion, y que por lo tanto sueña algunas veces una relijion sin sacerdocio, ó un sacerdocio sin autoridad sobre las almas; es decir, completamente inútil:

pueblo engreido de orgullo, adorador esclusivo de sus propios pensamientos; que antepone sus sistemas á la experiencia de los siglos, dispuesto siempre á renovar los mismos errores para venir á parar á los mismos desastres, y que colocado sobre los escombros del altar y del trono esclamaria lleno de alegría : perezca la monarquía, y perezca el cristianismo, con tal que triunfen nuestros sistemas : pero yo diria á estos novadores : suponed cumplidos vuestros deseos, desiertos nuestros templos, despojados de toda autoridad los ministros de la Relijion, y aniquiladas todas las creencias cristianas; suponed la Francia habitada solo por deistas ó ateos, y suponeos vosotros solos sus doctores y sus maestros. Ahí teneis ese pueblo frances abandonado á vuestra sabiduría; haced en él la experiencia de vuestros sistemas : yo no puedo figurarme que intenteis dejarle sin ninguna relijion; porque ¿conoceis acaso en el universo un solo lejislador que

mire el ateismo como una de las bases del mundo social? Creo ademas que os avergonzaríais de seguir bajamente las huellas de algunos escritores comunes que se han salvado del olvido únicamente por la estravagancia de sus opiniones. Saldrá pues de vuestra cabeza una relijion totalmente nueva y acomodada, segun vosotros decis, al estado actual de nuestros conocimientos: aparecerá por consiguiente un nuevo símbolo, una nueva moral, y un nuevo culto compuesto todo por vosotros. ¿Pero os figurais acaso que vuestro símbolo de *opiniones* cautivará mejor los entendimientos que este símbolo de *fe* que nos hace creer en un Dios criador, y en la vida futura? ¿Pensais que vuestros preceptos filosóficos tendrán mayor imperio en los corazones, que esos preceptos de Dios que en su nombre nos mandan amar á nuestros semejantes, respetar su vida, sus derechos y su reputacion, y en los cuales se contienen todos nuestres deberes do-

mésticos y civiles? ¿Pensais que vuestro sistema relijioso será mas consolador, mas capaz de reprimir los vicios, y de animar al débil, que el cristianismo con la gravedad de sus doctrinas, la santidad de su culto, y la inmortalidad de sus esperanzas? ¿Y que autoridad es tampoco la vuestra para dar una relijion á los hombres? ¿En nombre de quien la daríais? Despues de haber tratado de impostura toda revelacion, ¿os atreveríais á anunciaros como hombres inspirados, como enviados del Cielo, y á hablarnos en nombre de Dios? No lo creo. ¿Hablaríais acaso en nombre de la razon? ¿Pero qué podríais responder al que os dijese que una razon que hace treinta años no ha sabido mas que trastornar el mundo es muy parecida á la locura? ¿Y es tampoco infalible vuestra razon? ¿No es débil y limitada como la mia? ¿Cuales serian por consiguiente vuestros derechos para subyugar las almas? ¡Apóstoles sin mision y sin auto-

ridad, vuestra relijion escitaria la risa tanto de los cristianos como de los que no lo son! Si conociéseis el corazon humano sabríais que no se forman sectas relijiosas con opiniones sino con creencias; pero estas creencias no está en vuestra mano establecerlas. Dejadnos pues; todos vuestros sistemas jamas produciririan mas que en unos un funesto ateismo, y un deismo inútil en otros; en el pueblo supersticiones estravagantes, confusion por todas partes, y en ninguna la verdadera libertad. ¡Desgraciada la Francia, desgraciada la Europa si confiase en vuestras luces! se arruinaria la sociedad; pero no quiero entregarme en esta parte á tristes presentimientos: la Relijion ha triunfado siempre de sus enemigos, y seguirá triunfando de ellos para la felicidad del jénero humano; venció á los perseguidores y á los bárbaros; aun le resta conseguir una victoria nueva y mucho mas difícil; aun tiene que vencer á los sofistas. Quiera el Dios de

Santa Clotilde y de San Luis, de Luis el Mártir y de Santa Isabel concederle este nuevo triunfo, y salvando la Relijion entre nosotros, salvar con ella la monarquía.

SOBRE

EL SACERDOCIO CRISTIANO.

Hoy, Señores, vamos á tratar de un asunto en que se interesa vivamente la Relijion, y aun podemos decir la sociedad entera, si es cierto que entre ámbas existen relaciones íntimas y necesarias, como pensó indudablemente el célebre Publicista que ha dicho estas palabras tantas veces repetidas: «¡Cosa admirable! La Relijion cristiana que parece no tener mas objeto que la felicidad de la otra vida hace tambien nuestra dicha en la presente (1).» Hoy vamos á defender ante vosotros la causa del Sacerdocio, á vindicarle de las calumnias y de las invectivas de

(1) Montesquieu, *Esprit dès lois*, l. XXIV, cap. III.

sus enemigos, y á presentarle tal como es en sí á aquellos que sin aborrcerle no tienen de él ideas bastante exactas, haciendo ver á todos que el estado mas santo á los ojos de la Relijion es tambien el mas útil á los de la razon. Al concebir el proyecto de defender ante vosotros con firmeza el sacerdocio cristiano, hemos debido prever que nuestro celo en esta materia podria parecer sospechoso é interesado, y que acaso se nos acusaria de dejarnos llevar en esta parte de preocupaciones de nuestro estado y de nuestra educacion; ¿pero deberia deternernos semejante temor? No ciertamente; cuando la verdad está de nuestra parte y tenemos la dulce esperanza de hacerla conocer á todos los entendimientos rectos, ¿que pueden importarnos los discursos de hombres inconsiderados? La preocupacion pasa, pero la verdad permanece. En las diferentes profesiones en que se divide la vida humana conviene que cada uno hable de la que ejerce, porque es la que

mejor debe conocer. A un Turena correspondia escribir sobre el arte militar, á un D'Aguesseau sobre la majistratura, y á Massillon sobre el sacerdocio. Y en efecto, ¿quien mejor que el ministro de la Relijion conoce la escelencia de sus funciones y todo su influjo en los cora zones, en la paz de las familias, y en la tranquilidad pública?

Es cierto que la apolojía mas victoriosa del clero debe ser su misma conducta: por consiguiente á él es á quien principalmente corresponde por medio de una vida irreprensible tapar la boca á sus enemigos; pero cuando un filosofismo engañoso ha aparentado demasiadas veces desconocer las virtudes de unos; cuando ha exajerado los defectos de otros prevaliéndose para desacreditar el sacerdocio de los vicios deshonrosos de muchos de los que han estado revestidos de él; cuando tantas veces han sido pintados los sacerdotes como corruptores de las

conciencias, ó como hipócritas que por su interes abusaban de la credulidad pública; y consignadas todas estas acusaciones en los escritos de la clase superior de nuestros pensadores han sido repetidas por todos los ecos de la literatura, llegando de este modo por todas partes hasta los oidos del pueblo; ¡cuantos jérmenes de odio, cuantas preocupaciones no han debido esparcirse contra el estado sacerdotal! ¿Y no deberémos, sin por esto querer revindicar en su favor privilejios temporales que no le corresponden por institucion divina, procurar hacerle recobrar aquel grado de aprecio y de consideracion que nunca perderá sino en detrimento de la Relijion, y por consiguiente para la desgracia de los pueblos?

Hoy que los largos y crueles infortunios de la Iglesia de Francia deben al parecer inspirar hácia ella un interes mas tierno, ¿podrá creerse exento de toda pasion aquel que rehuse escuchar

con la calma de una atencion benévola á un sacerdote defensor del sacerdocio? ¿No deberia yo ver en semejante aversion tan poca justicia como poca filosofía? ¡Ah Señores! ¿Somos acaso nosotros como bárbaros en medio de vosotros? ¿Forman por ventura los sacerdotes una colonia de estranjeros introducidos en el seno de la Francia por violencia ó por engaño? ¿No son los hijos, los hermanos, los parientes y los amigos de los demas franceses? ¿No les habeis debido á ellos un grandísimo número de vosotros la primera educacion? ¡Cuantos no habrá en este numeroso auditorio unidos por los vínculos de la sangre y de la naturaleza, por el reconocimiento y la amistad á individuos del clero que por sus dignidades, sus talentos, sus virtudes ó sus servicios han sido el apoyo, la gloria y el consuelo de sus familias! Al tratar, Señores, de hacer el elojio del sacerdocio, y de celebrar las virtudes de los que han sido su orna-

mento, no callaré los vicios de los que han sido su oprobio: diré la verdad sin exajeracion, pero con firmeza; y oponiendo á sofismas la recta razon, á las declamaciones del odio las reflexiones de la buena fe, y hechos positivos á vagas alegaciones, haré ver, y de ello espero convenceros, que el sacerdocio de la Relijion cristiana es la institucion mas favorable á la humanidad de cuantas el mundo ha conocido; expondré primeramente su utilidad, y en seguida examinaré las acusaciones que contra él se hacen.

Si yo me propusiese considerar el sacerdocio por su lado mas sublime, diria que el sacerdote, como sacrificador de la nueva ley, está destinado á ofrecer aquella víctima inefable que por su dignidad misma tributa á la infinita majestad homenajes dignos de ella, y que apaciguando el cielo, hace bajar su bendicion sobre la tierra: diria que como depositario de los favores divinos los dispensa á todas las

edades, santificando al niño en la cuna igualmente que al anciano á orillas de la tumba: diria que como embajador de Jesucristo está destinado á llevar su Evanjelio entre los Reyes y los pueblos, á formar en todas partes adoradores de Dios en espíritu y verdad, y por último que como un nuevo Moises debe conducir por entre los desiertos del mundo presente á un pueblo de verdaderos Israelitas que empieza su peregrinacion en esta vida de intelijencia y de amor que ha de consumarse en la eternidad. Tales son las ideas que los libros santos nos dan del sacerdocio; y á la verdad, Señores, lo diré como de paso, cualquiera conoce que si está al arbitrio de los hombres empobrecer y perseguir un ministerio tan sublime, de ningun modo está en su poder degradarle ni envilecerle. Voy sin embargo á considerarle únicamente bajo del punto de vista mas accesible á nuestra débil humanidad; quiero decir, en

sus relaciones con los intereses de la vida presente. ¿Y que es el sacerdocio así considerado? El sacerdocio así considerado es un ministerio de celo universal, jeneroso y heróico; un ministerio que se extiende á todas las necesidades del hombre, y que no eleva á los sacerdotes sobre todos los demas por su dignidad, sino para hacerlos los servidores de todos por la caridad. El ministro de la Relijion, cristiano para sí mismo y sacerdote para los demas, es por su estado y vocacion especial el hombre de Dios sobre la tierra, y está destinado á hacer bien á sus semejantes, procurando hacerlos mejores para hacerlos mas felices: sus dos cargos son dedicarse á instruirlos en la virtud y aliviarlos en sus males, y su mayor triunfo sería morir víctima de su celo.

He dicho en primer lugar que nuestra mision es para instruir. En efecto este es uno de los dos grandes cargos del sacerdocio, y este es tambien el

que constantemente ha desempeñado desde que Jesucristo le fundó para bien de la humanidad. Para convencernos de ello veamos que espectáculo presentaba el mundo entero ántes de la fundacion del cristianismo, y le hallarémos lleno de ignorantes á quienes era necesario instruir, y de hombres viciosos y perversos á quienes era preciso atraer á la virtud. En efecto, Señores, la idolatría era el reinado del vicio, no ménos que el del error: ¿y que remedio habia para curar el entendimiento humano de llagas tan profundas y de enfermedades tan inveteradas? ¿Quien podria curar tantos males? ¿Podrian curarlos los filósofos? No: ya los mas hermosos injenios habian ilustrado Roma y la Grecia; ya Sócrates habia muerto como un sábio; ya Platon habia hablado en aquel lenguaje por el que se le dió el renombre de divino, y ya Ciceron habia escrito un hermoso código de moral; pero no por eso dejaba de cu-

brir el universo la nube de la idolatría con todas las supersticiones, y todos los vicios monstruosos que produce. ¿Podrian acaso los oradores y los poetas? Tampoco; demasiado frecuentemente celebraban el vicio y los deleites, y léjos de destruir los errores populares, los acreditaban con sus obras. ¿Y que podian tampoco hacer los sacerdotes del paganismo? Podrian presidir la pompa de las fiestas, decorar los templos de los falsos dioses, é inmolar víctimas en honor de estos; pero muy frecuentemente se prestaban á cosas licenciosas y bárbaras; y léjos de curar los entendimientos de sus supersticiones, los alimentaban con ellas, y ademas ningun imperio tenian sobre las almas para desarraigar de ellas los vicios y hacer brotar las virtudes. Pero viene Jesucristo, y al fundar una ley nueva, establece tambien un sacerdocio para perpetuarla, nombrando á San Pedro por jefe supremo de la Iglesia naciente, y dándo-

le la primacía de jurisdiccion sobre los demas; pasa el Apostolado de sus primeros discípulos á sus sucesores, y he aquí el principio de esa cadena de Pontífices, de Obispos y de Sacerdotes que de jeneracion en jeneracion y de siglo en siglo han llegado hasta nosotros. Sí, Señores, á los Apóstoles y á los herederos de su mision esparcidos de edad en edad en medio de las naciones es á quienes corresponde la gloria de haberlas ilustrado. Si el mundo romano, si los pueblos civilizados ó bárbaros que no estaban sujetos á su dominio, si nuestra Europa en particular han salido de las tinieblas del paganismo, no deben la luz á filósofos, á oradores ni á lejisladores; la han debido á Obispos y á Sacerdotes. Tampoco los pueblos antiguos, así como los del nuevo mundo, se han hecho ilustrados sino á medida que el Evanjelio ha ido penetrando en ellos; y las Galias, para hablar de lo que nos toca mas de cerca, es-

tos paises de que en el dia se compone la Francia, vieron tambien huir la idolatría ante el Evanjelio como la noche huye ante la claridad del dia. ¿Pero de quien recibieron este Evanjelio sino de aquellos ministros de Jesucristo que aparecieron en ellos hace ya diez y seis siglos? Aquí es preciso nombrar á un Pothin, á un Ireneo de Lyon, á un Trophimo de Arles, á un Dionisio de Paris, á un Saturnino de Tolosa, á un Austremonio de Clermont, y un Martin de Tours, sin citar á otros muchos que á ejemplo de estos evanjelizaron estas comarcas infieles, y para fertilizarlas las regaron con su sudor y aun con su sangre.

La obra comenzada por estos varones apostólicos fué continuada y perpetuada hasta nuestro siglo por otros cuyas conquistas sobre la idolatría podria seguir con la historia en la mano: pero sin necesidad de remontarnos á los tiempos pasados, ¿no bastará para apreciar el sacerdocio ver lo que hoy

mismo sucede en el universo cristiano? En el seno de las ciudades y de las aldeas se encuentran sacerdotes ilustrados y caritativos, encargados de enseñar á los hombres las verdades mas importantes, y las únicas que son absolutamente necesarias. La clase mas indijente, la mas olvidada, la que desprecian el sábio y el rico, la que forma la inmensa mayoría de los pueblos, esa clase cuyas costumbres agrestes es tan necesario suavizar, y cuyas pasiones brutales es tan preciso contener, esa es á la que se dirijen mas especialmente la atencion y el cuidado de los sacerdotes. ¿Que seria en efecto sin ellos de esas almas groseras privadas de toda educacion relijiosa? ¿Que idea se formarian de Dios, de la Providencia, de la vida futura y de todas las máximas fundamentales que arreglan los deberes, en cuya práctica consiste la probidad y la buena fe, y son por consiguiente la mejor salvaguardia de las virtudes domésticas y

civiles? La verdadera educacion del pueblo es la relijion, y sus verdaderos maestros son los que por su estado estan encargados de enseñarsela, y que saben el modo de hacérsela amar y practicar. Apénas los rayos de una razon naciente iluminan á los niños, se les conduce ya á nuestros templos: la santidad del lugar, el aparato de las ceremonias sagradas, los cánticos divinos, y la presencia respetuosa de los asistentes podrian por sí solos hacer en ellos impresiones favorables; pero esto no basta, y si no se ilustrase de otro modo á la infancia, toda esta pompa seria nula para ella, é hiriendo solamente su vista, nada diria á su corazon. El Sacerdote hace penetrar en sus almas nuevas aun las primeras nociones de un Dios padre comun de todos los hombres, de su providencia llena de bondad, y de esa vida futura en que han entrado ya nuestros padres: de ellas dimana la obligacion de adorar á Dios, de seguir su ley y de

ser fiel á todos los deberes: ellas causan aquellas primeras impresiones de piedad, aquella delicadeza de conciencia que no permite obrar mal, aquellos remordimientos que se siguen al pecado, y aquel amor secreto á la virtud que se hace sentir aun cuando se la abandona. ¡Oh! cuan venerable es un pastor rodeado de niños, acojiéndolos con ternura á imitacion de Jesucristo, y humillándose hasta ellos para suministrarles la leche de la sagrada doctrina, ínterin se les distribuye un alimento mas sólido! Entre tanto, estas primeras semillas de virtud crecen y se desarrollan con la edad, y el párroco continua dispensando á la edad mas avanzada la misma solicitud que ha dispensado á la infancia. De este modo por medio del ministerio sacerdotal se forman el buen padre, el buen hijo, el buen hermano, el amigo fiel y el hombre de bien, y las instrucciones del pastor llegan á ser un beneficio inmenso para la sociedad.

Poned en lugar de un párroco respetado un sábio del siglo, un filósofo tan hábil y elocuente como le querais suponer, pero que no sea cristiano: ¿qué enseñará al pueblo? Si tuviese la desgracia de ser ateo ó materialista enseñaria por necesidad, para ser consecuente, que Dios, la Providencia y la vida futura son quimeras soñadas por impostores; que el hombre no es mas libre en sus acciones que la piedra en su caida, y la planta en su vejetacion; y que en realidad el bien y el mal son una invencion humana. ¡Que bellas máximas estas para hacer hombres de bien á nuestros labradores, á nuestros artesanos, y al pueblo de nuestras ciudades y aldeas! ¡Infelices almas las que tuviesen la desgracia de ser adoctrinadas por tales maestros! Sea si quereis deista semejante doctor: yo convengo en que entónces podrá sin ser inconsecuente hablar de Dios y de Providencia, de conciencia y de deberes, de vicio y de virtud; pero ¿en

nombre de quién haria oir su voz y sus lecciones? ¿Cuales serian los títulos de su mision, y que autoridad tendria su doctrina? No basta predicar una moral pura; el punto capital es darle imperio sobre el corazon, y hacerla pasar á las acciones. Siendo la filosofía humana tan incierta y tan vaga en sus opiniones acerca de lo futuro, ¿de donde sacaria motivos que moviesen á practicar el bien en todas ocasiones, aun en las mas difíciles, y á ser fiel al deber aun á costa de la vida? ¿A donde encontraria recompensas seguras para la virtud, y castigos indefectibles para el vicio? «Filósofo, «decia Juan Santiago (1), tus leyes mo-«rales son hermosas; pero hazme el «favor de mostrarme su sancion.» ¡Que inmensa distancia entre este y un párroco en su cátedra evanjélica revestido de su carácter sagrado, apoyado en la fuerza de las tradiciones y en la autoridad de los siglos, hablando en nom-

(1) *Emil.* lib. IV, nota.

bre de Dios que se ha dignado revelarse á los hombres, y de la Iglesia que le ha investido de sus poderes! Escuchada por esto solo su palabra como la palabra de Dios, será al mismo tiempo la luz que alumbre, el freno que contenga, y el apoyo que fortalezca. De este modo, miéntras que la palabra del filósofo seria estéril en virtudes y débil como el hombre de quien dimana, la del sacerdote es espíritu y vida como Dios mismo de quien deriva.

He dicho tambien que nuestra mision era la de aliviar los males de la humanidad. En efecto, desde que Jesucristo profirió estas palabras: *Bienaventurados los misericordiosos* (1), no ha cesado de animar á la Iglesia católica el espíritu de conmiseracion para con los pobres y los desgraciados. Desde su mismo oríjen se le vió ya brillar en los abundantes socorros que los ricos prodigaban á la indijencia. San Pablo

(1) Matt. V. 7.

en sus viajes evanjélicos recojia ya las piadosas liberalidades de los fieles para socorro de la Iglesia aflijida de Jerusalen; y nadie ignora que los Apóstoles se vieron obligados á descargar en otros ministros inferiores el cuidado de distribuir las limosnas. Los huérfanos, los niños abandonados, y sobre todo los hijos de los mártires, los confesores de la fe, los enfermos, los ancianos, todas las edades en fin, y toda especie de infortunio eran objeto de la tierna solicitud de los Pontífices y de los Sacerdotes de la nueva ley; y era tal la caridad que estos supieron inspirar á los primeros cristianos, que, segun refiere Tertuliano, esclamaban asombrados los paganos: «Mirad como «se aman unos á otros.» Su caridad se estendia en efecto hasta á sus mismos enemigos, de tal modo que devastando una peste cruel la ciudad de Alejandría en tiempo del Emperador Valeriano, los cristianos no solo se dedicaban á la asistencia unos de otros,

sino tambien á la de los paganos sus perseguidores. Nadie ignora tampoco lo que Juliano apóstata decia á Arsaces pontífice de los falsos dioses en Galacia, en una carta en que le exhortaba á seguir el ejemplo de los discípulos del Evanjelio, quienes, estas son sus palabras, «ademas de alimentar «á sus pobres, alimentan tambien á los «nuestros, al paso que nosotros los de«jamos carecer de todo.» Pero cuando principalmente comenzó á desplegarse en todas partes del modo mas asombroso el espíritu de una caridad compasiva, fué despues que Constantino dió la paz á la Iglesia. Entónces se erijieron en todas las grandes ciudades, por el celo ó por el ascendiente de los ministros de la Relijion, asilos públicos para la indijencia y la desgracia; y estos jenerosos ejemplos, desconocidos en el paganismo, fueron imitados en los tiempos posteriores por todos los pueblos en que se estableció el Evanjelio. ¿Cual es hoy en

el mundo cristiano el pais, la ciudad, aun de mediana poblacion, que no posea algun precioso monumento de la caridad cristiana? Y ¿quien ha sido, Señores, por lo comun el que los ha fundado, dotado, arreglado, fomentado y sostenido? El celo de los Sacerdotes. Os haré una reflexion que se hace poquísimas veces, pero que es muy á propósito para penetrarnos de todo lo que ha hecho y aun puede hacer el sacerdocio en favor de la humanidad. Bien conoceis esas sociedades de doncellas cristianas, que bajo de diversos trajes y diversas denominaciones se consagran al alivio de los desgraciados, á la asistencia de los enfermos y á la enseñanza de las niñas de las clases indijentes, esas hijas de San Vicente de Paul, de Santo Tomas de Villanueva, las hermanas de San Mauro, las hermanas de Nevers, las hijas de la Cruz, las hijas de la Sabiduría, las hermanas de la Providencia, las relijiosas de San Miguel y otras

muchas que no nombro; ¿no os confesais vosotros mismos conmovidos por el celo de estas heroinas de la caridad? ¿No os regocijais de verlas esparcidas para la felicidad de vuestros semejantes por todas las provincias de este vasto reino, en términos que miraríais su ruina como una inmensa calamidad? Y bien, ¿quien ha fundado esas inapreciables sociedades? ¿Quien ademas las ilustra, las dirije y las sostiene? El sacerdocio. Quitad en efecto á su piedad la palabra de Dios, los santos misterios, el uso de los Sacramentos, los consejos, los consuelos y los socorros espirituales que reciben de los ministros del altar, y las veréis perecer inevitablemente. ¡Que ciegos son los enemigos del sacerdocio! Son, sin pensarlo, enemigos de la humanidad, pues no ven que si el sacerdocio llegase á extinguirse, se extinguiria al mismo tiempo con él cuanto consuela y alivia mas eficazmente la humanidad doliente.

Sin salir de esta capital, ved, Seño-

res, lo que pasa á nuestra misma vista. ¿De que modo se han formado esas piadosas asociaciones, ya sea para proporcionar una educacion cristiana á los huérfanos, y á los niños desamparados de las últimas clases del pueblo, ya para llevar socorros á esos pobres á quienes la vergüenza obliga, digámoslo así, á ocultar su miseria, y que son tanto mas dignos de compasion cuanto desde mas alto han caido en el infortunio; ya para dar libertad á esos hombres, mas desdichados que culpables, encarcelados por deudas; ya para atraer á mejores pensamientos á esos jóvenes sepultados en las cárceles, á quienes delitos precoces han hecho caer en manos de la justicia, y para prepararles un asilo donde manos sabias y puras los acostumbren al trabajo y á la virtud; sea para catequizar á esas rústicas tribus de niños que salen de sus montañas y vienen á ejercer en esta capital un oficio grosero, pero útil; sea para visitar, asistir y conso-

lar á los enfermos en los asilos de la miseria pública; sea para arrancar al vicio esas víctimas de la corrupcion, abandonadas á sí mismas en las casas de correccion; sea para en fin proporcionar dignos maestros á los hijos de los habitantes de los campos? ¿Cual es, os pregunto, el alma secreta de estas obras santas? Subamos hasta su oríjen, y verémos frecuentemente que un simple eclesiástico fué quien concibió el plan, quien dirije su ejecucion, y quien á todo le da movimiento y vida.

De este modo el sacerdocio cristiano es como un manantial público de donde corren sin cesar aguas que llevan á todas partes la vida y la fecundidad. ¿A donde se encontrará sobre la tierra un ministerio mas útil? Es ciertamente laudable y útil que el guerrero se arme. para la defensa de su patria, que el sábio se enriquezca con el fruto de sus vijilias y descubrimientos, y que el majistrado mantenga las leyes en vigor; pero á pesar de la

fuerza, á pesar de la ciencia, y aun de la autoridad de las leyes, ¿qué seria del órden social sin la Relijion, y qué de la relijion sin el sacerdocio que perpetúa su doctrina, que inspira sus sentimientos, y que hace practicar sus virtudes? Nosotros no defendemos el Estado con las armas como el guerrero; pero como soldados de Jesucristo somos centinelas vijilantes sobre las murallas de la ciudad santa con la trompeta evanjélica en una mano para tocar al arma contra los escándalos y los vicios que son la plaga de las costumbres y de las familias, y la espada de la verdad en la otra para impugnar las malas doctrinas que se dirijen á hacer á los hombres malvados por sistema. Nosotros no enseñamos á los hombres, como el sábio, á conocer el curso de los astros, la estructura del globo, los animales que le habitan ó las plantas que hermosean su superficie; pero enseñamos al pueblo á amar y á adorar al autor de todas estas maravillas: le

enseñamos en fin la ciencia de sus deberes, que es la primera de todas las ciencias. Es ciertamente necesario para el bien de la sociedad que el majistrado vele por la conservacion de las leyes; que contenga á los malvados y proteja al inocente contra el opresor; pero si el majistrado castiga los crímenes, despues de cometidos, por el imperio que tiene sobre las acciones, el sacerdote por el imperio que ejerce sobre las conciencias impide que se cometan; y si el primero hace que cesen las disensiones, el segundo las ahoga en su nacimiento.

¿Que quieren pues los vanos detractores del ministerio sagrado? ¿A qué esas injurias y esos arrebatos? ¿Por qué esos esfuerzos para cubrir el sacerdocio de oprobio, de ridiculez y de desprecio? ¿Pretenden inspirar hácia él un tedio tal que las familias pongan todo su conato en separar á sus hijos del santuario, ó que aquel no tenga ni crédito, ni consideracion, ni autoridad?

Sí; aspiran á aniquilarle ó á envilecerle: si por un efecto de consideracion pronuncian algunas veces con respeto la palabra *relijion*, no pronuncian al parecer la palabra *sacerdote* sino ajitados de odio. Yo creo sin embargo que tan imposible es hallar el secreto de tener relijion pública sin sacerdocio, como justicia legal sin majistratura: ¿ y será posible dejar de lamentarnos del estravío de los entendimientos en nuestros dias y de las consecuencias funestas que puede traer consigo? Hubo un tiempo en que un insensato se atrevió á decir desde la tribuna política: *yo soy ateo, y me glorio de serlo*; pero al mismo tiempo que esta espresion, mas absurda si es posible que impía, escitaba las aclamaciones del delirio, el Eterno por las venganzas mismas que ejercia en la tierra daba á conocer que él reinaba en los Cielos. Proclamar así solemnemente el ateismo era proclamar la muerte del cuerpo social, y en efecto ya no existia verdadera sociedad: hoy

no se lleva tan adelante este esceso de furor; pero cuando se representa en el teatro á los sacerdotes del paganismo como impostores, cuyo imperio se fundaba solo en la credulidad popular, se tiene la osadía de hacer injuriosas aplicaciones al sacerdocio cristiano, y la impiedad prodiga repetidos aplausos: ¡insulto público y solemne, y por decirlo así nacional que recae sobre el mismo Jesucristo fundador del sacerdocio, y que me hace temer que aun está levantado sobre la Francia el brazo del Dios vengador! En vano, Señores, intentamos alucinarnos; por mas que hagamos no mudarémos la naturaleza de las cosas; el mundo social tiene sus leyes así como el mundo físico, y no existe sino con ciertas condiciones necesarias, y tales que jamas las violan los pueblos sino con detrimento de su reposo ó de su libertad: la Relijion es pues, tanto para la sociedad como para el hombre particular, la primera de todas las cosas, porque Dios es el primero de

los seres; y todos los sofismas de la tierra no impedirán que la Relijion perezca si perece el sacerdocio, y que la sociedad deje de existir si se pierde la Relijion.

Pasemos á examinar las acusaciones que se han hecho al sacerdocio.

Los vicios y los escándalos que demasiado frecuentemente han manchado el santuario, la autoridad del clero y su grande influencia en el órden civil y político durante muchos siglos y principalmente desde el VII al XVI, y en fin sus riquezas cuyo orijen y uso tanto se censura; ved aquí, Señores, en que se fundan las acusaciones que se hacen al sacerdocio. Vamos á examinarlas con franqueza é imparcialidad.

No pretendemos ciertamente disimular ni justificar los desórdenes que han podido manchar el santuario; pero es preciso dar á las cosas su justo valor, y sobre todo no prevalerse contra el cristianismo de los vicios de algunos de sus ministros.

Vosotros echais en cara al clero desórdenes y escándalos; ¿pero es acaso posible que esté totalmente exento de ellos? ¿Son ánjeles acaso los sacerdotes? No, Señores; hombres como los demas é hijos de su siglo, colocados en medio de un mundo perverso, cercados de malos ejemplos, arrastrados por las inclinaciones de una naturaleza débil y corrompida, y expuestos á mil peligros aun por razon de su mismo ministerio, ¿será estraño que los alcance el contajio universal? Recojeis con gran placer en los fastos de la Iglesia algunos rasgos de libertinaje, de avaricia y de ignorancia que la avergüenzan, y no atendeis á las grandes virtudes en que consiste su gloria. Olvidais tantos Pontífices y tantos Obispos que por la pureza de su vida han sido el modelo de sus rebaños, tantos santos Pastores que se han consagrado á la instruccion de los habitantes de los campos, y que se han despojado de todo para socorrer á los desgraciados; tantos santos misioneros

que en todos los siglos han arrrostrado los peligros, los tormentos y la muerte para llevar á naciones infieles el Evanjelio y las virtudes que inspira, y olvidais por último tantos miembros venerables de aquellas comunidades relijiosas que se entregaban con tanto fruto como celo á la educacion de la juventud. Es preciso, Señores, no perder de vista que el vicio es descarado, y que muy luego se da á conocer; pero que la virtud es modesta é ignorada, y que un solo sacerdote vicioso hace que injustamente se piense del mismo modo de otros muchos que no lo son.

Yo confieso que los vicios del sacerdote son particularmente odiosos á causa de la santidad misma de su vocacion y de su carácter; pero por último, ¿no estan obligadas todas las clases de que se compone la sociedad civil á practicar la virtúd? ¿Y hay sin embargo alguna que pueda gloriarse de no merecer reconvenciones? ¿Han seguido siempre todos los majistrados en sus asuntos

personales, y aun en la administracion de justicia esa probidad é imparcialidad de que blasonan y de que hablan contínuamente? ¿Practican en sí mismos todos los que profesan el arte de curar la templanza que prescriben á los demas? ¿Han sido irreprensibles todos esos reformadores que han declamado contra los vicios del clero, ó por mejor decir, no ha sido frecuentemente la licencia de sus escritos una exposicion fiel del desarreglo de su conducta? Y últimamente, ¿es acaso bastante pura para dar lecciones de virtud la lengua de todos esos jóvenes que dirijen sus invectivas contra nosotros? Creedme, Señores, sea cada uno justo consigo mismo en lugar de adularse á sí propio, y conocerá la necesidad de ser induljente con los demas.

Consultemos la historia, y verémos que aun en las edades mas desacreditadas por sus desórdenes y su barbárie, en los siglos IX, X y XI ha producido el clero en todos los puntos de Europa

personajes santísimos (1). Tales son san Dunstan en Inglaterra, san Udalrico en Alemania, san Adalberto en Bohemia, san Bonifacio mártir en Rusia, san Brunon en Prusia, san Gerardo en Hungría, y otros en otros reinos, sin que á nadie pueda ocultarse que las virtudes de estos grandes hombres debieron tener muchos imitadores, cuyos nombres no han llegado hasta nosotros. En nuestros mismos dias, y á pesar de la decadencia de la fe, ¿no ha dado al mundo la Iglesia de Francia el espectáculo de virtudes llevadas hasta el heroismo? ¿Y no podemos invocar en esta parte el testimonio de las naciones benéficas, aun las de una comunion diferente, á que fueron arrojados por nuestras tempestades políticas tantos jenerosos ministros de la Relijion? Sí, á la Iglesia de Francia pueden aplicarse estas palabras de los libros santos: «vió con «calma y dignidad los dias de sus

(1) Fleury. *Mœurs des Chrétiens*, núm. 61.

«desgracias:» *espiritu magno vidit ultima* (1).

Se refieren sin cesar los escándalos y las infamias que han manchado algunas veces la silla de Roma; ¿pero porque haya habido algunos Pontífices abominables, se cometerá la injusticia de olvidar el gran número de los que se han hecho recomendables por las virtudes mas nobles? ¿Que hallais en la Silla Apostólica en los nueve primeros siglos de la Iglesia cristiana, mas que una série de Pontífices de una piedad eminente? Muchos de ellos fueron mártires de la fe, y segun observa Fleury (2) solo hay unos pocos en este espacio de novecientos años que no esten venerados por su santidad, y en el discurso de los tres últimos siglos no ha habido uno solo que no haya sido de costumbres irreprensibles. Designadme un solo trono en el mundo ocupado durante diez

(1) Eccles. XLVIII. 27.
(2) *Mœurs des Chrétiens*, núm. 32.

y ocho siglos por una sucesion de Príncipes que en jeneral sea tan respetable y tan digna de veneracion como la de los Romanos Pontífices.

Pero pasemos á examinar lo que es materia de la segunda acusacion, la autoridad del clero y su influencia en el órden civil y político, que sus enemigos llaman terminantemente usurpacion. Yo no ignoro que mas de una vez se han suscitado contiendas de jurisdiccion entre los Obispos y los majistrados, y que el falso celo ó la ambicion han hecho traspasarse á veces por ámbas partes los justos límites; pero examinemos las cosas en su conjunto y en sus resultados. Busquemos de buena fe el orijen del grande poder del clero desde el siglo VI hasta el XVI, y le hallarémos, no en un sistema meditado y seguido con perseverancia, sino en la naturaleza misma de las circunstancias y de los sucesos; en las virtudes, en las luces, en los servicios del estado eclesiástico, y en la política de los Príncipes

inspirada por el agradecimiento ó por el interes.

En efecto hácia mediados del cuarto siglo y en el siguiente brillaba la Iglesia cristiana con todo el esplendor del injenio y de la virtud; entónces aparecieron en el oriente los Atanasios, los Basilios, los Gregorios Naciancenos, y los Crisóstomos, y en el Occidente los Gerónimos, los Ambrosios y los Agustinos, y su gloria recayó como era natural sobre el cristianismo, y en particular sobre el Episcopado y el Sacerdocio. Arrójanse en esta misma época los bárbaros del Norte sobre las provincias del Imperio Romano, y llevan por todas partes con su impetuosa ferocidad el estrago y la desolacion; las Galias, la Inglaterra, la España y la Italia son presa de sus feroces lejiones; reúnese al azote de la guerra el de la peste, y si se quiere, dice Robertson (1), fijar la época en

(1) Introduction à *l'histoire de Charles V*.

que el jénero humano fué mas miserable, es preciso designar el periodo de tiempo transcurrido desde el fin del cuarto siglo hasta casi el fin del sesto (1). Costumbres, leyes, usos, todo entónces se trastornó y se mudaron hasta los nombres de las cosas, lo que no puede suceder sino en medio de las mas espantosas calamidades. ¿Y cual fué en aquel trastorno universal el mayor recurso de los pueblos oprimidos? Su único amparo fué, Señores, la caridad y la proteccion de los Obispos y de los ministros de la Relijion. «Cuando la violencia hace que «enmudezcan todas las leyes, entón«ces la razon, la humanidad y las lu«ces llegan á ser insensiblemente el «único poder que los desgraciados pue«den invocar y poner entre ellos y sus «opresores (2).

(1) Desde el año 395 hasta el de 571, que son 176 años.

(2) Moreau, *Discours sur l'histoire de France*, tom. 1, páj. 307.

¡Y que servicios no hicieron á sus pueblos los jefes de la Iglesia durante las conquistas de los bárbaros! Frecuentemente contuvieron el furor de los vencedores, y salvaron del pillaje sus ciudades aun con peligro de su misma vida. «Atila se alejó de Roma «á ruegos del Papa San Leon; de Tro-«yes á los de San Lupo; de Orleans «á los de San Aignan; y San Dizier «de Langres, y San Nicasio de Reims «fueron degollados por los Vándalos «por no abandonar sus rebaños (1).» Toma Teodorico á Odoacro la ciudad de Pavía, y al ver llegar al Obispo de la ciudad llamado Epifanio: «Ved «aquí, dice á sus cortesanos, el ba-«luarte mas fuerte de Pavía; esé hom-«bre cuyo exterior es tan sencillo no «tiene igual en el universo.» Así es que al retirarse de ella, dejó á su mujer, á su madre y su hermana bajo de la salvaguardia del Obispo, y ciertamente

(1) Fleury, *Mœurs des Chrétiens*, núm. 38.

era dejarlas bajo de la salvaguardia de la virtud y de la Relijion (1). ¡Y que imperio no debieron tener naturalmente sobre los ánimos estos obispos tan amantes de sus pueblos! Movidos los príncipes bárbaros convertidos al cristianismo de sus virtudes y de sus luces, los nombraron sus consejeros y quisieron aprender de ellos el verdadero modo de gobernar y de atraerse á sus vasallos.

Hablando ahora particularmente de lo que nos toca mas de cerca, ved á Clodoveo echando hácia fines del siglo V los cimientos de la monarquía francesa. Instruido por San Remijio abraza el Evanjelio, y es el único príncipe ortodoxo de su tiempo, pues todos los demas eran arrianos ó infieles. En él ve la Iglesia Católica de Occidente un libertador suscitado por la Providencia, y los obispos favore-

(1) Moreau, *Discours sur l'histoire de France*, tom. 1. páj. 308 en la nota.

cen sus designios para afirmar su trono: tan político como conquistador los hace entrar en los consejos supremos llamados *Plaids*, y á nadie puede ocultarse cuanta preponderancia debieron tener sobre los jefes de los ejércitos franceses, valientes pero ignorantes, justos algunas veces pero siempre feroces. «Clodoveo era demasiado pru«dente, ha dicho el Presidente He«nault (1), para no conservar á los Obis«pos el imperio que tenian sobre el «espíritu de los pueblos, y que siempre «habia cedido en beneficio suyo; y «en esto consistió que mucho tiempo «despues se viese todavía á los ecle«siásticos conservar tanta influencia «en los negocios del Estado.»

¿Y como era posible que no se conservase por mucho tiempo esta influencia que comenzó con la monarquía? ¿No es natural, no es inevitable y aun necesario para la felicidad de los pueblos, que la consideracion,

(1) *Histoire de France*, año de 822.

el aprecio, la confianza y por ultimo el poder sean la recompensa del mérito y de las luces? ¿Y en donde, Señores, se encontraba uno y otro durante muchos siglos sino en el clero? El estudio de las ciencias humanas empezó á decaer desde el principio del siglo VII en términos que casi no eran cultivadas sino por los eclesiásticos. En efecto ellos solos estaban encargados de su enseñanza pública, y las letras no tenian mas asilo que las escuelas de las catedrales y de los monasterios. Cuando Carlo Magno en el siglo IX procuró reanimarlas, fué sirviéndose de los Obispos, de los Sacerdotes y de los relijiosos mas sábios; y él mismo aprendió del célebre Alcuin la dialéctica, la retórica y la astronomía; laudables esfuerzos ciertamente, pero que no impidieron que el estudio de las ciencias fuera siempre decayendo. La barbárie continuó extendiéndose en el siglo X, y la ignorancia de las ciencias humanas llegó

á hacerse tan profunda entre los hombres del mundo, que los Príncipes y los Señores apénas poseian los primeros conocimientos de las ciencias, y por lo comun no sabian leer ni escribir: en fin de tal modo estaba limitado el estudio de las bellas letras á los clérigos, es decir á los eclesiásticos, que se llamaba al hombre sábio *gran clérigo*, y la ciencia *Clerjía* (Clergie) (1); y todos saben que Enrique primero, Rey de Inglaterra, en el siglo XII, debió á su instruccion y á su elocuencia el sobrenombre de *bello clérigo*. En efecto todo lo mas ilustrado que habia en aquellos siglos se hallaba en el estado eclesiástico; y es necesario, Señores, reconocer que el clero era entónces el depositario, no solamente de la ciencia divina, sino de todos los conocimientos humanos que no se habian perdido: y ¿como era posible

(1) Pasquier, citado por Hénault. *Histoire de France*, año de 992.

que solo por esto no tuviese un ascendiente estraordinario? Vituperarle pues su antiguo poder es vituperarle la superioridad de sus luces y el imperio que ellas dan: es acusarle como de un crímen de lo que era una necesidad y una felicidad para los pueblos. Mucho mas justo ha sido Leibnitz al decir: «Que en los siglos en «que solo los eclesiásticos cultivaban «las letras, y en que todos los de«mas hombres libres seguian la pro«fesion de las armas, era convenien«te que el gobierno militar fuese tem«plado por la autoridad de los sábios, «es decir de los eclesiásticos (1).»

Me parece que en lugar de insultar al clero por su estado actual, seria mas jeneroso recordar sus antiguos servicios y su antigua gloria. ¡Cuantos hombres singulares en todos ramos no presentan los fastos de nuestra Iglesia! Limitándonos á citar algu-

(1) *Sus obras*, tom. V, páj. 143, *Pensées de Leibnitz*, tomo II, páj. 390.

nos que se han distinguido en diversas épocas y en diferentes posiciones, nombrarémos en la política á un Suger y á un Richelieu; en las negociaciones á un d'Ossat y á un Polignac; en la alta filosofía á un Gassendi y á un Malebranche; en las ciencias eclesiásticas á un Thomassino y á un Fleury; en las ciencias físicas á un Mersenne y á un La Caille; en la erudicion profunda á un Mabillon y á un Petavio; en el conocimiento de las lenguas antiguas y sábias á un Amyot, á un Huet, á un Jouvency y á un Santeuil; en la elocuencia á un Massillon, á un Bourdaloue, á un Fenelon y á un Bossuet; entre los historiadores á un Saint-Real y á un Vertot; entre los solitarios á un san Bernardo y á un Rancé; entre los bienhechores de la humanidad á un La Salle, fundador de los hermanos de las escuelas cristianas, y á un Vicente de Paul, fundador de las Hijas de la Caridad. Rodeada de todos estos personajes ilustres y de otros mu-

chos que no nombro, es como la Iglesia de Francia se presenta á nuestros homenajes y á los del universo entero.

En el dia no se repara en acusar al clero de dejar extinguir esta herencia de gloria; ¿pero será culpa nuestra que el destierro, los padecimientos, las largas prisiones, fatigas escesivas, ó una muerte violenta hayan arrebatado una multitud de dignos ministros que serian hoy el apoyo y ornamento del Santuario? ¿Quién ignora que la hoz revolucionaria segó sus víctimas con especialidad en las principales clases de la jerarquía sagrada? ¿Será culpa nuestra que en cierto tiempo y por espacio de doce años consecutivos haya sido imposible formar discípulos para el servicio del altar, y que por consiguiente se encuentre un vacío inmenso en el ministerio pastoral? Será en fin culpa nuestra que desanimadas las familias por mas de una causa, vean con disgusto

á sus hijos inclinarse á la carrera eclesiástica, y que las urjentes necesidades de tantas iglesias desamparadas obliguen á abreviar el tiempo de los estudios de los jóvenes clérigos? No creamos por esto que para ser útil un clérigo necesite toda la ciencia de un Fleury, ó la elocuencia de un Bossuet: no, Señores, sin mas que conocer los libros santos y las reglas de la moral cristiana, y unir á una razon sana una piedad sólida, puede hacer servicios importantísimos; y con solo esplicar al pueblo los mandamientos de Dios esparcirá entre él principios de órden, de justicia y de sociabilidad, miéntras que otros muchos no hacen con toda su falsa ciencia mas que introducir en el cuerpo social un jérmen de disolucion y de muerte. Ademas, ¿que derecho hay para echar en cara al clero su decadencia? ¿No sucede lo mismo en todas las demas clases? Al oir á algunos de nuestros detractores se creeria que todas las de-

mas profesiones abundan en varones de un mérito eminente, y que por todas partes se encuentran en gran número institutores como Rollin, filósofos como Descartes, poetas como Corneille, capitanes como Turena, publicistas como Montesquieu, majistrados como d'Aguesseau, administradores como Colbert y estadistas como Sully. Sean modestas, Señores, todas las clases de que se compone la sociedad; pues en esto no harán mas que hacerse justicia á sí mismas. Treinta años de experiencia, de errores y de locura nos han dado á conocer y enseñado á apreciar segun su mérito la doctrina y la habilidad de todos esos hombres que se creen los únicos capaces de ilustrar y de dirijir al jénero humano.

Paso á lo que forma el asunto de la tercera acusacion, á saber, las riquezas del Clero, cuya reparticion, cuyo oríjen y uso tanto se censura. Observemos primeramente que estas riquezas eran como el patrimonio comun

de todas las familias; pues que todas sin escepcion podian aspirar á ellas inclinando á sus hijos al Sacerdocio; pues aunque las dignidades mas eminentes y que mayores rentas disfrutaban eran por lo comun, y muchas veces por razones justísimas, el patrimonio del nacimiento, no por eso estaba ninguno escluido de obtenerlas, como se verificó en Massillon, Flechier, d'Ossat, Amyot y otros muchos, y ademas en las diversas clases de la jerarquia habia una multitud de destinos honrosos ocupados por hombres que correspondian á las clases medias, y aun á las mas oscuras. Una de las mâximas fundamentales del gobierno eclesiástico es que los empleos deben darse solo al mérito; por cuya razon no sé en qué pueda fundarse justamente el odio que escitaban unos bienes que podian poseer franceses de todas clases.

¿Pero que deberémos pensar acerca de su orijen y de su uso? Yo quiero

suponer que en el transcurso de diez y ocho siglos hayan sido arrancadas por medio de fraudes criminales algunas donaciones y herencias; sin embargo siempre sería tanta ignorancia como mala fe no convenir en que estos ejemplos han sido rarísimos. La historia atestigua que las concesiones de territorio fueron en jeneral muy libres, y que en su oríjen consistian en bosques desiertos, en terrenos incultos y pantanosos que manos laboriosas supieron hacer fecundos. Legendre, en su obra titulada *Costumbres y usos de los franceses* (1), observa que la fundacion de grandes Abadías les costó poquísimo, pues que se cedian terrenos ingratos á Cenobitas que se empleaban con todas sus fuerzas en desecarlos, en desmontarlos y plantarlos, y en construir edificios, mucho ménos por disfrutar ellos las dulzuras de la vida, pues que vivian con la mayor frugalidad, que por

(10) Páj. 10. edicion de 1740.

socorrer á los pobres ; y cuando un trabajo conducido con intelijencia, y una industria constante han sabido convertir terrenos estériles en campos, en praderas y en fértiles colinas; cuando tanto han contribuido estas felices mejoras á los progresos de la primera de las artes, de la agricultura, ¿no hubieran debido esas hermosas posesiones escitar mas bien el reconocimiento que la envidia?

Quiero tambien suponer que muchos de sus poseedores no hayan hecho siempre de ellas el uso mas lejítimo; pero no por eso dejará de ser preciso convenir en que el mayor número las empleaba en alivio de los desgraciados, y en fundar ó conservar establecimientos útiles; y en efecto ¿que Pastor podia eximirse de socorrer la indijencia y la desgracia en medio de su rebaño? ¿No le hubiera obligado á ser liberal solo el bien parecer, aun cuando así no se lo hubiesen mandado el deber y la caridad? Nadie igno-

ra que nuestros Prelados hacian donativos inmensos en tiempos de escasez y de calamidad. Pero haré una reflexion jeneral sobre el empleo de las riquezas del clero, capaz de reconciliar los ánimos mas difíciles de contentar. ¿No se deben en gran parte al clero esas Basílicas que en toda la Francia son el ornamento de nuestras ciudades, esa multitud de asilos públicos destinados al alivio de toda clase de necesidades é infortunios, esos establecimientos de educacion pública para la enseñanza de las letras y de las ciencias humanas, esas escuelas y casas destinadas á los discípulos del Santuario, esas fundaciones piadosas á favor de personas cuya indijencia hubiera hecho inútiles sus talentos, esos ricos depósitos de los conocimientos humanos, y tantos fomentos costosísimos dados á las ciencias y á las artes? ¿No se le deben todas estas cosas tan apreciables para la felicidad de la sociedad, y para la gloria de la nacion? Y ¿hubiera podido el

clero hacer tantos servicios si hubiera sido pobre y destituido de todo? ¡Qué inconsideradas son todas esas declamaciones contra las riquezas de la Iglesia! Pero lo mas irrisorio y ridículo que hay en esta materia, es que hombres ricos y poderosos acusen, aun en el dia, de ambicion, y de avaricia á nuestro clero, es decir, á hombres de los cuales muchos no tienen ni aun lo necesario, y ninguno nada supérfluo.

Dejemos, Señores, á los declamadores sus arrebatos violentos contra el Sacerdocio: espíritus débiles que jamas ven en las cosas mas saludables mas que algunos abusos inevitables, y que para ser consecuentes deberian proscribir sin piedad todas las profesiones, condenar la de las armas por los vicios de algunos capitanes, la majistratura por las prevaricaciones de algunos majistrados, y las ciencias y las letras por los monstruosos sistemas que han abortado. ¡Tiemblen los que insultan al Sacerdocio y parecen no anhelar mas

que su ruina, tiemblen de ver cumplidos sus deseos! Extinguido este se extinguiria tambien el cristianismo; ¿y en que tinieblas, en que calamidades no nos veríamos entónces envueltos? Pero no, no será así: si la Iglesia de Francia bajo del aspecto relijioso, único bajo del que en la actualidad la consideramos, presenta síntomas de ruina, tambien ofrece señales de vida y de duracion: si el error tiene sus tribunas y sus trompetas, tambien la verdad tiene sus Apóstoles y sus defensores. Yo convengo en que la irrelijion ha hecho en nuestros dias grandes estragos en el pueblo; pero las clases superiores aprecian mas la piedad, y esta Capital cuenta seguramente en el dia mayor número de jóvenes sinceramente cristianos, que los que contaba hace treinta años. Ademas no creamos que los hombres puedan hacer todo el mal que quisieran; no, Señores. El vicio tiene sus límites, así como la virtud. Existe un Dios que vela por la conservacion del

mundo moral, así como por la del mundo físico; y el furor de las pasiones se estrella cuando le place contra un grano de arena, como se estrellan en la ribera las olas del mar irritado. Yo no hé leido en el libro de los destinos eternos; pero meditando lo pasado y considerando lo presente, concibo mas esperanzas que temores para lo venidero.

Examinando lo pasado observo que al principio de nuestras disensiones asi políticas como relijiosas casi la totalidad del Episcopado frances no vaciló en la fe; es decir que se mantuvieron firmes las columnas del edificio de la Iglesia: observo que á pesar de todos los esfuerzos de un inmenso poder no pudo arraigarse el cisma en el suelo de nuestra patria, y que despues de veinte y cinco años de infortunios plugo al Cielo restituir al pueblo de San Luis esa augusta casa tan fiel á la Relijion en todos tiempos. A la vista de estas maravillas yo me digo á mí mismo: la Francia es pues el reino

predilecto de la Providencia, la cual por los milagros que ha obrado en su favor se ha comprometido, digámoslo así, á obrar otros nuevos.

Si tiendo la vista sobre lo presente veo que las liberalidades de la caridad cristiana sostienen por todas partes santas empresas para atender á las necesidades y al alivio de la humanidad, carácter distintivo de una Relijion sincera, y que á pesar de tantos obstácuculos y sinsabores se desarrolla la vocacion por el Santuario, siendo hasta admirable en algunos, y haciendo concebir las mas bellas esperanzas: veo que en todas partes es escuchada la palabra de Dios anunciada por hombres apostólicos, y que ciudades enteras despiertan y salen de su indiferencia al eco de la trompeta evanjélica. Testigo de todas estas cosas estraordinarias, aun en medio de las calumnias y de los clamores de la impiedad, me repito á mí mismo: la Francia no está muerta para la fe; no, no está dispuesta á apostatar.

La providencia tiene señalados sus tiempos, nosotros debemos aguardarlos. La Relijion no cesará de hacer progresos á despecho de sus enemigos, ni de traer consigo el amor al órden y á la justicia, el respeto á las buenas costumbres y á las leyes, y su triunfo será el triunfo de la patria. Vencida la Francia por la desgracia y por la experiencia, conocerá mejor que nunca que no edificar sobre la Relijion y la moral, es edificar sobre arena movediza y que para ser feliz necesita ser cristiana: arrepentida entónces y vuelta de sus estravíos se humillará ante el Altísimo; y cuando yo me entrego á los sueños de una imajinacion consoladora, me figuro que sobre esa magnífica columna que sirve de ornamento á una de nuestras plazas públicas (1) y que recuerda tantas victorias, verémos plantada una Cruz triunfante, como un monumento de la extincion de los ódios,

(1) Columna de la plaza *Vendome* en París. (*El Traductor*).

de la reconciliacion de los corazones, de la abjuracion de los errores y de la vuelta sincera, y de una nueva consagracion de todo el pueblo frances á la Relijion de Jesucristo.

DE LA AUTORIDAD

DE LA IGLESIA.

Asi como es cierto que no existe pueblo alguno sin relijion, lo es igualmente que los homenajes de la especie humana en el estado actual del globo estan divididos entre cuatro relijiones: á saber, la idolatría, el mahometismo, el judaismo, y la Relijion de Jesucristo. Estos son en efecto los troncos de donde salen divididos en muchas ramas los diversos cultos de la tierra.

Hace diez y ocho siglos que se está viendo á millares de idólatras desengañados del culto de los falsos dioses abrazar por último el culto del verdadero Dios; y en efecto, esos pueblos paganos sentados á la sombra de la muerte, para usar del lenguaje de los libros santos, eran los que abriendo

los ojos á la luz del Evanjelio debian componer principalmente el reino de Jesucristo.

Del mismo modo se ha visto en todos los siglos, y aun vemos en el dia, Judíos, que reconociendo por fin en Jesus el libertador prometido y anunciado por sus oráculos, se humillan al pie de esa cruz que al principio no fué para ellos mas que un escándalo, así como fué una locura para el jentil.

Tambien se ha visto á algunos sectarios de Mahoma, aunque pocos, abjurar el Alcoran por el Evanjelio. Pero ¿se ha visto en parte alguna desertar los cristianos de su relijion para hacerse de corazon mahometanos, paganos ó judíos? No, Señores, podrán quizá citarse entre ellos algunos que arrastrados por el libertinaje, la avaricia ó el miedo hayan apostatado de su relijion; pero es cosa inaudita que por conviccion, por conciencia ó por hacerse mejor haya abandonado jamas su fe un cristiano instruido en su

relijion para pasar al culto de Moisés, al de Mahoma ó al de los ídolos. Esta es, Señores, una cosa en que acaso jamas habréis reparado; pero ya conoceréis cuan digno de atencion es ver abrazar el cristianismo á los sectarios de las falsas relijiones, cuando nosotros los cristianos jamas abandonamos la nuestra por pasar á ellas; ¿y no da ya esto solo una idea muy favorable del cristianismo? ¿No supone que está apoyado en pruebas mas luminosas y mas á propósito para convencer los entendimientos y mover los corazones? ¿Y deberia necesitar mas nuestra razon para fijarnos en la Relijion santa que tenemos la dicha de profesar?

Pero el cristianismo está dividido en muchas sociedades, que aunque acordes en muchos puntos de la doctrina, no solo no lo estan en todo, sino que por desgracia estan muy distantes de hallarse unidas por los vínculos comunes de un mismo réjimen pastoral. Tres son principalmente á las

que estas pueden reducirse: á saber, la Iglesia católica, que es la mas antigua y la mas extendida de todas, y la de que han salido todas las demas, la cual reconoce por su jefe al Romano Pontífice: la Iglesia griega, que profesa en casi todo la doctrina de la Iglesia Romana, aun cuando despues de muchas perplejidades é incertidumbres esté separada de ella hace ocho siglos, y la Iglesia protestante dividida en dos grandes comuniones que llevan el nombre de sus autores respectivos, y cuya antigüedad no pasa del siglo XVI.

Pero ¿deberán ser iguales para nosotros estas tres sociedades? ¿Entran todas ellas en el plan de relijion establecido por Jesucristo? Ved aquí lo que vamos á examinar, discutiendo al efecto las cuatro cuestiones siguientes.

¿Ha fundado Jesucristo una sociedad relijiosa que deba perpetuarse sin interrupcion hasta el fin de los tiempos?

¿Ha establecido Jesucristo en esta

sociedad una autoridad conservadora é intérprete de su doctrina?

¿En que manos reside esta autoridad?

¿Es infalible esta autoridad en sus juicios acerca de la doctrina?

He aquí todo el objeto de esta conferencia.

Ya no trato, Señores, de combatir á los enemigos de la revelacion, á esos incrédulos que, mas asombrados todavía de la pureza de los preceptos del Evanjelio que de la profundidad de sus misterios, se precian de no ver en el cristianismo mas que una invencion humana. Despues de haberlos impugnado en diferentes discursos, ahora solo me dirijo á los sectarios de las diversas comuniones cristianas separadas de la Iglesia católica. Yo los invito á investigar conmigo cuales son la forma, las señales y la duracion de la sociedad establecida por Jesucristo nuestro comun legislador; materia sobre la que procuraré desengañar á aquellos que se hayan

formado acerca de ella ideas falsas. Para esto es preciso observar que todos los cristianos que hay sobre la tierra, acordes en esto con nosotros los católicos, reverencian como divinos la mayor parte á lo ménos de los libros de que se componen el antiguo y el nuevo Testamento: que todos miran como la exposicion fiel de la doctrina revelada, ese símbolo antiguo que viene desde las primeras edades del cristianismo, y que conocemos con el nombre de *Símbolo de los Apóstoles*; y en fin, que todos tienen un respeto particular á los concilios y á los doctores de los cuatro primeros siglos de la Iglesia, los cuales, segun todos convienen, poseyeron la doctrina evanjélica en toda su pureza. Estas son fuentes comunes reconocidas por todos, y de las que por consiguiente podemos beber con confianza y seguridad. Con el auxilio pues de estos diversos monumentos, vamos á discutir en primer lugar la cuestion siguiente.

¿Ha establecido Jesucristo una sociedad relijiosa que deba ser perpetuamente visible hasta el fin de los tiempos?

La Relijion cristiana es muy diferente de la relijion mosáica: limitada la antigua ley á determinados tiempos y lugares, era solo una preparacion para otra ley mejor, que es la ley de Jesucristo: así es que todas las comuniones reconocen á Jesus unánimemente como el término de los oráculos y de las figuras de aquella, y todas confiesan que en él debia comenzar un reinado espiritual mucho mas bello, mas extenso y mas durable. En efecto, Señores, el culto mosáico no era mas que una imájen pasajera de la eterna realidad del cristianismo.

¿Y como podrá dudarse de esta perpetuidad del reino de Jesucristo al oir al ángel decir á María con relacion á Jesus (1): «este será grande, y será lla-«mado hijo del Altísimo, al cual el

(1) Luc. I. 32. 33.

«Señor, Dios, dará el trono de su padre «David, y reinará en la casa de Jacob «eternamente, y su reino no tendrá «fin?» Ved aquí, Señores, palabras que no pueden ser falibles: pasarán el cielo y la tierra, pero ellas no pasarán. ¡Y cuan apoyadas no se hallan por aquellas que salieron de la boca misma de Jesucristo! Cuando este se dirije al colejio de los Apóstoles enviándolos á evanjelizar á los pueblos, y en sus personas á los herederos de su Apostolado, promete estar con ellos, no á intervalos, sino siempre y en todos los dias, *omnibus diebus*; no por un tiempo determinado, sino por todos los tiempos hasta el fin de los siglos, *usque ad consummationem sæculi* (1); y cuando se dirije en particular á San Pedro presenta su Iglesia como un edificio construido sobre la roca, que ningun poder será capaz de destruir, *portæ inferi non prævalebunt adversus eam* (2). ¿Y

(1) Matt. XXVIII. 20.
(2) Ibidem XVI. 18.

de que espresiones mas enérjicas podia servirse para espresar la eterna duracion de su Iglesia?

Por esto cuando los protestantes levantaron en el siglo XVI altar contra altar, y se separaron de la Iglesia católica sin unirse á ninguna otra Iglesia conocida, se les decia muy fundadamente: la Iglesia cristiana, segun las promesas de su divino fundador, debia durar hasta el fin del mundo; por consiguiente es indispensable que haya existido en alguna parte ántes de vosotros. Esto supuesto, ¿donde se halla la verdadera Iglesia de Jesucristo si no lo es la Iglesia católica? Embarazados nuestros hermanos separados con una cuestion que no admite réplica, respondieron que el reino de Jesucristo no se habia aniquilado, pero que solo existia en algunos adoradores fieles, dispersos entre los pueblos, desconocidos de los hombres, y conocidos solo de Dios. Pero este era un vano recurso, y solo el nombre, sola la

palabra *Iglesia* bastaba para destruirle. Esta palabra consagrada en los libros santos, en el Símbolo de los Apóstoles y por el lenguaje de toda la antigüedad cristiana, significa por sí misma *Asamblea*, y por consiguiente una cosa exterior y perceptible á la vista. Ademas ¿con que rasgos está representada la Iglesia en los libros santos? Es una ciudad edificada sobre la montaña, y que por consiguiente no puede estar oculta; es un reino compuesto de Príncipe y de vasallos; es una viña cultivada por obreros; un campo sembrado por el padre de familia; una casa edificada sobre la piedra, y un rebaño con su pastor; ¿y no se refieren manifiestamente todas estas imájenes y todos estos emblemas á un órden de cosas exteriores y visibles, á una sociedad en fin de hombres conocidos y reunidos?

Bien convencidos de esto los protestantes no tardaron en abandonar esa quimera de Iglesia invisible. Examine-

mos en efecto sus mas célebres profesiones de fe, y los escritos de sus mas acreditados doctores, y verémos claramente que los protestantes de todas las comuniones han venido por fin á reconocer con nosotros los católicos que la Iglesia fundada por Jesucristo debia ser perpétuamente visible sobre la tierra (1). Este es pues como un primer punto de creencia, que podemos decir es comun á todos los cristianos.

¡Que admirable, que poderosa es, Señores, esta Iglesia cristiana, que no está limitada por el tiempo ni por el espacio; que se extiende á todos los siglos y á todas las naciones; siempre combatida, pero que jamas perece, y que ve morir los Reyes y pasar las dinastías, las leyes y los usos sin que el torrente del tiempo la arrebate en su rápido curso! Es la verdad de Dios que subsiste eternamente; así es que Jesucristo anunció terminantemente que

(1) Bossuet, *Histoire des variations*, lib. XV, n.° 4 y siguientes.

enviaba á sus Apóstoles para difundir la verdad; para hacerla fructificar en medio de los pueblos y dar frutos que durarian eternamente, *et fructus vester maneat* (1). Cuando hace diez y ocho siglos salian estas palabras de la boca de Jesucristo oculto en un rincon de la Judea, ¿podria nadie imajinarse que esta débil semilla llegaria á ser un grande árbol que cubriria el universo entero con sus ramas saludables, y que duraria tanto como el mundo, á pesar del choque y de las tempestades de las pasiones humanas? Esto es sin embargo lo que ha sucedido, y esta es la maravilla de que somos testigos.

El Evanjelio ha penetrado sucesivamente entre los diversos pueblos para salvarlos de la idolatría, de la ignorancia y de todos los vicios. Escándalos y desórdenes podrán en el trascurso de los tiempos alterar las costumbres de los cristianos, pero la moral se conservará siempre pura; las

(1) Joann. XV, 16.

herejías intentarán corromper su doctrina, pero la fe conservará toda su integridad; se armarán contra la Iglesia cristiana todos los errores y todas las pasiones, pero de todo triunfará, y jamas será mas visible que cuando mas se la quiera oscurecer y encadenar. Así aun bajo del imperio sanguinario de los Césares perseguidores continuó siempre manifestándose al mundo por la sucesion de sus pastores, por los escritos de sus apolojistas, por el heroismo de sus discípulos y por la conversion de los idólatras; ¿y en donde ha brillado con mas esplendor que sobre los patíbulos y en las hogueras? No es esto decir que de tiempo en tiempo no se haya perdido en ciertas comarcas; pero jamas abandona una rejion sino para establecerse en otra; y desgraciado el pueblo que por su ingratitud y sus infidelidades merezca que se le apliquen estas palabras: «por «lo cual os digo que os será quitado «á vosotros el reino de Dios y dado á

«jentes que rindan frutos de buenas «obras (1).»

Arrebatados nosotros por el delirio de nuestro orgullo, creemos quizá honrar la Relijion permaneciendo fieles á ella; ¿pero que le importan en todo caso nuestros homenajes? Examinemos la historia de los tiempos pasados, y verémos que si los Judíos la desechan se extiende entre los jentiles; si el Oriente la desdeña, pasa al Occidente; si se debilita en la Africa y en la Asia, brilla en nuestra Europa; si aun en esta es atacada despues, el descubrimiento de un nuevo mundo le ofrece nuevas conquistas; por consiguiente, si nosotros nos obstinamos hoy en huir de su divina luz, huirá de esta tierra impía, dejándola abandonada á las calamidades inseparables siempre de la apostasía de los pueblos; pero otros paises mas felices y mas dóciles la acojerán con enajenamiento: si, Señores, se la

(1) Matt. XXI. 43.

puede desechar, pero no aniquilar; es un árbol del que puede perecer cada rama en particular, pero cuyo tronco inmortal reproduce sin cesar nuevos retoños.

Paso á la segunda cuestion: ¿Ha establecido Jesucristo en la sociedad cristiana una autoridad á la que debamos someternos, un tribunal conservador é intérprete de su doctrina y de sus leyes?

Procuremos ante todo conocer sobre que puntos estan acordes los cristianos en esta materia, para en seguida percibir mejor el punto en que estan divididos.

Que los libros santos son en jeneral el depósito y la regla muda de lo que se debe creer y obrar; que son muy claros sobre muchos puntos, como sobre los hechos milágrosos, sobre los preceptos que deben dirijir las costumbres y sobre los principales artículos de la ley natural, tales como la unidad de Dios, la Providencia y la vida futura; que los hombres instrui-

dos pueden servirse de ellos útilmente para establecer é ilustrar los diversos puntos de la doctrina revelada, son cosas en que convienen todas las comuniones cristianas; en fin, que para creer y para tener esta fe divina, que es la raiz de las virtudes cristianas, se necesita la asistencia del espíritu de luz y de fortaleza, y que en esta parte debe el hombre esperar mucho mas de los socorros celestiales que de sus propios esfuerzos, es tambien una cosa universalmente reconocida: pero ¿en donde debemos colocar este motivo de credibilidad que hace racional nuestra fe, este medio exterior de discernir el error de la verdad? ¿Le colocarémos en el exámen y en la interpretacion individual de las escrituras, como quieren los protestantes, ó en las decisiones de una autoridad siempre docente, establecida por Jesucristo para interpretar y fijar el sentido de las escrituras, como queremos los católicos? Esta es, Señores, la cuestion fundamental, cuya

solucion abraza todas las demas.

Los protestantes dicen á todos sin escepcion: Tomad las escrituras, leed, examinad, discernid vosotros mismos: los católicos dicen al contrario á todos sin escepcion: Escuchad á la Iglesia, intérprete de las escrituras, y sometéos á sus decisiones. Los primeros señalan como la verdadera regla de la fe el exámen personal de las escrituras, los segundos la autoridad: el exámen lisonjea la razon, pero es un camino áspero, largo y sembrado de escollos y de precipicios: la autoridad humilla el orgullo, pero es un camino suave, fácil y acomodado á la ignorancia y á la debilidad, que son el patrimonio de la mayor parte de la especie humana. ¡Oh y cuanto en esta alternativa preferiria yo libertarme de penosas é interminables discusiones, y descansar pacíficamente en el seno de una autoridad tutelar! Para hacer mas palpable el contraste de ámbas opiniones, me serviré de una comparacion de Fene-

lon (1). Figuraos que en una casa que empieza á devorar el fuego se halla un paralítico esforzándose por libertarse de las llamas, y que advertido su peligro por seis personas, se aproximan á él las cinco y le dicen: *Levantaos, amigo, corred, atravesad por entre la muchedumbre y salvaos del incendio.* ¡Gritos inútiles! Privado el enfermo del libre uso de sus miembros permanece como aprisionado en su lecho: he aquí una imájen fiel de las diversas sectas que dicen á los ignorantes: *Leed las escrituras, examinad, decidid*, sin tener presente que son incapaces de ello: pero figuraos que el sesto se acercá al paralítico y le dice: *Amigo mio, confiad en mí; dejadme obrar, yo voy á sacaros en mis brazos.* Deseoso el enfermo de salvarse se abandona á él sin reflexion, y en efecto se liberta de las llamas. Esta es la imájen de la Iglesia católica, que dice á los igno-

(1) *Lettres sur la Métaphisiq. et la Religion*, carta V, part. III.

rantes: Conoced vuestra insuficiencia: sed dóciles: yo me encargo de ilustraros y de conduciros. ¿No deberá obligarlos á adoptar este recurso el conocimiento mismo de su incapacidad? Este método, diréis, es bueno para los ignorantes; ¿pero por que se ha de extender á los hombres ilustrados? Pero, Señores, ¿no es por ventura la ciencia un manantial de disputas? ¿Ha enjendrado acaso ménos errores que la ignorancia? Y, si esta tiene necesidad de una luz que la ilumine, ¿no necesita tambien el orgullo un freno poderoso que le reprima y le contenga? Esta razon sola bastaria para persuadirme que Jesucristo ha establecido una autoridad siempre subsistente para arreglar las cosas respectivas á la Relijion; pero profundicemos mas esta materia.

Vosotros, podemos decir á los protestantes, nos designais el exámen individual de las escrituras como la regla de la creencia; pero habiendo sido

hecha la Relijion para todos, hasta para el vulgo mas ignorante, de tal modo que uno de los caractéres distintivos de la mision de Jesucristo es haber venido para evanjelizar á los pobres y á los pequeños; *pauperes evangelizantur* (1), ¿no quedarian en este caso privados de toda regla para fijar su fe esa inmensa muchedumbre de cristianos que en todos paises y en todos tiempos carecen hasta de los primeros rudimentos de los conocimientos humanos, y muy frecuentemente son incapaces, no digo de examinar, sino aun de leer las santas escrituras? Ademas, ¿por que se ha de mirar hoy como necesario para conocer la ley cristiana un exámen que no lo fué en el orijen del cristianismo? Jesucristo evanjelizó de viva voz á los pueblos de la Judea, y solo despues de su muerte fué cuando sus discípulos publicaron sus celestiales lecciones. Estos mismos fundaron sucesivamente diversas Iglesias en el im-

(1) Matt. XI. 4.

perio Romano por medio de la predicacion y ántes de escribir cosa alguna, y solo mas adelante pensaron en escribir en los Evanjelios la historia de las acciones, y los discursos de su divino Maestro, y en dirijir sus cartas á los pueblos que ya habian instruido. Es por consiguiente un hecho incontestable que la fe cristiana ha existido sin el exámen de las escrituras; y en este caso ¿por que en el dia no ha de poder suceder lo mismo?

Quereis que la regla de mi fe sea el exámen personal de las escrituras; ¿pero aunque todos los cristianos fuesen capaces de leer los libros santos, lo son acaso de comprenderlos? ¿Puede por ventura el simple pueblo sin educacion, sin letras, con un entendimiento limitado, y distraido por los trabajos y las necesidades de la vida, estudiar y comprender por sí mismo la doctrina de las santas Escrituras? La palabra de Dios no consiste precisamente en las voces sino en el verdadero sentido de

estas; ¿y se halla acaso el pueblo en estado de juzgar de las versiones en lengua vulgar que se le ponen en las manos, de compararlas con los orijinales, de confrontar los pasajes, y de conciliarlos, esplicándolos unos por otros? ¿Quien ignora que la Escritura tiene pasajes muy oscuros y profundos? Los misterios son puntos muy elevados, muy superiores á la intelijencia humana, y cuya sola enunciacion exije grande exactitud en el lenguaje; ¿y se querrá que el pueblo haga por sí mismo un estudio, un exámen y un discernimiento que muy frecuentemente detiene aun á los mas hábiles?

¡Nos remitis á nuestro propio exámen para la intelijencia de las Escrituras! Pero semejante medio de descubrir la verdad ¿no es un medio lleno de presuncion y de temeridad? Si yo me acerco á un simple aldeano y le digo: ¿quereis saber en compendio toda la doctrina revelada? Aquí la teneis; he aquí la profesion de fe mas antigua y

universal, una profesion de fe reverenciada por todos los siglos y por todos los cristianos en jeneral; se llama el *Símbolo de los Apóstoles*: sometiéndoos á él, no haceis mas que creer lo que siempre ha creido el universo cristiano desde Jesucristo hasta nosotros. ¿No parecerá natural, Señores, que este aldeano deba humillarse ante esta autoridad? Pero si el exámen particular de las Escrituras debe ser su regla de fe, ¿no podrá decirme con justicia: ántes de admitir yo ese símbolo, es preciso que le confronte con la Escritura para saber si está conforme con ella: yo tengo derecho para examinar esa creencia que decís tan antigua, tan constante y universal en todos los pueblos cristianos, y aunque simple aldeano debo con fundamento pensar que puedo entender las escrituras mejor que todos los concilios, que todos los doctores y santos personajes que ha habido de diez y ocho siglos á esta parte? Esta seria su respuesta, y respuesta á la verdad justísima

si se admiten como la regla de la ſe la discusion y el exámen personal de las Escrituras. ¿Y no seria la respuesta del tal aldeano la cosa mas estravagante?

¡El exámen personal! ¡Ah Señores! Él es un principio de desunion y de discordia en la Iglesia cristiana: él destruye el cristianismo, y conduce á la anarquía de las opiniones: él abandona los libros santos á los caprichos y á las pasiones del hombre, autorizando á cada uno á ver en ellos solo lo que le lisonjee, y á cercenar lo que le contradiga. En este exámen acompañaria jeneralmente al sábio su orgullo, al injenio presumido su frivolidad, al voluptuoso su corrupcion, y al pueblo su ignorancia. ¿De donde ademas han venido los cismas y las herejías que han aflijido la Iglesia sino de la mala interpretacion de las Escrituras? ¿No han sacado de ella todos sus argumentos los novadores? No eran talentos vulgares la mayor parte de ellos, no; eran al contrario injenios sutiles, penetrantes y

hábiles; pero su ciencia misma en lugar de libertarlos de los estravios del entendimiento, era la causa de ellos. Entregados sin regla y sin freno á su propia opinion se precipitaban en la carrera del error: todos se presentaban con el libro de la Escritura en la mano; pero en ella se convertia este en un signo de discordia; uno veia en él el fatalismo, otro la absoluta independencia del hombre de toda gracia divina, este la presencia real, aquel la presencia figurada; ¿y quien podia terminar sus disputas y querellas? ¿Habrá dejado á su Iglesia el Dios de paz, el Dios de verdad y de sabiduría sin un medio poderoso de iluminar y contener los entendimientos? ¿Deberá la sociedad que ha establecido ofrecer la imájen del desórden y de las disensiones?

En la sociedad civil existe un código de leyes para arreglar los derechos de todos, para asegurarles la posesion de sus bienes, la tranquilidad de sus personas, y terminar sus desavenencias;

pero ¿de que serviria este código por mas luminoso y perfecto que fuese, si cada particular pudiese interpretarle á su modo, y si no hubiese gobierno, majistrados ni tribunales que velasen por su conservacion y cuidasen del cumplimiento y de la aplicacion de sus leyes? ¿Bastaria acaso por sí solo para prevenir ó terminar las disensiones, y evitar la anarquía en las familias y en el cuerpo político? No ciertamente: el interes, los odios y las pasiones dirijirian siempre su interpretacion, y muy pronto serian desgarradas todas sus pájinas, hasta por último ser destrozado enteramente. ¿Y no sucederia evidentemente esto mismo con el código de las santas Escrituras si estuviese abandonado á la interpretacion de cada uno de los fieles?

Sí, Señores; son de tal consideracion los inconvenientes y vicios del método del exámen personal, que aun aquellos mismos que le invocaron y le hicieron fundamento de su separacion de la Iglesia romana, se ven obligados á

renunciar á él. En efecto, la práctica de los pueblos protestantes se halla necesariamente en oposicion con su teoría: entre ellos se instruye á sus niños asi como se instruye por los católicos á los suyos, primeramente por los padres en sus casas, y despues por los maestros en las escuelas, y por los Pastores en los templos; de modo que aun ántes de saber leer aprenden á pronunciar los primeros elementos de la doctrina cristiana, á recitar oraciones, á profesar el símbolo de los Apóstoles, y á respetar las ceremonias y la liturjía de su culto. La autoridad de los padres, la de los maestros, la de los Pastores, la de cuanto los rodea, lo que ven y lo que oyen; he aquí lo que en ellos causa las primeras impresiones y de estas tales como las han recibido, mucho mas que de su exámen posterior, se forma su creencia, de manera que el mayor número cree toda su vida lo que ha creido desde el principio, guiado mucho mas por la autoridad que por el racio-

cinió. ¿Quienes son en efecto entre el pueblo los que al llegar á cierta edad comparan la doctrina que les ha sido enseñada con la que enseña la Escritura, que frecuentemente son incapaces de comprender bien? Citaré en particular lo que sucedió en Holanda en el siglo XVII. Un ministro llamado Arminio dogmatizó públicamente contra la doctrina de Calvino, que era la establecida, y este fué el principio de las disensiones relijiosas y políticas que costaron la vida á Barneveldt, uno de los mas ilustres ciudadanos de la república. En vano alegaron los partidarios de Arminio que cada fiel podia interpretar las Escrituras, y que por lo tanto tenia aquel el derecho de reformar al mismo Calvino si le parecia que en su reforma se habia separado de la pureza de la doctrina Evanjélica: léjos de ser escuchados fueron perseguidos como rebeldes, y á pesar de todas sus protestas fué condenada solemnemente la nueva doctrina en el célebre sínodo de

Dordrecht. De este modo despues de haber anunciado á los pueblos una libertad sin límites, sintieron ellos mismos la necesidad de volverlos á poner bajo del yugo de la autoridad.

Así pues, la recta razon, la experiencia, el conocimiento de las necesidades y de la debilidad del entendimiento humano, todo nos conduce á creer que Jesucristo no ha hecho regla de la fe la razon de cada particular abandonado á sí mismo, sino que ha establecido un tribunal conservador é intérprete del sagrado depósito. Esto va á ilustrarse mas todavía con la solucion de las dos últimas cuestiones.

La tercera está concebida en estos términos: ¿en que manos reside esta autoridad conservadora é intérprete de las leyes divinas? ¿Reside en el pueblo cristiano? ¿Reside en los príncipes y majistrados, ó reside en un cuerpo particular de Pastores que deban sucederse unos á otros desde los Apóstoles hasta el fin de los tiempos?

Digo primeramente que la autoridad suprema en materia de relijion no pertenece al pueblo. No me detendré en examinar de donde proviene el poder en la sociedad civil y política, ni en discutir esas vanas y peligrosas teorías del *Contrato social*, famosas en estos tiempos modernos solamente por los desastres que han producido; dejemos á un lado esa cuestion de la soberanía del pueblo que exijiria un discurso entero, y tengamos presente que ahora solo tratamos de la sociedad relijiosa llamada Iglesia, fundada por Jesucristo. En todo lo perteneciente á esta no puede hacerse aplicacion alguna de las opiniones humanas sobre la sociedad civil; aquí no hay mas ley que la voluntad de su divino autor; por consiguiente lo que importa saber es lo que este ha querido, lo que ha hecho y lo que ha establecido para siempre. Si en la Iglesia hay cosas de disciplina, que varian segun los tiempos y los lugares, hay tambien un órden de cosas invariable, y una

autoridad fundamental que nunca varia y que debe durar tanto como la Relijion misma. En la sociedad cristiana nada han puesto los hombres por sí, sino que todo lo han recibido. Jesucristo nada tiene tampoco de la tierra, sino que toda su autoridad viene de lo alto; por consiguiente ha establecido su reino espiritual con soberana independencia, y él solo ha fijado su inmutable constitucion, de modo que todas las comparaciones que pudieran hacerse entre su reino y los de la tierra, serian enteramente caducas como observa Bossuet (1). Abrid los Evanjelios y veréis á Jesucristo decir á sus discípulos (2): «No me elejisteis vosotros á mí, sino «que yo soy el que os he elejido á vos«otros y destinado para que vayais y «hagais fruto, y vuestro fruto sea dura«radero:» *non vos me elegistis, sed ego elegi vos.* Veréis igualmente á san Pablo

(1) *Histoire des variations.* Núm. 120 y 121.
(2) Joann. XV. 16.

llamarse Apóstol, no de parte de los hombres, sino por Jesucristo y por la voluntad y la vocacion divina. En esto, Señores, ya veis que ninguna autoridad se da al pueblo: si los Apóstoles reunidos en Jerusalen dan un decreto acerca de las observancias legales (1) y se dirijen á las diversas Iglesias, no es para pedir el consentimiento de los fieles, sino para intimarles la obediencia: consultad tambien la mas remota y venerable antigüedad, y decidme: ¿se encuentra en los Doctores, en los Concilios, y en los monumentos de los cuatro primeros siglos de la Iglesia, reverenciados hasta por los protestantes mismos, que el pueblo haya intervenido jamas en la formacion de las profesiones de fe, en las sentencias pronunciadas contra los novadores y en las leyes y alteraciones de la disciplina? ¿Se ha visto nunca que se le haya concedido derecho alguno de juzgar, de instituir

(1) Act. Apost. XV. 25 y sig.

ó de deponer á sus Pastores? Es cierto que en los tiempos primitivos se oia por una laudable condescendencia el voto del pueblo fiel en la eleccion de los Pastores; pero es tambien incontestable que la autoridad de los Obispos era la que pronunciaba, decidia y confirmaba. Sí, Señores: en aquellos tiempos antiguos los jefes del pueblo cristiano, léjos de mirarse como sus mandatarios, habian al contrario aprendido de san Pablo á decirle: «nosotros somos para vosotros «como unos embajadores en nombre «de Jesucristo:» *pro Christo legatione fungimur* (1).

Ademas, la Iglesia cristiana no está circunscrita á una sola ciudad, á una provincia, á un solo reino, sino que abraza el mundo entero, y se extiende á todos los pueblos, así á los mas salvajes como á los mas civilizados. Tampoco se compone solamente de sábios, de ricos y de poderosos, sino que comprende

(1) II. Cor. V. 20.

todas las clases de la sociedad hasta las mas oscuras y las mas indijentes y faltas de la cultura del entendimiento, que son siempre las mas numerosas; ¿y se querrá que esa muchedumbre ignorante destinada á ser conducida y no á conducir, á recibir la instruccion y no á darla, é incapaz ademas de tener por sí misma una opinion ilustrada, tenga derecho á ejercer el supremo poder de la Iglesia? ¡Que trastorno de ideas! No, Señores: si Jesucristo ha querido hacerla partícipe de sus misterios y de sus beneficios, no ha querido hacerla depositaria de sus divinos poderes. No ha sentado los cimientos del inmortal edificio de su Iglesia sobre la arena movediza de las opiniones de ese vulgo ignorante y caprichoso.

Tampoco ha confiado su doctrina y sus leyes á los Príncipes y á los Majistrados. En vano intentarian los aduladores de las potestades de la tierra arrancar los límites puestos por la mano

del mismo Dios: nada prevalece contra la inmutable verdad. Nosotros reconocemos públicamente que Jesucristo no vino á romper los cetros ni las coronas; que el Príncipe temporal es independiente en las cosas de su jurisdiccion, y que en el ejercicio de sus derechos políticos no está sujeto á la Iglesia; y este es el sentido en que decimos que el reino de Jesucristo no es de este mundo; pero tambien hacemos profesion de creer que la Iglesia es independiente del poder temporal en las cosas de la Relijion; que ella es el único depositario y juez de su doctrina; que si el Obispo, el Sacerdote y el Levita son vasallos del Príncipe en el órden civil, el Príncipe tambien está sujeto á la Iglesia en el órden espiritual, y que al hacerse cristiano se hace no el señor, sino el hijo de la Iglesia. ¿Y que derecho podria tampoco alegar para dominarla? No fué á los Príncipes de la tierra sino á los Apóstoles y á sus sucesores á quienes se dijo: *instruid á todas las*

naciones (1). Recorred ademas las diversas edades de la Iglesia cristiana, y la veréis durante los tres primeros siglos bajo del imperio de Príncipes idólatras; ¿y fué acaso en nombre de estos en el que ejercieron su divino ministerio los Pablos, los Ignacios de Antioquía, y los Ciprianos de Cartago? En los siglos posteriores tambien estuvo frecuentemente bajo del dominio de Príncipes mahometaños ó heterodoxos; ¿y no seria una insensatez decir que sus mismos enemigos eran los que tenian de Dios el derecho de arreglar su doctrina y de gobernarla? Es preciso tambien reflexionar que los Príncipes temporales son independientes unos de otros, y que por consiguiente si á ellos estuviese confiado el depósito de la doctrina, habria tantos símbolos, tantas Iglesias, y tantas relijiones como soberanos, y seria necesario borrar del símbolo extendido en Nicea hace quince

(1) Math. XXVIII, 19.

siglos el artículo por el que profesamos la unidad de la Iglesia: *credo ecclesiam unam*. Protejer, pero no decidir, velar á la puerta del santuario, pero no entrar en él temerariamente, apoyar la Iglesia con sus ejemplos y con su poder, defenderla durante su tránsito sobre la tierra, pero no conducirla, esto es lo que pertenece á los Príncipes temporales. Me limito á sentar estos principios jenerales, y dejo á los teólogos el desarrollarlos en sus ilaciones y consecuencias.

Réstanos pues decir, que la autoridad relijiosa reside en un cuerpo de Pastores establecido por Jesucristo. Esto es lo que nosotros llamamos Iglesia docente; y en efecto el cuerpo de los Obispos unido á su jefe el Pontífice Romano, es para nosotros los Católicos el tribunal supremo. ¿Pero es infalible en sus decisiones doctrinales este tribunal supremo? Estamos en la cuarta y última cuestion.

Sin mas que echar una mirada

sobre cuanto nos rodea, conocemos fácilmente que el órden y la paz nacen en todas partes de la autoridad y de la obediencia, en una palabra, de la subordinacion. ¿En que vendrian en efecto á parar las familias sin el poder paternal que las gobierna, un ejército sin disciplina ni jefe, una ciudad sin la vijilancia de los majistrados, y un reino sin príncipe que dirija sus destinos? ¿Y no se deberá pensar naturalmente, que esta misma sabiduría reina en la sociedad relijiosa, y que para hacerla bien ordenada la ha sometido Jesucristo á una autoridad que siendo un freno para unos y una luz para otros, sea para todos una guía segura? ¿Pero está sujeta al error esta autoridad, ó es al contrario infalible en sus decisiones? Sin mas que consultar la sana razon, conocerémos que en vano habria confiado Jesucristo á la autoridad de la Iglesia docente el depósito de las verdades santas, si esta pu-

diese alterarlas, corromperlas y sustituir á ellas las doctrinas del error. ¿Como en efecto podria entónces el reinado para siempre perdurable de Jesucristo ser el reinado de la verdad? Así pues es preciso decir que ó no ha querido que la autoridad sea la regla de nuestra creencia, ó que en caso contrario debe preservarla de todo error en sus decisiones sobre la doctrina. Meditemos ese símbolo reverenciado de todos los cristianos y tan antiguo como su relijion, y advertirémos que en él hacemos profesion de creer en la *Iglesia Católica*, así como la hacemos de creer en Dios; y *católica* siendo lo mismo qué *universal*, ¿como podria la Iglesia ser universal si el error pudiese prevalecer en la doctrina de la universalidad de sus Pastores? Estudiemos ademas la antigüedad cristiana, y en ella descubrirémos que cuantas veces ha aparecido un novador, se le ha opuesto la doctrina universal de las iglesias.

¿Y no seria este un método insignificante, si esta misma doctrina pudiese ser errónea? Abramos en fin los Evanjelios, y en ellos hallarémos estas magníficas y luminosas palabras dirijidas á los Apóstoles y á los herederos de su ministerio: «A mí se me «ha dado toda potestad en el cielo y «en la tierra: id pues é instruid á to«das las naciones, bautizándolas en el «nombre del Padre, del Hijo, y del «Espíritu Santo, enseñándolas á ob«servar todas las cosas que yo os he «mandado, y vivid seguros que yo es«taré siempre con vosotros hasta la «consumacion de los siglos (1).» ¡Que promesas, Señores, y que poder al mismo tiempo! Promesas para todos los tiempos. En efecto Jesucristo promete estar con la Iglesia docente, siempre y sin la mas lijera interrupcion, *omnibus diebus*: no por algunos siglos solamente, sino hasta el fin de todas las cosas; *usque ad consummationem sæculi.* De aqui se

(1) Math. XXVIII. 18, 19, 20.

sigue infaliblemente, que el espíritu de verdad asiste hoy á la Iglesia lo mismo que la asistia en su orijen, y que por consiguiente sus decisiones no son ménos respetables en el siglo XVIII que podian serlo en el I; pretender pues poner en oposicion la Iglesia actual con la Iglesia antigua es desconocer esta asistencia prometida para todos los tiempos. Promesas para todos los puntos de la doctrina; nada en efecto esceptúa Jesucristo, sino que dice: «Enseñad, administrad las cosas santas, enseñad «todo lo que os he enseñado, y yo «estoy con vosotros.» Por esta razon todas las decisiones de la Iglesia exijen igual sumision, pues si pudiese errar en un solo punto, ¿por qué no podria errar en todo lo demas? En este caso ya no habria fe, y sí solo opiniones inciertas. Por tanto lo que únicamente nos interesa saber en lo concerniente á la Relijion, es si la Iglesia ha decidido, y lo que ha decidido; pues ya sea que pronuncie en un

concilio que la represente, y cuyas decisiones sean jeneralmente adoptadas, ya se esplique por el órgano del soberano Pontífice, ó por un concilio particular cuyas decisiones se hallen revestidas del consentimiento universal, Jesucristo está siempre con ella.

Yo no trato de defender el don de infalibilidad ni para cada Obispo ni para cada Iglesia particular como la de Francia, parte de la Iglesia universal: tampoco para una reunion cualquiera de Obispos: nosotros no colocamos la autoridad suprema sino en el cuerpo de los primeros Pastores, en el Episcopado cuyo jefe es el Papa, así como lo es de la Iglesia entera.

No es esto decir que los Obispos sean inspirados como han podido serlo los Profetas y los Apóstoles, é iluminados por una revelacion inmediata: nó; pero el mismo Dios que gobierna el mundo, gobierna tambien la Iglesia cristiana de una manera especial, y hace que triunfe la verdad sirvién-

dose de todo hasta de las pasiones, de las preocupaciones y de la ignorancia, así como se sirve del choque de los elementos para la armonía del universo; y por medios propios de su sabiduría dispone los espíritus, los corazones y los sucesos, de suerte que la verdad prevalezca siempre en la universalidad del cuerpo de los Pastores, y por consiguiente en el de los fieles. Este es el sentido en que decimos, que la Iglesia está asistida del espíritu divino, y preservada del error, ó en otros términos, que es infalible. ¿Y no es todo esto muy racional? Luego la creencia debe ser arreglada por la autoridad y no por el exámen particular.»

Juan Santiago decia: «Pruébeseme «que en materia de relijion debo someterme á la autoridad, y al momento «me hago católico.» Esta es, Señores la cuestion que acabamos de resolver; luego todo cristiano para ser consiguiente debe ser católico.

¿Deberémos por fin entregarnos aquí á pensamientos consoladores, creer que los tiempos del error y de las ilusiones se acercan á su fin, y esperar despues de tantos milagros de misericordia á favor de la Iglesia Romana, que verémos brillar otros nuevos, y que nuestros hermanos separados volverán á esta antigua Iglesia en cuyo seno fueron educados sus padres así como los nuestros? Antes del siglo XVI, ántes de Lutero y de Calvino, la parte mas ilustrada del globo, la mas sábia, la Europa entera profesaba una misma fe: no hemos variado en ella nosotros los católicos, ni somos nosotros los que nos hemos separado: no; lo que nuestros padres creian hace tres siglos, eso mismo creemos nosotros en el dia. ¿Por que pues funestas novedades han de haber roto esta hermosa unidad, y producido divisiones que han costado tanta sangre y tantas lágrimas? Despues de tantos vaivenes, políticos y relijiosos, co-

mo han conmovido todas las creencias, é introducido en las almas tantos jérmenes de indocilidad contra todo lo mas lejítimo y mas sagrado, parecia que, todos los hombres sábios y verdaderamente hábiles, que existen en todas las comuniones, deberian ya estar íntimamente persuadidos de que tan necesaria es la autoridad en la Relijion, como en el estado. ¿Pero cual es en esta parte el estado de las iglesias protestantes? ¿No se hallan en una completa anarquía? ¿Saben acaso sus ministros lo que creen, ni lo que no creen? Si en algunas cosas convienen las diversas comuniones separadas de la nuestra, es por indiferencia sobre las doctrinas: entre ellas se mira como cosa de poca importancia creer ó no creer en la divinidad de Jesucristo, de modo que despues de haber cesado de ser católico se cesa muy facilmente de ser cristiano: esa paz aparente es el sueño de la muerte; los pueblos no estan destinados á perma-

necer en el letargo de la indiferencia: necesitan doctrinas fijas; y por lo mismo que el cristianismo es tan vacilante entre los protestantes, deberian estos estar mas dispuestos á volver á la fe católica. Quiera el cielo suscitar en Europa alguno de esos hombres estraordinarios, poderosos en obras y en palabras, á quienes sea dado convencer los entendimientos, y mover los corazones, reunir á su madre los hijos separados haciendo caer el muro que los divide, y hacer entrar en el redil las ovejas descarriadas, á fin de que la Europa forme hoy como formaba en otro tiempo un solo rebaño dirijido por un mismo Pastor.

DEBERES

PARA CON JESUCRISTO.

DISCURSO PREDICADO A LA CORTE EL JUEVES SANTO 30 DE MARZO DE 1820.

Aspicientes in autorem fidei, et consumatorem Jesum.

Poned los ojos en Jesus autor y consumador de nuestra fe.
Epist. á los Hebreos, cap. XII. v. 2.

SEÑOR *:

Todas las naciones y todos los siglos han visto, y verán hasta el fin, disputarse el imperio del mundo la verdad y el error, el bien y el mal; y en todos tiempos se ha visto y se verá ofrecer la Relijion el espectáculo de las acciones mas sublimes, y la impiedad presentar el cuadro de los escesos

* *Monsieur*, hermano del Rey, Conde de Artois.

mas escandalosos ; por consiguiente seria ofuscarse hasta el último grado no ver mas que vicios entre nosotros, y virtudes entre nuestros padres. Pero cada siglo tiene su especie particular de malicia y de perversidad, y lo que parece caracterizar la época en que vivimos es la audacia de las opiniones unida á la molicie de las costumbres, el amor desenfrenado á las cosas materiales, el tedio á aquellas sublimes verdades que refrenan las inclinaciones y exijen sacrificios, la aversion á toda especie de yugo relijioso y aun social, el olvido de la Divinidad, el desprecio de las cosas santas, y el espíritu de rebelion y de impiedad contra Jesucristo, sus misterios, su doctrina y sus leyes. ¿Que es en efecto de cien años á esta parte la historia de nuestra Francia bien considerada, mas que la historia del combate de la impiedad contra el cristianismo; combate dado primero con la pluma, mas adelante con la espada, y

cuyo resultado fué por cierto tiempo la muerte aparente de toda la Relijion? Arrojada esta de sus templos, se refujió en los corazones como en un santuario inaccesible á todos los furores de los hombres; pero no tardó en poder salir de ellos para colocarse otra vez sobre sus altares. Irritada entónces la impiedad por su misma derrota, repitió sus ataques y sustituyó á una persecucion sangrienta, la persecucion mas temible de todas, la de la opresion y del envilecimiento; y aun hoy mismo estraviada por el orgullo y por el odio, y despreciando la experiencia, desahoga su furor por medio de sarcasmos, de blasfemias y de calumnias que resuenan en toda la Europa, mostrándose de este modo fiel á su primer designio de precipitar en un mismo abismo todos los altares con todos los tronos.

Movido de estas consideraciones he creido no poder honrar mas dignamente mi ministerio, que invitándoos

á fijar vuestra vista en Jesucristo autor y consumador de nuestra fe por la verdad de su doctrina, por la autoridad de sus ejemplos y por los méritos de su muerte: *Aspicientes in autorem fidei et consumatorem Jesum:* Voy pues, Señores, á recordaros la sumision y amor que le debemos. ¡Y cuan digno no es de un cristiano redoblar su celo por la gloria de su divino Maestro, á proporcion que sus enemigos redoblan su audacia para aniquilar, si les fuese posible, su nombre y su culto sobre la tierra! ¿Y que momento tampoco mas favorable para recordaros vuestros deberes para con él, que aquel en que la Iglesia nos pone á la vista los testimonios mas vivos de su ternura para con los hombres, y en el que tengo el honor de hablar delante de aquellos que por la elevacion de su clase, por sus dignidades y por su ascendiente sobre la multitud estan destinados á servirle en esto de guías y de modelos? ¿Cuales

son pues nuestros deberes para con Jesucristo por nuestra calidad de cristianos? Esto será todo mi asunto.

Hay cierta clase de novadores atrevidos que buscan por medio de la locura de sus opiniones una celebridad que no podrian prometerse de la medianía de sus injenios, y que quisieran hacer la experiencia de refundir el mundo entero reemplazando la moral por el interes, y la Relijion por las artes y la industria, desterrando á Dios de su imperio, y arrojándole en cierto modo así de este universo que es obra suya; como de nuestros corazones que deben ser su santuario; pero afortunadamente y para su reposo la tierra sostiene pocos de semejantes seres depravados, tanto mas insensatos, dice el Apóstol (1), cuanto se creen mas sábios: *dicentes se esse sapientes, stulti facti sunt*; y que parecen no pertenecer á la especie humana sino para ser

(1) Rom. I. 22.

su vergüenza y su azote. Un instinto sublime, vencedor del tiempo y de los sofistas, tiene al contrario las jeneraciones y los siglos como encadenados á un pequeño número de verdades sagradas; así es que en tanto que nosotros nos limitamos á hablar en jeneral de los sentimientos relijiosos, hay muy pocos que nos contradigan; aun diré mas, hay un gran número de hombres educados en la Relijion cristiana, que acaso sin practicarla se glorian de respetarla, que serian incapaces de abjurar la fe de sus padres; y en quienes el honor causaria á mi parecer en muchas circunstancias el mismo efecto que la conviccion. Pero cuando queremos salir de estas jeneralidades para inculcar las obligaciones que les impone la profesion del cristianismo; cuando exijimos la sumision del entendimiento á todas las verdades reveladas, la fidelidad á todos los preceptos Evanjélicos y la observancia de todas las prácticas pres-

critas, entónces su corazon murmura, se rebela contra el yugo que se les presenta, y se los ve al punto esclamar como los incrédulos decididos: «arrojemos léjos de nosotros el yugo de «esa doctrina y de esas leyes;» *projiciamus à nobis jugum ipsorum* (1). A estos cristianos es á quienes voy hoy á dirijirme, para hacerles conocer cuan inconsiguientes son y cuan culpables. Sí; nuestro deber como cristianos (y este encierra todos los demas) es una plena y perfecta sumision del entendimiento, del corazon y de la conducta á la Relijion toda entera de Jesucristo.

En efecto, hermanos mios, Jesucristo apareció en la tierra para disipar las tinieblas y destruir los vicios del Paganismo; para fijar la creencia de los entendimientos vacilantes hasta entónces en toda clase de doctrina, para purificar y perfeccionar la moral prestándole una autoridad divina, y substituir á supersticiones impuras y

(1) Psalm. II. 3.

crueles, igualmente indignas del hombre que de Dios, un culto santo y puro. De todos los puntos pues de su Relijion, de su doctrina, de su moral y de su culto, así como para todos los tiempos, para todos los lugares y todos los hombres, ha dicho hablando de sí mismo: «Yo soy la verdad.» *Ego sum veritas* (1). Palabra que no pasará, y cuyas consecuencias forman todos nuestros deberes.

Jesucristo es la verdad misma en su doctrina; por tanto no nos es ya lícito formarnos á nuestro antojo, y consultando solamente nuestra razon, un sistema de relijion llamado *natural;* tampoco lo es constituirnos nosotros mismos nuestros maestros y lejisladores, intentar hacer una mezcla ridícula de cristianismo y de filosofía, como hacian los sofistas paganos en el nacimiento de la Iglesia cristiana, abismarnos en investigaciones sábias, ni consultar á los sabios de la Grecia ó de Roma

(1) Joann. XIV, 6.

para saber lo que se debe pensar acerca de Dios, de la providencia, de la vida futura, de la formacion del mundo, del oríjen del hombre, y de las causas y remedios de su corrupcion y de sus desgracias: no, Señores, todo esto ha sido revelado y enseñado por Jesucristo, y por los primeros depositarios de su doctrina; y cuando Dios habla es preciso que el hombre calle. Habló pues Jesucristo, y no habló como filósofo que diserta, sino como Señor que decide: los milagros que obró en medio de la Judea son como las credenciales de su divina mision, y mandando á la naturaleza, probó que tiene derecho para mandar á los hombres. Por tanto, ya se halle el jénero humano en una época de luces ó de barbárie, ya esté en paz ó en confusion, ya prosperen ó perezcan las naciones, la fe permanece intacta en medio de estas eternas vicisitudes. «Jesu«cristo, dice el Apóstol (1), el mismo

(1) Hæbr. XIII. 8.

«que ayer es hoy, y lo será por todos «los siglos.» *Heri, et hodiè, et in sæcula.* Su Evanjelio apareció en medio del mundo pagano como un sol de verdad que no ha dejado de alumbrar desde que salió; y tan imposible es á los hombres oscurecerle, como arrancar del firmamento el astro que nos alumbra; por consiguiente, si no queremos marchar entre tinieblas, es necesario seguir á Jesucristo. *Qui sequitur me non ambulat in tenebris* (1).

Así pues oigamos enhorabuena ponderar los progresos del espíritu humano, los diversos métodos aplicados á las artes y á las ciencias naturales, el conocimiento de este mundo visible, y del globo que habitamos, porque todos estos descubrimientos son hijos del tiempo y de la experiencia; pero no así en la relijion sobre la cual está ya descubierto todo cuanto debe saberse. Despues que habló Je-

(1) Joan. VIII. 12.

sucristo, que es la verdad misma, nada hay ya que buscar, sino tan solamente creer. En esto el simple aldeano que sabe el símbolo, está tan adelantado como el mas docto personaje; pues así para el sábio como para el ignorante no hay mas que un solo maestro, y este es Jesucristo. *Magister vester unus et Christus* (1). Por consiguiente toda intelijencia humana debe humillarse ante la intelijencia divina, y la curiosidad, como dice Tertuliano, debe ceder á la fe: «ignorarlo todo, escepto ella, es saberlo todo:» *cedat curiositas fidei; adversùs regulam nihil scire, omnia scire est* (2).

Pero, ¡ah hermanos mios! ¡quienes deben conocer mejor que nosotros á donde conduce esta soberbia inquietud de los espíritus! Nosotros vimos traspasar todos los límites puestos por la

(1) Math. XXIII. 10.
(1) De *Præscrip.* cap. XIV.

mano misma de Dios, y Dios nos castigó abandonándonos á los mas asombrosos estravíos. En cierto tiempo se llegó entre nosotros á desconocer todas las verdades; la duda reemplazó á todas las creencias; fué destrozado en todas sus partes el cristianismo, y despues de haber arrancado violentamente algunas ramas del árbol, se llegó por último á dirijir la segur hasta á su raiz. Nada entónces se respetó ni se miró como sagrado, y de errores en errores, de abismo en abismo, la Francia cayó precipitadamente en el de la indiferencia y del ateismo. ¿Y que podrian ya temer ni honrar los que ni honraban ni temian á Dios? Cuando la Relijion, esa verdadera conservadora de las costumbres y de las leyes, llegó á debilitarse, vimos debilitarse y relajarse con ella los vínculos que unen las familias y la sociedad, y se apoderó de los pueblos un espíritu de insubordinacion sistemática: un filosofismo insensato dislocó el poder, puso el cetro del

mando en manos de los que debian obedecer, y se miró la sumision como una cobardía, y la rebelion como un deber. ¿Y como despues de haber atacado á la Majestad del cielo era posible no despreciar las humildes Majestades de la tierra? Los tronos de los Príncipes no pudieron ya mantenerse firmes donde en cierto modo habia perdido el suyo la Divinidad. A la manera de aquellos fuegos subterráneos, que despues de sordos bramidos revientan con una espantosa esplosion, así las malas doctrinas, despues de haber fermentado por algun tiempo en los espíritus, rompieron con un estallido terrible que ajitó todas las naciones, é hizo, y aun hace temblar al mundo social sobre sus mismos cimientos conmovidos. De este modo, adorable Maestro nuestro, los mismos monstruosos errores de los que os abandonaron nos han hecho volver á Vos como al oríjen de toda verdad, y podemos dirijiros aquellas palabras del

Príncipe de los Apóstoles: Por mas que busque otro maestro que Vos, no le encuentro: fuera de Vos no hay mas que error y la nada: Vos solo poseeis las palabras de vida eterna. *Domine, ad quem ibimus? Verba vitæ æternæ habes* (1).

Jesucristo, verdad en los dogmas que nos ha revelado, es tambien la verdad en los preceptos que nos ha impuesto; por consiguiente todas las reglas que deben dirijir nuestra conducta nos estan ya trazadas; ¡y cuan grande felicidad es que no esten abandonadas ni á las indagaciones de la débil razon, ni á los caprichos de las pasiones enemigas de todo yugo! Pero en vano admiramos la moral evanjélica como el presente mas hermoso que el cielo haya hecho á la tierra, si no arreglamos á ella nuestros sentimientos y nuestras acciones: si aplicándola á los demas la despreciamos para nosotros mismos, y si

(1) Joan. VI. 69.

pretendemos acomodarla á nuestros deseos é inclinaciones, y conducirnos como filósofos formados en la escuela de Platon, mas bien que como cristianos formados en la de Jesucristo.

Nosotros los ministros de la Relijion, no somos mas que los depositarios de estas máximas celestiales, encargados de enseñarlas á los fieles, y no nos es permitido ni exajerarlas ni debilitarlas: huyamos del rigorismo, que confundiendo el precepto con el consejo, quisiera algunas veces imponer un yugo intolerable á la debilidad humana; pero huyamos tambien de la blanda induljencia, que para acomodarse á la corrupcion de los hijos de los hombres, rebaja todas las verdades, segun la siguiente espresion del Profeta (1): *Diminutæ sunt veritates à filiis hominum.* Preguntado el Salvador sobre lo que era necesario hacer para conseguir la vida eterna, responde:

(1) Psalm. XII. 2.

«Guardad los mandamientos.» *Serva mandata* (1). Tal es la ley comun é inviolable que el ministro de la Religion debe aplicarse á sí mismo el primero, y de la que á nadie puede dispensar; y preguntado por cuanto puede haber mas grande sobre la tierra, debe responder en el nombre de Dios lo mismo que responderia al último de los fieles: «Guardad los mandamientos.» *Serva mandata.*

Guardémonos, Señores, de alucinarnos en este asunto, y de desgarrar en cierto modo la ley para tomar de ella lo que nos agrade, y desechar lo que mas nos importune: no, porque seamos fieles en algunos puntos, nos entreguemos tranquilamente á la transgresion de los demas: no es bastante respetar por temor la autoridad, sino que es preciso obedecerla por conciencia; hacer bien á los que nos le hacen, si hacemos mal á nuestros enemigos;

(2) Math. XIX. 17.

atentar á la vida de nuestros semejantes, si atentamos á sus bienes y á sus derechos lejítimos; no es bastante no perjudicarlos en sus bienes, si destrozamos cruelmente su reputacion; evitar los escesos mas vergonzosos de la disolucion, si hacemos una vida afeminada y sensual; libertarnos de los escándalos de la prodigalidad, si no hacemos de lo supérfluo el patrimonio de los pobres; ni por último, observar exteriormente una conducta arreglada, si damos una entera licencia á nuestro corazon. Así como la fe, que abraza todas las verdades reveladas, está hecha para todos los entendimientos, y por consiguiente á todos está mandado creer en la palabra divina, así tambien la caridad, que comprende todas las virtudes, lo está para todos los corazones, y por lo tanto á todos está mandado amar á Dios y amar á los hombres, y el Señor mismo es quien ha dicho: «Si me amais, guardad mis mandamientos:» *Si diligitis*

me, mandata mea servate (1).

Jesucristo, verdad en el dogma y en la moral, es tambien la verdad en todo lo respectivo al culto; por consiguiente á nosotros nos toca honrar á la Divinidad por medio de los homenajes que él nos prescribió, y que se han perpetuado de edad en edad hasta nosotros. La Iglesia cristiana instruida por su divino autor, exenta de las supersticiones paganas, y dando realidad á las sombras de la ley mosáica, tributó á Dios desde su mismo oríjen un culto santo y puro, que es la espresion de su fe, de sus sentimientos, de sus esperanzas y de sus temores, y al mismo tiempo el vínculo visible de los miembros de que se compone. El tiempo y las circunstancias habrán podido añadir alguna cosa al aparato exterior, á la riqueza de los altares, á la magnificencia de los templos y á la pompa de las ceremonias; pero en su sustancia jamas ha variado el

(1) Joan. XIV. 15.

culto sagrado, y cuando se trata de lo que Jesucristo nos ha prescrito en nombre de Dios, ó lo que la Iglesia nos prescribe en nombre de Jesucristo, á nosotros solo nos toca respetar sus preceptos y someternos á ellos. «El «que á vosotros os escucha, á mí me «escucha,» dijo Jesucristo al colejio de los Apóstoles (1), y á sus sucesores en su divino ministerio. Así, pues, ¿ha recomendado Jesucristo la oracion como el conducto ordinario de los favores celestiales? Nuestro deber es orar con humildad y confianza. ¿Ha establecido un sacrificio de adoracion y de amor, cuyo valor infinito le hace digno de la infinita Majestad? A nosotros nos toca asistir á él con una compuncion viva, y un profundo anonadamiento. ¿Ha instituido signos sagrados llenos de fuerza y de eficacia para la santificacion de nuestras almas? A nosotros nos toca apresurarnos á beber con reconoci-

(1) Luc. X. 16.

miento en esta fuente de gracias. ¿Ha fundado un Sacerdocio que deba ser el dispensador de sus misterios? A nosotros nos toca recurrir á él con respeto. ¿Ha dejado en fin al separarse de la tierra una autoridad depositaria de sus verdades santas, encargada de dirijirnos por los caminos de la salvacion, y de velar por la pureza de su culto así como por la integridad de su doctrina? A nosotros nos toca escucharla con docilidad, teniendo presentes aquellas palabras de San Cipriano (1): « no « puede reconocer á Dios por padre el « que no honra á la Iglesia como á su « madre. » Desechemos por consiguiente el loco orgullo de censurar la obra de la divina sabiduría, de despreciar los medios de santificacion que le ha agradado establecer, de querer trazarnos caminos nuevos, y de mirar como superstición lo que ha sido practicado por los grandes santos y sabios personajes, que nos han precedido.

(1) *De Unit. Eccles.*

Yo no ignoro, Señores, que cuando se trata de los deberes y de las prácticas ordinarias de la vida cristiana; cuando, para esplicarme en un lenguaje mas sencillo, se trata de la santificacion del dia del Señor, de la asistencia al oficio divino, de la confesion anual, del precepto pascual, del uso de los Sacramentos, de los tiempos de abstinencia y de ayuno, del respeto á la memoria de los Santos, á sus sepulcros y á sus restos venerables, nos sentimos tal vez inclinados á mirar todo esto como devociones populares, y á creerlo poco digno de nuestra clase y de nuestras luces; pero tambien sé que todas las distinciones del nacimiento, del injenio, de las riquezas y de las dignidades, aunque entren en el órden de la Providencia, y se hallen establecidas por ella para el bien jeneral, desaparecen ante el Dios de cielo y tierra; que jamas justificarán á los ojos de este la violacion de la ley comun; que Dios tiene derecho de exijir mas de aquellos á

quienes haya dado mas, y por último sé que en lo perteneciente á los ejercicios relijiosos la regla de todo verdadero fiel debe ser condenar lo que la Iglesia condena; aprobar lo que ella aprueba, y practicar lo que manda.

Tampoco ignoro que el mundo está lleno de injenios presumidos y desdeñosos para quienes aquello mismo que el sabio respeta es objeto de censura y de amargas sátiras; de corazones débiles que hacen traicion á su fe, y que abandonando exteriormente lo que reverencian en su corazon, se avergüenzan de cumplir con los deberes exteriores, y con las prácticas santas de la Relijion; pero al cristiano de carácter noble y firme corresponde sobreponerse á las burlas de hombres vanos y frívolos, que frecuentemente blasfeman de lo que ignoran; y es propio de un corazon jeneroso decir como San Pablo: «¿que me importan los juicios de los «hombres, sus alabanzas ni su censura? «Mi verdadero juez es Dios; *qui ju*

dicat me Dominus est (1). » Sé últimamente que existe en medio de nosotros una secta impía porque es perversa, y perversa porque es impía, que hace la guerra á Dios para hacérsela mejor á los hombres; que siembra doctrinas funestas para que produzcan crímenes; que desnaturaliza por medio de sofismas ó de delitos todo lo grande y elevado que puede haber en las instituciones humanas; una secta que funda la libertad en una independencia salvaje, la igualdad en la confusion de todas las clases, la tolerancia en el odio y en la opresion de la verdadera Relijion; secta en fin que parece no alimentarse mas que de errores y de destruccion; que quiere justificar la rebelion y la impiedad, y que inunda todos los dias la Francia entera, así los campos como las ciudades, de libelos furiosos contra la Relijion, el Sacerdocio y sus ministros; pero esta misma apostasía es la

(1) I. Cor. IV. 4.

que realza mas y mas la fidelidad. Cuando mil bocas se abren para blasfemar de Jesucristo, entónces mas que nunca es cuando el verdadero cristiano debe santificar sus labios con el nombre adorable de su divino Maestro. Cuando el arca santa está á punto de caer en manos de los Filisteos, entónces es cuando los verdaderos Israelitas deben reunirse al rededor de ella; y cuando la impiedad ruje y amenaza al rededor de la Ciudad santa, la piedad debe velar sobre sus murallas. Se ha dicho alguna vez que cuando la patria está en peligro, todo ciudadano es soldado. Pues bien, Señores, nosotros tambien dirémos, que cuando la Relijion se halla tan abiertamente combatida, todo cristiano debe ser un Apóstol por sus ejemplos á lo ménos si no por sus discursos, y entónces debe esclamar con el Profeta: «Señor, ellos se han armado con«tra vuestra ley; la han hollado con «sus pies, han querido destruirla y «abolirla sobre la tierra; pero segun

« el aborrecimiento de sus enemigos así « será mi amor, y por lo mismo que « ellos quieren aniquilarlá, ella me se- « rá mas querida. » *Dissipaverunt legem tuam, ideo dilexi mandata tua* (1).

Vosotros cristianos reunidos en este sitio, vosotros os penetraréis ya fácilmente que de vosotros es de quien la Relijion espera con justicia los mayores esfuerzos y la mayor adhesion: á vosotros pertenece principalmente auxiliarla con el brillo de vuestros ejemplos, y ofrecerle en la solemnidad de vuestros homenajes la compensacion de los ultrajes que recibe. Solo la Relijion puede reparar los daños de la impiedad; fortalecer la autoridad doméstica y civil, haciéndola derivar de la autoridad del mismo Dios; contener la licencia de los espíritus con el freno de sus creencias; restablecer las nociones de lo justo y de lo injusto ya debilitadas; señalar á todos sus respectivos deberes con

(1) Psal. CXVIII. 126, 127.

la autoridad divina de sus preceptos, y volver así á sentar el edificio social sobre su verdadera base: pero para que ella ejerza todo su grande imperio para la felicidad jeneral es preciso que sea solemnemente honrada por aquellos cuyo primer deber, por su cualidad de hombres públicos, es el de respetarla. El desprecio de la Relijion por parte de aquellos á quienes sus dignidades, sus riquezas ó sus conocimientos elevan sobre el pueblo, ha sido y será siempre un presajio tan cierto como espantoso de la ruina de las costumbres, de las leyes y de la sociedad.

Yo os doy gracias, ó Dios mio, en nombre de toda la Francia por haber animado de este celo y de estos sentimientos á los hijos de san Luis: oid los ruegos fervorosos de nuestros corazones, salvad todo lo que nos ha quedado de tan hermoso tronco, y haced que reflorezca con nuevo vigor y nueva lozania; cubrid con el escudo de vuestro poder al Príncipe tan relijioso

y tan frances que preside esta tierna ceremonia, y cuyo corazon Real y magnánimo se descubre en todas sus palabras y en todas sus acciones. Velad sobre ese Monarca heredero de la piedad no ménos que del trono de sus padres, y derramad sobre su cabeza augusta toda la abundancia de vuestros favores; acabad por su medio lo que ya habeis comenzado, y cerrad para siempre por medio de sus Reales manos el abismo de nuestras desgracias; conceded, ó Padre de las misericordias, á las luces de su espíritu un triunfo completo sobre las tinieblas de la falsa sabiduría, á la pureza de sus virtudes sobre la corrupcion del siglo, y á la sinceridad de su fe sobre los esfuerzos de la impiedad. Coronad por último todos vuestros dones haciéndole dichoso sobre la tierra por la felicidad de su pueblos, y bienaventurado en el Cielo por la participacion de vuestra misma felicidad. Así sea.

FIN DEL CUARTO Y ULTIMO TOMO.

ÍNDICE

DEL TOMO CUARTO.

Sobre la tolerancia. 5
I.° Tolerancia civil. 9
II.° Tolerancia cristiana. 15
III.° Tolerancia filosófica cuyo sistema se funda en las tres siguientes aserciones. 25
1.ª Nada importan las creencias relijiosas. 31
2.ª Basta ser hombre de bien. 34
3.ª Cada uno debe seguir la relijion de su pais. 36
La incredulidad de los jóvenes. 49
I.° Su incredulidad no es ilustrada. . 54
II.° No es sincera. 68
III.° No es desinteresada. 76
Los hombres ilustres del cristianismo. 86
I.° ¿Será cierto que la Iglesia en su

nacimiento solo tuvo partidarios entre las clases mas pobres y mas oscuras de la sociedad? . . 93

II.° ¿Será cierto que los Doctores y los Padres de la Iglesia no tienen en favor de la Relijion autoridad alguna? 98

III.° ¿Será cierto que en nada debe tenerse el sufrajio de los grandes hombres que de tres siglos á esta parte han sido cristianos en Europa? 111

LOS INCRÉDULOS REPUTADOS DE SABIOS. 132

¿Podrá alegar la incredulidad á su favor:

1.° El gran número de sus partidarios; 134

2.° los conocimientos de estos; . . . 143

3.° su filosofía ? 150

SOBRE LA NECESIDAD DE LA RELIJION PARA LA FELICIDAD PUBLICA. . . . 176

I.° Sin la Relijion no puede baber órden público. 182

II.° Sin la Relijion no puede haber libertad pública. 195

SOBRE LOS LIBROS IRRELIJIOSOS. . . . 218

I.° ¿Qué se debe pensar de sus autores? 222

II.° ¿Qué de sus propagadores? 234
III.° ¿Qué de sus lectores? 246
TEMORES Y ESPERANZAS DE LA RELIJION. 262
I.° ¿Deberémos recelar se pierda la Relijion en Francia? 265
Los motivos de temor son: . . . . . .
1.° La antigüedad misma de la fe entre nosotros; 267
2.° El estado actual del sacerdocio; . 272
3.° El espiritu de impiedad y de indiferencia de nuestros dias. . . . 279
II.° Deberémos esperar se conserve en ella la Relijion. 285
Los motivos de esperanza son: . . . .
1.° La conducta del Episcopado frances; 286
2.° La vuelta de la familia Real; 292
3.° La actual disposicion de los ánimos. 301
SOBRE LA UNION Y EL APOYO RECIPROCO DE LA RELIJION Y DE LA SOCIEDAD. 309
I.° ¿Qué hace la Relijion á favor de la sociedad? 311
La Relijion afirma para el bien jeneral: .
1.° la autoridad; 312
2.° las leyes; 326

3.° las obligaciones. 329

II.° ¿Qué ha hecho siempre y que debe hacer aun la sociedad en favor de la Relijion? — Siendo esta el mayor bien para los pueblos y para los gobiernos, ha sido siempre y debe continuar siendo para estos el objeto de su primera atencion. 332

SOBRE LA EDUCACION. 351

I.° La prosperidad de la Francia depende principalmente de la buena educacion de los niños. . . 354

II.° Para que esta sea buena debe ser relijiosa. 367

III.° Para ser relijiosa debe confiarse á hombres relijiosos. 384

SOBRE EL SACERDOCIO CRISTIANO. . . 401

I.° Exámen de las ventajas que ofrece á la humanidad. 406

II.° Exámen de las acusaciones que contra él se hacen. 429

DE LA AUTORIDAD DE LA IGLESIA. . . 458

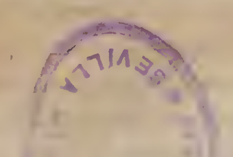
I.° ¿Ha fundado Jesucristo una sociedad relijiosa que deba perpetuarse sin interrupcion hasta el fin

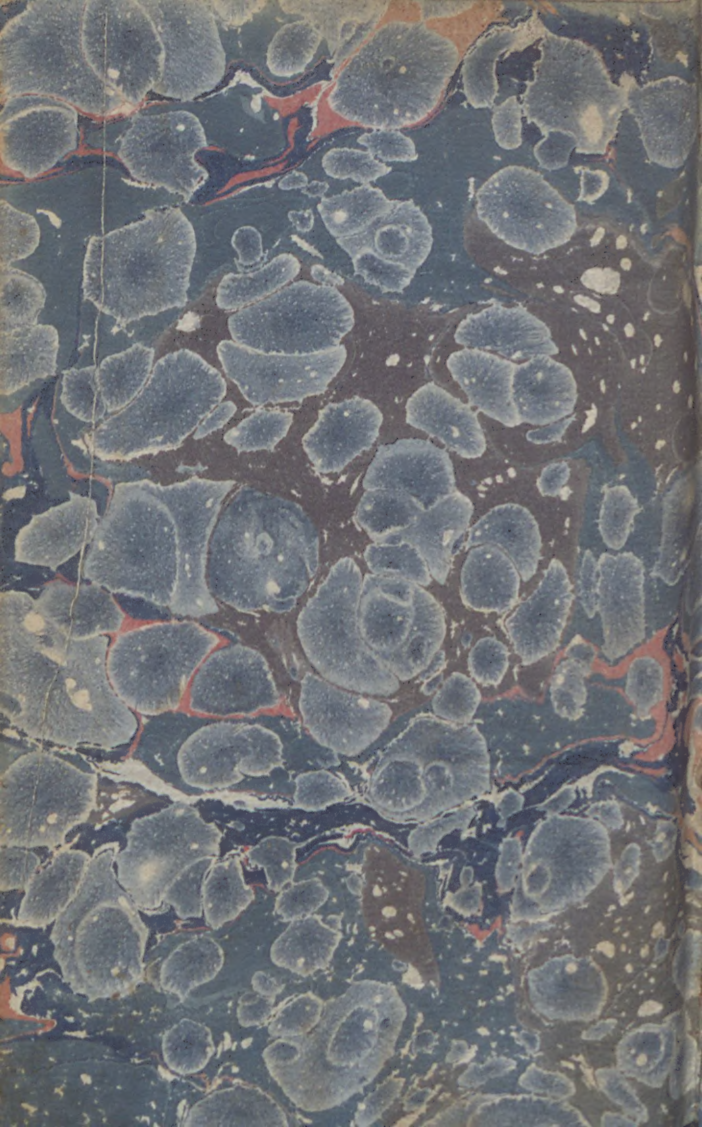
FE DE ERRATAS.

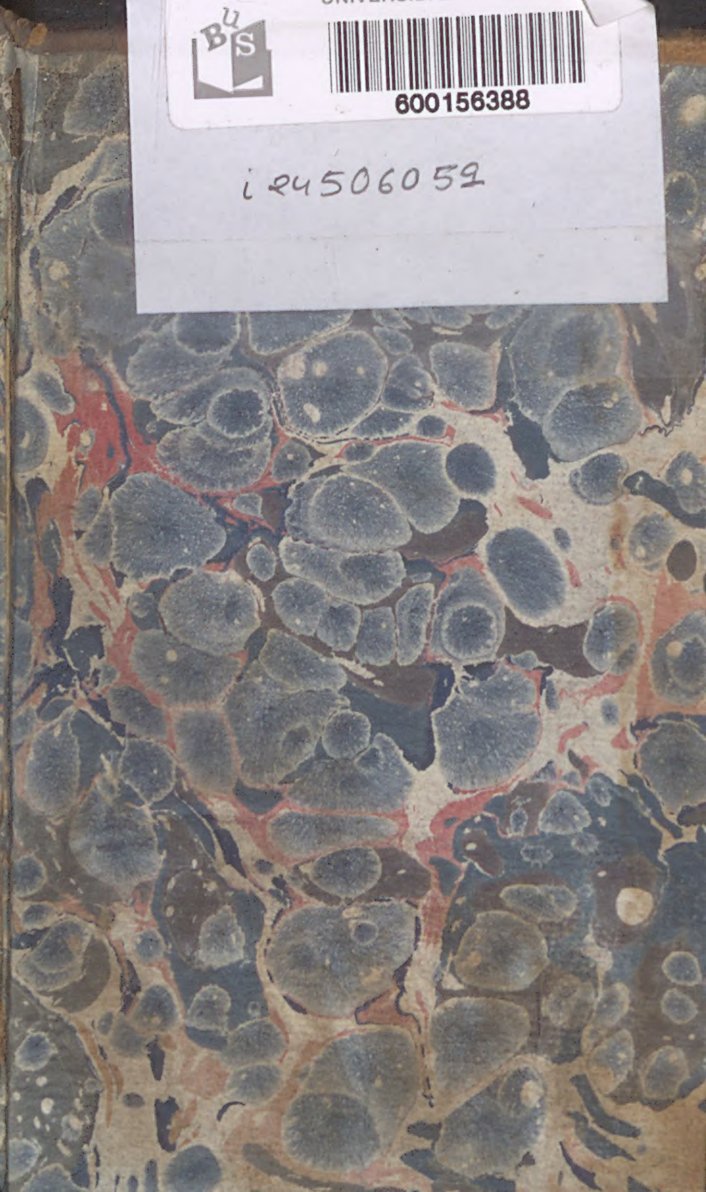
Páj.	Lín.	Dice	Léase
45	20	se la	se le
46	22	incurable	incurables
114	4	Tillermont	Tillemont
146	7	ampliaciones	aplicaciones
162	6	enlace	el enlace
234	11	relijion	irrelijion
424	5	para en fin	en fin para

de los tiempos? 464
II.° ¿Ha establecido Jesucristo en esta sociedad una autoridad conservadora é intérprete de su doctrina? 472
III.° ¿En que manos reside esta autoridad? 486
IV.° ¿Es infalible esta autoridad en sus decisiones sobre la doctrina? . 494
DEBÉRES PARA CON JESUCRISTO. . . . 504
I.° Siendo Jesucristo la *verdad* en su doctrina, debemos creer en su palabra. 511
II.° Siendo la *verdad* en su moral, debemos observar sus preceptos. 517
III.° Siendo la *verdad* en el culto, debemos honrar á la Divinidad por medio de los homenajes que él mismo nos ha prescrito. . . . 521

FIN DEL CUARTO Y ULTIMO TOMO.







UNIVERSIDAD
BUS
600156388
i 24506059



colorchecker CLASSIC

calibrite

mm